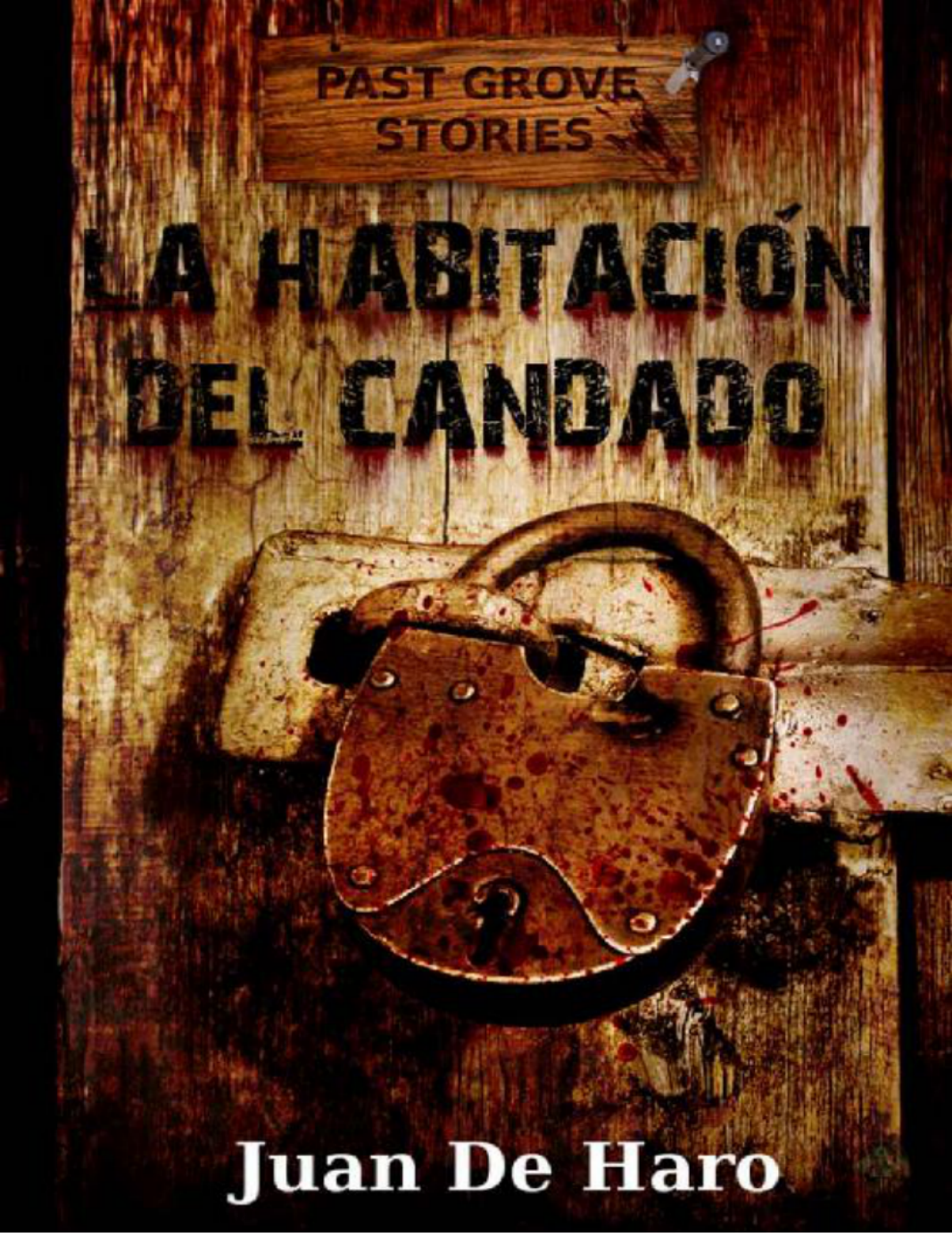
PAST GROVE STORIES

LA HABITACIÓN DEL CANDADO



Juan De Haro

Table of Contents

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Epílogo

LA HABITACIÓN DEL CANDADO

Juan De Haro

Diseño de portada: Juan de Haro Jiménez

© 2016, Juan De Haro
1º Edición

Impreso en España

ISBN-13: 978-1539151203
ISBN-10: 1539151204

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial, la comunicación pública, la puesta a disposición interactiva, la edición informática, así como cualquier explotación, por cualquier medio de esta obra sin la autorización expresa de los titulares del Copyright.

All rights reserved

Sígueme en Internet

https://www.facebook.com/novelasdejuandeharo

https://twitter.com/jockercyto

A todos aquellos que
sufrieron en manos
de los falsos apóstoles.

Esta novela merece una segunda dedicatoria a una de mis más fieles lectoras,
que se ha mantenido ahí desde el principio.
Espero que la historia sea de tu agrado
Esperanza Solymar, puesto que parte de lo que narra es cierto.

Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis..., tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

Canción popular de los
años cincuenta en Past Grove.

Agradecimientos:

A Sol Taylor, que se ofreció como lectora cero, y cuyas críticas fueron necesarias. A Cristina Guerrero, mi paciente correctora. En cualquier caso, si se encuentra algún fallo en la obra, yo soy el máximo responsable.

Índice de capítulos

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Epílogo

Prólogo

Bienvenidos, mis queridos lectores. Están a punto de penetrar en un mundo sepultado por sombras. El volumen que tienen en sus manos, ya sea en formato físico o digital, forma parte de una serie de historias independientes entre sí, pero que todas unidas crean un universo literario que he denominado *Past Grove Stories*. Los volúmenes pueden ser leídos en el orden que a ustedes les parezca propicio, incluso pasar por alto aquellos que no despierten su curiosidad; en cualquier caso dejen esto último en mis manos. En una historia podrán conocer a la señora Norman y su curioso comportamiento, y en otra, la señora Norman es sencillamente un personaje secundario a la que no conocerán, pero sí la verán cruzar la calle o entablar una conversación pasajera con otros personajes. Por supuesto, y como la lógica me obliga a establecer, esto sólo será posible en caso de que la señora Norman continúe con vida.

Past Grove oculta los secretos más tenebrosos, aquellos que con seguridad nos arrancaron alguna vez un estremecimiento y nos volvimos para cerciorarnos de que nadie nos seguía; aquellas metáforas del mal surgidas del viejo folclore tomarán formas físicas para volver a transportarnos a gloriosas épocas de lo fantástico. La máscara de cándida bondad de una anciana puede esconder un pasado terrible, cuyos tentáculos se aferran a nuestros pies impidiendo que huyamos. Los ojos lastimeros de una muchacha pueden haber sido testigos de los hechos más escalofriantes. Por no añadir que ella misma puede ser el origen de dichos actos.

Las historias que aquí tienen lugar emergen asimismo de la suciedad social, donde injusticias, maltrato de género y crímenes son por desgracia un hervidero de brillantes ideas para liberar a nuestros monstruos interiores.

La idea del mal, aquella que detestan ustedes en su realidad cotidiana, será uno de los ingredientes que les obligará a ustedes, mis queridos lectores a averiguar lo siguiente que les ocurre a los personajes que desarrollan cada relato, leyendo con la avidez del hambriento. Pero no por ello deben sentirse culpables, ni que su endeble moral se estremezca.

Un humilde servidor no aprueba el mal que colma la humanidad, pero sí que es sincero y reconoce que se alimenta de él para ofrecerles a ustedes aquello que le es prohibido a vuestra frágil conciencia.

Y no se equivoquen, mis amigos lectores, no está todo escrito;

sólo aquello que alcanza la pobre razón humana es capaz de ser plasmado en papel, pero hay un horror que dormita tras el velo de la realidad a esperas de ser alcanzado por mentes menos escrupulosas.

Es la hora del miedo. Es la hora de que todo lo que está oculto surja de las profundidades del tártaro para cambiar nuestra realidad para siempre.

Les obligaré a mirar atrás cuando oigan el crujir de una tabla de madera, el goteo de una tubería en mal estado, el lamento enterrado que exige de atención. Y aunque estos fenómenos en cuestión no son los que despiertan el temor, sí que lo son las preguntas planteadas por ustedes después, en su íntimo silencio. Desconfiarán de sus parientes aun cuando les dediquen una cálida sonrisa. Evitarán estrechar la mano a un desconocido, puesto que eso es Past Grove, un lugar donde todo está permitido, un lugar donde las palabras toman el poder de los viejos libros de magia, cobrando vida. Cada relato será como un hechizo antiguo con el que invocarán a sus temores olvidados.

Entren ustedes a mi localidad. Entren a Past Grove. Pero antes despójense de lo creen saber, porque yo les enseñaré los mundos que otros les han ocultado.

Aparto ahora de mí la copa de vino y me adentro con ustedes en mi propia creación.

Capítulo 1

Nadie que se traslade a Past Grove piensa que puedan acontecer hechos extraños. Claro que nada sabía Logan aquella mañana cuando descendió por la rampa de la furgoneta. Hacía varios minutos que ésta se encontraba detenida frente a la casa de su abuela. Su padre, un hombre al que el paso del tiempo le había arrebatado su cabello y añadido al rostro una profunda red de arrugas, hablaba con la anciana. Su poblado bigote disimulaba sus inexistentes labios. Sostenía en su mano una maleta con la ropa del chico.

Los primeros rayos del sol se posaron sobre Logan y le concedieron parte de su calor. Aquel que su padre no le había sabido dar desde el fatal accidente de tráfico que le había robado a su madre y postrado en una silla de ruedas para siempre. En la vida del chico todo se precipitó cuesta abajo desde que los médicos le dijeron que su madre no había sobrevivido al golpe en la cabeza. Su padre replicó con un penoso gemido y abandonó la habitación del hospital. Entonces se produjo la serie de cambios en su vida que le habían conducido directamente hasta la casa de su abuela, quien asentía a las palabras del padre con esfuerzo. Él sabía que su padre estaba desembarazándose de cualquier responsabilidad.

Sus recuerdos fueron interrumpidos por una muchacha que conducía una bicicleta y arrojaba un periódico en cada casa con habilidad. Lucía unos estrechos *jeans* claros y una camisa a cuadros amarillos y blancos anudada por encima de la cintura. Logan contempló aquellas piernas firmes mientras pedaleaban con determinación. La chica disminuyó en la distancia, y él lanzó un suspiro resignación, porque como le había dicho su padre en varias ocasiones, una mujer necesitaba un hombre completo.

Con aquel pensamiento alojándose en su mente, condujo su silla de ruedas por la acera y tomó el camino de acceso de la casa de su abuela. Ésta le dirigió una mirada de evaluación por encima del hombro de su padre. Con la destreza de quien llevaba dos años sobre una silla, giró con brusquedad por el flanco derecho de la casa. Se detuvo junto a un cobertizo cerrado con candado. El jardín trataba de sobrevivir a la falta de atención. La manguera dormitaba enrollada como una serpiente en una esquina de la casa, bajo un árbol. En el otro extremo del jardín había un grifo cuya boca estaba corroída por el óxido. A su lado, una palangana con una toalla asomando por los bordes.

Su semblante se ensombreció al pensar en cómo lo acogerían los chicos y chicas en la escuela. Si no lo considerarían como algo incompleto. De ese modo se consideraba Logan desde que se sentó por primera vez en la silla; incompleto.

La brisa cálida le acarició las mejillas y le removió su cabello negro.

—Qué fastidio.

Evocó de nuevo a la chica de la bicicleta, la repartidora del periódico. Había escuchado a su madre hablar acerca de ello, de cómo las personas repartían el periódico en pequeñas poblaciones como Past Grove. Sin embargo, uno nunca tomaba conciencia de aquella verdad hasta que la veía por primera vez. En Los Ángeles, lugar de procedencia de Logan, algo como eso era impensable.

Entonces oyó a su abuela que lo llamaba desde la parte delantera de la casa.

—¡Ya voy!

Empujó con los brazos el soporte de hierro que hacía rodar la silla, y al cabo de unos segundos, se topó con el rostro de aspecto derretido de su abuela, de pie en el porche. Lo miraba con curiosidad lastimosa. Las ojeras se hinchaban igual que dos bolsas repletas de agua. Su pelo gris se aplastaba contra el cráneo como finas hebras de lana. Sus labios pálidos estaban pegados entre sí como si hubiera pasado largo tiempo sin hablar.

—Estoy bien. Estoy acostumbrado —dijo, antes de que ella le expresara las mismas palabras de condolencia que todos hacían.

—Mejor, porque no quiero una carga más en mi vida. Ya terminé mi labor de criar personas —repuso con el ímpetu de un viejo general.

—Abuela —replicó Logan.

—Tu padre vendrá este fin de semana a colocar una rampa para la silla —agregó—. Mientras tanto, aprende a apañártelas tú solo. Estos dos años en esa maldita silla habrán bastado para que tengas tus propios recursos.

Logan abrió los ojos llenos de doloroso desconcierto, y las palabras que iba a decir quedaron encalladas en su garganta. La abuela se volvió y entró en la casa, tras un portazo que dejaba claro que no era bienvenido.

En todo caso, estaba en lo cierto, Logan había tenido tiempo suficiente para habituarse y aprender a valerse por sí mismo en los dos años anteriores. De hecho, una fuerte enemistad surgió entre él y la silla. Una de aquellas enemistades donde uno sabe que necesita lo que odia, como el alcohólico a su compañera la botella, o el ludópata a su amante repleta de luces tentadoras. Una dependencia que era necesaria para continuar el día a día. Eso fue lo que comprendió Logan la noche que unos chicos lo rodearon y lo despojaron de su

silla; liberado de ella no sintió la alegría de ser libre, sino que sufrió su pérdida cuando se vio inmovilizado en el suelo. Los chicos arrojaron la silla lejos de él y se marcharon entre risas. Una de las habituales anécdotas que acontecían cada día en Los Ángeles. Logan se arrastró hacia su vehículo metálico en un considerable esfuerzo. Cuando finalmente aferró el frío metal, sintió el corazón empequeñecerse en su pecho; había ido en busca de lo que más odiaba, de aquello que le permitía la movilidad como una maldición burlona. Escuchó noche tras noche en sus pesadillas aquella risa.

A día de hoy las pesadillas eran menos frecuentes. Pero la soledad y las risas de otros chicos permanecían como un frío témpano de hielo en su pecho.

Un chico incompleto.

La voz de su padre avanzó por los recovecos de su mente.

Mierda. Os odio.

Los alrededores se silenciaron de pronto en torno a Logan, y escuchó a lo lejos el rumor de los automóviles procedentes de las zonas más pobladas de Past Grove. Entonces se preguntó qué acontecimientos le esperaban.

Mientras los acontecimientos llegaban, contempló la casa en que pasaría el resto del verano. Y quizás más tiempo, pues sabía que si su padre encontraba favorable el tenerle lejos, era capaz de poner excusas para prolongar el tiempo de permanencia con su abuela. La casa tenía un tejado a dos aguas, donde las frecuentes lluvias de Past Grove se deslizaban con facilidad hasta los canalones. A ambos lados del porche se encontraban ventanas a modo de ojos amenazadores; sólo una tenía la cortina corrida, dando así la sensación de ser el rostro de un tuerto. Algunas malas hierbas trataban de apoderarse de los escalones del porche, la mayor parte de ellos en mal estado.

Experimentó entonces el deseo de ver a su padre pronto, para que dispusiera la rampa de acceso. Se aproximó hasta los escalones y aspiró profundamente con impotencia. Podría sentarse en el primer escalón y ascender uno a uno apoyándose en sus brazos. Pero alguien debía luego coger la silla y subirla. Supuso que su abuela no rechazaría esa tarea.

Así pues, inclinó su cuerpo hacia delante y se dejó caer con facilidad en el primero de los escalones. Cuando alcanzó el porche, su respiración era agitada. Los brazos estaban tensos por el esfuerzo. Miró por encima del hombro. La silenciosa puerta parecía que iba impedirle eternamente el paso. Una de tantas formas que tiene la vida de rechazarnos, pensó.

¡Abuela! ¡Ingrid!

La respuesta del viento fue la única que recibió. Repitió la llamada, esta vez con mayor determinación, y pronto oyó los pasos de

zapatillas que se arrastraban con desgana.

La puerta se abrió. El rostro de su abuela le escrutó desde la altura; Logan se encontraba sentado en el último escalón con la espalda encorvada. Las piernas quedaban estiradas en una triste parodia de abandono.

—¿Qué es esto? —dijo la abuela—. ¿Qué pretendes? Estoy preparando la comida. ¿Acaso no es eso suficiente para ti?

—¿Eh? Sí, claro. Pero, ¿cómo quieres que suba las escaleras del porche sin una rampa?

—Ya te he dicho que tu padre vendrá este fin de semana a colocar la rampa, porque no hay puerta posterior.

—¿Y mientras qué hago, espero aquí fuera? —inquirió el chico.

—No, supongo que no.

La anciana miró con desprecio la silla.

—Será mejor que estés tranquilo en casa, sin salir. A mi edad no puedo andar subiendo sillas tan pesadas.

Logan sintió un nudo de odio en el estómago, el cual perduró hasta incluso después de la comida. Unas patatas hervidas y col sin sabor alguno, no era precisamente lo que él consideraba una comilona.

Sentado sobre la silla de ruedas, a modo de condena en vida, se encontraba a la mesa, deseando que el plato de comida se vaciase por arte de magia. Y aunque se esmeraba en tragar todo lo rápido que podía, las patatas parecían brotar de nuevo en el plato.

—¿No te gusta la comida?

—Comida —murmuró Logan, removiendo las patatas con el tenedor.

—Pues es lo que hay en esta casa. Esto no es Los Ángeles.

—No hace falta que lo asegures —replicó.

—Será mejor que tengas un comportamiento correcto. Esto significa no replicarme y ser agradecido con la comida.

—A la orden, mi capitán —bromeó.

La mortecina luz de la salita apenas se derramaba sobre la mesa, sepultando por ello parte del rostro de la anciana, cuyos labios se estremecieron de manera horrible cuando resopló de indignación. Portaba un vestido gris bajo una rebeca negra de punto. Las mandíbulas se quejaban en su artritis al masticar las patatas mezcladas con col. Logan vislumbró tras los ojos de la vieja la señal del verdadero dolor. Dolor reservado a los culpables y a los condenados. Pese a ello, también percibió la satisfacción de quien se había librado de una pesada carga.

Tras comer todo, el chico depositó el plato con los cubiertos sobre su regazo y se dirigió a la cocina por pasillos enterrados en oscuridad.

Los azulejos de la cocina reflejaban abandono, salpicados por

manchas de aceite tan densas y duraderas que las patatas se removieron en los intestinos del muchacho. La mesa del rincón se encontraba sembrada de restos de queso en mal estado. Una puerta abierta daba al patio, y el hedor a basura corrompida se deslizaba hacia la cocina.

Se acercó a la pila de platos sucios. Decidió fregar su propio plato y los cubiertos, cuando de repente fue roto el silencio por la voz de su abuela, quien le ordenaba que dejara todo y no se molestase en fregar. La voz pareció cortar el aire enrarecido de la casa.

—Mierda —bufó, dejando los platos en la pila. Volvió su mirada hacia el suelo; una de las piezas de azulejo había desaparecido y dejaba al descubierto una diminuta caverna por la cual asomaba el hocico de una rata. Pensó que husmeaba al nuevo residente de la casa—. Vaya mierda de casa.

Giró la silla en el poco espacio de la cocina y la abandonó con la pregunta de cómo sería la habitación en que dormiría.

Pasó por la salita, donde su abuela todavía se hallaba a la mesa, cabizbaja y con el semblante de una momia. Continuó por el pasillo, tan frío y oscuro que experimentó claustrofobia. Se detuvo frente a una puerta cerrada con candado.

—Qué rara es mi abuela, joder. Mierda.

Zarandeó el candado corroído por el óxido. El frío del metal recorrió su cuerpo como una descarga eléctrica. Cuando lo soltó, un chasquido metálico recorrió el pasillo. Una voz llamaba a Logan desde la lejanía, pero éste se encontraba petrificado con la vista en la puerta. Extendió la mano para tocarla y, cuando faltaban escasos centímetros para esto, unos pasos resonaron por el pasillo.

—¿Qué haces ahí parado? ¿Crees que estás en tu casa y que puedes andar por donde se te antoje?

Logan desvió su mirada hacia la abuela, quien tenía los labios apretados y casi habían desaparecido tras cientos de surcos en la piel. Los ojos bien abiertos parecían irradiar una vieja rabia que retornaba. El moño se había deshecho parcialmente y parte de las hebras grasientas descansaban sobre sus hombros como algas.

—Perdón. Pensaba que era mi cuarto —se excusó.

—¿No ves el candado?

El chico fijó de nuevo su vista en el candado, el cual se mecía lanzando al silencio un chirrido lastimero.

—Pensé que tenías una llave para mí —agregó a su excusa.

—¡No! Maldita sea. ¡No! —Ingrid abrió su boca reseca, sacó una lengua parda que se desenrolló a gran velocidad, como un pito espantasuegras, y de cuya punta afloraba una horrenda fístula.

Logan pegó su espalda todo lo que pudo al respaldo para alejarse de aquella visión.

—Tu cuarto es el siguiente —graznó la vieja.

—Sí, sí. —El chico trató de mirar hacia el lado que ella le indicaba con el dedo largo y nudoso, pero su cuello no reaccionó. Y sus ojos permanecieron pétreos, contemplando a su abuela, quien parecía haberse convertido en un espectro, con un rostro pálido enmarcado por la negrura. Los ojos se habían empequeñecido en las cuencas, mirando a Logan desde las profundidades de su averno particular.

El dedo amenazador continuó su recorrido hasta que se posó en la madera de la puerta de al lado y la golpeó.

—Ésta y sólo ésta es tu habitación. Aquí dormirás, estudiarás y pasarás casi todo el tiempo. Lo último que necesito es a un jovenzuelo husmeando en mi casa.

—Bien —dijo Logan, tragando saliva.

Ingrid se abrió paso por la oscuridad del pasillo, esquivando la silla de ruedas. Frente a la puerta, cogió el pomo y empujó.

—Y no tengas todo el día la luz encendida. El dinero no me llueve del cielo. —Después de esto, dio la espalda a Logan y se deslizó por el pasillo como un fantasma encadenado a la vida.

Cuando tuvo la presencia de su abuela lejos, dirigió su atención al cuarto. La poca luz que se filtraba por los resquicios de la ventana, apenas lograba arañar la oscuridad que sepultaba la habitación. La maleta que había traído estaba encima de la raída manta que cubría la cama, al lado la mesita donde dormitaba una sencilla lámpara de noche. Un viejo armario asomaba de la pared amenazando con derrumbarse.

Al entrar y abrir una de las portezuelas de madera, se vio sorprendido por una familia de cucarachas arrinconada que se deslizaba animosa sobre restos de pan enmohecido.

—Mierda.

Cerró con un portazo, lo que condujo a que el armario vibrara. Antes de dejar su ropa dentro debería limpiar. Y por lo que había visto hasta ahora en la casa, tendría que limpiar concienzudamente.

Abrió las dos alas de madera de la ventana. El sol irrumpió cegador y arrinconó las tinieblas. La luz reveló nuevas señales de abandono que habían permanecido durante años en suelo y paredes; mullidas capas de polvo cubrían los muebles e incluso la manta. Una moqueta asomaba bajo la cama enterrada por un denso velo polvoriento. De hecho, la maleta misma que contenía su ropa parecía formar ahora parte del decorado, recibiendo las partículas de polvo que danzaban en el aire.

En un rincón había un mueble antiguo, el cual despertó la curiosidad de Logan, cuyo único decorado no era más que la horrenda monotonía del polvo, como un estéril desierto de millas de distancia.

Logan recordó los habitantes de la cocina, y desplazó su mirada

por los rodapiés de madera en busca de cualquier agujero. Por fortuna nadie más parecía habitar en el cuarto. Pese a que no era amante de la soledad, por aquella vez agradeció ese hecho.

Una hora después, el cielo se tornó cobrizo y el arco del sol desaparecía tras las montañas del horizonte. Logan se encontraba en silencio, contemplando el fuego que salpicaba el cielo. Con resignación meditaba acerca de lo malo que era verse obligado a pasar la noche en ese cuarto. Hacía veinte minutos que había regresado de la salita, de hablar con su abuela. Trató de convencerla de que le permitiera dormir en cualquier otro lugar. Pero ella rechazó de inmediato la idea. Le dijo que no había más habitaciones. Logan preguntó entonces por el cuarto del candado y advirtió que las facciones de la anciana cobraran una nueva rabia desconocida. Así que terminó por aceptar la única habitación de la casa disponible para él.

Luego pidió permiso para al menos poder acondicionar el cuarto, a lo que la abuela no puso ningún impedimento. De modo que cogió de su maleta algunos de los pañuelos que acostumbraba a usar y aplastó una a una las cucarachas que durante años habían invadido el armario. Usó una escobilla para barrer el suelo lo mejor que sus limitaciones físicas le permitían. Fue a la cocina y arrojó todo a la basura, con especial cuidado de que no volcara el cubo debido al peso de los desperdicios que ya soportaba.

Ahora, en una habitación más limpia, se apartó de la ventana y con pericia se sentó sobre la cama.

Miles de diminutas luces se encendieron en Past Grove, enmarcadas en la ventana como un bello retrato nocturno.

Capítulo 2

Logan permanecía con los ojos abiertos y fijos en el techo. Pese a que el silencio que procedía del exterior era propicio para conciliar el sueño, los pequeños habitantes de la casa corrían sobre la madera del desván, impidiéndole dormir.

Se despojó de la manta. Aunque ésta estaba en mejores condiciones después de la limpieza, prefería sentir la fresca brisa que penetraba por la ventana y reconfortarse en ella. Al menos algo bueno tenía la noche de Past Grove, pensó. Por otro lado, sabía que los roedores de la casa no le permitirían pegar ojo.

En ocasiones había notado el tamaño que cobraba el armario envuelto en sombras, y escuchado cómo éste se estremecía por la brisa, que sumado al rumor de los ratones, formaba una molesta sonata que maltrataba los oídos de Logan.

No pudo eliminar el hedor a cuarto cerrado porque su abuela Ingrid no disponía de ambientadores, cosa que había advertido en el preciso instante que traspasó la puerta principal.

Entonces, para añadir mayor malestar a la noche, comenzó a sonar en alguna parte una canción de los cincuenta. Él no identificó a quién pertenecía; sus gustos musicales estaban lejos de aquellos años. Aun así, escuchó con suma curiosidad la entusiasta voz femenina que entonaba un ritmo pegadizo.

—¿Qué mierda pasa ahora?

Se incorporó con los párpados cubriéndole parte de los ojos. Las piernas eran dos extremidades muertas sobre la cama. Aspiró el aire enrarecido que empezaba a ocuparlo todo.

La canción llenó lentamente las cuatro paredes, salvo que no provenía del exterior por un vecino desconsiderado. Logan comprendió con horror que la canción brotaba del mueble, cuya cerradura sin llave era como un túnel negro. Y la música continuó aumentando de volumen, acompañada por el característico ruido de aguja sobre el vinilo.

Logan miró en todas direcciones, cuando el sonido le envolvió con su caparazón vibratorio.

—¿Hola? —se aventuró a decir en su absurdo temor, el cual le oprimía el pecho igual que una pesada roca—. No puede ser, mierda. Hay un puto tocadiscos dentro del mueble. ¿Cómo se ha puesto en marcha solo?

La silla le esperaba junto a la cama. Experimentó el impulso de

acercarse al mueble y golpearlo hasta que lo que tuviera dentro se silenciara.

Extendió el brazo para atraer hasta sí la silla, posó su mano en el frío metal y entonces recibió una súbita sacudida que le obligó a retirar la mano.

—¡Mierda! —El grito nació de su garganta cuando la silla se alejó y chocó contra la pared—. ¡Mi silla!

Rememoró la escena en Los Ángeles, aquella en que los chicos lo abandonaron a su suerte entre risas burlonas.

Extendió las dos manos con la intención de sentirse próximo de lo que más odiaba, maldiciendo su discapacidad física, maldiciendo a su madre por haberlo dejado tras la muerte, y a su padre, quien lo había dejado en la casa de una abuela a la que apenas conocía. Trató de llegar a una de las ruedas de la silla, pero ahora quedaba fuera de su alcance.

Las voces de los chicos de Los Ángeles comenzaron a escucharse por encima de la canción de los cincuenta.

Logan dirigió sus ojos a todos los rincones.

Las risas se convirtieron en un tormento doloroso que le arañaba el alma, eran frías hojas de acero. Su corazón botaba rabioso en su pecho. La piel rezumaba el sudor del miedo y la respiración se tornó dificultosa, como si dos manos le comprimieran la garganta, impidiendo a su vez que otro grito de horror abandonara su pecho.

Agarrotó las manos lleno de odio. Las voces se movían en torno a él como insectos zumbantes.

—¡¡Mierda!!

Se arrojó al suelo y se arrastró hacia la silla. Detener el disco que estaba seguro sonaba dentro del mueble se convirtió en su primera necesidad; con eso pensaba que las risas infernales se detendrían. Las gotas de sudor le acompañaron en su esfuerzo por alcanzar su trono maldito. Aferró con determinación la parte superior de una rueda, se colocó en posición de tomar asiento y ascendió la configuración de metales que constituían la silla, de igual modo que un escalador toma posesión de la cima de una montaña.

Sentado en la silla, con el rostro brillante de sudor y su pecho comprimido por la falta de oxígeno, miró con asombro el mueble. La animosa canción continuaba danzando en el aire, la enérgica voz femenina entonaba ahora el estribillo acompañado por un coro de voces.

De pronto las risas de los chicos desaparecieron y dejaron lugar a una única voz femenina.

—Eres un miedica. Sólo es una canción. —La voz tenía la suave cadencia de una adolescente.

Logan se hundió en la silla, buscando protección. Tras el profundo

silencio que vino después, sólo llegó a escuchar los latidos de su corazón acompañados por jadeos. El muchacho parecía arañar el aire con la necesidad de aspirarlo todo.

—¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado? —dijo al silencio, al tiempo que recuperaba el control de sus emociones.

El suelo quedaba bañado por el resplandor de la luna y revelaba sus gotas de sudor, como pasos de alguna criatura diminuta.

—¿Hola?

El silencio era tan denso que se escuchaban los gemidos de la madera, la brisa en su canto particular, así como una congregación de grillos estallando en el jardín.

—¿A quién mierda pregunto? Parezco idiota.

Sus hombros se hundieron avergonzados y arrimó la silla junto a la cama. Haciendo uso de los brazos se desplazó al colchón, cuya dureza advertía por primera vez, como otro de los problemas que le acompañarían en la permanencia en la casa de su abuela.

Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, pero en cuanto la oscuridad se presentó frente a sus párpados, los abrió de nuevo con la esperanza de recibir el resplandor de la luna. Por lo menos los roedores del desván también se habían asustado y dejado de corretear, pensó.

Tras un resoplido de enojo se incorporó en la cama. Se limpió el resto de sudor mientras escrutaba el mueble. Mañana preguntaría a su abuela dónde estaba la llave que lo abría. Se dejó caer en la almohada y una idea se deslizó entre los pensamientos; si su abuela se negaba a darle la llave, la buscaría por sí mismo por toda la casa.

Los grillos acompañaron con su recital al insomnio de Logan.

Capítulo 3

El viernes 23 de mayo de 1980 amaneció soleado. Pero ello no indujo al chico a que se encontrase mejor. Había pasado la noche en vela, no sólo por una cuestión de ruidos, sino por los restos de temor que permanecieron en Logan como pequeñas hormigas caminando sobre su piel.

Los rayos del sol atravesaban la ventana y se depositaban en la habitación.

—Qué lata.

Comenzaron a oírse golpes procedentes del exterior.

—Más ruidos, mierda.

Desvió su mirada hacia la ventana empujado por la curiosidad. Una golondrina se encontraba en la repisa. Eran las particularidades de los pueblos pequeños, pensó. Aunque no había dormido, se incorporó en la cama, se restregó los ojos con el dorso de la mano y arrimó la silla. Cuando se hubo sentado, giró la silla, pero la golondrina había levantado el vuelo. Se acercó y se asomó en busca de lo que producía el sonido que Logan no identificaba.

En el jardín, su abuela sostenía un hacha con ambas manos. Asestaba enérgicos golpes a troncos de leña colocados sobre un tocón. A un lado se apilaba la leña en centenares de pequeños fragmentos. Alzó una vez más el hacha y dibujó un arco decreciente que chocó contra el tronco, abriéndose en dos con facilidad. La rabia se reflejaba en el rostro de Ingrid en el momento del impacto.

Logan se distanció de la ventana y, a causa del poco espacio de maniobra, chocó contra el mueble del que había brotado la canción. Aquello le recordó que debía preguntar a su abuela si era posible disponer de la llave.

Antes de abandonar el cuarto, dirigió una última mirada de recelo al mueble.

Cuando rodaba por el pasillo, vio entrar a la anciana ataviada con ropajes de trabajo. El sudor acentuaba la vejez de su piel, y las gotas se reunieron en la barbilla, desde allí fueron a parar al suelo de madera. En las manos transportaba varios pedazos de madera. Hizo caso omiso a la presencia de Logan y entró en la salita. Arrojó la leña al interior de la chimenea, en la cual comenzaba a avivarse un cálido fuego.

El chico detuvo la silla junto a la puerta mientras la contemplaba sacudiendo el fuego con el atizador.

Hola.

La anciana se volvió lentamente, como una enorme máquina aparatosa que ya había vivido sus mejores tiempos. Por su expresión, Logan pensó que ella le amonestaría por la música de la pasada noche. Pero se limitó a hacer un gesto de asentimiento y regresó a su fuego. Su cara estaba parcialmente enterrada en las sombras danzantes que procedían del fuego, cuyas lenguas trepaban por los troncos más grandes. Gimió de dolor al tiempo que se agachaba.

La dejó con su fuego, puesto que no parecía tener nada más que decirle.

Puso rumbo al baño. Si había pensado que éste era el lugar predilecto de las mujeres, donde se adornaban y revelaban sus mayores encantos, en aquella casa no era así. El habitáculo añadía una nueva definición de suciedad. El espejo presentaba manchas tan viejas que habían quedado adheridas a él. El agua corrompida de la bañera formaba una película inmóvil, tan densa como el cuero; aunque Logan no vio el sumidero, hacía tiempo que no efectuaba su labor, porque se encontraba bajo capas de suciedad que había adquirido la consistencia de la gelatina. El espejo apoyado en la pared reflejó la mueca de repugnancia que tomaba forma en su cara. Una toalla raída y repleta de manchas pendía del soporte oxidado. En el retrete había desaparecido la tapa, y el resto parecía haber sufrido de miles de picaduras de insectos. Zonas de pared carecían de azulejos; el tiempo había dejado al descubierto el cemento y las tuberías reptaban por encima como venas hinchadas. Se preguntó dónde se aseaba su abuela, si acaso lo hacía.

Entonces recordó la palangana que había junto al grifo del jardín. Y pensó en cómo salir de la casa sin la rampa de acceso. Desmoralizado, finalmente fue a su cuarto y usó los pañuelos para limpiarse la cara. Se acercó a la ventana y dejó que el sol le bañara su piel y permaneció así durante cinco minutos.

Con los intestinos gritando, se dirigió a la cocina en busca de algo que ingerir. En Los Ángeles solía tomar un copioso desayuno; copos de trigo inundados en leche y cacao. Sin embargo, cuando abrió la nevera, supo de inmediato que aquello había terminado. La nevera consistía en cuatro anaqueles repletos únicamente de carne. Las etiquetas rezaban carne de cordero, carne de cerdo, y de ternera. Ni por asomo se le ocurrió a Logan abrir el congelador en busca de cremoso helado. Sin duda su dieta iba a cambiar a peor. Al menos su madre habría estado orgullosa de ello, porque acostumbraba a sugerirle que había mejores formas de empezar el día para un chico que estaba creciendo.

Con un resoplido de disgusto cerró la nevera y echó un vistazo a los diferentes armarios. Cogió el tirador del primero sólo con dos

dedos y una mueca de asco pintada en el rostro. De un día para otro, la cocina parecía haber aumentado en suciedad. Lo confirmaba el pequeño visitante peludo que observaba a Logan desde la repisa de la ventana del patio.

—¡Mierda! —rugió cuando reparó en la presencia del roedor.

Entonces su estómago se cerró y el apetito quedó reducido a sueños del pasado. El resto de armarios se encontraba fuera de su alcance. No obstante, con los que había visto hasta ahora, no era probable que la abuela Ingrid tuviera comida para chicos de su edad.

La pila de platos del día anterior —y del resto de días—, se encontraba dentro de un enorme cubo lleno de agua situado en un extremo del patio.

Desde la salita llegaron los sollozos de la anciana. Logan se olvidó del inquilino de la cocina y abrió los ojos llenos de desconcierto. Rodó la silla hasta la puerta y asomó la cabeza en dirección a la salita, donde la vio sentada en una butaca. El fuego había aumentado la temperatura y vuelto más acogedora la estancia, pese a que la luz permanecía apagada y la escasa iluminación provenía sólo de la hoguera. Logan pensó que al menos de ese modo no se veían las manchas en el suelo y en la mesa.

La anciana tenía sobre el regazo una cajita de madera, de la que había sacado la veintena de fotos que sostenía entre sus manos nudosas, sin saber en cuál de ellas poner mayor atención. Sus ojos lagrimosos se agitaban con rapidez. Los sollozos se intensificaron cuando la abuela detuvo su vista en una foto en especial.

Logan se preguntó qué mostraba la fotografía.

—¿Abuela, pasa algo?

La anciana desvió su atención hacia el chico, y éste pronto advirtió que las lágrimas se habían secado y ahora los ojos rezumaban un feroz brillo.

—¿Qué haces ahí parado? ¿Estás espiando?

—No, no, claro que no.

—¿Los chicos de ahora no tenéis nada que hacer? ¿No vas a la escuela?

—Claro que voy a la escuela.

—¿Pues a qué esperas? Lárgate y déjame en paz.

Aquellas palabras mecieron todo el cuerpo de Logan, al menos las partes que continuaban con vida en él.

—Había escuchado sollozos.

—Qué tontería. Las lágrimas se secaron hace años en esta casa. Vete y deja que consuma mi tiempo en paz.

Logan apretó con fuerza los dientes hasta que experimentó dolor.

—Como quieras —replicó de mala gana. A continuación giró la silla y rodó por el pasillo en penumbra hasta la puerta principal.

Extendió la mano para abrirla.

La luz del sol penetró durante unos segundos en el vestíbulo, aportando parte de su calor, haciéndole olvidar la suciedad e insólita atmósfera que se cernía sobre la casa.

Al salir al porche recordó con rabia que la rampa aún no había sido colocada.

—¡No hay rampa! ¿Cómo quieres que baje las escaleras? ¡No puedo andar!

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como despojos de dolor.

Entonces, en medio de sus problemas, vio de nuevo pasar a la adolescente en la bici. Lanzaba un periódico a cada puerta con la puntería de un *pitcher*. Esperó con expectación a que la muchacha arrojara el respectivo periódico en la casa de su abuela. Sin embargo, ella pasó de largo como el día anterior.

—Nadie quiere detenerse en esta casa —dijo para sus adentros—. Tengo que estar encerrado en esta prisión hasta que venga mi padre a poner la rampa. Mierda.

Regresó al interior de la casa, dejando atrás la luz. El pasillo se extendía frente a Logan angosto y penoso. Fue sorprendido por dos cucarachas enormes que corrían por el suelo y que entraron a la cocina. Tras el velo de silencio volvió a oír los gimoteos de la anciana.

Aferró los rebordes para empujar y condujo la silla hacia la salita. El fuego cobraba intensidad y había convertido la estancia en un infierno de calor. Ingrid continuaba sentada con los ojos vidriosos puestos en las fotos.

Entonces fue cuando Logan recordó que su madre, en ocasiones, le explicaba que había tenido una hermana pequeña que desapareció en extrañas circunstancias.

—Mi madre me lo contó cuando yo era un niño. Lo recuerdo.

Ingrid lo miró con su rostro marcado por la turbación.

—¿De qué hablas? ¿Aún estás ahí?

—¿Adónde quieres que vaya sin una rampa por la que descender? No puedo bajar solo los siete escalones del porche.

—Zoquete del demonio. ¿Qué te ha contado tu madre, que en paz descanse?

—Lo de tía Alice.

Las facciones de la anciana se detuvieron y los globos oculares aumentaron dentro de sus órbitas. Un extraño gemido emergía de su garganta, igual que el aullido del viento deslizándose por viejas tuberías. Luego sus dedos maltrataron la foto que había estado contemplando.

—No existe nadie llamado tía Alice.

—Pues no sé. No importa en realidad. Pero mi madre me contó que desapareció y nunca la encontraron.

Aunque no me extraña viendo esta casa.

Pero esto último no brotó de sus labios; quedó como una de esas opiniones nocivas que flotan eternamente en los pensamientos. Evitó que su abuela la oyera.

—Te repito que no hay ninguna Alice. —La foto en su mano empezó a crujir encerrada por una mano agarrotada como la garra de un cuervo.

De pronto Logan evocó el mueble y su experiencia durante la noche.

—Abuela, una última cosa.

—¿Qué ocurre ahora? —La voz amenazó como el relámpago en una tormenta.

Eludió el tema de la canción y fue al grano.

—Hay un mueble en mi cuarto. Tiene una pequeña cerradura que...

—¿Tu cuarto? Qué observación tan errónea. No es tu cuarto. Sólo eres un inquilino al que me he visto obligada a acoger. Aquí no hay nada tuyo, Logan. No eres más que un huérfano.

Los brazos de Logan se tensaron, eran dos extremidades de acero. Contuvo la respiración.

—¿Qué mierda te pasa? No sé qué mierda te pasa, pero yo no te he faltado el respeto.

Cerró las manos con fuerza en torno a los rebordes y rodó hacia el porche sin control. El pasillo quedó atrás a gran velocidad. La luz enmarcada en la puerta era su meta, pero no vio el precipicio después de los escalones cuando el sol lo cegó.

—¡AH!

Se precipitó hacia abajo cuando las pequeñas ruedas delanteras no encontraron el apoyo. Tras varios golpes en las piernas que no sintió, quedó sepultado bajo la silla de ruedas. Hizo acopio de valor para retener la lágrima que asomaba por la comisura de un ojo.

—Os odio a todos.

Arañó la tierra del camino de acceso. Liberó la otra mano encallada bajo una vara metálica de la silla, y con ésta se apartó de encima la bestia de hierro que lo había condenado a su inmovilidad. Su amiga de hierro, pensó.

Permaneció tumbado en el suelo con la vista fija en el cielo. El sol quedó oculto por un grupo de nubes y las sombras alcanzaron la casa de la abuela. Aquellas sombras reflejaban correctamente lo que había dentro de la casa y lo que había conducido hasta ahora la vida de Logan.

—Por lo menos he salido de la casa sin la rampa.

Escupió una risotada y experimentó un dolor punzante en el vientre. Se incorporó con desgana. La silla lo esperaba a escasos centímetros como siempre lo había hecho. Resolló con enojo y trepó por ella hasta quedar sentado, con las piernas colocadas en las pisaderas.

—Qué rabia.

Miró por encima del hombro. Su abuela ni siquiera había aparecido para ver por qué había gritado, ni preguntado cómo se encontraba.

—¿Qué mierda le pasará a esa vieja?

Su madre nunca le había mencionado que Ingrid fuera tan desagradable. Con aquel recuerdo en su cabeza se deslizó por la acera y dejó atrás la casa.

Avanzó por Cobber Road, era donde se alzaba la propiedad de su abuela. Llegó a Village Road, un largo camino de tierra flanqueado por casas variopintas cuyos propietarios parecían inmiscuidos en la vida privada de un pueblo rural.

Un hombre con pantalones de pana y camisa desabrochada, regañaba a una niña con unos mofletes que le conferían al rostro una graciosa bondad. A medida que se acercaba a ellos, escuchó algo referente a un helado que había quitado a su hermano más pequeño, quien sonreía satisfecho junto a las faldas de la madre, que se protegía del sol en el porche; ésta mostraba los brazos cruzados en una posición de disgusto.

Logan avanzó pesadamente y dejó atrás la regañina. El sol quedó de repente ocultado detrás de un gran edificio. El letrero rezaba Institución Morris. Y tras la verja de acero crecían árboles en torno a una fuente que lanzaba agua eternamente. En las ventanas se recortaban las figuras de estudiantes bien uniformados. En otra de las ventanas, una mujer abrazada por volutas de humo procedente del cigarrillo, contemplaba el patio.

Detrás de la institución le llegaban los jadeos de dos mujeres que jugaban al tenis. Una pareja de hombres admiraba el partido con expectación. La propietaria de una gran casa rodeada por un seto, limpiaba los cristales de las ventanas frontales. El marido arrojaba el chorro de agua de la manguera sobre la carrocería de un Buick rojo, mientras dos niñas corrían en derredor del coche con sus ropas salpicadas por el agua que en ocasiones el padre les echaba.

En ocasiones caminaba por Los Ángeles —cuando la vida aún no le había arrebatado sus piernas—, sin alejarse de las inmediaciones de su vivienda, porque por la gran cantidad de violencia que reunía la ciudad, su madre no le permitía alejarse demasiado. De hecho, ella atisbaba de cuando en cuando por la ventana para cerciorarse de que no traspasaba el límite impuesto: unos edificios abandonados que

tiempo atrás habían lucido espléndidos hasta el cielo, pero que ahora no eran más que estériles esqueletos de cemento, donde la luz rehusaba posarse.

Sin embargo, Past Grove parecía irradiar alegría a sus habitantes. Tras una valla de estacas había tendidos unos manteles sobre los que dormitaban recipientes con alimentos. En torno había una familia sentada en el suelo, disfrutando de las risas de los niños y los ladridos de un perro.

Pero fue en el final de Village Road, frente a una tienda de comestibles, que vio a dos chicos de su edad detenidos encima de sus bicicletas al tanto que conversaban animosamente. Ambos se hallaban bajo una farola de doble foco, pero que todavía no proyectaba su luz en el pavimento. Uno de ellos lucía un abundante cabello rubio que le cubría las orejas.

Logan se dirigió hacia ellos, dubitativo. Por la silla de ruedas había sufrido el rechazo de algunos chicos y desde entonces optaba por la precaución.

Uno de los chicos, desgarbado y con una mochila a la espalda, puso su atención en Logan, quien se detuvo de pronto. Al reparar que sus caras no reflejaban rechazo, siguió empujando la silla. El rubio sumó su mirada.

—Hola.

—Hola, chicos —dijo Logan. Ahora que los tenía más cerca, comprobó que eran menores que él.

—No te hemos visto nunca por aquí.

—¿Y qué?

—Aquí en el pueblo nos conocemos todos —añadió el otro muchacho de pelo moreno y rizado, que le caía encima de las gafas—. Soy Mark, y éste es Danny.

—Hola —dijo Danny, el chico rubio.

—Yo me llamo Logan —dijo—. ¿Qué hacéis por aquí para divertiros? En Los Ángeles hay de todo.

—¿Vienes de Los Ángeles? —preguntó Mark—. ¿Qué haces tan lejos?

Logan desvió la mirada.

—Es una historia muy larga.

—Ahm... —Mark descendió su vista hasta las piernas—. ¿Qué te pasó?

—Un accidente de coche.

—Lo sentimos —se apresuró a decir Mark.

—Sí —añadió Danny.

—No pasa nada. En realidad no me gusta que se apenen de mí.

—Pues no lo haremos —dijo Mark, esbozando una sonrisa amable—. ¿Y se puede saber dónde vives?

—Con mi abuela.

—Bien.

—Ahora nos tenemos que ir —intervino Danny—, pero otro día podemos quedar, si quieres.

—Espera —le dijo Mark extendiendo el brazo.

—¿Por qué? —inquirió Danny—. Ella no pasará por aquí otra vez. Ya ha dejado los periódicos.

—¿Os referís a la chica que va lanzando el periódico en las casas? En la bicicleta.

Ambos chicos se miraron; Danny cobró interés y preguntó:

—¿Conoces a Suzie?

Los ojos de Mark llenaron su diminuta cara de nariz aguileña.

—No, pero la he visto pasar por la casa de mi abuela. Aunque a ella no le ha dejado el periódico. Es raro.

—¿Quieres decir que vives con la abuela asesina? —preguntaron al unísono.

—¿Eh? —El corazón se detuvo en el pecho de Logan.

—No jodas, tío —graznó Danny.

—¿Qué mierda estáis diciendo?

—Tranquilo, no queríamos enfadarte —se disculpó Mark—. Pero por aquí circulan muchas viejas historias, y una es ésa.

Un interrogante asomó en la cara de Logan.

—Acabo de llegar.

—Se nota, tío —dijo Danny—. Yo en tu lugar saldría de esa casa, hoy mismo.

—Calla —le dijo Mark—. No le hagas caso a Danny, es más pequeño y tiene mucha imaginación.

—No es cierto —replicó—. Mi padre dice que ella tenía tu edad, Mark.

—¿Quién?

—¿Pues quién va a ser, tío? ¡Ella!

—Quince años —susurró Mark.

Así supo Logan que ambos eran más pequeños que él, que tenía diecisiete años.

—Creo que me he perdido hablando de tantas personas. ¿Quién es la chica de los quince años, y quién es la chica de la bicicleta?

—La chica de la bici también tiene quince años. Quince buenazos años, ¿eh, Mark?

—Mierda, no mezclar los temas —rugió Logan. Luego, cuando vio la expresión de desconcierto de los chicos, se disculpó.

En la izquierda, un camino de tierra conducía a varias granjas y tras ellas se erguía una iglesia. Logan contempló todo aquello mientras en su mente no dejaba de zumbar un letrero de neón que decía la vieja asesina.

—Si quieres saber la historia, ¿por qué no le preguntas a tu abuela? —dijo Mark colocándose las gafas correctamente.

Logan guardó silencio. Mark vestía vaqueros y camisa con mosaico rojo y blanco. Los pantalones de Danny estaban sembrados por manchas de chocolate, y su camiseta estaba adornada por recuerdos similares de una buena comilona.

—No creo que me responda. Además, las viejas historias son siempre tonterías.

—¡Para nada! En este pueblo las verdades se convierten en historias —repuso Danny—. Pregúntale y verás cómo confiesa que mató a una de sus hijas. La que desapareció.

—No digas tonterías, Danny. Si nunca confesó en el pasado, tampoco lo hará ahora. Y mucho menos a su nieto.

Logan los miraba perplejo. Un hormigueo cobraba vida en su interior, lo que le obligó a buscar en su cabeza alguna pregunta que desviara la conversación de todo aquello. Su abuela podía ser endemoniadamente rara, pero nunca una asesina. Su madre se lo habría contado.

—Bueno, y ¿qué pasa con la otra chica de quince años?

—¿Con Suzie? Que Mark está enamorado y ha conseguido poner un micrófono en su habitación para espiarla. Está hecho todo un agente de la CIA. Aunque reconozco que tiene un cuerpo genial. A mí me dice que soy un crío. ¿Qué sabrá ella?

—Calla, Danny.

—Ya veo cómo lo pasáis bien en este pueblo —dijo Logan mirando de soslayo a Mark, cuyo rostro había adoptado un tono rojo.

—El tío es un manitas con los circuitos electrónicos. Aunque será mejor que pare si no quiero ganarme un tortazo.

—Exacto —replicó Mark.

Logan pintó una sonrisa. Le parecían unos buenos chicos, al menos no parecía importarles que él fuera un hombre incompleto.

—Qué barullo de temas. Pero una noche podemos contarte la historia que corre por aquí. Creo que como nuevo habitante de Past Grove, tienes derecho a saber qué se cuece.

—Sí..., bueno, tal vez en otra ocasión. Además, ¿no es día de clases, hoy viernes?

—Claro, pero hemos hecho novillos —reconoció Danny con una sonrisa que le llenaba la cara.

—Fue algo que nunca se demostró, así que tranquilo —dijo Mark, retomando el asunto—. Ahora tenemos que irnos. Queremos probar una cosa.

—Sí, queremos escuchar a Suzie cómo jadea por amor —rio Danny—. Oh sí, Mark, cariño, dame lo mío. —Luego salió disparado por Village Road y se empequeñeció en la distancia seguido por sus risas.

—Es un puto crío. Pero es un buen amigo.

—Eso parece, tranquilo —concedió Logan—. Pero la verdad es que sí que tiene buenos muslos la chica.

—Muy cierto —se ruborizó Mark—. En fin. Ya nos veremos. Eh, pero... cuando quedemos, no será en casa de tu abuela...

—Mejor.

—De acuerdo, entonces —expresó su claro alivio e impulsó su bicicleta—. Encantado de conocerte, Logan.

—Lo mismo digo —murmuró.

Haciendo novillos, pensó. Luego reflexionó acerca de lo próximo que estaba el verano; tal vez pudiera evitar matricularse este año, puesto que para dos meses de clase que quedaban a lo sumo...

Aquello aligeró su pesadumbre y, de regreso a casa, sonó repetidas veces el nombre de Suzie en su cabeza.

Durante el camino, su atención se desvió hacia una gran casa cercada por una valla de estacas. En una de las numerosas ventanas se recortaba la figura de la chica de la bicicleta. Sostenía en la mano un teléfono al tiempo que arrojaba al aire sonoras carcajadas. Pero lo que desconcertó a Logan, fue ver a los dos muchachos agazapados detrás de unos arbustos frondosos; observaban a la chica. Suzie, pensó. Con una sonrisa pintada en su rostro, continuó su camino. No quería ser el motivo de que su plan de espionaje adolescente fracasara. Tal vez, Past Grove fuera un lugar interesante donde pasar el verano. Aquella idea se diluyó como azucarillo en el café cuando accionó el freno de la silla. Frente a él, se erguía la casa de la abuela.

La sonrisa de su cara fue sustituida por la incertidumbre. ¿Sería buena idea preguntarle a Ingrid más cosas sobre tía Alice? ¿Puede una madre asesinar a sangre fría a su propia hija?

Capítulo 4

El cajón de la máquina registradora emergió de pronto como una lengua de metal, a la espera de que Carol Husman depositara los seis dólares que el cliente le entregó.

—Tenga, señor McBain —le dijo ella, dándole el cambio.

El señor McBain lucía de nuevo su bigote forestal cuyos pelos acariciaban parte del labio superior, como si ello le produjera algún placer inconfesable. Sus ojos se encontraban parcialmente aumentados tras el grueso vidrio de las gafas. Cuando aceptó los cuarenta y tres centavos, extendió una sonrisa que dejó a la vista una dentadura carente de tres piezas, concediendo a su rostro un aspecto lamentable. Aferró las bolsas de la compra y abandonó la tienda de comestibles más popular de Past Grove.

Carol, en cambio, se resignó a terminar su jornada de trabajo, que se alargaría hasta bien entradas las ocho. Se centró el delantal amarillo que la empresa obligaba a llevar a las trabajadoras. Claro que la naturaleza no había concedido unos enormes bustos al resto de empleadas, y la talla única comenzaba a resultarle un problema. El señor Berryman sólo contrataba a señoras de buen aspecto, cosa que le había dado en el pueblo el apodo de “Bribón”. El nylon del delantal se curvaba por encima de la cintura de Carol, conteniendo la masa de carne que amenazaba con derramarse por los lados.

Los enormes pechos la acompañaban desde la escuela secundaria, donde pasó la mayor parte del tiempo sacudiéndose los moscardones con forma de adolescentes de ojos abiertos a punto de saltar. Otra de las desventajas era hallar sujetadores con la copa adecuada. Siempre se veía en la obligación de acudir a las tiendas de Jasper —una localidad situada a una hora en coche— para adquirir su talla. Así pues, adoptó la costumbre de abastecerse de un buen número de sujetadores y de evitarse el regresar continuamente.

Sin embargo, también tenía ventajas. Fue elegida dos años consecutivos Miss Past Grove. No era de extrañar a juzgar por el aspecto del resto de aspirantes: narices muy puntiagudas; orejas apenas visibles, y a veces casi inexistentes; piernas hinchadas. Y es que en Past Grove cualquiera podía presentarse a la selección. Pese a ello, Carol conservaba orgullosa el pequeño trofeo en el mueble del salón de su apartamento. La ventaja más notable sucedió en el cincuenta y nueve, cuando se unió en matrimonio con David Husman. Dicho trofeo era capataz de un buen grupo de hombres en el aserradero

local, al norte del pueblo.

Mientras los clientes pasaban por la caja, Carol lanzaba miradas fugaces a su reloj de muñeca; la impaciencia la corroía como el ácido.

Un tipo delgado cuyo cabello parecía recién pasado por barro, se detuvo con la mano extendida y un billete de dólar entre los dedos. Su mirada se encontraba fija sobre las protuberancias que empujaban el delantal. Luego ascendió sus ojos hasta el rostro de Carol, quien pese a haber superado los cuarenta, lograba conservar una piel tersa que estaba lejos de mostrar los signos de la edad. Su cabello caía en cascada. El tipo advirtió que los labios de ella se movían y emergió de su ensimismamiento.

¿Ha mirado bastante?

¿Eh? Sí...., digo, no. Perdón se disculpó. Se pasó una mano por su horrible pelo inconscientemente.

Aquí tiene su cambio dijo ella, con tono seco. Hubo una época en que le gustaba que la contemplasen como a una escultura divina, pero aquello sucedió tiempo atrás, cuando los coches eran veloces y los cigarrillos humeaban en boca de todos. Mientras evocaba su pasado, el tipo desapareció tras las puertas batientes de la tienda.

Echó un vistazo al reloj que pendía en lo alto de la pared, por encima de la puerta que rezaba: El señor Berryman, soy el Jefe. Las seis de la tarde. Suspiró de resignación, porque en determinadas circunstancias dos horas podían parecer cien o más, y ésa era una de dichas ocasiones. Sobre todo cuando había permanecido de pie frente a la estúpida caja registradora gran parte de la jornada. Y sin una silla cerca.

El Bribón asomaba su rostro rollizo con cierta frecuencia por la ventana del despacho, como si el no hacerlo le supusiera que no había desempeñado su labor de patrón. Ya que era lo único que hacía, aparte de acumular revistas cuya portada exhibía mujeres con senos que parecían competir en tamaño con barriles de cerveza.

En la última visita que había realizado Carol al despacho, halló al señor Berryman, alias el Bribón, sumergido en una de las calientes lecturas que ofrecía la revista que sostenía entre las temblorosas manos. La cara del hombre se heló e introdujo apresuradamente la revista en el cajón donde dormitaba su creciente colección. Luego se pasó un pañuelo por la frente perlada de sudor y carraspeó.

¿Puede creerlo, señorita Bensen? Berryman tenía la costumbre de llamarla por su apellido de soltera. He pillado a mi hijo con estas revistas en su cuarto, y a oscuras. Qué triste juventud. Desde luego el pastor McDougall no lo aprobaría.

Señora Husman, si no le molesta corrigió ella.

Sí, claro. Con el bueno de David. Muy bien. Siempre lo olvido dijo con una mirada que sugería que dentro de su cabeza, Carol lucía

una vestimenta más diminuta y sensual.

—El furgón de la leche ha terminado de descargar el pedido, señor Berryman.

—Sí, sí. Enseguida salgo para firmarle el albarán. Avise que ya salgo.

Carol asintió y se apresuró a cerrar la puerta; sentía los ojos fijos en su trasero como dos cámaras cinematográficas.

Bribón salió del despacho exhibiendo un modesto bulto entre las piernas. Arrebató el parte al tipo del furgón y garabateó su firma en el papel.

—Gracias —dijo el mozo. Se colocó al volante y abandonó el almacén de la tienda de comestibles dando bandazos.

—Menuda tartana tienen los proveedores —dijo, y lanzó una sonora carcajada.

Entre pensamientos, Carol reparó que el cielo se había tostado en el horizonte, con aquel tono de ensoñación que predecía el final de la jornada. El reloj anunciaba las siete y media.

—Treinta minutos —murmuró, y se vio a sí misma de pie sobre una silla, adelantando las manecillas del reloj treinta minutos—. Ese idiota no se daría ni cuenta. Idiota.

Entonces las puertas batientes se abrieron de par en par y dieron paso a un Mark con el rostro encendido a causa de las escuchas que él y Danny habían hecho en casa de Suzie.

—Hola, Carol —saludó.

—¿Cómo lo llevas, Mark?

—Bien, creo. —Desapareció en el pasillo central, donde las estanterías soportaban el peso de paquetes de cereales, leche en botellas de vidrio, y deliciosas magdalenas.

Carol volvió a su impaciencia, que durante los últimos minutos de la jornada, se volvía insoportable, semejante a un pálpito cancerígeno que amenazaba con extenderse. Contempló el reloj y por un instante tuvo la impresión de que las manecillas se habían detenido a la falta de cinco minutos. Y en la tienda del señor Berryman, las empleadas no podían abandonar su puesto por cinco malditos minutos. Se había encargado de repetirles en centenares de ocasiones que su salario ocupada las ocho horas y no ocho horas menos cinco minutos. Así que a ninguna empleada se le pasara por la cabeza entrar en el vestuario y usar los cinco minutos restantes para cambiarse. Nada de eso.

Finalmente, la aguja alcanzó el número ocho como el premio en una ruleta.

—Bien —dijo para sus adentros. Podría liberarse del estúpido delantal que le aplastaba los senos.

Bribón agitó la mano con excesiva cortesía a través del cristal del despacho. Carol creyó observar la lengua del tipo asomarse por sus

resecos labios en un alarde de apetito sexual.

El corazón de ella saltó a la garganta.

—Qué asco

—Tiene libre el fin de semana —le recordó.

—Sí, señor Berryman —dijo Carol.

De pronto, oleadas de libertad nacieron en su pecho, y el corazón descendió a su lugar correspondiente. Todo el fin de semana, pensó. Aquello significaba tiempo libre para dedicarlo a Brandon; le diría a la niñera que ella también tenía libres sábado y domingo, aunque supuso que no recibiría la noticia con el mismo entusiasmo, porque necesitaba el dinero para comprarse la nueva motocicleta que tanto ansiaba.

Cerró la puerta y apoyó la espalda sobre ésta, atrayendo hacia sí todo el silencio y la calma del vestuario. Era la zona fronteriza entre el final de la jornada y el apacible regreso a casa. Igualmente lo era del aumento de velocidad en las manecillas del reloj, cuyas rotaciones se aceleraban como el cuentakilómetros de un bólido, haciendo que el lunes tomara forma en el horizonte como una horrible amenaza. Pero por ahora aquello estaba lejos y ningún reloj atenuaba sus expectativas de fin de semana. Estaba deseando estrechar a David y que él le susurrara cuánto la quería.

Se sentó en un banco y se despojó del delantal. Sus senos parecieron acrecentarse al quedar libres de la presión del nylon. Frente al espejo escrutó sus facciones en busca de los indicios que vaticinaban el final de una etapa, donde la madura juventud sería sustituida por la implacable vejez. Sin embargo, todo ello ocurría lentamente, como si la benévola naturaleza le concediese tiempo para adaptarse sin perder el juicio. Al menos no del todo, pensó, posando toda su atención en las líneas que se reunían en torno a las comisuras de sus ojos.

Salió del vestuario luciendo tejanos y un suéter rojo que se posaba sobre sus bustos, cuya firmeza contemplaba Bribón con asombrosa avidez. El cabello castaño de Carol descansaba en su espalda. Cuando advirtió la mirada de Bribón, aceleró el paso y emergió a Jointer Avenue con la desagradable sensación de estar siendo evaluada constantemente.

El aparcamiento de la tienda de comestibles se hallaba vacío salvo por el vehículo del señor Berryman y el escarabajo blanco de Carol. Se aproximó con el animoso tintineo de las llaves. Los melancólicos rayos del sol lamían parte de la carrocería. Abrió la puerta y se sentó al volante.

El horizonte se cerraba en un fino surco de intenso fulgor rojo. Carol encendió el motor, el ronroneo adormeció sus sentidos y le evocó la época en que los coches rugían como demonios y escupían el

humo semejante a las fauces del infierno.

Suspiró y rodó hacia su casa por Blue Street.

Capítulo 5

La mañana del sábado llegó cargada con las expectativas de ver a su padre colocar la rampa de acceso. Pero aquello no sucedió. Los escalones malditos continuaron impidiéndole abandonar con facilidad las entrañas de la casa. Y el modo auxiliar precipitarse con la silla para terminar bajo ella no le pareció el más propicio. De hecho no deseaba volver a oír hablar de él.

Las primeras semanas en las que estuvo sentado sobre la silla, experimentaba unas ganas terribles de levantarse y alejarse corriendo. Una vez, cuando su exasperación alcanzó cotas inenarrables, sencillamente cogió sus piernas y las apoyó en el suelo; luego con la fuerza de los brazos se alzó y, un segundo después, su obstinación finalizó con su cuerpo en el suelo y el rostro surcado de lágrimas. La poca aceptación a estar postrado en una silla de ruedas, lo llevó en más ocasiones a actual de forma parecida. Y la falta de experiencia lo llevó caerse repetidas veces del paso de la cama a la silla por las mañanas. También dejó de usar el metro subterráneo por no poder descender las empinadas escaleras. Sin embargo, debido a su obstinación, fue después de la primera caída, donde por fortuna sólo sufrió de leves contusiones en el hombro. Ahora cuando se detenía frente a las escaleras, su hombro le recordaba el suceso y se distanciaba.

Así pues, pedir ayuda a la abuela era la única opción, la misma que había usado para entrar en la casa la tarde que regresó de su paseo. En un primer momento, ella permaneció de pie en el porche con la mirada cargada de tensión. En las manos tenía un paño sucio, lo que empujó a Logan a preguntarse si finalmente iba a adecentar la casa. Aunque por lo visto lo único que limpiaba era la cajita de madera que contenía las fotos.

¿Vas a ayudarme?

Sí, y será la última vez gruñó.

Logan solventó con sus propios brazos el problema de subir los escalones. Luego ella le dejó la silla en el porche.

Aquel sábado contemplaba los escalones como una maldición infranqueable. Había creído que realmente su padre acudiría en su auxilio. Qué absurdo sonaba eso después de los dos últimos años conviviendo con él. Sin embargo, la palabra convivir sugería cierta unidad con un semejante. La verdad era bien distinta; Logan tenía la impresión de haber vivido en un hotel, con un gerente recibiéndole

cada mañana con exasperación por ocupar una habitación sin pagar un precio.

Ahora en casa de su abuela nada parecía haber cambiado, la pauta se repetía una y otra vez para frustración del chico. Había recibido un cuarto por cuyo techo cruzaban decenas de viejos moradores. Los rayos del sol se manifestaban reacios a conceder su calor a través de la ventana, con su madera hinchada y desportillada. De hecho, aquella mañana, un frío glaciar había atravesado su cuerpo con una furia desmedida. Entonces comprendió por qué su abuela alimentaba constantemente el fuego de la chimenea, pese a que ello no disminuía el hielo que parecía cubrir las paredes.

Logan recordaba los nubarrones que pendían del cielo de Los Ángeles la mañana que su padre le anunció que iría a vivir con la abuela Ingrid una temporada. Esta palabra quedó suspendida en el aire de la cocina, mientras él tomaba por última vez sus copos con leche y cacao. Sabía que temporada era para su padre un tiempo indefinido, casi infinito. Le mostró los recibos atrasados de la luz y añadió que el almacén donde trabajaba, iba a hacer reducción de plantilla y por tanto su puesto peligraba. Añadió frases varias acerca de cuánto lo lamentaba y lo bien que estaría en casa de la abuela. Logan asimiló aquello como un hambriento lo hace con un nuevo día sin nada que ingerir; el chico se había acostumbrado a los embates de la vida.

Así pues, ahí estaba una mañana más, con los escalones como obstáculos a vencer. Las manos sudorosas se aferraban al metal que hacía girar las ruedas. Sus dientes rechinaban como nueces. Su cuerpo había menguado visiblemente desde que no tenía acceso a sus copos con leche y cacao. El desayuno había quedado reducido a tostadas con aceite y un vaso de leche agria, que cada sorbo arrancaba de los intestinos un lamento prologado y doloroso.

Pero aquello desapareció cuando vio a la chica que repartía cada mañana el periódico. Suzie inclinó la bicicleta en la pronunciada curva que unía Cobber Road con Village Road. La maestría la llevó a recuperar el equilibrio con la confianza de un marinero sobre su navío. Entonces sucedió. Suzie, después de lanzar el respectivo periódico a una casa cercana, desvió su mirada hasta que se encontró con la de Logan, quien la contemplaba como un sueño imposible.

La bici derrapó en un marcado arco, y se alzó una pared de polvo que ocultó momentáneamente la figura de la chica. Miró por encima del hombro. El silencio llenó la calle y, al cabo de unos segundos, ella dijo:

¿Quién eres?

Hola, soy Logan articuló.

Suzie descendió de la bicicleta, la apoyó sobre el pie y caminó

hacia Logan con su mochila repleta de periódicos a la espalda.

—Hola.

Logan reparó en cómo ella disminuía el paso a medida que se aproximaba a la casa de la abuela.

—Hola —repitió él.

Suzie se detuvo junto a la valla destartalada y alzó la mano para saludar. Contemplaba con recelo la casa. Los *jeans* blancos se pegaban a su trasero de forma sugerente, su cabello rubio enmarcaba una cara tostada por el sol. Sus tensas facciones delataban una constante desconfianza. Pero lo que agradó a Logan fueron las torneadas piernas que sostenían a aquella chica de pueblo, suficientemente firmes como para no caer hacia atrás por el peso de la enorme mochila que traía.

—¿Qué haces en esa casa?

—Es la casa de mi abuela.

—Vaya —murmuró, mirando de arriba abajo a Logan—. ¿Eres peligroso?

Logan quedó perplejo al no entender la pregunta.

—¿Qué clase de pregunta es ésa?

—Una pregunta cualquiera —repuso ella.

—No soy peligroso. ¿No ves que voy en silla de ruedas? —La frase lo llenó de dolor.

—Sí, supongo. Eso en Past Grove no significada nada. Puede ser una estratagema para hacer creer a los demás que eres minusválido.

—Qué desconfiada eres, Suzie. —Entonces advirtió que había pronunciado su nombre sin que ella aún se lo hubiera desvelado.

Suzie retrocedió con los ojos bien abiertos.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Ah, perdona es que...

—Dime.

—... el otro día conocí a Mark y a Danny... y eso.

Ella frunció el ceño.

—Está bien, por un momento pensé que eras algún chico que fisgonea por ahí.

—Ah, no. No soy yo el que lo hace...

—Bueno, no importa. Ahora tengo que seguir repartiendo el periódico.

—Lo sé.

—¿También te lo contaron Mark y Danny?

—Sí, también —reconoció Logan.

—Está bien.

—¿Por qué no dejas aquí el periódico?

—¿Que por qué? ¿No conoces a tu abuela?

—No mucho.

—Eso parece —dijo—. Está bien, Logan, me voy a seguir con esto.

—Señaló la mochila que portaba a la espalda.

—¿No pesa mucho?

—Sí, pero soy fuerte. En Past Grove la gente se hace fuerte, porque necesitas ser fuerte para vivir aquí.

Logan asintió comprendiéndola mejor de lo que a ella le parecía.

—Necesito el dinero para algún día largarme de este lugar —continuó—. Past Grove no es un lugar donde una chica como yo quiera vivir de mayor. Adiós, Logan. Nos veremos por ahí.

—Sí.

Suzie se empequeñeció en la distancia pero no en el corazón de Logan, que comenzó reunir sangre en sus mejillas encendidas.

—Genial. Es una chica genial.

De pronto su entrepierna comenzó a bullir con fuerza cuando vio el trasero de Suzie acomodarse sobre el sillín.

—Mira para atrás —susurró.

Pero no lo hizo, y los periódicos continuaron volando hasta bien entrada la tarde.

—Es una chica, pero ella está completa. No me necesita.

Condujo la silla por las diferentes habitaciones de la casa en busca de su abuela. Consideró que era el momento de hablar acerca de lo que decían los chicos. Todos coincidían en la misma cosa.

La vieja asesina.

No obstante, negó con la cabeza mientras salía de la salita. Era imposible, puesto que de ser así su madre se lo habría contado. O por otro lado, su padre sabría algo y no lo hubiera abandonado con ella, aunque esto último no le convenció del todo.

Halló a su abuela en el pasillo, frente a la puerta del candado, salvo que esa vez, el candado estaba encerrado en la mano artrítica de la vieja. Lo guardó en uno de los bolsillos de la rebeca gris, abrió la puerta y desapareció en las tinieblas del cuarto, seguido de un fuerte quejido de goznes. El silencio regresó al pasillo y se extendió hasta el mismo Logan, quien permanecía petrificado con una punzante ansiedad aumentando en su pecho. Quería abrir la puerta y saber qué hacía su abuela dentro.

Con la respiración agitada y la suprema curiosidad anidando en todo su ser, rodó la silla hasta la puerta. Escuchó su corazón tronando en su pecho, semejante a tambores en un ritual.

La puerta parecía alzarse ante él como el gigantesco portón de una fortaleza. Aun así deslizó su mano trémula a través del aire impregnado de sombras y asió el pomo. Contuvo la respiración y giró.

No se movió.

Sacudió el pomo desesperado. Dedujo que su abuela había cerrado por dentro y se dio por vencido.

—Mierda, y más mierda. Como toda esta casa de mierda.

Entonces la oyó.

Era su abuela, cuya voz adoptó un matiz melancólico en un primer momento, para luego dar paso a un aullido de terrible sufrimiento.

Logan se estremeció y alejó todo lo posible su mano de aquella puerta maldita, la cual parecía ocultar el averno; la voz de la abuela aumentó de modo insólito, como lo hace la voz en una bóveda cavernosa.

¿Qué le ocurría a su abuela?

La pregunta latía en los recovecos de la mente del chico. A su curiosidad se sumó una mezcolanza de pavor y angustia. Deseó estar lejos de aquella casa, de aquella puerta, pero su mano le empujaba a girar el pomo de nuevo. A conceder una nueva oportunidad al azar.

Pero el obstinado azar no permitió que el pomo girase; cualquier cosa que se ocultara tras la puerta insólita debía esperar. Entretanto, Logan empezó a dar crédito a las palabras de los chicos.

La vieja asesina.

Logan alejó la silla de la puerta y chocó contra la pared a su espalda. Boqueó en busca del aire que faltaba en sus pulmones. Se le erizó el vello de la nuca de tal modo que adquirieron la solidez de alfileres.

El inicio del pasillo fue encendido por un luminoso punto flotante que se expandió como una esfera; luego se alargó y se dividió en dos en su parte inferior. De los lados se prolongaron dos extremidades que se agitaron como brazos. Del lado superior brotó otra pequeña esfera sobre la que nació una melena negra y rugosa hasta formar el cabello de la criatura que pugnaba por emerger. Las dos extremidades inferiores se flexionaron para sostenerla. El cabello enmarcó unos ojos que miraron hambrientos a Logan, quien en su perdición continuaba contemplando aparecer el horror. Una abertura se convirtió en una boca de labios sedosos para pronunciar falsedad, y ésta se estiró en una sonrisa de triunfo desbocado.

—Looooooogan.

Tras esto, la repentina aparición inició una carrera hacia el chico.

Las manos de éste, atormentado por la visión, trataron de encontrar los rebordes para empujar la silla y huir. Única cosa posible frente a la pesadilla que había surgido en el pasillo.

Los alaridos de Ingrid se extendieron por toda la casa, enterrándola en una penosa agonía.

Apresado por el miedo, Logan sólo supo pedir auxilio a quien más cerca tenía.

—¡Abuela, ayuda!

Rodó hasta su habitación, cerró la puerta tras de sí y trató de controlar su respiración.

La voz burlona se detuvo detrás de la puerta.

—Miedica.

Entonces, la canción que había escuchado la pasada noche colmó el cuarto con su dulce y animoso estribillo.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué es todo esto? —logró articular, y su boca se torció en su rostro como una malformación.

La cándida voz que hablaba de la búsqueda de nuevas emociones, se alojó en los oídos de Logan. Recordó que la puerta de su habitación no disponía de candado ni cerradura, así que la aparición podría entrar si ése fuera su deseo. Lo que impidió que su corazón hallara reposo en la caja torácica.

La música se detuvo de súbito, la voz quebradiza de la aparición habló:

—Nos veremos pronto, miedica.

Entre las cuatro paredes únicamente se oía el jadeo del chico.

—Ya está... ya está...

Desplazó la silla de ruedas lejos de la puerta y giró. A continuación contempló la puerta como si de los resquicios de la madera pudiera filtrarse la siniestra luz que había brotado en el pasillo. Pero la oscuridad retomó de nuevo la casa, y el silencio dio paso a los gemidos de Ingrid, que salían de su garganta tan agudos que Logan pensó que le cortarían el alma en dos.

—¡Abuela!

Rodó la silla hasta la puerta, la abrió y emergió al pasillo cuya única iluminación procedía de la lámpara del techo, como un velo ambarino. Parte de éste se derramaba sobre la puerta tras la que se ocultaban los infernales gritos; la pútrida madera se había desprendido a ras del suelo y abierto un agujero del tamaño de una pelota de tenis.

Logan se irguió en la silla con los brazos y se dejó caer en el suelo para poder atisbar por la abertura. Al arrimar la nariz recibió de llenó la hediondez que contenía la puerta al otro lado.

—Mierda.

Aspirando cortas bocanadas de aire se acercó y miró.

El muro de tinieblas impedía adivinar qué había más allá. Sin embargo, los gemidos de la abuela le estremecieron todo el cuerpo, al punto de tener la impresión de que sus piernas sufrieron una sacudida.

Cuando su visión se habituó a la oscuridad, vislumbró el destello metálico de algo que se movía pesadamente. Al oír más de cerca los alaridos de su abuela, sintió que el dolor que emitían se deslizaba como pintura sobre las paredes, impregnando el cuarto. Aquella densidad de dolor atizó el buen espíritu del joven y lo obligó a distanciarse de cualquier pesadilla que ocultaba la puerta. Pensó que

el candado que impedía el paso debía ser más sólido para que nadie penetrase en la habitación jamás.

A espaldas de Logan, una aparición escudriñaba al chico con suma curiosidad. Su intenso resplandor había quedado reducido a un tenue brillo y, tras él, finalmente se apreciaban los finos rasgos de una adolescente que lucía una anticuada vestimenta; deslucida camisa a cuadros rojos y blancos, y unos *shorts* vaqueros de cuya pernera pendían filamentos de tela. Raídas botas negras sin anudar cubrían sus pies. Las cuencas de los ojos eran negras como los pozos del infierno. Con todo, la mirada sugería un misterioso candor difícilmente comprendido. La piel de su cuerpo hacía años que perdió el dorado del sol y vestía la palidez de la muerte.

Los labios se movieron en un recuerdo del habla humana y liberaron susurros enterrados.

—Soy Alice, y sí existo.

—¿Eh? —Logan contuvo la respiración. Miró por encima del hombro rápidamente, pero la aparición había desaparecido.

Capítulo 6

El estridente aullido del despertador irrumpió en el dormitorio de Carol Husman, cuyos párpados se abrieron pesadamente. Los muebles, el tocador y la silla se encontraban tras el mullido velo del sueño, todo parecía flotar en derredor.

El brazo de ella asomó bajo la colcha.

¡Basta!

Asestó un golpe al despertador. El ruido quedó reducido a un irregular traqueteo.

Cerró los ojos, pero comprendía que el maldito aparato la había desvelado. Imposible volver a dormirse cuando su sueño de veía molestado. Suspiró con resignación y palpó a un lado de la cama. Vacía. Su marido David había vuelto a desaparecer como cada mañana de sábado. Se reunía con los chicos del aserradero para cazar alguna pieza y sumarla a su colección de bustos de ciervo.

Se incorporó digiriendo una mirada de odio al despertador. De forma inconsciente le propinó otro manotazo y fue a parar a un rincón del dormitorio, donde enmudeció.

Ése es su sitio.

Se sentó en el borde de la cama. Y se pasó el dorso de la mano por los ojos, con la intención de despojarse de las lagañas que cada mañana cosían sus párpados. Introdujo los pies en los mullidos mocasines rosas y pronto sintió el calor en los pies. Cuando se levantó, el camisón traslúcido que le regaló David en su aniversario, se posó sobre las curvas que todavía perduraban en su cuerpo.

Puso rumbó a la habitación de Brandon. Abrió la puerta y contempló con una sonrisa cómo el niño dormía apaciblemente.

Qué envidia, hijo.

Carol reparó en que la ventana estaba cerrada. Con las lluvias que los meteorólogos anunciaban para los próximos días cualquier precaución le parecía insuficiente.

Continuó hacia el baño. La imagen reflejada en el espejo no era nada benevolente. Las bolsas bajo los ojos estaban hinchadas por la falta de sueño. Y los surcos nasolabiales parecían tan profundos como las grietas de un terremoto. Recordó la sonrisa contenida de las modelos de televisión, que pese a querer reír abiertamente, se limitaban a extender apenas la comisura del labio con cortesía. Pero Carol rechazaba aquella manera de sonreír tan absurda. Era de las que prefería devolver con una carcajada un buen chiste. Y si esto añadía

más profundidad a las arrugas, pues bienvenidas sean, pensó.

El camisón se deslizó por su piel hasta el suelo, dejando al descubierto el secreto por el que tantos hombres la escrutaban. Los enormes senos estaban reunidos en el sostén, y cuando éste fue a parar también al suelo, la carne se derramó.

Es lo que tiene hacerse mayor.

Entró en la ducha y abrió el grifo. Las gotas corrieron por su piel, arrancándole un suave cosquilleo cuando alcanzaron el pubis. Carol extendió los labios en una fina sonrisa, que amplió al recordar a las modelos de televisión. Un par de dedos experimentados se unieron al roce que le producían las gotas y se aplicó un sensual masaje.

Se detuvo en cuanto oyó al niño gimotear por encima del rumor del agua. Carol entornó los ojos con recelo, porque Brandon había sido siempre un niño tranquilo y únicamente lanzaba alguna que otra lágrima cuando llegaba su hora de comer. Y lo hacía con un estridente llanto que recorría toda la casa, colmándola de una dolorosa melancolía, que Carol apaciguaba con sus pechos. Pero aquel gimoteo la inquietó y cerró el grifo.

El silencio ocupaba de nuevo su lugar, tan denso que atravesó la puerta del baño y se posó sobre Carol, impidiéndole respirar. Salió de la ducha. Avanzó por el pasillo con un repentino nudo cerrándose en su pecho; su respiración se tornó un molesto jadeo que la acompañó hasta el cuarto del niño, como una criatura que trepase por la garganta.

El niño había dejado de llorar, pero aquel pesado silencio que envolvía el apartamento no era natural. Mientras posaba la mano en el pomo de la puerta, trató de escuchar la calle; ni siquiera el paso de vehículos, cosa que lo atribuyó a que era sábado y afortunadamente muchos sí podían conciliar el sueño una vez destruido el despertador. El silencio continuó acentuándose hasta tener la sensación de encontrase lejos de Past Grove, a miles de millas de distancia de la civilización.

El frío del pomo metálico se deslizó por el brazo de Carol hasta el resto de su cuerpo. Sufrió una sacudida. Giró, empujó la puerta y todo en ella se detuvo. Tuvo la impresión de que los parpadeos se habían detenido, su corazón traqueteaba como si tratase de liberarse de varias capas de óxido. Su cerebro se convirtió en una masa rocosa por la que dejaron de atravesar pensamientos.

La ventana del cuarto estaba abierta, las cortinas ondeaban suavemente la danza de la desesperación, y el horrible silencio parecía acariciar los muebles.

Sus ojos estaban fijos sobre la cama, y en cómo la colcha se derramaba por el costado derecho. Sobre todo se posaron con angustia en el hueco vacío que debería ocupar el niño.

Entonces rompió el endiablado silencio con su chillido, tan desgarrador y profundo que por un segundo creyó que procedía de recovecos de sus pulmones, que habían despertado para concederle un alarido más prolongado a su horror de madre.

Un movimiento involuntario la llevó a mirar la pared, por cuya superficie se deslizaban restos de sangre en una frase que se grabó en el corazón de Carol.

Tengo al niño.

Capítulo 7

Logan se encontraba en la salita frente a la caja de fotografías. Dormitaba sobre un mueble polvoriento, salvo el espacio que había permanecido intacto bajo la caja, donde se podía apreciar la antigüedad de la madera. El chico miraba con resignación la pequeña cerradura. Pensó que por lo visto todo en la casa disponía de mecanismos para evitar que los curiosos husmearan.

En vida, su madre manifestó la misma obsesión por la protección de ciertos objetos, sobre todo si estaban vivos. El chico evocó cuando ella entraba por la puerta de casa, en Los Ángeles, acompañada de unos tipos que transportaban su nueva pecera, donde tenía intención de criar pececillos. Desde el momento en que entraron, la madre demostró cuál iba a ser el modo en que se desarrollarían los asuntos en los días siguientes. No quitó de encima la vista a los hombres en ningún momento; no les permitió siquiera descansar mientras tuvieran la pecera entre las manos. Les decía continuamente que tuvieran precaución, a lo que ellos afirmaban por enésima vez con reiterados gestos. La depositaron encima de un mueble dispuesto para ello en el salón, pero no antes de que ella hubiera pasado un paño sobre la brillante superficie. Sólo entonces les permitió deshacerse del peso de la pecera, enorme como una tina de baño.

Los acontecimientos empeoraron rotundamente días después. El padre opinaba que la pecera ocupaba un valioso espacio, y que éste podía ser destinado a algo de utilidad. Aquella errónea observación aportó la primera piedra. Pronto la pecera se llenó de peces de ojos saltones que les escrutaban durante las comidas. Cuando alguien que no fuese ella se levantaba de la silla para ir a la cocina, le recordaba que tuviera precaución de no poner las manos sobre la pecera ni de golpearla en un descuido. Aquello fue motivo de varias discusiones.

Una noche, Peter, el padre de Logan, llegó con una buena dosis de alcohol en el cuerpo. Irrumpió en la casa de forma aparatosa. A cada paso amenazaba con caerse al suelo, y aunque por esa época a la madre de Logan ya le importaba poco una caída más, se aseguró de que no fuese encima de su pecera. Cuando emergió del dormitorio exhibiendo los senos a través del camisón transparente, corrió hacia la pecera. Propinó un grito que hizo incorporarse a Peter y saludarle con una sonrisa adormecida. Pero ella ya tenía su vista fija en las manos de él sobre la pecera, dejando sus huellas. ¡Sus huellas! Todo empeoró cuando Peter, sin poder mantener por más tiempo su cuerpo en línea

vertical, apoyó el hombro también en la pecera. La madre de Logan corrió con las manos extendidas y crispadas como una bruja; le empujó y Peter fue a parar al suelo mientras en su cara se reflejaba el desconcierto, cualquier borrachera desapareció en ese instante.

Aquello hizo que la madre habilitara un cuarto para la pecera. La dotó de una iluminación semejante a los faros del tren y agregó a la puerta una cerradura cuya llave parecía pesar varios kilos. También se aseguró de que nadie pusiera las manos en la manivela y que siquiera fijase su vista en la puerta.

El candado en una puerta cuyo interior quería ser ocultado, y la cerradura de una caja que probablemente no sólo contenía fotos, era más que suficiente para que Logan apreciara la misma forma de actuar. Ese comportamiento obsesivo por proteger cosas.

¿Qué ocultaba la caja aparte de las fotografías?

Desde el pasillo llegó el chasquido del candado. El chico se estremeció por la enorme expectación que creció en su interior. Contuvo la respiración cuando escuchó el familiar modo de caminar de la anciana, con unos pies que se arrastraban sobre la madera del suelo como una lija.

La anciana apareció en la salita. Tenía los ojos entornados, aun así un enorme dolor se filtraba por la abertura. Los hombros caídos sugerían una pronunciada curvatura en la espalda. Mechones de pelo plateado cubrían las arrugas de su frente, tan profundas que hicieron creer a Logan que ocultaban una vida repleta de hediondez; gusanos retorciéndose en busca de espacio entre las paredes de piel. Las oscurecidas bolsas bajo los ojos resaltaban horriblemente en la enfermiza palidez que lamía su rostro. Las mejillas parecían haber sido succionadas, dejando la piel sobre el hueso saliente. Se abrazaba a sí misma con intención de protegerse de un doloroso frío interior. Luego sufrió una sacudida, y por un momento estuvo a punto de desplomarse en el suelo, pero se aferró a tiempo a la jamba de la puerta. Entonces se vieron los dedos como sables incrustarse en la madera debido a un penoso sufrimiento que la estrangulaba.

Tras un gemido siniestro que duró miles de años, Ingrid logró articular palabra:

¿Qué haces ahí parado delante de la caja? ¿Quieres robarme, miserable ladronzuelo? Apuesto a que es eso, ¿verdad?

Las palabras estaban cubiertas por velos de sangre y permanecieron suspendidas en el aire de la salita.

¿Qué pasa aquí, abuela?

La vieja se desplazó envuelta en muerte hacia la butaca. A cada paso las articulaciones de los pies demoraban unos segundos en afianzarse en el suelo. Cuando por fin se acercó a la butaca, extendió las manos como un alma en pena que trataba de asirse a la vida. Dejó

caer su desnutrido cuerpo sobre la butaca y los pulmones se vaciaron de aire.

Dirigió una mirada de irritación a Logan.

—Vete. No quiero tenerte cerca.

—No he hecho nada.

—Estar aquí es suficiente, muchacho. Vete lejos donde no pueda verte. Quiero estar sola. Antes dame la caja que estabas mirando. Es lo único que me queda de ella.

Logan la cogió con ambas manos, contribuyendo a que su curiosidad se tornase insoportable; durante un segundo se vio golpeando a aquella maldita vieja y abandonando la casa con la caja arrimada al pecho, como un criatura llena de amor.

—Toma —se limitó a decir, y advirtió cómo los ojos de la abuela se encendieron de penosa esperanza. Las finas líneas que eran los labios se estiraron al punto de parecer resquebrajarse.

—Fue por el bien de muchos.

—¿Eh?

El rostro de piel derretida y cuarteada miró a Logan.

—¡Vete de una maldita vez!

El corazón del chico se encogió y sintió un frío glacial en torno a él. Empujó la silla fuera de la salita y de la casa, al menos hasta donde la situación de sus piernas le permitía.

—¡Vete de aquí! —volvió a escuchar Logan al salir al porche, con las escaleras como límite.

El clima de Past Grove se fundió con la penuria de la casa; un conjunto de nubes grises flotaba sobre el tejado en un abrazo que auguraba tormenta. La línea del horizonte se colmaba de más nubarrones. Las casas de Cobber Road se desdibujaban detrás de la cortina de niebla.

Un vehículo se detuvo junto a la casa de al lado y se apeó un tipo enorme con sombrero de vaquero. Se apresuró en llamar a una mujer, que pronto apareció en el porche, limpiándose las manos en el paño que traía.

Entonces vio a Danny volar con la bicicleta en dirección a la casa, cuyas paredes blancas, tejado de pizarra y cuidado jardín le concedían un aire acogedor. Le dirigió una mirada sombría a Logan y continuó pedaleando hasta tomar el camino de acceso. Frenó bruscamente a un metro escaso del porche, por donde ya ascendía el tipo grande con una facilidad ya casi olvidada por Logan.

La conversación le llegó en forma de susurros, luego todos desaparecieron dentro de la casa. Por el otro extremo de Cobber Road alcanzó a ver a Mark, con su pequeña mochila a la espalda. Iba inclinado sobre la bicicleta para vencer así al viento que comenzaba a levantarse. Saludó a Logan con una mano y continuó por Village

Road. Logan se preguntó cómo les habría ido en su pequeño asalto a la intimidad de Suzie. No aprobaba aquello, pero sin duda podía tener su interés y, sobre todo, despertar un irrefrenable morbo en esos chicos.

Todos parecían buscar refugio ante la inminente tormenta. Él sencillamente se veía obligado a permanecer en la casa por no poder descender las escaleras de un modo sencillo. Se aproximó al pie de los escalones y experimentó un absurdo vértigo que le hizo creer que se encontraba delante de un precipicio. Observó que el cuarto escalón era poco estable y socavado. Por eso había visto a su abuela subir las escaleras siempre por el lado derecho, pensó.

—Me caeré otra vez. Es imposible bajar sin caerme.

Finalmente, la masa de nubes negras tapizó el cielo y las primeras gotas se precipitaron sobre Past Grove, suaves y afiladas como agujas. La espesa niebla tornó opaco el paisaje. El repiqueteo sobre el techado por encima de Logan se intensificó hasta volverse insoportable, arrancándole escalofríos por las bajas temperaturas que empezaban a devorar el agradable día.

Se rodeó con los brazos. Evocó las manos nudosas y parduscas de su abuela. Entonces su mente se adentró en los interrogantes que presentaban la puerta y el candado. Las fotos dentro de la caja, y aquello que Ingrid deseaba ocultar dentro. Porque era poco probable que unas fotos pudieran entrañar un problema. ¿O sí?

La humedad se acentuó y atrapó el cuerpo del muchacho como una inmensa mano glacial.

Regresó al interior de la casa. Su frío se intensificó hasta sentir dolor en los huesos. Avanzó despacio por el pasillo y asomó su cabeza por la salita. La anciana había desaparecido. El fuego abría una esfera de luz en la estancia, infundiéndole un aire inquietante.

Desvió su atención hacia la puerta. El candado había vuelto a su lugar correspondiente; una vez más impedía el paso.

¿Dónde estaba su abuela? El pensamiento surgió de pronto de forma cansina. A decir verdad, poco le importaba ya aquella vieja. Lo que en verdad comenzaba a pasarle factura era pasar tanto tiempo encerrado en la casa. Si su padre no iba a solucionar el problema, debía ser él mismo quien lo hiciera.

En el cuarto fijó su vista en la ventana. La lluvia embestía la localidad con furia, como si después de una infinidad de años, las compuertas del cielo se hubieran abierto para descargar su diluvio. Finos riachuelos corrían por Cobber Road, y sobre sus aguas navegaban hojas marchitas. Las copas de los árboles diseminados por el camino se mecían bruscamente a merced del viento. Un relámpago rasgó el cielo en dos. El semblante de Logan se encendió de azul y su cuerpo sufrió una sacudida.

—Mierda —masculló.

Después de esto se tumbó sobre la cama. Desplazó la vista por el cuarto de forma expectante, con la absurda idea de que la canción de la otra noche cobraría vida de nuevo. Sin embargo, la prolongación del silencio hizo que comenzaran a pesarle los párpados y, antes de lo que hubiera creído posible, se zambulló en el mundo de los sueños.

Caminaba con sus propios pies por un campo sembrado de flores de pétalos pálidos. Una figura se recortaba en lo alto de una loma contra el cielo encendido por una luna llena enorme. Logan pintó una sonrisa de estúpida felicidad y saludó a la figura con la mano libre; la otra sostenía una llave con firmeza, sabiendo que con ésta ninguna cerradura se le resistiría. La silueta avanzó sobre la línea de la loma, dando la impresión de que andaba sobre una cuerda. A continuación giró y giró como una bailarina de ballet, con las manos extendidas por encima de su cabeza, como si tuviera la intención de acariciar el cielo.

El chico aumentó el paso mientras contemplaba en un apacible trance la danza de la figura. Cuando cubrió varios metros y empezó a ascender la loma, advirtió que era una joven de cabellos oscuros. Pronto escuchó su dulce risa al tiempo que giraba y giraba con la mirada puesta en la noche colmada de puntos luminosos. Ella abandonó su baile en cuanto Logan alcanzó finalmente la cima; jadeaba y se vio obligado recuperar su aliento. La figura lo observó con fiereza y desapareció de pronto. La cara de Logan se llenó con sus ojos bien abiertos. A su espalda los pétalos de las flores empezaron a sangrar, y emitieron un agudo y metálico aullido. Él se volvió y se topó de frente con un nuevo sueño que iba tomando el control.

La luna en el cielo se quebró en diversos fragmentos y se precipitaron a la tierra, como un avión caído en combate. Comenzó a correr para alejarse de todo aquello, pero las piernas dejaron de responderle. Entonces se vio tirado sobre la hierba con la inmovilización de sus miembros inferiores. A lo lejos oyó el quejido oxidado de una silla que se desplazaba por sí sola.

Extendió una mano para aferrar la silla, porque por un momento tuvo la impresión de que ésta cabría en su mano, a causa de la falsa sensación de los objetos en la distancia. Las estrellas se apagaron y todo se cubrió de tinieblas; el aire se enrareció por los lamentos de ultratumba que ocuparon el silencio.

Logan abrió los ojos mientras el grito emergía de su garganta rasgado y lleno de dolor. Las manos asieron la raída manta y cubrió su cuerpo tembloroso. Las gotas de sudor corrían por su piel como orugas transparentes e hinchadas. El grito continuó hasta que los pulmones se vaciaron de aire. No obstante, el silencio que apareció después fue peor, puesto que evocaba su miserable soledad.

Apretó los dientes, furioso, y pensó un centenar de veces que nada ocurría; sólo era una pesadilla.

Capítulo 8

David Husman aferraba el volante del escarabajo con fuerza. Había decidido conectar la radio en busca de alguna emisora que disminuyera su actual estado de ansiedad. Tras escuchar una docena de anuncios de servilletas irrompibles, de carpintería Adams, y de neumáticos que adherían el vehículo al asfalto, finalmente sonaba una canción que le recordaba sus años mozos. Pero ello no hacía que apartase su vista de la carretera, ni que su mente dejara de preguntarse qué pasaba.

El día de cacería con los muchachos había sido un completo desastre. Kenneth no acudió porque su hijo había sufrido un repentino ataque de sarampión, salpicando la piel del pobre chico con miles de diminutas manchas rojas. Así que Dennis y él debieron apañárselas solos para tener listas las escopetas si querían cazar alguna pieza, e introducir todo el equipo en la trasera del Jeep de Dennis. Aquellas prisas sugirieron a David que el día no concedería sus frutos.

Sobre todo, porque Dennis no era un tipo hablador. Ya por la década de los cincuenta, cuando cursaban la escuela secundaria, hablaba estrictamente lo necesario. David siempre se había preguntado cómo diablos había sido capaz de conocer a su mujer. Una vez le contó con las palabras justas, por supuesto, que fue ella quien había tomado la decisión de aproximarse a él y pedirle bailar. No reveló más datos, aunque con la escopeta al hombro y abriéndose paso por los caminos cerrados del bosque de Past Grove, no era necesario.

Esa noche se sentaron en torno a la hoguera. El silencio que bullía en derredor acrecentaba el crepitar de las llamas. Como había supuesto David, las conversaciones surgieron a intervalos irregulares y siempre haciendo referencia al trabajo y cómo estaban a punto de cerrar el contrato con Maderas Clifford. Y pese a que el silencio favorecía que los animales no se asustaran, David echó en falta las conversaciones transcendentales del bueno de Kenneth, cuyo mayor interés era saber si realmente Dios lucía una barba blanca.

En cualquier caso, David los apreciaba a ambos por su eficacia en el aserradero. También echó en falta la puntería de Kenneth, quien confesaba que le fue concedida por Dios una noche de invierno, cuando se encontraba frente a frente con un enorme oso. David en aquel entonces miró desconcertado a Kenneth y le preguntó si acaso el cuerpo de un oso no era lo suficientemente grande como para no errar el tiro. A lo que él contestó que sólo quedaba una bala.

Sin importar si en verdad Dios le había proporcionado su puntería, lo cierto era que funcionaba. De hecho, David fue testigo en una memorable ocasión de cómo Kenneth abatía una liebre huyendo por entre arbustos que ocultaban su cuerpecillo. Un sólo disparo era suficiente para que cualquier cosa en movimiento dejara de estarlo.

Pero aquellos sucesos no fueron la particularidad de la jornada. Lo que comenzó con un mal augurio, se confirmó pasada apenas una hora. De camino al bosque, tomando el acostumbrado trayecto, la rueda delantera estalló. Aunque la sustituyeron por la de repuesto, pudiendo continuar, David había olvidado las cervezas en la nevera de casa. Y si una rueda pinchada no era un problema, sí lo era el no tener nada con que adormecer el paso del tiempo. La regla era sencilla, pensó, si Kenneth no acudía un sábado a la caza, debía hacerlo la cerveza..., y en abundancia. El silencio en el bosque podía ser realmente aburrido y el tiempo prolongarse hasta un infinito indeseable.

Después de que la línea del horizonte se cerrase en un estallido sangriento, y con sólo un par de conejos en el maletero, decidieron dar por finalizada la jornada.

Tenía estacionado el escarabajo de Carol enfrente de la casa de Dennis y, después de apearse del *jeep* y de una despedida de pocas palabras, subió al coche y continuó directo al bar de Karl Gunter, donde las voces estridentes por dominar una partida de *poker* dieron a David la bienvenida. Se sentó a la barra con el semblante abatido, las manos deseosas de apretar el gatillo y llenar el cuerpo de un animal de plomo. Sin embargo, se limitó a llenar el suyo de alcohol. La primera cerveza desapareció enseguida y asimismo el efecto. Así pues, pidió otra a Karl, quien regentaba el bar desde que su padre, un ferviente del ejército confederado, falleció por cáncer de pulmón.

Karl se aproximó con su ojo cubierto por un parche de cuero y su sonrisa permanentemente tallada sobre el rostro. Cuando se detuvo delante de David, la bandera confederada pendía a espaldas de Karl, por encima de las estanterías que soportaban el peso de las botellas.

—¿Cuándo vas a quitar la bandera?

—Es un recuerdo de mi padre. De momento la dejaré donde está.

—Entiendo —dijo David dando un trago a la segunda cerveza. La dejó en la barra y agregó—: Se te está poniendo cara de maldito rebelde. —Escupió una sonora carcajada. Luego vio a Jennifer, la camarera que había contratado Karl hacía unas semanas, aproximarse a una mesa y depositar un par de jarras de cerveza.

Karl desapareció en el trastero.

—¡Eh, David! ¿Qué demonios ha pasado? —preguntó una voz chillona a espaldas de David, quien se volvió sobre el taburete.

En una esquina donde velos de humo danzaban en torno a una

multitud de rostros, como una reunión fantasma, David logró entrever las facciones de Harry, un tipo conocido por embolsarse el dinero de sus oponentes en el *poker*.

—No sé de qué hablas —repuso David.

El puro de Harry se desplazó por sus agrietados labios de una comisura a otra.

—La policía ha estado aquí hace unas horas. Te buscaban a ti, pero no han dicho por qué.

—¿La policía? —La cerveza empezó secarse en su garganta—. Qué raro.

—Eso mismo he pensado yo —dijo Harry.

De pronto, David experimentó el urgente deseo de regresar a casa. Se volvió y puso la cerveza en la barra junto a un par de billetes.

—Karl, aquí tienes. —Se alzó del taburete y salió con un repentino hormigueo ascendiendo por su garganta.

Ahora conducía por Blue Street con las guitarras tronando en sus oídos, y desde hacía unos minutos, a medida que se acercaba a su casa, la canción de rock que atestaba el interior del automóvil había comenzado a aumentar su estado de ansiedad. Los interrogantes no dejaron de agolparse en su mente como martillazos de diferente intensidad.

A lo lejos divisó un coche patrulla con las luces apagadas. En la puerta del edificio donde vivía con Carol desde el inicio de su matrimonio, estaba plantado Paul Carson, el ayudante de policía. Un tipo enorme en cuyas manos cualquier pistola de bajo calibre asemejaba un juguete. Hombros tan anchos como el marco de una puerta, y con la calva reluciente como una bola de cristal. De algunas ventanas del edificio asomaban las cabezas de los vecinos, con el interés de reunir información para extenderla a la mañana siguiente, si no esa misma noche. En una ventana, dos cabezas peleaban por ocupar el lugar preferente y no perder detalle alguno.

David estacionó el coche junto al postigo y vio que el ayudante se aproximaba con su pesado caminar de hipopótamo.

—Buenas noches, David.

—Hola, Paul. ¿Qué diablos ocurre?

—Eres un tipo difícil de encontrar —declaró—. Hemos estado buscándote en todos los sitios en los que tu mujer nos ha dicho que podías estar.

—Vengo del bar...

—Sí, también hemos estado allí. Incluso he mandado a los muchachos a buscarte al bosque, porque Carol nos ha dicho que estabas allí.

—Cierto. Pero, dime, ¿qué diablos pasa?

—Tengo malas noticias, David —anunció con voz apagada.

¿Quieres decirme de una maldita vez de qué se trata? ¿Le ha pasado algo a Carol?

No, a ella no.

¿De qué hablas, Paul? ¿Dónde está mi mujer?

Cálmate, ella está en comisaría, declarando.

David cerró la portezuela del escarabajo, se volvió y acribilló a Paul con la mirada.

¿Le ha pasado algo a Brandon? ¿Es eso?

Bueno, en realidad no lo sabemos todavía.

El pecho de David se llenó de una multitud se sentimientos que no fue capaz de digerir.

¿Dónde está mi hijo, Paul? ¿Dónde está Brandon? Su voz fue ahogándose a medida que alcanzaba el final de la frase.

¿Sabes si Carol tiene enemigos, alguien que os quiera hacer daño?

Los ojos de David centellearon inundados por el nacimiento de las lágrimas.

¿Dónde está mi hijo?

Es lo que tratamos de averiguar, David.

Quiero ver a mi mujer.

De acuerdo. Vayamos a la comisaría a ver si aclaramos este asunto.

La comisaría se alzaba en Jointer Avenue. Era uno de los edificios más recientes de Past Grove gracias al aumento de los presupuestos destinados a los servicios públicos. El edificio de ladrillo gris se dividía en dos secciones, una destinada a los vehículos y la cafetería; la otra anunciaba en un letrero metálico el lema de Duncan, el jefe de policía: La seguridad es nuestra única razón de existir. Y en la puerta principal dormitaba otro coche patrulla.

Paul condujo a David, quien percibía que su ansiedad se había transformado en dolor, por una serie de mesas atestadas de papeles y café humeante, hacia el despacho de Duncan. Carol se encontraba sentada a la mesa con el rostro hundido entre sus manos mientras sollozaba.

Carol, ¿qué ha pasado?

Ella alzó su mirada en dirección a su marido. Duncan tenía las manos entrecruzadas bajo la barbilla y sus ojos entornados lucían una notable perspicacia.

Creemos que tu hijo ha sido raptado dijo de pronto.

David lo embistió con su mirada.

¿Cuándo?, ¿cómo?

Esta mañana, temprano. Cerca de las ocho de la mañana.

David miró a su esposa.

¿Qué ha pasado?

Ella negó con la cabeza y sus lágrimas irrumpieron con más fuerza.

—No lo sé. Me asomé para ver cómo dormía y continuaba en la cama. Luego lo escuché gimotear y fui a ver qué pasaba. Pero ya no estaba en el cuarto.

—¿Cómo es posible? ¿Y la niñera?

—Nuestra principal sospechosa está siendo interrogada en este momento —intervino Duncan—. Pero sus padres aseguran que por esa hora estaba en cama durmiendo, claro. Buena coartada.

—¿Entonces? —inquirió David.

—¿Tienes alguna idea de quién querría haceros algo así?

—Claro que no, ¿quién iba a querer hacerle algo a un niño en este pueblo?

Carol continuaba meciendo su cara enterrada entre sus manos.

—No puede ser. No hay nadie. Somos una familia normal, con amigos normales. —Los sollozos la obligaron a guardar silencio.

—¿Y qué más se sabe? —preguntó David.

—¡Las paredes con sangre! Dios mío. Mi niño. Ni niño muerto —añadió Carol, y cogió un pañuelo que pronto quedaría empapado en lágrimas.

Los ojos de David se abrieron y sintió una punzada detrás de los globos oculares.

—¿Qué sangre, Duncan? ¿Qué le ha pasado a Brandon?

—Había un texto escrito en la pared del cuarto del niño. —Duncan dirigió su vista a las notas sobre la mesa y leyó—: Tengo al niño.

—¿Qué diablos es eso?

—¿No te sugiere nada?

—No, claro que no, ¿cómo quieres que lo sepa?

—Por la frase, especulo que el niño está con vida. En todo caso, hemos mandado a analizar la sangre a los laboratorios de Jasper. Tendremos los resultados lo antes posible. —Luego se recostó en el sillón al tanto que cavilaba—. Si está con vida, tal vez, pida un rescate.

—¿Un rescate? —dijo David, rodeando a su esposa con los brazos—. No tenemos más dinero que cualquier otro vecino de Past Grove. Nadie en este pueblo haría algo así.

Duncan se levantó del sillón y les dio la espalda.

—Todo eso es verdad. Por otro lado, tampoco hemos encontrado huellas ni nada sospechoso.

—Aparte de husmear, los vecinos no han podido decirnos si han visto entrar a alguien —agregó Paul, apoyado en la puerta y con los brazos cruzados en el pecho—. Hemos tomado declaración de todos.

—Por esta noche tenemos toda la información que necesitamos para comenzar nuestro trabajo —dijo Duncan—. Ahora marcharos a

descansar un poco. Si recordáis algo que debamos saber, nos llamáis.

—De acuerdo —dijo David—. Tenemos el coche en casa, podrías...

—Sí, desde luego. Paul, acompáñalos a casa.

David y Carol abandonaron la comisaría seguidos del ayudante. El aire fresco de la calle no les reconfortó y, sobre todo, no respondió a quién había sido capaz de arrebatarles a su hijo.

De camino a casa, David evocó las lecciones básicas del manejo armas que había impartido a su mujer, quien pese a todo no había sabido aprovecharlas.

Aquella tarde, tanto su hijo Brandon como él, eran los únicos que sonreían. Cada uno tenía su motivo para hacerlo; el niño lanzaba zarpazos al aire con la intención de capturar una mariposa que sobrevolaba por encima de su cabeza. En cambio, el motivo de David era más ambicioso; finalmente había convencido a su mujer, después de meses de discusiones, que aprendiera a disparar con los rifles de caza. Cualquier mujer que viviera con él debía saber defenderse de un imprevisto. Su padre nunca consideró que una mujer tuviera agallas para usar un arma. Pero David rechazó aquella vieja opinión porque si él no estaba en casa, Carol debía saber usar los rifles para defender a Brandon y a ella misma.

Ella discrepaba, así pues, durante las clases se mostraba reacia y malhumorada. La sonrisa en su rostro desapareció en cuanto él abrió el maletero y sacó dos rifles de caza.

—Sigo creyendo que no es necesario que sepa usar eso.

—Algún día me lo agradecerás. Estamos en tiempos de locos y quiero que mi mujer sepa disparar.

—Bueno, sólo tengo que apretar este maldito gatillo —dijo, señalando el gatillo del arma que David le entregaba—. No nos llevará demasiadas clases aprender eso.

—No te precipites. Estas armas son potentes.

—¿Y por qué no puedo usar una pistola tipo policía?

—Nos haremos con una en unos meses, cuando sepas lo básico.

—¿Meses? Debes de estar bromeando, ¿verdad?

—Nada de eso. ¿Acaso crees que podrías darle a aquello? —le preguntó con ironía, haciendo un gesto con la vista hacia una línea de botellines vacíos previamente dispuestos sobre un largo tablón de madera apoyado en dos rocas.

—No creo que un cerdo que quiera atacarme esté tan lejos, David.

—Ésa es la clave —declaró con orgullo—. Cuando des de lleno en aquellas botellas de cerveza, ese cerdo será carne de cañón.

Carol arqueó las cejas mientras sopesaba el rifle de calibre veintidós.

—Es ligera como una pluma —aseguró él, apoyándose su arma en el hombro y apretando el gatillo sin vacilación. El estruendo rebotó en

el cielo como la amenaza de una tormenta, un segundo antes de que el botellín desapareciera convertido en cientos de fragmentos de vidrio. ¿Qué te ha parecido?

¡Avísame la próxima vez! No sabía que estos trastos hacían tanto ruido replicó con las manos cubriendo sus orejas.

David explotó en sonoras carcajadas.

Pronto te acostumbrarás.

Espero que no, maldita sea.

Está bien, ahora tú.

David se puso a espaldas de Carol y le colocó el rifle en el hombro, atisbó cómo sus generosos senos se mecían.

Nunca me acostumbraré.

¿A qué? inquirió ella.

A tus pechos.

Qué tontería. Disparemos de una vez y vayámonos de aquí.

Está bien. Asienta bien los pies en el terreno y prepárate para el retroceso.

¿Retro qué?

Retroceso.

¿Qué estupidez es ésa?

Creo que pronto lo sabrás si no tienes cuidado. Las manos de David se deslizaron por el cañón del arma mientras le susurraba a su mujer que relajara el dedo del gatillo. Ambos se distanciaron de los ruidos del paraje; las aves surcaban el cielo despejado rumbo al sur. Los gemidos de Brandon se tornaron más insistentes en su afán por apresar la frágil mariposa.

Por un segundo, en la visión de Carol sólo aparecía la lejana botella, retándola a darle en el blanco.

Maldita sea masculló.

Tranquila, cariño le susurró al oído. La puntería es cuestión de estar relajada.

Estoy relajada dijo, convirtiendo su voz en un hilillo apenas perceptible.

David se alejó despacio.

Cuando creas que lo *tienes*... dispara.

Carol rio mentalmente. ¿Qué debía tener? La botella se encontraba a una distancia tal, que apenas distinguía el envoltorio. De pronto su dedo se sintió dispuesto y apretó.

Todo se apagó alrededor de Carol, sus ojos se cerraron y su cuerpo sufrió una sacudida que la expulsó hacia atrás. Cayó sobre la hierba y se golpeó la parte baja de la espalda. Cuando abrió los ojos el rifle aún flotaba en el aire; segundos después chocó contra el suelo con un sonido amortiguado.

Entornó los ojos y reparó con resignación que la botella

continuaba burlona sobre el tablón de madera.

—Joder, ¿qué ha pasado?

David le tendió la mano, que ella aceptó, y tiró de su cuerpo para ponerla en pie.

—Ya sabes qué es el retroceso.

—¿Por qué diablos existe algo así? ¿Los hombres no habéis sabido aún hacer algo a derechas?

David sonrió.

—Nada tiene que ver con eso.

—No estoy tan segura —dijo, cogiendo el rifle—. Voy a intentarlo otra vez.

—Buena idea, cariño —dijo él, mostrando satisfacción. Se acercó para ayudarla a colocarse la culata en el hombro.

—No, aparta. Ya puedo yo sola.

—Está bien, está bien —rio—. No pensaba que fueras a ser tan aplicada.

El segundo disparo se disipó en el cielo. Carol absorbió el retroceso con su cuerpo y un leve gesto de esfuerzo. Pero la botella continuaba en pie.

—Esta vez ha estado más cerca.

—No lo suficiente —dijo ella con sequedad—. ¿Y si fuera un tipo con un cuchillo que se abalanza sobre mí? ¿Has olvidado que esto es para defenderme?

Aquella tarde finalizó con el botellín hecho añicos sobre el suelo tapizado de hierba; y la mariposa en las manos de Brandon, cerradas con forma de bóveda.

Pero ahora nadie sonreía y el silencio colmaba el interior del coche. David reflejó una extraña decepción en su rostro cuando miró a Carol.

Capítulo 9

A la mañana siguiente, Logan se encontraba con el rostro frente al espejo roto del baño nauseabundo. Supuso que se estaba habituando a la decadencia de la casa. Contemplaba su reflejo tras el salpicado de suciedad que había pasado a formar parte del espejo. Advirtió con desgana que sus ojeras se asemejaban a las de su abuela, gracias a la compañía del insomnio. Presionó con suavidad una de las bolsas, como si ésta pudiera explotar. Esbozó una sonrisa desquiciada que dejó al descubierto unos dientes amarillos. Había traído su cepillo, pero no dentífrico, porque pensaba que en la casa de su abuela hallaría las necesidades básicas.

Abrió el grifo y una fuerte sacudida meció la casa. El silencio que lo siguió fue roto por un penoso borboteo de agua estancada.

—Menuda sopa de mierda.

Mantuvo el grifo un rato abierto, con la esperanza de que el agua recuperara su transparencia natural. La boca del grifo tosió varias veces, pero no fue hasta bien pasados cinco minutos que comenzó a cobrar semejanza con el agua que él había visto en Los Ángeles.

Colocó una mano vacilante sobre el chorro del agua y la aplicó en su cara. Cuando varias gotas se deslizaron por la comisura de los labios, esgrimió una mueca de repugnancia; pese al aspecto transparente, tenía sabor a óxido. Se apresuró a secarse con los pañuelos que tenía en su maleta.

Entonces escuchó el nombre de Logan en boca de alguien desde el exterior de la casa. Se sumó una nueva voz más estridente y reconoció a Danny en ella. Los chicos estaban afuera y lo llamaban. Alguien mostraba interés por él, cosa que no se había vuelto a repetir desde que se sentó en la silla. Nunca fue un imán para la amistad, pero en la fase temprana de su pubertad, había disfrutado de la compañía de buenos chicos en la escuela de Los Ángeles. Luego llegó el accidente y una etapa de asimilación por la pérdida de su madre y sus piernas. El hecho de que su padre estuviera vivo no aportaba emoción alguna a su vida.

Sonrió satisfecho por aquella novedad y rodó sobre su compañera hacia el porche. Antes de alcanzar el pomo de la puerta principal, echó una ojeada a la salita. El fuego ya danzaba sobre los troncos, suceso peculiar puesto que últimamente no oía el hacha de su abuela. Supuso que ella había reunido suficiente leña para varias décadas. Encontraba gracioso que fuera tan concienzuda con la leña y, por otro

lado, tuviera la casa sin atender.

Cuando abrió la puerta, lo recibieron las sonrisas radiantes de los chicos, montados sobre sus bicicletas; el sol se esforzaba por aparecer tras un grupo de nubes que avisaba que durante el día podrían retornar las lluvias.

El cabello de Mark se precipitaba sobre su pequeña frente y por encima de los cristales de las gafas. Lucía una chaqueta morada. El abundante pelo dorado de Danny sugirió a Logan un casco de aviador. Iba embutido en una chaqueta amarilla.

—Hola otra vez, chicos.

—Eh, hola —saludó Danny.

Mark traía su mochila a la espalda y se apartó el cabello de las gafas.

—Hola.

—Creí entender que no os gustaba la casa —declaró Logan.

Ambos chicos se miraron con una sonrisa en la cara.

—Bueno, el exterior es un poco mejor —bromeó Danny.

—Hemos venido para invitarte a dar una vuelta por ahí —aclaró Mark.

—Y hemos tenido que reunir todo nuestro valor para acercarnos a la casa —agregó Danny.

—¿Adónde vais? —preguntó Logan, pasándose las manos por sus piernas muertas. Trató de aplicarse un masaje, pero sin experimentar sensación alguna—. No podré ir a vuestro ritmo.

—Tranquilo, iremos a tu paso de tortuga —dijo Danny con un gesto de mano y una sonrisa amigable en la cara—. Como ves, no nos compadecemos de ti. Es lo que querías, ¿no? Aquí en Past Grove seguimos eso al pie de la letra.

—Danny —le amonestó Mark.

—No te preocupes, no me ha molestado la broma.

—Podemos enseñarte esto si quieres y tomar algo —continuó Mark.

—No suena del todo mal. —Logan miró por encima del hombro para cerciorarse de que su abuela no estuviera husmeando, pero recordó que siempre le decía que se marchara, así pues, ni siquiera se tomó la molestia de decirle que salía un rato.

—¿Necesitas ayuda para bajar? —preguntó Mark.

—La verdad es que sí.

—Te ayudaremos.

—Está bien, sólo tenéis que coger de atrás y levantarla un poco...

—Sí, ya sabemos cómo se hace, los de pueblo no somos tan tontos —dijo Mark.

—Perdona.

—Vamos. —Mark descendió de su bici y la apoyó sobre la pata.

Aferró las manillas de empuje y descendió los escalones del porche uno a uno. Una lengua asomó por la boca en gesto de notable esfuerzo. Pesa bastante.

Logan pensó que más le pesaba a él, aunque prefirió no romper la buena armonía.

—Lo siento.

—¿Cuánto tiempo llevas así? —quiso saber Danny.

—Dos años.

—Ah.

—Vayamos dando un paseo —sugirió Mark—. Tengo algo de dinero, podremos tomar un batido en Coffee Ville.

—¡Estupendo! —exclamó Danny.

—Si tú ya lo sabías, ¿por qué dramatizas tanto? —le dijo a éste.

Logan sonrió abiertamente. Danny enseñó los dientes y entornó los ojos.

Al cabo de unos minutos, en los que Danny no había cesado de tosigar a Mark para que le revelara las grabaciones de Suzie, avanzaron por Village Road en dirección contraria a la que tomó la vez anterior Logan. Tomaron una desviación y se detuvieron delante de una señal de Stop situada en Jointer avenue.

Logan contempló con suma curiosidad el núcleo urbano de Past Grove, y cómo se aglutinaba en un amasijo de ladrillo, cemento y cristal. A la derecha se erguía el campo de béisbol de Past Grove, con la zona de estacionamiento ocupada por un grupo de coches que hacían sonar sus motores, mientras los muchachos que había en derredor lanzaban bocanadas de humo apresuradamente. Uno de ellos lanzó la colilla consumida y la aplastó con la punta de las botas.

Jointer Avenue era la calle de mayor afluencia de tráfico de la localidad, aunque Logan observó que en Los Ángeles pasaría desapercibida, como una simple calleja. Los chicos dirigieron un saludo cortés a varios automóviles que circulaban. Una anciana ataviada con un abrigo gris empujaba el carrito de la compra.

—¡Hola, Margaret! —saludó Danny de forma estridente.

A la anciana se le encendieron los ojos y su rostro de cubrió de luz.

—Hola, chicos. No paráis ni un solo instante. Cuánta energía, cielo santo. —La anciana frunció el ceño al reparar en la presencia de Logan—. ¿Y quién eres tú, jovencito?

—Pues es un chico que vive en...

—Es un nuevo vecino de Past Grove —interrumpió Mark antes de que Danny señalara que vivía con Ingrid.

—Soy Logan.

—Hola, Logan. Ten cuidado con estos dos granujas, nunca planean nada bueno.

□¡Eso no es verdad, Margaret! □protestó Danny con el rostro risueño.

Logan no reprimió una risotada. Y se dijo que el pueblo era más animado que la casa de su abuela.

□Y tú, Mark..., ya le has contado tus sentimientos a Suzie.

□Margaret □dijo Mark, cuyas mejillas adquirieron el color del fuego.

□Oh, tranquilo. Es una chica encantadora □aseguró Margaret.

□Sí.

Tras la correspondiente despedida, la anciana continuó calle arriba, con la cabeza hundida entre los hombros mientras empujaba el carrito por la acera.

Los chicos aprovecharon un momento propicio para cruzar la calle. Logan evocó los centenares de semáforos en las calles de Los Ángeles, y observó que en aquella calle apenas se alzaban dos o tres.

Las gradas vacías del campo de béisbol crecieron ante los chicos. Logan pensó que crecería eternamente; pero cuando percibió lo pequeño que era experimentó una leve decepción.

□Es el campo regional, donde juegan los Alabama Students. Es una pequeña liga fundada por viejos aficionados □explicó Mark□. Past Grove es demasiado pequeño para que vengan las grandes ligas nacionales.

□Oh.

□Sí, tío. Es una lata. Pero nosotros animamos a nuestro equipo como si fueran los más grandes □añadió Danny, infundiendo a su voz toda la animosidad que le fue posible.

□Me gusta el béisbol, supongo.

□Aquí nadie juega a otra cosa □dijo Mark□. Como te he visto mirar el campo, pensé que te interesaría saberlo.

□Ah.

□Andando, estoy deseando tomarme un batido.

Coffee Ville era una pintoresca construcción de madera bajo capas de pintura verde chillón. La marquesina del mismo color emergía de la fachada como las fauces de un lobo en carnaval. Tras las ventanas atestadas de ofertas, una camarera corría en patines de una mesa a otra cargada con una bandeja. Detrás de la barra, una mujer joven con una marcada permanente y un suéter verde y falda corta, servía un humeante café a un tipo cabizbajo. De dos altavoces que flanqueaban la estantería del licor, brotaba una canción cuyo ritmo dirigía el local a gran velocidad.

La camarera se volvió en cuanto los chicos se sentaron a la barra. Mascaba un chicle de fresa y, de pronto, una pompa rosa estalló a escasos centímetros de la cara de Danny.

□¿Qué tal, pequeñajo?

—¡No soy pequeñajo, tía!

—No, claro que no. Y dime, ¿qué quieres tomar? Uno de los batidos de chocolate, ¿a que sí?

Danny asintió con ganas.

—Lo sabía —dijo ella con un guiño—. Hola, Mark. ¿Cómo van tus cachivaches electrónicos?

La camarera se perdió por una puerta sin esperar respuesta. Logan se volvió hacia el local, fijó su mirada en la camarera que se desplazaba con ligereza sobre los patines blancos y cordones rojos. La falda se agitaba al ritmo que asestaba el local. En el extremo del pasillo realizó un giro con destreza y se detuvo delante de la barra. Depositó la bandeja y presionó un timbre que había en la pared. Sus mandíbulas también rumiaban chicle como una vaca. Su cabello cobrizo asomaba por el hueco de la gorra verde reglamentaria, que el señor Spencer les obligaba a usar.

Logan permaneció hipnotizado por las interminables piernas de la chica, quien lo notó y le dedicó un amistoso guiño. Una tercera camarera cargó con nuevos pedidos la bandeja. La joven de patines la cogió e inició su vuelo por el local, repartiendo cafés, batidos y rosquillas de canela en sus respectivas mesas, con la alegría y la destreza de una bailarina.

La cabeza de la camarera del cabello de león asomó por la puerta y dijo:

—¿Serán tres batidos, Mark? Lo digo por el nuevo, ¿qué tomas...?

—Logan.

—Encantada, Logan.

—Sí, tres batidos de chocolate, Sindy.

—Bien.

La cabeza se retiró, la puerta se cerró y Logan continuó con su atención puesta en el local.

Las puertas batientes dieron paso a una pareja. Caminaron por el suelo de mosaico rojo y verde hacia la mesa libre del rincón. Cuando se sentaron apareció la camarera sobre patines, y Logan creyó que resbalaría por el modo brusco de la frenada.

—Aquí tenéis, chicos —anunció Sindy. Depositó tres enormes torres de cristal delante de los rostros expectantes de Mark y Danny. Logan atribuyó todo aquello a que los batidos serían realmente deliciosos. Danny no pudo detener su dedo impaciente y lo introdujo en la cremosa nata que coronaba el batido.

—Dios, tío. Esto debe ser uno de los pecados que McDougall nos prohíbe.

—Calla, Danny.

—Parece que todo lo bueno es un pecado, tío —dijo Danny dirigiéndose a Logan.

Hallaron una mesa libre detrás de dos señoras que asintieron a Mark y a Danny; pero cuando sus miradas se posaron en Logan, lo escrutaron largo tiempo. Éste se sintió una vez más evaluado como por agricultores que rechazan una mala cosecha.

No tuvo la oportunidad de comprobar lo cómodos que eran los sillones acolchados de verde; se acercó a la mesa con la silla de ruedas, tratando de no obstaculizar el paso a la chica que volaba sobre patines. Sus ojos se abrieron como lupas cuando tuvo delante de sí el batido. No parecía distar mucho de los que había tomado con su madre cuando era niño. Pero supuso que, por el modo en que Danny devoraba el suyo, sería la delicia de Past Grove.

Arrimó los labios a la pajita que asomaba tentadora y sorbió. Su boca fue asaltada entonces por una combinación de sabores verdaderos, que las grandes ciudades hacía tiempo habían olvidado. Supuso que aquella intensidad que llenaba su boca y se deslizaba por su garganta, era el verdadero sabor del chocolate. La nata tenía una textura irreconocible, que le obligaba a hundir su cara en ella y perderse en su sabor.

Danny depositó su copa vacía.

—El cielo del pastor McDougall debe ser algo parecido.

—¿Vais a la iglesia?

—Claro, aquí todos vamos el día de domingo —dijo Mark—. Antes de ir a tu casa hemos estado en la iglesia escuchando al pastor. ¿En Los Ángeles no vais a la iglesia?

—Bueno, no sé. No lo creo. La gente va algo más deprisa que aquí. Todo es diferente.

Ambos chicos se miraron perplejos.

—El pastor McDougall asegura que no se puede entrar al cielo sin estar en la iglesia —dijo Danny.

Logan arqueó las cejas.

—No sé. La verdad es que nunca he pensado en nada de eso —dijo ensimismado en sus propios asuntos; luego agregó—: Aunque sí que encuentro que la casa de mi abuela es muy extraña.

Los chicos cruzaron sus miradas intrigados.

—Te lo dijimos, tío. Es una vieja rara —susurró Danny.

—Creo que pasa algo malo. Mi abuela...

Logan detuvo su explicación cuando vio que ellos acercaron su rostro con sumo interés. Supuso que aquello formaba parte de la personalidad de los pueblos y prosiguió:

—Mi abuela tiene una puerta cerrada con candado. Y...

Los chicos se aproximaron aún más, y Danny hizo un lado su copa vacía.

—¿Pasa algo?

—¿Que si pasa algo? Claro, tío. Es la primera vez que tenemos

información de primera mano, ¿sabes?

—Ah.

—Mark intentó colar uno de sus micrófonos de espía en la casa, pero no funcionó. Tu abuela nos pilló enseguida y salimos echando leches. Mi madre dice que esos son bobadas, aunque mi padre no está nada de acuerdo. Cree que pasó algo con su hija Alice, y que la policía no indagó en todo el asunto de la desaparición. —La voz de Danny emergía cargada de tensión infantil.

—No sé. No sé nada de eso. Ella dice que no hay ninguna Alice. Ya le pregunté, y no parece dispuesta a hablar —dijo Logan—. Pasa mucho tiempo en la salita con su fuego mientras mira unas fotos.

—¡Estoy seguro de que los rumores son ciertos! —La voz de Danny asomó por encima de la canción del local. Algunas cabezas se volvieron en dirección a los chicos, buscando el motivo de la exclamación. La cara de Danny se convirtió en una mueca de disculpa y se cubrió la boca con ambas manos—. Ups, lo siento.

Después de las risas todos regresaron a sus cafés y rosquillas.

—¿Qué se cuenta por aquí? —quiso saber Logan.

—Nada bueno —dijo Danny, apoyando el pecho en la mesa y alzando la mirada hacia Logan. Los mechones rubios le cubrían buena parte de los ojos.

—¿Qué? —insistió.

—Que la mató, tío.

—No se sabe nada, Logan. No le hagas demasiado caso.

—¿Por qué no? —inquirió el muchacho con una rabieta infantil.

—Son rumores —aseguró Mark—. Parece ser que una chica de quince años, según dicen, desapareció allá por los cincuenta. El sheriff del condado y sus ayudantes, con voluntarios del pueblo, iniciaron la búsqueda, pero nunca la encontraron. Los vecinos le echaron la culpa a tu abuela. El sheriff cerró el caso y nada más se ha vuelto a saber.

—¿Por qué le echaron la culpa? —murmuró Logan al tiempo que daba un sorbo al batido.

—Nadie lo sabe, todo son rumores.

—¿Cómo va a matar mi abuela a una de sus hijas? Es rara y siempre parece enfadada, pero no es una asesina.

—Es la vieja asesina, tío.

—Deja de decir tonterías, Danny —le amonestó Mark.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, eh? Dime —le preguntó con voz lúgubre y los ojos convertidos en dos finas ranuras por las que asomaba el misterio.

—Creo que vi algo en la casa de mi abuela. En el pasillo.

Las cabezas de los chicos se fijaron en Logan, quien tenía los labios apretados y los ojos se agitaban en las órbitas. Había decidido estallar; necesitaba contar a alguien las rarezas que se cernían en

torno a la casa.

—Ahora que te miro, tienes mala cara, tío —dijo Danny.

—Es cierto.

—Me cuesta habituarme a una nueva cama supongo —les explicó—. Pero creo que pasa algo raro. Sé que pasa algo raro, porque mi abuela se encerró el otro día en ese cuarto del candado y empezó a gritar.

—¿Era tu abuela la que gritaba? —preguntaron al unísono.

—Claro, mierda. ¿Quién iba a ser?

—No lo sabemos —dijo Danny.

—Yo sí lo sé, pero entonces me giré hacia el pasillo y vi algo.

—¿Qué es algo? —preguntó Danny, impaciente.

—No sé. No quiero saber. Brillaba y creció y... formó la silueta de una persona, o algo así.

Danny tragó saliva, pero Mark reflejó la duda en su rostro.

—No lo entiendo.

—¡Es muy fácil, tíos! —Volvió a ser embestido por decenas de miradas. Descendió su voz a un susurro apenas perceptible y añadió—: Es un fantasma, tíos.

—Cállate, Danny —masculló Mark—. Haber, has dicho que te cuesta habituarte a una nueva cama. Tendrás falta de sueño y habrás creído ver algo.

—He visto algo —dijo Logan con los dientes apretados—. Pero no sé qué es.

—Nos tomas el pelo. ¿Es eso? ¿Tomas el pelo a unos chicos de pueblo?

—¿Eh? No. ¿Para qué?

—No sé, tú sabrás.

—Digo la verdad. Y no he dicho nada de fantasmas.

—Pero lo son. El pastor McDougall habla mucho de difuntos que van al cielo.

—Bueno, no creo que tenga nada que ver. A decir verdad, no lo sé. Pero pasa algo en la casa de mi abuela. —Entonces recordó la vieja canción de los cincuenta que surgió del mueble—. La primera noche escuché una canción de rock, era vieja.

—Rock. El pastor McDougall lo odia. Es la música del demonio. Eso es lo que él dice.

—Deja de hablar de una vez del pastor, Danny —ordenó Mark.

El desconcierto se reflejó en el semblante de Logan. ¿Cómo podía alguien considerar a cualquier clase de música como algo del demonio?

—Lo más raro es que salía de un mueble antiguo. Pero está cerrado con llave. Todo en casa de mi abuela está cerrado con llave —añadió con enojo—. Tendré que buscarla.

—De un mueble —murmuró Danny—. Preguntaré a mi padre.

—¿Qué puede saber él? —inquirió Mark, de forma cansina.

—Me dijo que de pequeño era amigo de Rebecca.

—Rebecca era mi madre —anunció Logan con una mezcolanza de melancolía y sorpresa.

—Le preguntaré.

—¿Tu padre es el hombre del sombrero?

—Sí, ¿por qué?

—Nada, lo vi bajarse de un coche delante de una casa.

—Claro, yo vivo allí. Te vi.

—Lo sé.

—Volvamos a lo de la casa de tu abuela —sugirió Mark con expresión sombría—. Pero no creo que tu padre pueda saber nada, Danny.

—Y tampoco sé qué le pasa —continuó Logan—. Me trata como si fuera un pedazo de mierda. Por esa parte estoy bastante cansado. Aunque no tengo adonde ir.

—Ya te dije que en Past Grove debes ser fuerte.

Todas las miradas se dirigieron a una chica que lucía chaqueta vaquera sobre una camisa rosa con el cuello alzado y una falda blanca de vuelo. Su cabello se reunía en una coleta que ella había apoyado en el hombro.

—¿Suzie? —preguntó Danny incrédulo.

Las mejillas de Mark empezaron a quemarse.

—A veces me arreglo un poco. ¿Cómo lo llevas, pequeñajo? Hazte a un lado.

—¿Eh? —Con el rostro embobado, Danny le cedió parte del asiento—. Menudas piernas, tía.

Ella, perpleja, le dedicó una sonrisa amigable.

—Vaya con el renacuajo. —Luego le dirigió una mirada de curiosidad a Mark—. Veo que no todos son tan lanzados, ¿me equivoco?

—¿Qué tal... Suzie?

—Dímelo tú. Hola, Logan. ¿Ya empiezan los problemas en casa de tu abuela?

—Supongo que sí.

—Ya te dije que te fueras de la casa, tío —dijo Danny, sin apartar la mirada de los muslos de la chica.

Mark la contemplaba con nerviosismo.

—Oye, Mark, tengo un regalo para ti —anunció Suzie con una sonrisa sarcástica. De uno de los bolsillos de su chaqueta sacó un pequeño micrófono.

Logan extendió una sonrisa en su cara; Danny lanzó un chillido mientras las facciones de Mark adoptaban el color de la sangre y empezaba a balbucear.

—Tío. Si te gusta una chica, ve a por ella y deja de hacer tonterías —le dijo Suzie—. Ten, me halaga que creas que mi vida es interesante, pero no lo es. Soy una tía que quiere escapar de este pueblo. Y recuérdalo, ¿vale? Decisión la próxima vez.

—¿Yo? Sí, sí.

—¿Cómo lo has sabido? Qué bárbaro —rio Danny.

—Calla, Danny —gritó Mark apurado.

—Tranquilizaros. Mi madre ya me dijo que ibas detrás de mí. Y, además, os he visto un par de veces en el jardín agachados. Menuda risa cuando se lo contaba a Laura al teléfono.

—Lo... lo siento —se disculpó Mark—. No sé en qué pensaba.

—Yo sí —rio Danny.

—¡Danny!

Logan contemplaba con simpatía los pequeños problemas que un pueblo podía presentar. Sin duda, un asunto como ése en Los Ángeles no se arreglaba con una sonrisa. En la mente del chico zumbaron las palabras delito de invasión de la privacidad.

—Es lo que hay, tía —se aventuró Danny—. Es el precio de la belleza, resígnate.

—Qué bobo eres.

—Aunque puedes esperar a que yo sea más mayor; dos años de diferencia entre nosotros no será gran cosa dentro de un tiempo.

—Sí, Don Juan, ya veremos cuando crezcas —le sonrió al tiempo que le mecía el abundante cabello a Danny—. Bueno, y arreglado esto, ¿qué tramáis de interesante para hoy?

—¿No repartes periódicos hoy? —preguntó Logan.

—He terminado. Y Margaret me ha dicho que os ha visto por Jointer Avenue y pensé que estabais aquí —explicó—. Y he acertado.

Logan miró las facciones de su cara y cómo éstas dibujaban preciosas líneas de expresión.

—Veo que no mentías en lo de que no eras peligroso. El ir con estos dos lo confirma.

—Eh, cuidado, tía. Tengo mi genio —rugió Danny.

—Pues guárdalo para ti, pequeño forajido —sonrió ella.

—Estábamos hablando de la abuela de Logan —dijo Danny.

—Sí. —La cara de Mark se transformó en pura vergüenza.

—Oye, que no muerdo, Mark. Cálmate —dijo Suzie.

—No puede, está enamorado.

—Danny, joder. Que te calles de una vez.

—Qué genio, chico. —Suzie le dedicó una mirada de curiosidad—. Eres mono detrás de las gafas y ese pelo alborotado. Pero yo tengo que dedicar mi tiempo a trabajar.

—Claro, lo comprendo —dijo Mark, cabizbajo—. Pero no le hagas caso a Danny.

La camarera de los patines se detuvo delante de la mesa de ellos mientras continuaba jugando con su bola de chicle.

—¿Qué te pongo?

—Hola, Amy. Nada, sólo he venido a hablar con éstos.

—Voy a lo mío, entonces. —La camarera inició su carrera hacia la barra.

—¿Qué tal con tu abuela, Logan? —preguntó Suzie entornando sus ojos azules.

—Supongo que bien.

—Si te sirve de consuelo, no estás en el peor sitio de Past Grove. Este pueblo tiene leyendas para casi todo —dijo adoptando un tono serio.

—Ah. —Logan evocó todo lo vivido en casa de su abuela y fue cuando la agradable reunión dejó de serlo. Los alaridos de la vieja resonaban en las cavidades de su cabeza como presagio de algo más terrible. Su rostro se ensombreció y todos enmudecieron.

—¿Por qué estás en Past Grove? —le preguntó Suzie—. No es un lugar al que yo hubiera querido venir.

—Problemas familiares. Hace dos años mi madre sufrió un accidente con el coche y yo iba con ella. Yo sobreviví y, bueno, me quedé con mi padre, que no es precisamente una definición de responsabilidad.

—Lo siento —dijo Suzie con tono solemne.

—Nosotros también lo sentimos —dijeron Mark y Danny.

Logan pasó a contarles el resto de sucesos. Aquellos chicos parecían diferentes a los de Los Ángeles. Past Grove tenía ese aire familiar donde todos se conocían y ese cercano sentimiento hizo que se abriera a ellos. Contó el severo carácter de la abuela, la caja que siempre tenía en el regazo y el abandono en que estaba la casa. El candado, los gritos de tormento procedentes de la habitación que ocultaba el candado. Y cuando relató el extraño suceso de la música de los cincuenta, los muchachos lo contemplaban con los ojos como platos y las facciones petrificadas. Danny tragó saliva en varias ocasiones, haciendo que su nuez se agitara como un pistón.

La belleza de Suzie se había vuelto gélida, sombría, hasta el punto que parecía haber envejecido diez años. Mientras revelaba los hechos, arrojaba alguna que otra mirada por encima del hombro para cerciorarse de que nadie más escuchaba. El batido había perdido interés; a medida que explicaba todo, las imágenes se sucedían una tras otra en su mente, como una película. Todo su cuerpo se convulsionó de pronto y sintió arcadas al rememorar cuando su abuela había aparecido en la salita al salir del insólito cuarto.

Suzie boqueó al escuchar la parte de la aparición; aquello añadió matices a la leyenda que los chicos jamás hubieran imaginado. En

repetidas ocasiones se abrazó a sí misma. Su piel había perdido color.

—Es todo muy raro —concluyó Logan.

—No creo que raro sea la palabra —dijo Suzie—. Si antes esa casa me daba escalofríos, ahora ya ni te cuento.

—Dijiste que eras una chica fuerte.

—Sí, pero tengo mi límite. Además, el miedo es bueno, te mantiene alerta y te dice qué camino no debes tomar. Pero no tengo miedo a los ratones que mencionas.

El silencio los cubrió con su velo inquietante y permanecieron así durante un eterno minuto. Al cabo de un rato, Mark se levantó.

—Tengo que ayudar a mi padre en el garaje —anunció, y fue hacia la barra para pagar los batidos de chocolate.

—Sí, podemos dar por terminada la reunión —dijo Suzie levantándose. Miró a Logan y agregó—: No sé qué decir, Logan.

—Vete de la casa, tío —intervino Danny con los ojos brillantes.

—Habla con tu abuela de firme y que te explique qué hacía en el cuarto —sugirió Mark cuando regresó; se introdujo las monedas en el bolsillo del pantalón—. Si quieres que te subamos hasta el porche...

Logan reprimió un grito silencioso. No quería ser una molestia para nadie.

—Creo que puedo solo.

—Tonterías, vamos. Todos vivimos cerca —dijo Suzie, cambiando de tema—. Nos vendrá bien un paseo.

—¿Quieres mantener la línea, Suzie? —dijo Danny con una sonrisa de media luna.

—Nada de eso.

—Tiene una línea estupenda, a que sí, Mark.

—¡Danny!

Logan se distanció de la mesa y, unos minutos después, era empujado por Suzie mientras cruzaban Jointer Avenue seguidos de los chicos. Contemplaban cómo nubes de plomo cerraban el cielo.

—Tormenta otra vez. Siempre pasa antes de un fuerte verano. En Past Grove el clima tiene su propio reloj interno. Parece un pueblo aislado del resto del mundo —dijo Suzie.

—Me he fijado. —Logan mantenía las manos sobre sus piernas, deseando que éstas pudieran valerse por sí solas.

Mark fue el primero en llegar a casa, la cual consistía en una diminuta construcción con tejado rojo y ventanas como ojos de búho. De la parte posterior asomaba una gran copa de fresno.

—Adiós, chicos. —Luego miró a Suzie con timidez.

—Nos veremos, Mark. Y da a los micrófonos un mejor uso —le dijo con sarcasmo.

—Sí, espía a la directora Ferguson, de la Institución Morris —dijo Danny con malicia.

—Déjalo ya, Danny. —Fijó su mirada en Logan—. Ellos te ayudarán a subir los escalones.

—Bien.

Pero no fue así, porque cuando llegaron a casa de Logan, la lluvia cortante se precipitaba sobre el terreno, y la madre de Danny aulló como un lobo. La red de arrugas que constituía su cara se acentuó en notable enojo.

—¡Ahora voy, mamá!

—Tranquilo, Danny. Ya puedo yo —aseguró Suzie.

—¿Seguro?

—Sí, vete.

La figura de Danny se desdibujó tras la lluvia, que aumentó considerablemente. La brisa empujaba las agujas plateadas y el rostro de Suzie pareció brillar. Estaba detenida delante del camino de acceso a la casa de la abuela.

—Adelante —dijo Logan—. Nos empaparemos.

—Estoy acostumbrada a la lluvia, aquí es algo normal.

—Yo la odio. Adelante.

Suzie cerró con más fuerza sus manos en torno a las manillas de empuje para obligar al temblor que se había iniciado en su cuerpo a detenerse.

—¿Pasa algo? —insistió Logan.

—No.

—No tendrás que entrar, sólo será hasta el porche.

—Ya me parece una temeridad. No me fío.

Condujo la silla por el camino hasta el pie de los escalones. La casa de madera parecía inclinarse hacia el frente como una bestia que les acechaba. Las ventanas estaban cerradas y la chimenea lanzaba suaves formas de humo.

—¿Estás segura de que podrás?

—Claro, Logan. Estoy acostumbrada a trabajar.

Inclinó la silla y comenzó a ascender los escalones uno a uno. Las ruedas absorbían cada golpe y lo enviaban a Logan, quien lo recibía en la parte baja de la espalda. Pero mantuvo el tipo y no pronunció palabra. Frente a una chica que mostraba cierta fortaleza no deseó ser quejumbroso.

—Ya está.

—Gracias, Suzie.

—No hay de qué.

Logan se la quedó mirando. Labios rojos en una piel tostada y salpicada de lluvia. Una imagen sensual a no ser por el cabello aplastado sobre su cabeza.

—Mark parece buen chico.

—Es de confianza. Al menos un poco. Mira que colocar micrófonos

en mi cuarto. Menuda chiquillada dijo con una flamante sonrisa.

Logan le contestó con un silencio.

¿Cómo es la ciudad de Los Ángeles? quiso saber ella.

Muy diferente. Todos parecen tener algo que hacer si con eso se evitan ayudar. Y todo parece ir muy deprisa. El tiempo se me ha detenido en cuanto he llegado aquí.

Ah, bueno, no conozco esa sensación. En Past Grove todos andamos también ocupados, pero tenemos un momento para un vecino.

Y mucha violencia. Es raro no oír una noche las sirenas de la policía. Y armas. Muchas armas.

Oh, eso no me gusta. Yo me marcharé a Birmingham cuando cumpla los dieciocho. Estoy ahorrando para matricularme en la universidad. Cuanto antes salga de aquí, mejor. Dirigió una mirada recelosa a la puerta. Y te aconsejo lo mismo.

Bueno..., no tengo adónde ir en estos momentos.

Siempre hay un lugar para cada uno de nosotros. Debemos buscarlo.

Supongo.

Seguro que sí.

Suzie se apartó de la barandilla de madera como si ésta estuviera ardiendo. Luego miró al chico.

¿Qué cosas hacéis en Los Ángeles para divertiros?

Cientos de cosas, si no vas en sillas de ruedas, claro. Cientos de locales de moda, quedan algunos cines al aire libre. Pero yo no me divierto mucho desde lo del accidente.

Qué mala pata, ¿no?

Sí, nunca mejor dicho. Mala pata dijo Logan golpeándose en un muslo. Estoy cansado de esta mierda.

Lo siento, no quería...

No pasa nada. He aprendido a resignarme. Pero todo es una mierda. Sobre todo porque las chicas...

Suzie abrió los ojos.

¿Qué pasa con las chicas?

Pues eso. Que no hay chicas. ¿Quién mierda se va a interesar por un medio chico? rugió.

¿Un medio chico? ¿Qué es eso que dices?

Un chico como yo, incompleto. Sin piernas.

Eres muy duro contigo mismo.

No sé. Supongo. Es lo que me ha estado repitiendo mi padre desde que me senté en esta mierda con ruedas. Un hombre incompleto.

Logan dijo ella con voz suave. Esas cosas que dices...

¿Qué?

—No eres nada de eso. Hay mucha gente en silla de ruedas y tienen una vida digna.

—¡Ja! —exclamó—. Digna. Esa palabra suena a mierda. Es como si no hubiera nada más y uno tuviera que soportarlo porque todo el mundo espera que lo hagas. Como si eso fuera ser un hombre. Tal vez no quiera ser un hombre, tal vez quiera vivir, *correr* detrás de mis sueños, con mis piernas y no atado a esta mierda de hierro, que encima tengo que agradecer.

Suzie permaneció pasmada.

—Lo siento, no quería...

—Perdona. A veces estallo. Hace tiempo que no hablo con nadie y hoy tocaba explosión —dijo recuperando algo de humor.

—No sé qué decir.

—No hace falta, Suzie.

—No he querido ser inoportuna.

—Tranquila.

Ella se acercó de pronto hasta Logan, quien recibió el beso en la mejilla con desconcierto.

—¿Eh?

—No eres un chico incompleto.

—No quiero dar lástima a...

—No es nada de eso. Considéralo un beso de bienvenida. Ahora me tengo que marchar.

—¿Con esta tormenta?

—Esto es Past Grove —dijo ella al tiempo que bajaba los escalones. En la distancia, un relámpago encendió las nubes—. Adiós.

Una radiante sonrisa floreció en su cara.

—Adiós —dijo Logan con una mano en el lugar del beso.

Capítulo 10

Cuando entró en la casa, un nuevo relámpago lamió el suelo del pasillo. Sus facciones blancas, y con el mismo aspecto que la casa, se cubrieron de luz azul. La agradable sensación del beso desapareció en el momento en que rodaba por el pasillo. No había señales de su abuela, cosa que agradeció; después de cómo lo había tratado era lo más oportuno.

El corazón le dio un vuelco al pasar junto a la puerta del candado, y advirtió algo sobre el óxido.

—Sangre —susurró al silencio—. ¿Qué habrá pasado?

El suelo se encontraba moteado por restos de sangre. El reguero se dirigía a la cocina.

Las bromas de Danny, la timidez de Mark y la belleza de Suzie quedaron atrás, en otro tiempo y otro lugar. Ahora volvía a internarse en la pesadilla que se cernía sobre la casa.

Al entrar en la cocina no encontró a su abuela, pero sí al pequeño huésped que hurgaba con el hocico en los restos de carne de un plato.

Un repentino ruido le obligó a desviar su vista hacia la repisa de mármol. El vaso con restos de leche adherida al fondo se había precipitado al suelo, abriéndose en miles de fragmentos. El culpable fue otro roedor de pelaje negro y ojos inyectados en sangre que escrutaban al chico. La leche comenzaba a desprender una asfixiante pestilencia que devoraba el escaso aire que se podía respirar. Una arcada trató de despertar en Logan como una poderosa erupción volcánica. Se llevó las manos a la boca, pero el blanquecino líquido se derramó por sus labios y la barbilla.

—Mierda.

Se limpió la cara con la manga del suéter. Se dirigió al baño para eliminar cualquier rastro de vómito que había sobre sus muslos. Era hora de cambiarse de ropa, pensó.

De pronto, la melodía de la pasada noche invadió el denso silencio de la casa. La alegre voz del vocalista se deslizaba por el pasillo.

Los ojos de Logan se detuvieron frente al espejo, contemplando no su imagen moteada de manchas, sino un vacío desconocido; un vasto paraje de noche y dolor como no hubiera creído posible.

—¿Qué pasa ahora?

Aquellas palabras surgieron de su boca en un susurro imperceptible, lejano, como si la boca reaccionase a otra voluntad. Su

atención yacía sobre la animosa guitarra de los cincuenta que colmaba cada recoveco de la casa con rebeldía adolescente.

La llave. Tengo que encontrar la llave de mierda.

El que no hubiera señales de su abuela, le concedía el momento apropiado para ello. Entonces la música cesó.

Decidió ir a la habitación en primer lugar y cerciorarse de que no había nadie. En todo caso, una vocecílla burlona ya aseguraba aquello en su oído, con una insistencia tortuosa y que sólo se detuvo cuando atravesó la puerta.

La ventana enmarcaba el retrato de la tormenta.

¿Temes a la música? Estás hecho todo un miedica, chaval.

El cuerpo de Logan se inmovilizó y, en su interior, cobró vida el corazón, cuyos martilleos eran dolorosos golpes de piedra. El terror se zambulló dentro y le erizó el vello, su piel se volvió tan sensible que tuvo la impresión de que su ropa le rasgaba la piel. Un profundo temblor se abrió paso y le obligó a aferrarse a la silla, transmitiendo dicho temblor a la estructura de metal.

Pero en ningún caso se atrevió a mirar por encima del hombro, porque sabía que alguien o algo permanecía detrás, contemplándole, impasible.

¿No vas a decir nada? Pensé que ibas a ser más interesante.

Un helor se meció a espaldas de Logan y se desplazó hasta la ventana, y entonces fue cuando la sintió. Era una vez más aquella figura femenina, admirando la lluvia.

No me tengas miedo.

Logan había perdido el habla; su lengua había quedado agarrotada bajo el paladar y no reaccionaba a su voluntad.

La chica, aunque Logan no estaba seguro de tal definición, se volvió. Su mirada era penetrante, profunda y negra; pero detrás de aquella oscura majestad había cuestiones sin resolver. Sus labios, una vez carnosos y provocadores, eran ahora finas capas de escarcha que habían detenido el sabor de los besos. Cuando sonrió abiertamente, los labios se agrietaron igual que tierra tras épocas de sequía. Su cabello fluía de su cráneo como cascadas de agua enlodada.

¿Sigues sin decir nada, chaval? Menuda compañía me he buscado. Por cierto, soy tu tía Alice.

Logan pensó que si la muerte poseyera la cualidad de la risa, sin duda era aquella. La boca de la muchacha se retorció semejante a un pútrido trapo y su garganta se abrió en una serie de toses pestilentes. La risa cavernosa ocupó y sustituyó el repiqueteo de la lluvia, y se prolongó hasta un infinito de burlona tortura.

Te contaré qué pasó y cómo era esta casa antes de que intentaran destruirme, porque como ves no lo lograron. Aún estoy aquí, y me gusta estar aquí, sobrino. Humm creo que esa palabra no es

muy adecuada, ¿verdad? Te llamaré por tu nombre. Logan.

El chico se encontraba clavado a su silla, mientras aquello se desarrollaba como una pesadilla a la que él había sido invitado. Sus ojos se posaron en la camisa a cuadros rojos y blanquecinos. Se preguntó si lo que mecía el tejido era la agitada respiración de la figura.

—Siento mi aspecto, chaval, pero no hay tiendas de moda en el infierno.

Los labios del chico temblaron cuando intentó articular palabra.

—Dime. Macho, estás cagado de miedo. Soy una chica, una chica incompleta. Como tú dijiste. Entre los dos formaremos ahora una unidad perfecta. Tú y yo, chaval. Será divertido, ¿no crees?

Alice se volvió hacia la ventana y, por un segundo, Logan creyó que el cuerpo de ella era traslúcido.

—No puede ser. Eres un fantasma. ¡Un fantasma de mierda, joder! —Retrocedió en la silla y chocó contra el mueble del que había emanado la cancioncilla de los cincuenta.

Alice permaneció contemplando el exterior.

—Esto ha cambiado mucho. Recuerdo que la casa de mi perra madre era la única del camino, mira ahora, han construido más viviendas. Debe de ser el progreso, como lo llamaba mi padre.

—El abuelo.

—Exacto. Murió de cáncer.

—Pe... pe... pero ¿cómo has podido volver?

—No tengo ni idea. Las cuestiones teológicas deberán ser atendidas por el pastor McDougall, ya muy viejo y decrépito. Aunque supongo que no has ido a la iglesia todavía. No, claro que no. En mis tiempos todos íbamos a la iglesia cada domingo. Pero yo me cansé de hacerlo y muchos empezaron a mirarme como a un bicho raro.

—¿A la iglesia? No, no. Todo esto no está pasando. Es una pesadilla de mierda. Mañana despertaré en mi casa, en Los Ángeles, y mi madre me preparará el desayuno.

—Menudo crío de poca monta estás hecho. —Alice se volvió de pronto con los brazos extendidos, se aferró la camisa y se la abrió. Los botones saltaron por el cuarto y Logan contempló el horror de la verdad. El cuerpo estaba lejos de ser turgente y sus senos no se mantenían firmes como piedras; un abierto corte cruzaba el vientre, cuyos bordes agrietados y encallecidos lograban contener los intestinos apresados tras las paredes de carne, pugnando eternamente por salir—. ¿Te parece suficiente real, Logan?

Las manos sudorosas del chico resbalaran sobre el metal que movía las ruedas.

—¡NOOO! —El grito emergió de las profundidades del pecho, de un lugar que Logan creía inexistente.

Los ojos de Alice se abrieron con fuerza, infundiendo a la desgarradora imagen todo el horror. Su alarido se sumó al del chico. Entonces se cubrió el torso con la camisa; los botones surgieron milagrosamente, finos hilos los cosieron a la tela como por manos ágiles e invisibles, y Alice se apresuró a abotonarse.

—Bien. Se acabó el espectáculo. Ahora cálmate si no quieres que te dé un infarto. No voy a hacerte nada. Por cierto, tengo quince años —agregó con frívolo sarcasmo—, y los tendré para siempre. Supongo que no es algo tan malo, ¿verdad?

La atención de ella regresó a la lluvia.

—No se puede regresar, si fuera posible, todo el planeta estaría plagado de fantasmas de mierda.

Alice rio.

—Te sugiero una tarde con el pastor McDougall. Quizás él sepa aclararte tus dudas existenciales. ¿Sabes?, no he visto ángeles, ni todas esas bobadas que me enseñaron. Ni duendes ni gnomos. Ni a Dios, o al Diablo. Nada de eso. Simplemente abrí los ojos y me encontré sola. Vagué durante mucho tiempo por túneles de luz negra. Oscuridad y soledad. No hay hornos quemando almas para siempre. Sólo oscuridad. No puedo decirte más de lo que hay ahí afuera. Lo que a mí me interesa está a este lado. Con vosotros, con todos vosotros.

Capítulo 11

Unos años antes...

La vida de Ingrid cambió para siempre cuando tuvo a su segunda hija, el cuatro de abril de 1942. Alice irrumpió en el mundo lanzando un alarido terrible que se escuchó por encima de los relámpagos de la tormenta que azotaba a Past Grove. Retorció la boca sin dientes como si quisiera apresar algo en el aire. Los diminutos dedos intentaron aferrarse a la madre cuando ésta mecía a la criatura, cosa que atribuyó a su imaginación. Los médicos le auguraron que sería una niña fuerte. Oliver, el padre, aceptó aquello de buen grado.

Las primeras noches estuvieron cargadas de llantos eternos que arrancaban del sueño a los padres. Se turnaban pacientemente para conceder la protección al bebé o acunarlo entre los brazos hasta que volvía a dormirse. Una de aquellas ocasiones Ingrid reparó en los pequeños ojos llenos de notable curiosidad de la niña. Ello quedó latente dos años más tarde, cuando comenzó a señalar a los pajarillos que piaban sobre la repisa de la ventana de la cocina. Extendió sus cortos brazos haciendo alarde de una determinación increíble.

—Mira, mira cómo quiere llamar la atención de los pájaros —anunció Oliver con orgullo—. Es tremenda esta niña. —Se acercó hasta ella y la aupó en brazos—. ¿Verdad que eres tremenda, Alice? Alice es una niña fuerte y tremenda.

Mientras decía aquellas palabras, desplazaba a la niña por el aire como si de un avión se tratase. Ingrid los contemplaba sin saber que los acontecimientos se desliarían funestos y dolorosos en los próximos años.

Con el tiempo pasó a tener su propia cama en la habitación de Rebecca, hermana que contaba con cinco años y quien estaba entusiasmada de tener una hermanita. Y prometía constantemente en las comidas de cada día, después de la escuela, que la protegería. Oliver asentía satisfecho. Pensaba que la familia estaba al completo y era de los hombres que experimentaba una enorme tranquilidad cuando las cosas parecían estar todas en su debido lugar.

Sin embargo, pronto comenzó a notar que nada lo estaba.

La tarde del primer estallido se encontraban sentados en el parque de Past Grove. Alice, quien ya caminaba con destreza, se deslizó hacia el árbol en que un gorrión había topado y caído al suelo. Se agitaba de un modo lastimoso y un ala golpeaba la hierba. Alice lo miró con la

notable curiosidad con que escudriñaba todo. Entonces cogió con la mano el cuerpecillo del pájaro y lo llevó a la boca. Con un sonoro mordisco, separó el cuerpo de la cabeza y lo arrojó contra el tronco.

Ingrid leía sentada en un banco. Había estado lanzado miradas a la niña, pero al hacerlo de nuevo, no la halló por ninguna parte. Su pecho se llenó de malestar. Luego la vio junto a un roble. En la distancia vio que de la boca de la niña brotaba un líquido rojo y que éste salpicaba el babero. Mientras se aproximaba, atribuyó el asunto a algo de poca importancia, puesto que Alice sonreía.

Pero aceleró el paso al advertir que la niña trataba de tragar algo mullido que sobresalía de su boca, algo probablemente encontrado en el suelo. Y temerosa de que pudiera atragantarse, levantó a la niña del suelo.

—¡Oliver! —exclamó, y reparó en la sangre que manaba de la boca de Alice.

El hombre dejó caer los helados de fresa que traía del puesto del señor Matt. Corrió hacia su mujer al tanto que Rebecca contemplaba con horror cómo la fresa se derretía en el suelo.

—¿Qué ha pasado? ¿De dónde diablos es la sangre? ¿Le has pegado?

Las incógnitas se agolparon en la mente del hombre y, al arrebatarle a la niña de las manos, Alice le asestó un leve tortazo que le dejó desconcertado.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? ¿Cuándo le he pegado? —graznó Ingrid.

—¿Qué le pasa a mi pequeña? —dijo, y sacó la cabeza luciendo las marcas de los dientes—. Pero, ¿qué diablos es esto? Se ha metido una cabeza de pájaro en la boca. —Dirigió una mirada de reproche a Ingrid y le dijo—: ¿Ni siquiera puedes estar pendiente de la cría ni un segundo mientras compro los helados?

—¿De qué estás hablando, cabrón?

Rebecca apareció dando tirones a la camisa de Oliver.

—¿Qué pasa, papá?

—Nada, cariño. Todo está en orden. Nos vamos a casa. El día ha terminado.

—¡Pero yo quiero un helado de fresa!

—Otro día. Diablos, Ingrid, ¿quieres encargarte tú de Rebecca? —dijo mientras volvía su atención hacia la ensangrentada boca de Alice, quien no había dejado de reír.

—¡Pájaro, pájaro! ¡Papá, pájaro!

—Sí, cariño. Era un pájaro. Pero la próxima vez lo dejas donde estaba, ¿de acuerdo? No queremos que te lastimes.

Todos se encerraron en el coche y, bajo el abrasador sol de verano, pusieron rumbo a casa.

—Tal vez sea mejor que la vea el doctor, Oliver.

—No pienso llevar a mi hija a ese matasanos. Es una niña tremenda y muy fuerte.

—¡Papá, quiero un helado! —chillaba Rebecca.

—Ahora no, hija. No ves que tu hermana ha sufrido un accidente.

Ingrid pensaba que quien había sufrido un desgraciado accidente era el gorrión, pero se limitó a guardar silencio.

Llegaron a casa, que por entonces aún era limpiada por Ingrid regularmente. Tumbaron sobre la mesa del salón a la niña y le limpiaron cualquier resto de sangre.

—Déjame a mí, Oliver.

—No, tú prepara la cena y ten listos los somníferos, esta noche quiero dormir. Si ocurre cualquier cosa, te toca a ti arreglarla. ¿Te ves capaz?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—¿No es evidente? Nuestra hija tenía la cabeza de un gorrión malherido.

—Ni siquiera vi que se alejara —graznó Ingrid.

—Excelente, al menos tienes la decencia de reconocer tu error.

Cuando abrió el pañal de Alice, iba acompañado de un horrible lodo marrón.

—Qué desastre —bufó Oliver—. Trae también los pañales, ¿quieres?

Los ojos de la cría admiraban todo, como si se encontrara en un mundo diferente, lleno de espectáculos y fuegos artificiales. Balbuceaba al tiempo que agitaba los brazos.

—Cálmate, cariño. Hoy has hecho algo malo, y no me gusta.

Alice continuaba propinando gorgoteos. No fue la última vez que un hecho insólito tendría lugar en la vida de Alice.

Al verano siguiente, Oliver yacía sobre la tumbona que tenía por entonces en el jardín trasero. Había habilitado una zona de recreo y una piscina hinchable, donde las manos de Alice chapoteaban en el agua con la furia de un calamar gigante.

Oliver bebió del prometedor whisky escocés que un tipo en el trabajo le había recomendado y luego dejó la copa en la mesa plegable. Su rostro estaba surcado por un reguero de sudor procedente del tortuoso sol de 1945. Alice contaba con tres años y como él siempre aseguraba, todo estaba en orden. Pero si hubiera posado su vista en la niña en aquel instante, la habría visto arrojar al césped una muñeca a la que finalmente le había arrebatado ambos ojos y cuyo cuerpo había sufrido de decenas de mordiscos. Yació inmóvil con la mirada vacía. La niña aferraba el borde de la piscina al tiempo que sus dedos buscaban con ahínco cualquier zona donde poder hundirlos. Su dulce afán de destrucción tomaba forma a medida que pasaba el

tiempo.

Oliver dio otro sorbo al licor con aprobación. Escuchaba las últimas noticias de la guerra que asolaba Europa. Aquello podía no estar en orden, pero al menos quedaba lejos de su vida y la de su familia; sobre todo de Alice y, por supuesto, de Rebecca, quien cumplía la próxima semana seis años. Ingrid y la niña habían acudido a Jasper, una localidad situada a poco más de una hora en automóvil. Las tiendas de ropa para niñas no eran del gusto de Ingrid, quien por aquella época lucía largos vestidos blancos e impolutos. Y deseaba que su hija vistiera igual, como si se tratara de una muñeca a la cual vestir a su antojo. Oliver asentía satisfecho porque Alice parecía hacer notar ya que se las apañaría bien por sí sola.

Se escuchó el estruendoso modo en que Ingrid frenaba.

—Me cago en la puta —rugió Oliver. Le había repetido en centenares de veces que no hundiera el pie en el freno, como si su pie pesara una tonelada. Se irguió en la tumbona, golpeó sin querer la copa y contempló con enojo cómo el licor de cien dólares era tragado por la tierra.

Las portezuelas se cerraron con la misma delicadeza con que Ingrid hacía todo, con la semejanza de un caballo sin domar.

—¡Ingrid! Maldita sea.

Tras los cristales oscuros de sus gafas vio la piscina vacía. Por un momento advirtió que su corazón se detenía y le faltaba la respiración. Echó una ojeada alrededor, pensando que Alice estaría cerca. El calor aumentó en su cuerpo, como si se cerniera sobre él el infierno. No estaba cerca. De hecho, no estaba en el jardín posterior.

—¿Dónde diablos está? —murmuró.

Se abrieron las ventanas de la cocina e Ingrid anunció su llegada.

—Como para no oírte, mujer, maldita sea. ¿Está la niña contigo?

—Claro. Rebecca acaba de subir a su cuarto para probarse el vestido.

—¿Rebecca? Serás burra, me refiero a Alice.

La cara de Ingrid se contorsionó con un pavoroso terror.

—¿No está en la piscina?

—Cállate, mujer. Maldita sea. —Oliver corrió hacia el porche.

No obstante, todos supieron dónde se hallaba cuando se escuchó un alarido seguido de profundos gimoteos en la habitación de las niñas

—¿Qué pasa ahora? No gana uno para sustos —dijo entre jadeos.

Entró en casa y apartó a Ingrid, que avanzaba ya en dirección al cuarto.

Oliver se encontró con una pesadilla infantil y entonces supo que nada estaba en orden.

Las muñecas de Rebecca se encontraban esparcidas por el suelo,

todas con la cabeza separada del cuerpo en un horrendo capricho. Rebecca colmaba todo con su llanto, y Alice, en oposición a todo esto, agitaba sus manos diestras para desmembrar a la última superviviente; una muñeca de trapo cuyo vestido había sido salpicado por la saliva de Alice. Su risa aumentaba a medida que la muñeca quedaba desnuda de miembros.

En cuanto Ingrid llegó umbral desaparecieron sus preguntas sobre qué sucedía.

Dios mío.

¿Por qué haces esto, Alice? quiso saber el padre.

La niña continuó en su concienzuda labor de recolectar extremidades. Junto a ella dormitaban brazos y piernas mordisqueadas con la fiereza de un animal.

El cuarto se inundó de los gritos de Rebecca.

¡Lo ha roto, mamá! ¡Papá! Sacudió sus brazos cediendo a una explosión de rabia. En dos zancadas se encontró delante de su hermana pequeña y estrelló su diminuto puño contra un ojo de Alice.

Ella reaccionó de forma meticulosa y sin perder los estribos. Dejó su tarea para otro momento, descendió los párpados lentamente y balbuceó:

Espera.

Cariño, ¿qué dices? dijo Oliver, que la cogió en brazos. ¿Por qué has roto las muñecas de tu hermana? Si son sólo muñecas.

Ingrid arrimó a Rebecca a su pecho para que continuase expulsando lágrimas.

Tranquila, tranquila.

El ojo de Alice se oscureció en una mancha. Pero su insólita sonrisa no cesó durante días, como si en su mente urdiera un terrible plan.

Capítulo 12

Pese a que la aparición de Alice había desaparecido, Logan sufría las secuelas del miedo. Sus manos temblaban sobre el reposabrazos; por un momento tuvo la sensación de que las piernas se estremecieron, pero cuando reparó en el error, su temor se tornó una penosa desesperanza mezclada con los restos del miedo que azotaban todo su cuerpo como una dolorosa enfermedad. Su piel escarchada por sudor frío petrificó sus facciones. Los ojos retrocedieron en sus órbitas para alejarse de todo, pero la pesadilla continuaba en su cabeza, donde la cara de Alice seguía enmarcada por un terror sublime. Allí, en los recónditos pasillos de su mente, Alice caminaba seguida de lamentos y muerte. Los jirones de sus ropajes lamían el suelo ensangrentado.

¡NO!

Su mano abierta golpeó en uno de sus muslos, pero éste no devolvió señales de vida. Giró la silla y contempló el viejo mueble del que siempre brotaba la insólita canción. Entonces pensó que el silencio le producía más temor que la propia canción. ¿Dónde estaba Alice?

Desplazó su vista por el cuarto. Soledad, silencio.

Se aproximó al mueble y, con las manos envueltas en guantes de frío glacial, tocó la superficie rugosa de la madera. Como en las películas de terror, creyó que una corriente eléctrica sacudiría su cuerpo. Nada de esto le sucedió. Únicamente la madera vieja de un mueble antiguo. Sin embargo, su curiosidad lo embistió con mayor fuerza. Era hora de buscar la llave que abría el mueble.

Con las manos trató de empujarlo. Las patas produjeron un quejido lastimero y el mueble se desplazó unos centímetros hacia la izquierda. Le asestó un último golpe de resignación y avanzó por el pasillo.

La casa poseía un tamaño diminuto y no debería ocuparle demasiado tiempo hallar la llave, siempre y cuando ésta estuviera en cualquier parte y no en los bolsillos de la rebeca de su abuela. Cubrió la distancia del pasillo, no sin antes advertir que la sangre del candado había desaparecido. La salita era caldeada por la continua danza del fuego. El que su abuela no estuviera en casa, facilitaba las cosas. Mientras abría cajones y armarios, apartando seguidamente vasos tapizados por gruesas capas de polvo, y retratos, se preguntó dónde estaría su abuela. Sobre todo, si conocía la existencia del espectro de

Alice.

Los lugares donde buscar en la salita llegaban a su fin y Logan experimentaba cada vez más una sensación de estar perdiendo el tiempo; tal vez la llave no existía. Con aquella idea royendo en su interior se digirió a la cocina. Enseguida fue detenido por un golpe de hediondez que le asfixió. ¿Por qué una llave iba a estar en la cocina? Pero su abuela era una persona de costumbres extrañas y, ante la falta de lugares donde buscar, se aventuró en la marea de desperdicios y pestilencias indescriptibles.

La pila de platos había aumentado y amenazaba con desmoronarse. El polvo que cubría todo parecía haber pasado a ser un grueso tejido opaco. Las ruedas se abrían paso por entre desperdicios de comida y rastros de leche derramada.

Abrió y cerró con repugnancia los cajones. Luego reparó en que no alcanzaba los armarios situados en la parte alta.

—Mierda —masculló.

Pensó en continuar su búsqueda en el dormitorio de su abuela. Cuando se encontró frente a la puerta, su corazón latía de expectación. Giró el pomo y la empujó, quedando encallada a medio camino. Del interior emergió una mezcolanza de olores entre los que resaltaba un denso sudor a animal muerto. Logan reprimió el repentino miedo que se zambulló arañándole el tuétano. Aspiró lentamente y, con los dientes apretados en notable nerviosismo, atravesó el umbral. Con una mano palpó la pared, accionó el interruptor y la tenue luz dejó a la vista un desorden similar al resto de la casa.

La portezuela del enorme armario estaba abierta, dentro varios vestidos de colores apagados pendían de perchas. La inmensa cama de muelles parecía hinchada como un pulmón cargado de oxígeno. Los rincones estaban adornados de telarañas cuya propietaria se deslizaba con agilidad por un hilo que alcanzaba el suelo. Los cajones habían perdido el raíl metálico; se encontraban abiertos y ladeados por el peso de ropa deslucida.

Logan se dijo que no sabía ni por dónde comenzar su búsqueda.

La mesilla de noche soportaba el peso de una lámpara en mal estado. Del techo colgaba una bombilla polvorienta que apenas se sostenía por el cable pelado.

—No puede ser. Mierda, no creo que haya nada.

—Es cierto. En esta casa hace años que no hay nada —replicó la voz de Ingrid a espaldas del chico.

Logan, con los hombros encogidos por el sobresalto, giró la silla de ruedas haciendo gala de un dominio increíble pese al poco espacio.

Las tinieblas bosquejaban el rostro de su abuela, concediéndole el aspecto de la muerte. Sus ojos brillaban tras el manto negro como dos luces blancas. Las manos se abrían y cerraban con dedos finos,

afilados igual que escarpias, cuya intención no parecía otra que penetrar la carne de quien tuviera delante. Logan tragó saliva y se llevó una mano a su dolorido pecho.

—Eres un metomentodo, jovenzuelo. —Los labios pálidos vibraron como si no dispusieran ya de fuerzas para pronunciar palabras. Extendió ambas manos adelante y Logan tuvo la horrenda impresión de que aquellos dedos enfermizos se cerrarían en torno a su cuello.

—Estaba... ¿Qué mierda pasa en la casa, abuela?

—Nada, ya nada. Todo mal fue eliminado. —Los ojos se abrieron en dos profundos túneles brillantes y dio un paso al frente—. ¿Aún no has ido a la escuela? ¿Pretendes ser un miserable toda tu vida?

—He visto a tía Alice —dijo de pronto.

Las manos artríticas se detuvieron en el aire pestilente, y sus ojos se congelaron, carentes de vida.

—Alice no existe. ¿De qué hablas, bastardo sin padres?

El corazón de Logan sufrió una sacudida.

—¡Cállate, vieja de mierda! He visto a Alice. ¡La he visto! —Apresó los rebordes de la silla y la impulsó hacia su abuela. Cuando se encontró cerca de Ingrid, la empujó a un lado—. ¡Apártate!

Los huesos que componían el endeble cuerpo de la anciana chocaron contra la pared, produciendo un ruido seco a madera.

—¡ALICE ESTÁ MUERTA!

Logan aceleró la silla para huir de aquella voz cavernosa que lo perseguía por el pasillo.

—¡NO!

Ambas voces chocaron en medio del pasillo en una confrontación invisible.

Logan salió al porche y llenó sus pulmones con aire fresco. La lluvia había amainado y ahora se precipitaba en un leve susurro. Restos de agua descendían por los escalones como cataratas. Del canalón situado en la esquina de la casa, brotaba un fino río de agua que se extendía hasta el sendero de acceso nutriendo sus charcos.

El corazón de Logan moderó su marcha. La vieja no parecía haberlo perseguido, y supuso que era mejor así, puesto que su camino terminaba ahí, delante de aquel precipicio con forma de escalones inestables. No había rampa, no había chicas, pero sí había Alice. Su abuela le mentía o se equivocaba, pensó, y no sabía cuál opción era más acertada.

Entonces miró por encima del hombro. Sobre la puerta apareció una insólita marca de humedad semejante a una figura humana. De lo que a juicio de Logan era la cabeza, se secaron dos círculos que le sugirieron los ojos, y debajo nació una sequedad fina y estirada como una sonrisa triunfal.

El corazón del chico recuperó su acelerado ritmo y su respiración

se volvió un jadeo horrible. En su mente surgió un nombre cuya pronunciación le arrancaba el peor de los escalofríos; una fría embestida procedente de los inviernos polares.

—¿Alice?

La mancha de humedad se hinchó sobre la madera y, tras llenarse de densidad, dos brazos brotaron de pronto de la puerta abrazando el aire del porche. El relieve de la cabeza se estiró hacia el exterior como una máscara de goma, cuyo rostro indefinido adquirió las facciones de una adolescente. La boca se estiró hacia un lado en gesto de desafiante malicia. Los brazos se cubrieron de piel plomiza y apagada.

—Olvídate de la perra de mi madre. Tú y yo, Logan. Es el momento de hacer una visita. —La voz que habló esas palabras distaba de todo lo que Logan había oído. Los labios estaban morados por el frío y se replegaron en su boca para volver al silencio. Los ojos se abrieron de suplicante maldad. Una lágrima de sangre asomó por el ojo izquierdo y se deslizó por una piel porosa y áspera como el óxido de una lámina de hierro.

Logan retrocedió la silla hasta el límite que imponía el primer peldaño. Entonces experimentó una inmensa rabia por no poder huir con sus piernas como cualquiera habría hecho en tales circunstancias. Sin embargo, en su caso no era del todo cierto; una poderosa curiosidad lo retenía con los ojos fijos en las piernas que emergían de la madera.

Alice apareció nuevamente delante del chico. La madera del suelo del porche se estremeció cuando ella dio un paso al frente. Y de igual forma se estremeció el rostro de Logan al observar aproximarse la mano muerta de ella. Los dedos marchitos temblaban en el aire a medida que se acercaban más y más. El chico cerró los ojos con fuerza, con la intención de que la pesadilla desapareciera, pero los dedos se posaron en su mejilla.

—Miedica, mi madre no te quiere. Como tampoco me quiso a mí. Y tu padre tampoco, se deshizo de ti. Pero tu tía Alice te quiere. —La burda imitación de una risotada nació de la boca cavernosa de ella. Era una risa afónica, llena de resignado dolor acumulado en pozos de pestilencia y oscuridad. Continuó riendo, riendo; su rostro se encogió en una mueca de más risas. Los ojos se entornaron en finas líneas que conferían a su cara una demencia pavorosa. Su boca se abrió a medida que su risa aumentaba; los labios se extendieron hasta tal punto que brotaron finas estrías sangrantes.

Logan, acurrucado en la silla igual que un niño asustadizo, creyó entonces contemplar cómo algo se retorcía en la garganta de ella; algo viscoso que relucía de negro brillo.

—Pero mi madre se equivoca. Tía Alice no está muerta.

Capítulo 13

Unos años antes...

Alice contemplaba con sublime expectación la danza del fuego en las velas de la tarta de su quinto cumpleaños. Había tratado varias veces de coger el fuego, pero su padre se lo había impedido a tiempo. Sin embargo, sus manitas continuaban nerviosas sobre la mesa. Los dedos ansiosos buscaban el momento de coger una de aquellas lenguas.

Gran parte de los miembros de la familia de Oliver había acudido a la fiesta. Se encontraban todos diseminados por la casa, con algún refresco sin alcohol en la mano. Ingrid había sido concienzuda en ello. Nada de alcohol. Sin embargo, Alice no era de las niñas que precisaran de licores para que cualquier cosa fallase.

Rebecca se encontraba sentada a la mesa mirando con recelo a su hermana Alice, quien ahora dormía en otro cuarto. La idea de separarlas fue de Oliver, a lo que su mujer accedió de inmediato. Desde aquella vez en que las muñecas quedaron desmembradas por el suelo, creyó que era una idea fabulosa. Algo en el interior de Ingrid le avisaba de que la niña no era buena. Y aunque dicho sentimiento terminaba por desvanecerse al cabo de unos segundos, la idea permaneció alojada en su mente durante largo tiempo.

Oliver se aproximaba con la cámara Polaroid para retratar a Alice mientras ésta comía el primer bocado de tarta. La foto reveló a una niña en cuyo rostro había desaparecido la enorme expectación ante el fuego. Ahora la tarta había perdido su hipnótica iluminación y, al dividirse en porciones encima de platos de plástico, Alice buscó la causa de aquellas lenguas de fuego. Advirtió que el encendedor con que había visto prender a su padre las velas, se hallaba sobre la repisa de mármol de la cocina.

El rostro de la niña se enmarcó de nuevo por un semblante de interés y Oliver capturó aquellas bellas facciones.

—¡Bien, Alice! ¡Ahora sonríe a la cámara! —dijo éste, desplazándose animoso por la cocina. Su primo Floyd, de Arizona, se hizo a un lado mientras bebía un refresco de cola. Aun así, Oliver tropezó con su enorme vientre y de la boca del hombre brotó bebida, que terminó en una mancha en su camisa.

—Maldita sea —rugió.

—Vamos, vamos, hazte a un lado, Floyd, no quiero perderme nada

que haga la niña.

La cocina se llenó de risas.

—¡Fuego, papá! —dijo Alice, golpeando la mesa con sus manos.

—¿Qué os parece? ¿Creéis que será bombero? Sí, lo creo, un bombero tremendo.

—Te recuerdo que las mujeres no pueden ser bomberos —declaró Tim, cuya figura delgada resultaba útil para el estudio del sistema óseo. Los ojos enrojecidos por décadas de alcohol escrutaban la barra de bar que Oliver tenía en el salón; allí una botella parecía susurrarle que se aproximara y que la asiera por el cuello. Y que bebiera un largo, muy largo, trago. Porque la estúpida fiesta infantil empezaba a perder interés.

—Ah, cállate, Tim —replicó Samantha, la esposa de Floyd, entrando en la cocina en ese momento—. Es mejor que dejes de decir tonterías.

En el jardín había una larga mesa repleta de platos de plástico con caramelos, esperando a que los niños se reunieran a en torno a ella.

Pero Tim únicamente escuchaba a la botella, la cual insistía en su deliciosa oferta.

La cocina se llenó de invitados y tomaron un plato con tarta. Floyd fue de los que discretamente cogió dos platos.

—¿Dos platos, Floyd? —rio Laura—. ¿Acaso no hay tartas en Arizona?

—Oh, no son para mí —se apresuró a contestar—. Mi mujer no ha cogido ningún plato y se ha salido con Ingrid al jardín.

La mesa se llenó de manos que palparon en busca de su porción de tarta mientras Oliver mostraba a varios invitados las fotos que había realizado a la niña.

Entonces Alice se alzó de la silla, se acercó a la repisa de mármol e introdujo el encendedor en el bolsillo de su vestido rosa. Abrió el cajón. Cogió una fina vela blanca al tiempo que contemplaba con especial interés a Tim abandonar la cocina en dirección a la barra de bar de su padre. Finalmente el hombre había sucumbido a la tentación.

Alice concedió una amplia sonrisa cuando Oliver la enfocó de nuevo con la cámara.

—Guardaremos excelentes recuerdos de esta fiesta —dijo Oliver.

Al cabo de varios minutos, todos, a excepción de Tim, se encontraban rodeando la mesa en el jardín. El viejo esqueleto abría una de las botellas del whisky escocés al que se había aficionado Oliver. En el jardín las risas de los niños estallaron cuando los padres dieron el inicio a la fiesta. De las ramas de los árboles pendían cordeles de colores cuyos globos atados se agitaban al viento. Floyd

había dado buena cuenta de los dos pedazos de tarta y se apresuró a limpiarse la nata que adornaba la comisura del labio. Laura, que había sabido que las dos porciones eran para él, le sonreía desde el otro extremo de la mesa. Pese a la distancia que los separaba, Laura reparó en que regresaba a la cocina en busca de un posible trozo de tarta olvidado, y que mientras caminaba, su enorme vientre se mecía como el mar embravecido por una tormenta.

Alice contemplaba cómo se desarrollaba su fiesta con la curiosidad de una doctora. Rebecca saltaba junto a otros muchachos de la escuela elemental de Past Grove en torno a los globos, cosa que no interesó en absoluto a Alice. Pensaba que la fiesta era una excusa tonta para que los adultos pudieran comportarse como niños. Oliver continuaba inmortalizando cualquier suceso merecedor de ello. Presionó el botón de la Polaroid cuando Ingrid recibió un inoportuno codazo en el costado; los restos de tarta fueron a parar sobre la blusa amarilla que lucía, arrancando con ello más risas entre los asistentes.

—Oh, Ingrid, lo siento —se disculpó un familiar que había recurrido a un peluquín para disimular su implacable alopecia.

—Mi mujer te perdona, ¿verdad, pastor McDougall? —bromeó Oliver.

El pastor que custodiaba las almas de Past Grove se encontraba fuera del tumulto de asistentes. Sin perderse nada de lo que sucedía, no obstante. Sonrió a Oliver por el comentario.

—Eso espero, o significará que estoy haciendo mal mi cometido de enseñar los beneficios del perdón.

Alice recibió una palmada en la espalda por parte de un chico que se ocultó riendo tras un árbol. Ella miró por encima del hombro durante unos segundos, esbozó una mueca de impaciencia y regresó a la fiesta. Apretó los labios, impotente y aburrida.

Entonces se levantó de la silla y corrió hacia la casa. Todos permanecían atentos a cómo la mancha de nata se aferraba a la blusa de Ingrid. Alice pasó junto al cuarto donde dormitaban los absurdos regalos que había recibido.

—¿Dónde vas, muñeca? —le preguntó Floyd a la niña, cuando éste salía de la cocina. En su expresión se reflejaba malestar por haber comprobado que no quedaba tarta.

—Aparta, gordo —rugió la niña.

La sonrisa se Floyd se detuvo; arqueó las cejas y su rostro adquirió aspecto de perplejidad.

Alice penetró en la penumbra del salón, se apoyó en la pared llena de expectación. Con una mano sacó la vela y con la otra el encendedor. Contempló ambos objetos en silencio. Pensó que la fiesta podría tomar algo de interés. Rodó repetidas veces la piedra del encendedor y saltaron chispas que la dejaron desconcertada a la vez

que aumentaron su curiosidad. Puso mayor empeño en la tarea de descubrir el fuego, y finalmente fue recompensaba con una lengua que bailaba sobre la diminuta salida.

Desvió por un segundo la mirada hacia la ventana; a la fiesta había sido invitada una suave música. Alice oyó el estallido de uno de los globos. Volvió su atención a la llama. Entonces experimentó un dolor punzante en el dedo y dejó caer el encendedor al suelo. Se limitó a escudriñar el dedo y cómo éste palpitaba. El dolor amainó, se agachó y recuperó a su misterioso amigo. Al tocar la piedra notó que quemaba. Recordó que había observado en determinadas ocasiones a su madre soplar la comida cuando ésta despedía volutas de humo.

Decidió seguir el ejemplo de su madre y sopló. Aunque no resultaba del todo práctico, reparó en que la piedra quemaba menos. Rodó con fuerza y la llama volvió a saludarle. Danzaba de manera hipnótica, y arrimó el extremo de la vela.

Lanzó una risotada cuando vio que la llama se había dividido en dos, y se sintió satisfecha al comprobar que podía dominar algo tan hermoso. La vida había tenido mayor acierto a la hora de seleccionar su regalo.

—Es fascinante, ¿verdad? Dicen que nuestros antepasados tardaron mucho tiempo en dominar el fuego —dijo la voz ebria de Tim, quien se encontraba sentado en el sofá sepultado por sombras.

Alice frunció el ceño.

—Oh, perdona, estoy aquí. He decidido beber a oscuras para no molestar a nadie.

El entrecejo de Alice se arrugó aún más.

Tim alzó su copa de licor hacia Alice en gesto de brindis.

—Mi papá se enfadará.

—Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

Alice contempló el saco de huesos con ropa y apretó los labios con recelo. Entonces lanzó un leve chillido. El encendedor cayó al suelo y su dedo palpitaba de nuevo.

—Sí, es uno de los problemas del fuego, que acaba por quemarte —dijo; luego soltó una risotada que inundó el aire de una horrible fragancia a licor y cloaca. Se hundió en el sofá y cerró los ojos.

La niña advirtió, sin embargo, que la llama de la vela continuaba. Entornó sus ojos fascinados. Aproximó la mano libre a la lengua danzarina y la apartó de inmediato al reparar que quemaba.

—Huumm —murmuró, y los ojos de ella se abrieron llenos de insólita viveza. Una sonrisa de curiosa malicia asomó en su rostro bosquejado por las sombras.

Abandonó el encendedor en el suelo y se acercó a Tim. Las facciones consumidas del hombre recibieron el calor de la vela. Pero no era aquello lo que Alice tenía en mente. Se agachó junto al sofá y

aplicó la llama a la pernera del pantalón. El tejido pronto se encendió ante la sonrisa de avidez de la niña. Lanzó varias risitas al comprobar cómo el fuego ascendía por el resto del pantalón.

—¿Qué mierda pasa? —espetó Tim.

Alice se puso en pie y decidió que la fiesta requería más fuego.

Tim se irguió en el sofá tan rápido como un resorte cuando las llamas devoraban sus pantalones. La niña aproximó la vela encendida a la manga derecha de la camisa.

—¡Eh! Maldita sea. Fuego. Me quemo.

Ella empezó a reír con ganas mientras el fuego lamía la manga.

Tim lanzó la copa al suelo, asió uno de los cojines del sofá y asestó golpes a su brazo.

—¡Socorro! Maldita diabla del demonio. Aléjate de mí —gritaba al tiempo que trataba de apagar con el cojín el fuego que vestía su pierna. La manga de la camisa pronto quedó reducida a jirones negros y el fuego comenzó a alimentarse de la piel del viejo. Entonces fue cuando chilló con fuerza, y los asistentes de la fiesta lo oyeron por encima de la dulce melodía que manaba del tocadiscos.

Tim corrió hacia el baño seguido por las risas de Alice, que lo perseguía blandiendo la vela encendida a su trasero. Se golpeó con la jamba de la puerta antes de entrar. Abrió la ducha y se derrumbó en tanto el agua apagaba las llamas. Sus ojos palpitaban de horror frente a la niña que se había detenido en la puerta y no dejaba de lanzar sonoras carcajadas

—Me gusta el fuego —reconoció al fin, sosteniendo la vela cuyo tamaño había menguado unos centímetros.

Cuando el resto de invitados llegó, Tim se había desmayado y la piel mostraba quemaduras de segundo grado. Ingrid cubrió el grito que emergió de su garganta con ambas manos. Oliver sintió un impulso irrefrenable de presionar el botón de la Polaroid, pero se contuvo en cuanto vio las ampollas hirviendo en la piel de viejo. Samantha evitó que los niños entraran en tromba a la casa.

Mientras todos contemplaban aterrados a Tim bajo el grifo de la ducha, la melodía continuaba sonando en el jardín; sin embargo, el sonido adoptó los matices de una fúnebre sonata.

Alice sopló finalmente la llama de la vela; su deseo había sido concedido con antelación.

Capítulo 14

Si Carol había pensado que el tiempo transcurría siempre a la misma velocidad, aquel domingo frente al espejo se retractó de dicha opinión. El reflejo devuelto le resultó desconocido. La iluminación procedente de las bombillas que flanqueaban el espejo, traspasó el camisón. Las facciones se hallaban atenazadas por una tristeza que apenas soportaba el peso de la cordura; tuvo la sensación de encontrarse delante de un precipicio y de que se desplomaría hacia la locura, cuya oscuridad abrazaba sus gritos de eterno sufrimiento. Las nuevas arrugas que se habían sumado a su máscara rugosa le obligaron a retroceder al tanto que lanzaba un respingo.

El leve gritito llegó hasta su marido, quien yacía en la cama sin conciliar el sueño. Se incorporó y dijo:

¿Estás bien, Carol?

¡Sí, sí, estoy bien!

Pronto encontró incoherentes aquellas palabras, brotadas de su boca como un viento huracanado procedente de sus pulmones. ¿Cómo podía estar bien si no sabía el paradero de su hijo?

Sintió dolor ocular cuando trató de retener la lágrima que asomaba por la comisura. La contuvo con todas sus fuerzas y luego se preguntó qué harían las estúpidas modelos de televisión. Cuando dedujo que no llorarían porque se les estropearía el rímel, dejó que la lágrima corriera libre por su mejilla. Lo último que necesitaba como madre era parecerse a una de aquellas mujeres remilgadas.

¿Dónde estás, Brandon? preguntó al reflejo.

La respuesta fue una nueva lágrima. Pensó que el lagrimal había abierto las compuertas y pronto su rostro se vería inundado por agua salada.

Se alejó de la extraña imagen del espejo, la cual sólo reconocía por sus bustos contenidos en el sujetador. Se deslizó pesadamente por el pasillo hacia la habitación del niño, precintada por la policía. No sólo le habían arrebatado a su hijo; ahora también su habitación le estaba prohibida.

Carol se detuvo junto a la cinta amarilla y atisbó a través de la oscuridad. El pálido resplandor de la luna encendía las palabras en la pared, cuyo mensaje atravesó la retina de los ojos de Carol, irrumpiendo en su mente como una aguja. Flexionó los brazos como si de manera inconsciente tratase de abrazar a alguien. Al toparse con el frío de la habitación, su pecho estalló en un indescriptible dolor. El

gemido desgarrado nació de su garganta tan denso y quebradizo que irritó las paredes de la laringe.

Entonces la mano dubitativa de David se posó en sus hombros. Ella se volvió con los ojos llenando su rostro y el reflejo de la desesperación nadando en éstos.

—Son las cuatro de la mañana. Deberíamos de intentar dormir un poco, cariño.

—¿Cómo puedes pensar en dormir cuando nuestro hijo está Dios sabe dónde? —inquirió ella.

—Ya sabes que no quería decir eso.

—¿Y cuál era tu intención? ¿Que no me preocupara? Como madre, debo hacerlo. Incluso creo que debería estar buscando por la calle, hablando con los vecinos. Alguien debe de haber visto algo.

—Cálmate, Carol. Necesitas descansar —dijo David mientras la cogía por los hombros con ambas manos.

—¡No, suéltame! —De una fuerte sacudida se desembarazó de las manos y entró en la habitación del niño—. No quiero dormir. Debo encontrar a mi hijo.

—Carol, por Dios. No debemos entrar en el cuarto. Será mejor que dejemos a la policía hacer su trabajo.

Ella se volvió enfurecida hacia David.

—Dime una cosa. ¿Estás verdaderamente preocupado?

—Pues claro, ¿cómo me preguntas una cosa así?

—¿Y por qué no lo percibo? —Los ojos de Carol centelleaban en la oscuridad—. Mírame, he envejecido en sólo un día diez años. Mira mis ojeras. Mira mi cara, soy una vieja. Se llama preocupación.

—Vamos, Carol. No añadas más leña al fuego. No eres una vieja. Sabes que eso son tonterías.

Carol lanzó un alarido, encogiendo su cuerpo y apretando los puños. Luego se aproximó a la ventana. El baño de luz de la luna le concedió a sus facciones formas espectrales.

—¡¡Cabrón!! Te cogeremos. La policía te pillará y pasarás el esto de tu vida en la cárcel. —Las manos agarrotadas se aferraron con fuerza al marco de la ventana; una uña saltó hacia el vacío y el pálpito del dolor se abrió camino en Carol.

—¡Ah! Maldita sea.

Las luces se encendieron en los apartamentos vecinos y decenas de cabezas se asomaron a satisfacer su curiosidad.

—Carol, ¿qué demonios haces? —dijo David—. ¿Puedo saberlo?

—Algo. Tengo que hacer algo —graznó entre sollozos incontrolables. Se derrumbó en el suelo, a lo que David reaccionó de pronto para cogerla en brazos—. Mi hijo..., devuélveme a mi hijo.

—Dios mío, Carol. Cariño. Lo recuperaremos.

David la estrechó en sus brazos y cedió también a las lágrimas.

La mañana de lunes el propio Duncan les llamó, anunciándoles que la sangre del mensaje de la pared era de animal. De gato.

Capítulo 15

Pese al miedo que había sobrecogido a Logan durante una eternidad, no apartó la mirada de Alice. Ambos estaban en el porche, aguardando. El frío silencio empezó a envolverlo todo. Estaba frente a una aparición real. Había escuchado en multitud de ocasiones a tipos en la televisión o en la radio relatar supuestas experiencias paranormales. Logan se había preguntado siempre qué pretendían conseguir con aquellas bobadas. Ahora, delante de una experiencia auténtica, no sintió el deseo de expresar a nadie lo que sentía (de hecho se arrepintió de contarles a los chicos que había visto algo en el pasillo). Sobre todo, porque carecía de las palabras adecuadas para hacerse entender. Después del desconcierto y el miedo en Logan, una nueva serie de sentimientos se abrieron paso por su cabeza, en forma de centenares de preguntas que nunca habría pensado plantearse.

Alice existía. Y pese a que era un familiar cercano, le era desconocida. Su madre había rehusado contarle demasiadas cosas. Únicamente que había tenido una personalidad conflictiva y que una noche desapareció sin dejar rastro. Su mente se encendió de pronto. ¿Si estaba muerta, era porque de algún modo había fallecido durante la desaparición? ¿O verdaderamente su abuela había sido capaz de asesinar a su propia hija?

La imagen de su madre se coló en su cabeza y le hizo preguntarse si ella también deambulaba por el extraño limbo que Alice le había descrito parcialmente. Las manos del chico se deslizaron inquietas sobre el apoyabrazos; las uñas algo descuidadas se incrustaron en el sintético. Tenía el irrefrenable deseo de hablar. De preguntar. Pero las palabras se agolparon en un cuello de botella psíquico.

Entonces Alice sonrió.

—Tranquilo, Logan —dijo. Tenía su piel plomiza salpicada de enfermizas manchas blancas. Las cuencas de los ojos se encontraban rodeadas por un negro que emborronaba su expresión. Y cuando exhibió su tétrica sonrisa, la piel pareció estirarse a tal punto que Logan pensó que se quebraría, revelando su calavera—. Las preguntas deberán esperar.

Sin embargo, Logan no la escuchó. Se encontraba morando dentro de su mente, buscaba la voluntad necesaria para preguntarle. Para saber antes que nadie qué le ocurrió. ¿Cuál es la verdad?, aulló en silencio.

Sus labios articularon una pregunta.

—¿Qué..., qué te paso?

El cuerpo del chico se convulsionó para sufrir a continuación una parálisis causada por el miedo. Contempló cómo el rostro de Alice perdía su amabilidad. Las facciones se agravaron, los ojos desaparecieron dentro de las cuencas y nació un brillo felino, atestado de maldad inmortal. Los labios temblaron al pronunciar las palabras.

—¿Qué más da, Logan?

—Desapareciste —susurró él.

—Sí. Puede decirse así. Desaparecí de la vida, porque en mi búsqueda del dolor encontré el más grande de todos ellos. El amor.

Los ojos del chico centellearon llenos de expectación.

—El amor.

Logan no comprendió aquello, ni por qué el amor podía ser doloroso. Después de estudiar siglos de historia en la escuela en Los Ángeles, aprendió que las guerras y todas las catástrofes eran sumamente crueles y dolorosas. Pero él nunca había estado enamorado para entender qué era el dolor que mencionaba Alice. La única chica en la que se había fijado en Los Ángeles de pequeño, fue una niña que solía permanecer horas frente a la ventana de su cuarto. Nunca comprendió por qué Melanie pasaba los atardeceres contemplando el jardín de su casa, hasta que se enteró de que vigilaba la portezuela del jardín, esperando a que su padre apareciese meciéndose de un lado a otro por los efectos del alcohol, momento en que ella abandonaba la casa por la puerta trasera de la cocina. En una de aquellas ocasiones, Logan regresaba de sacar la bolsa de basura, cuando la vio dar un portazo y correr a refugiarse en un callejón situado a dos calles de distancia. Había sido vecino de la niña durante años, pero nunca le había prestado verdadera atención hasta que la escuchó sollozar en el callejón. Aunque era un muchacho tímido, las lágrimas de Melanie fueron un detonante suficientemente fuerte como para empujarlo a acercarse y preguntarle por qué lloraba. De este modo nació una silenciosa amistad entre ambos. Sin embargo, pronto el Estado de California le quitó la custodia al padre de la niña y ésta se marchó con sus tíos a Oklahoma. Logan nunca reveló aquella particular amistad a nadie, ni siquiera a su madre, viva por entonces. Sintió una tristeza que el tiempo redujo a una punzada en el pecho, pero nunca fue dolor.

Alice esbozó una peculiar sonrisa dotada de benevolencia y en parte de malicia.

—Ya veo que no lo entiendes. No pasa nada. No te deseo que lo comprendas. Te sugiero que no te encapriches de esa putilla barata llamada Suzie.

Logan se irguió sobre la silla y miró lleno de asombro a Alice.

—¿Por qué dices eso? Es una buena chica.

—Pero yo no lo soy —dijo, y dio la espalda a Logan, observando en silencio cómo el sol moría detrás de un horizonte melancólico—. La vida es muerte, dolor y sufrimiento. ¿Por qué no iba a ser acertado el camino de la maldad?

—¿Eh? Pues... —Logan enmudeció.

—Vamos, dime, ¿cuál es tu excusa para tener buen comportamiento? ¿Cuántas veces se han reído de ti por la silla de ruedas?

Logan trató de asimilar aquellas cuestiones en silencio. En su mente acudieron muchachos cargados de risas burlonas; desprecios por parte de su propio padre. La impotencia de la humillación tomó forma en Logan como brazos que lo estrangulaban mientras oía las pesadas risas en derredor, semejantes a láminas incandescentes que se posaban en su piel para herirle. No obstante, no encontró un mal mayor a una rabia pasajera, que el tiempo atenuaría en cuanto dejase de recordar aquello.

—Muchas veces se han reído de mí. Y sí, mi padre me llama hombre incompleto. Pero soy como soy y no sé comportarme de otra manera. Supongo que en el fondo soy un tonto. O tal vez, ser malo no vaya conmigo. He deseado que todos los que se han reído de mí se mueran, aunque después me calmo y olvido todo, supongo.

Alice se volvió hacia Logan con los ojos bien abiertos. Sus labios morados, donde el sabor a muerte era lo único que habían lamido durante décadas, se cerraron con fuerza. El cabello repugnantemente humedecido enmarcó las facciones de una criatura voraz, depredadora, al punto de que Logan sufrió un escalofrío que se aferró a su espina dorsal como escarcha. Alice dio un paso tras otro hasta detener su hediondez a escasos centímetros del chico.

—Pues yo soy más que todo eso y puedo elegir con mi libre voluntad cómo deseo comportarme. Aprendí a ser buena y mala más allá de todo lo que puedas comprender en tu diminuta mente.

—¿Eh? Pues... no sé. Yo...

Ella se alejó de nuevo y descendió los escalones del porche.

—Las personas que eligen el bien porque les da miedo actuar de otra forma son débiles. Y yo decidí que quería ser fuerte. No tener miedo a nada, ni a la misma muerte..., oh, pero cómo temerla si no existe.

—¿Eh? —Logan se encontraba cada vez más aturdido, sin saber qué decir—. Me considero un chico sencillo, no entiendo mucho lo que dices. No creo que ir por ahí haciendo cosas malas sea muy divertido.

—Nadie lo entiende. He visto en los ojos de las personas muchas veces el deseo de hacer daño y no lo han hecho porque su pobre moral no se lo ha permitido. Pero ellos querían, lo deseaban, Logan. Negaron la entrada a ese acto porque su debilidad se lo impedía. Pero no por su

buena actitud.

—Sí. Supongo que tienes razón. Pero no he pensado mucho en ello. Además, ¿qué tiene que ver el amor en todo esto? —Agregó algo de ímpetu a la pregunta, pese a que el miedo lo atenazaba.

Alice caminó despacio por la senda de acceso.

—El amor es dolor.

Entonces un alarido estalló en las entrañas de la casa, y aumentó hasta volverse insoportable. Logan reconoció a Ingrid. Y tuvo la impresión de que la misma casa se desmoronaría.

—Ahí tienes la respuesta. El amor de mi madre produce ese fascinante sufrimiento. ¿No te parece enternecedor que una madre haga algo así por una hija?

Logan fijó su vista en la puerta cerrada. En el interior el alarido se prolongó tanto que el chico se preguntó si en verdad aquello procedía de una garganta humana. ¿Cuánto podían dar se sí unos viejos pulmones? Se aproximó a la puerta y la abrió, empujándola hacia dentro. La expectación le hizo reaccionar, puesto que tenía la certeza de que su abuela se había encerrado de nuevo tras lo que ocultaba la puerta del candado. Antes de entrar en la casa, Logan miró por encima del hombro, pero Alice había desaparecido.

Con una sensación de inestabilidad creciendo en el pecho, rodó por el pasillo. Tuvo la insólita percepción de que éste era más largo que de costumbre, y de que las luces del techo arrojaban una luz más mortecina. Su corazón arremetía violentamente contra el pecho, como los puños de un prisionero sobre el portón que impide su libertad.

Se detuvo delante de la puerta, con los ojos clavados en las anillas de hierro que alojaban el candado, ahora inexistente. La agonía que emitían los gritos de la abuela se deslizó por la piel de Logan, como miles de diminutos insectos cuyas patas fueran alfiles. Las sacudidas se abrieron paso por su cuerpo y arrimó la mano hacia el pomo de la puerta.

—¡Abuela! ¿Qué pasa ahí dentro?

La respuesta fue una nueva serie de gritos jadeantes que le sacudió el alma, quedando saturada de oscuridad. Aquella casa se había convertido en el retrato del infierno, y Logan necesitaba abrir la puerta para comprender por qué una anciana profería esos alaridos; esas vibraciones dañinas.

La mano trémula se cerró en torno al pomo y giró. Contuvo la respiración cuando una voz ronca se deslizó por el pasillo, exigiéndole que se detuviera.

—¡NO! —El fantasma de Alice flotaba varios centímetros por encima del suelo del pasillo. Pese a su figura difusa y humeante, Logan advirtió la boca retorcida y en cómo una lengua gris lamía con un apetito insaciable lo que una vez fueron los labios carnosos de una

adolescente.

¿Alice?

La misma. No toques esa puerta.

Los dedos de Logan soltaron el pomo, permaneciendo a escasos centímetros del metal, y casi podía sentir las vibraciones que emitía; el sufrimiento de Ingrid parecía querer salir del interior.

¿Por qué? ¿Qué mierda pasa en esta casa?

No es de tu interés.

Fuiste... asesinada... por... tu... madre susurró él.

Tu abuela.

La figura de Alice se encogió en un diminuto punto de luz y luego desapareció del pasillo, volviendo éste a ser pasto de la moribunda luz del techo.

¿Alice?

Ya no estaba. Pero las desgarradoras voces de la anciana retumbaban al otro lado de la puerta.

Las manos de Logan regresaron al apoyabrazos y comenzó a temblar de miedo. ¿Qué pretendía Alice ahora que estaba entre los vivos?

Capítulo 16

Logan contemplaba la plancha de madera que había sobre los escalones del porche. Desconcertado se preguntaba quién la habría colocado para facilitarle el descenso. A su mente acudieron los muchachos, pero descartó aquello cuando relució el nombre de Alice. ¿Por qué alguien que decía haber elegido el mal como camino, pondría una plancha para que descendiese con la silla?

La noche extendía su manto oscuro por encima de Past Grove, las estrellas palpitaban enérgicas en el cielo. Y aunque Logan no debía ir a ninguna parte, tuvo la necesidad de abandonar la casa; comenzaba a sentir muy adentro las nefastas vibraciones que ésta emitía. Dirigió la silla hacia el inicio de la tabla, tanteó con las pequeñas ruedas delanteras su estabilidad y, cuando reparó en que todo parecía estar bien, descendió, experimentando de pronto una liberación en su pecho.

¡Bien! Mierda, bien.

Giró la silla y contempló la casa, cuyo aspecto se asemejaba más a una de aquellas cabañas perdidas en un bosque, que a un lugar agradable donde pasar el verano. El chico se alejó por el camino de acceso. En cuanto percibió que se hallaba lo suficientemente lejos de la casa, llenó sus pulmones con aire fresco. Todas las partes del cuerpo recuperaban la vitalidad y, aunque sus piernas continuaban sin responder a su voluntad, sintió una calma que lo embriagó; el estar fuera de la casa le producía un enorme regocijo.

Atisbó a su derecha y observó que la casa donde vivía Danny parecía envuelta en la cándida iluminación procedente del salón. De hecho, todas las casas de alrededor permanecían dentro de una protectora esfera de luz familiar que entristeció a Logan. Puesto que su vida había estado desde la muerte de su madre carente de toda alegría, y no sabía cómo recuperar la tan necesaria vida familiar. Ahora, en casa de su abuela, tenía la certeza de que no la encontraría tampoco. Al menos en su interior. Tal vez, las nuevas amistades que comenzaban a moverse en torno a su vida, podrían aportarle algo de ánimo. Asintió complacido, mirando la plancha de madera. Ahora podría entrar y salir de la casa cuando se le antojara.

Entonces el coche policía de Duncan pasó por Cobber Road, con las luces de emergencia arrojando destellos a la noche. Las manos estaban agarrotadas en el volante y su rostro reflejaba una enorme preocupación.

Past Grove vuelve a hacer de las suyas.

Logan volvió la mirada hacia la casa de Danny. Éste se encontraba plantado junto al buzón exterior metálico, con la mirada puesta en las luces del coche patrulla.

¿Danny?

Cuando el jefe Duncan va de esa forma en el coche es que algo pasa. Es lo que dice mi padre, que no tardará en averiguar qué ha pasado.

¿No sabes lo que ha pasado?

No tengo ni idea dijo Danny. Pero apuesto a que no es nada bueno. Aquí nunca pasa nada bueno. El chico miró desconcertado a Logan y añadió: ¿Quién te ha ayudado a bajar por el porche?

Logan entornó los ojos y un brillo de recelo asomó por ellos.

¿No habéis sido tú y Mark?

No te sigo, tío.

Alguien ha colocado una madera para que yo pueda bajar con la silla. Y pensé que habíais sido vosotros.

No lo creo. Al menos yo no. Y Mark me habría dicho algo.

A lo mejor fue Suzie.

¿Ella? Hummm. La cara de Danny se convirtió en una máscara ceñuda. No lo creo tampoco.

La mirada de Logan se deslizó hasta su regazo y murmuró:

¿Habrá sido ella?

¿Quién? quiso saber Danny.

Entonces apareció el padre meciendo con delicadeza una copa de vino. Logan reparó en que no llevaba el sombrero de vaquero, y que su enorme tamaño apenas dejaba espacio para nadie más en el porche.

Danny, ¿se puede saber qué haces ahí a estas horas de la noche?

El muchacho se giró velozmente, como una bailarina de ballet.

Nada, papá. Acaba de pasar el jefe de policía y estaba mirando..., y hablando con mi nuevo amigo Logan.

El hombre dirigió una mirada de escrutinio a Logan.

¿Cómo lo llevas, hijo?

Bien, señor, supongo.

Es nieto de Ingrid dijo Danny.

Las facciones del padre se encogieron en gesto de reflexión.

Nieto de Ingrid.

Sí dijo Logan.

Dale saludos de mi parte.

Vale.

No tardes en entrar a casa, Danny, mañana tienes colegio. Encantado, Logan.

—Lo mismo digo.

El tipo desvió su mirada hacia el camino dando un sorbo a la copa. Aunque las luces habían dejado paso de nuevo a las tinieblas, el aullido de la sirena se escuchaba a lo lejos.

—Algún granuja ha quitado varias tablas al granero de los Paulson —murmuró—. Menudo imbécil.

Los ojos de Danny se iluminaron como dos antorchas.

—¿Se sabe quién ha sido?

—No, sólo espero que tú no tengas nada que ver en ello.

—¡Claro que no, papá! Yo no.

—Lo suponía —dijo—. Bien, chicos, buenas noches.

Logan lo vio agacharse para evitar el dintel de la puerta, mientras su comentario acerca de lo sucedido flotaba alrededor de la cabeza de Logan como el zumbido de una mosca. Miró por encima del hombro, hacia la plancha de madera. Se preguntó si era la que le faltaba al granero de esa familia Paulson. Negó lentamente con la cabeza, pero algo en su interior le decía que la respuesta era afirmativa.

Entonces una inquietud se abrió paso en su cuerpo, como una señal de alarma. Danny le decía algo que no oyó, pues su atención estaba en otra parte y los sentidos se habían entumecido por el miedo. Desplazó la mirada por el exterior de la casa, pero no percibió la presencia de Alice.

—Oye, tío, ¿no me oyes?

Logan se vio asaltado por la voz chillona de Danny.

—Perdona —se apresuró a decir.

—Decía que me voy a dormir y que si habías visto al fantasma ése otra vez.

—¿Eh? Pues... no, no lo he visto.

Danny se aproximó hasta Logan por la hierba que separaba ambas casas.

—Te veo cagado de miedo, tío.

—Sí, lo que ha dicho tu padre me ha preocupado —dijo Logan.

Danny vio la plancha de madera en el porche.

—Dios, tío, ¿has sido tú?

—Claro que no, mierda. ¿No ves que no puedo salir de casa solo?

—Bueno, ahora sí. Sea quien sea, te ha hecho un favor, tío.

—¿Eh? Pues... supongo —dijo Logan con hilillo de voz apenas perceptible.

—Has tenido suerte de que mi padre no la haya visto. Me voy a dormir, si no mis padres se enfadarán conmigo.

—Está bien, Danny, buenas noches.

—Sí, buenas noches.

Logan pensó en lo que le había dicho el chico al tiempo que lo veía traspasar la puerta del porche y cerrarla de un portazo. Luego

oyó la voz del padre replicarle a Danny que fuese más cuidadoso. Logan exhibió su sonrisa a la noche.

Capítulo 17

La mañana de lunes, horas después de que Duncan telefonease a casa de los Husman y les revelase que la sangre de la pared era de gato, Carol contemplaba el desayuno con un único deseo, que su hijo volviera y que el desayuno desapareciese del plato. Su estómago, en señal de rechazo, se había convertido en una simple bolsa repleta de dolor, donde los huevos con beicon no tenían cabida. Apartó el plato y se llevó las manos a un rostro consumido por las lágrimas.

Aquella mañana, el espejo continuaba con su obstinada mala educación a la hora de mostrar el reflejo de Carol, cuyas ojeras se habían acentuado como las manchas moradas de una enferma. Los ojos se habían apagado como dos piedras negras. Su cabello castaño, envidiado años atrás, sugería las hebras con que las ancianas realizaban punto. Cuando vio sus sugerentes labios convertidos en dos pedazos de carne blanquecina reprimió un chillido. No obstante, no se reprochó nada, puesto que la situación por la que transitaba su vida no era para menos.

Su marido, como capataz, se había visto en la obligación de atender los asuntos del aserradero. Así pues, la casa se hallaba sumida en un denso silencio que casi asfixiaba a Carol. Se levantó de la silla con la certeza de que algo líquido la ayudaría a recuperar el apetito. Abrió la nevera y sus ojos de llenaron con el centelleo de las botellas de vidrio de la leche. Entonces recordó que no había comprado café y desechó la idea. De hecho, con sus nervios a flor de piel, era lo último que necesitaba. Cerró la nevera. Cuando se volvió y contempló el beicon retorcido en el plato, sus intestinos se cerraron más.

Dio por finalizado el desayuno y caminó por el apartamento hacia el teléfono que pendía de la pared. Sus dedos presionaron cada número de la oficina de Berryman.

—¿Sí? —La voz que asaltó la línea parecía sumida en la familiar ensoñación de un lunes cualquiera.

—Señor Berryman, buenos...

—Me he enterado del asunto, señorita Bensen —interrumpió—. Alargaremos su periodo de descanso unos días más, ¿le parece bien?

Carol había olvidado que Bribón podía ser bastante considerado si se lo proponía. Sin embargo, algo olvidadizo en cuanto a que no le gustaba que la llamaran por su apellido de soltera.

—Gracias, señor Berryman.

—No tiene por qué darlas, me las apañaré con el resto de mujeres.

Pero tendrá que recuperar estos días.

—Sí, claro. No se preocupe.

—Y por Dios, espero que todo se solucione y encuentre a su hijo.

—Muchas gracias.

La voz de Carol se desvaneció en la línea y colgó el auricular. El silencio ocupó la casa una vez más.

Por la noche, después de la escena que había montado en la ventana, Carol y su marido lograron conciliar el sueño, al menos durante unos treinta minutos. Puesto que ella había empezado percibir una ansiedad en el pecho que le impidió dormirse, obligándole a levantarse, acudir de nuevo a la habitación de su hijo y permanecer en ella hasta que los primeros rayos del sol irrumpieron a través de la ventana. Cuando David se levantó, la vio sentada en la cama del niño y discutieron de forma acalorada. Hacía varios años que dejaron atrás aquellas discusiones absurdas basadas únicamente en señalar argumentos de poco peso, con la intención de arrebatar la razón al otro. Sin embargo, esa mañana había comenzado así. Con palabras aumentando en volumen y en agresividad, hasta convertirse en algo doloroso de lo que luego se arrepentirían. Pero en dicho momento estallaron, y lo hicieron con fuerza.

—Te he dicho que no toques nada del cuarto de mi hijo —rugió David, cuyos ojos ya estaban lejos de pertenecer a los de un hombre que acababa de abandonar la cama.

—¡También es mi hijo!

—Pues entonces haz que me lo crea, maldita sea. No toques nada que pueda alterar las pruebas.

—Ya las han recogido todas, ¿o también eres policía?

—Soy cualquier cosa que haga falta para recuperar a mi hijo. Por lo tanto no toques nada, tal vez Duncan y su gente quieran hacer una nueva inspección.

—¡La policía no actúa así, y lo sabes! —El nerviosismo de Carol la obligó a levantarse, y a aprovechar que sus pulmones estaban llenos de aire para gritar—. ¡Esta noche parecías más calmado!

—Ya sabes que me pongo nervioso cuando veo que algo no es como debe ser.

—Pues ahora soy yo quien te dice que te calmes.

David, quien ya se había vuelto para iniciar su camino hacia el baño, la miró por encima del hombro, con las facciones despejadas y saturadas de un intenso color rojo.

—No he sido yo quien ha perdido a mi hijo.

Carol abrió los ojos y brillaron de ferocidad.

—¿Qué estás insinuando, cabrón de mierda?

—¿Dónde estabas cuando raptaron a mi hijo? —La voz de David sonaba ya en el pasillo, dado que prefería alejarse y hacer caso omiso

a las palabras de Carol cuando éstas se descontrolaban.

—¡Y también es mi hijo! ¡Cabrón!

La puerta del baño se cerró y el sonoro portazo había permanecido dentro del pecho de Carol, como brasas ardientes, hasta ahora.

Se encontraba en el comedor con las últimas fotos tomadas en el lago Tenkiller, situado en el centro de un tupido bosque en Oklahoma, donde su marido se había empeñado en cazar alguna pieza para asar al fuego. Las contemplaba una tras otra, con una sombra en sus ojos. Se detuvo en la foto que les había tomado un lugareño a los tres, debajo de la copa de un alce enorme. David la abrazaba por el hombro mientras ella sostenía a Brandon, cuya sonrisa reflejaba lo buenos padres que eran y que cualquier discusión no era más que eso; momentos de irracionalidad.

Acercó la fotografía y contuvo una lágrima que pretendía derramarse.

—Malditas modelos —dijo con una sonrisa apenada, y dio vía libre a la lágrima que, después de deslizarse pesadamente por su mejilla, fue a parar a la cara redonda de Brandon—. Qué desastre.

Se apresuró a limpiar la foto con el camisón. Luego pensó en dónde podría encontrarse el niño y si el secuestrador o secuestradores lo atenderían bien. Depositó la foto junto al resto y en su mente irrumpió entonces el horror: ¿estaba Brandon vivo aún?

Trató de refrenar el brote de ansiedad aferrándose a la idea de que cuando se dejaba un mensaje como el que había en la pared, era para exigir algo y, por tanto, se necesitaba al niño para el intercambio o para aquello a lo que se dispusiera a realizar el maldito bastardo.

—Sangre de gato —murmuró al silencio del comedor, iluminado por escasos rayos de sol que lograban vencer el cúmulo de nubes grises que se congregaban sobre Past Grove.

Aquello le sugería algo, pero no sabía qué. Se concentró exclusivamente en esa idea y, al cabo de unos minutos, suspiró llena de resignación, porque su mente no le devolvía recuerdo alguno.

Pronto su mente accedió a viejos recuerdos sustituidos por los problemas diarios que conllevaba la madurez, sus recientes arrugas, y un marido y un hijo a los que amaba. Sin embargo, aquello se cubrió de un velo sanguinolento. Reparó en que era mejor no haber recordado.

—No es posible. Estoy en un error, un terrible error. Además, nunca se demostró que fuera ella.

Dejó que las palabras atestaran el comedor con su insólita incertidumbre.

Capítulo 18

Unos años antes...

El verano de 1951 había llegado y, a su término, dejaría una estela sangrienta en Past Grove. Los lugareños denominaron a la masacre «el Verano sin Gatos», y aquel nombre perduró para siempre en sus recuerdos.

Alice contaba con nueve años y escrutaba silenciosa la puerta del dormitorio de sus padres. Detrás se escuchaban las palabras solemnes de Ingrid, quien trataba de consolar a su marido. A Oliver le habían diagnosticado exceso de grasa en el hígado allá por el cuarenta y ocho. Por entonces no pensó que su hábito al whisky escocés que le había sugerido su compañero de trabajo, pudiera convertir aquello en una hepatitis. Pero así fue.

Alice tenía los puños cerrados y la mirada fruncida. Sus dientes rechinaban porque esa tonta mujer no sabía ni cómo consolar a su marido. Salió al porche, donde su hermana Rebecca lloraba bajo el árbol en que una vez, no hacía mucho, explotaba globos en el cumpleaños de Alice. Después del suceso se abrió una brecha en la familia. Las visitas se distanciaron y los cumpleaños fueron menos animosos. Tim recibió una prótesis en la pierna derecha y guardaba silencio del suceso y de cómo había disfrutado la niña.

Rebecca miró por encima del hombro y, cuando vio que Alice se aproximaba, rodeó la casa y salió al camino. Alice percibía su rechazo desde el día que le rompió las muñecas, dicho sentimiento había seguido pese a que Oliver la había obligado a decir que la perdonaba.

Alice descendió su cara a los pies enfundados con zapatillas de lona rosa. Permaneció de ese modo durante unos minutos. Jadeó y convirtió de nuevo las manos en puños.

Dos días después del quinto cumpleaños, reunió todos los regalos que recibió y los arrojó a una hoguera hecha en el camino. El cabello de las muñecas prendió de inmediato; los tejidos desaparecieron devorados por el fuego, dejando al descubierto la piel, cuyo plástico se fundió como crema y bañó los troncos sobre los que ardía. Alice sonrió satisfecha cuando los ojos se derritieron dentro de las cuentas en primer lugar. No soportaba a aquellas muñecas ni cómo parecían mirarla. Ahora eran ciegas.

El humo maloliente de la hoguera alertó a uno de los vecinos y avisó a la policía. El coche patrulla frenó en seco y un joven Duncan,

luciendo aún los restos de un severo acné, se apeó lleno de perplejidad. Se aproximó a la niña que estaba contemplando el fuego como algo sagrado. Sin embargo, Duncan no comprendía que Alice no admiraba el fuego, sino la destrucción que producía.

Ingrid salió de la casa, con una expresión de disgusto, puesto que estaba cansada de que la niña se comportase de un modo tan desconcertante. El policía lo dejó correr y le dio las buenas noches a la mujer, cuyo rostro se agravó al oír murmurar a Alice que las muñecas no sentían dolor.

Claro que de aquello hacía ya varios años y la Alice de nueve años ya había comprendido que estaba en lo cierto. Los objetos inanimados no sufrían cuando ella les aplicaba su tormento. Durante años se había dedicado a reunir pequeños escarabajos, introducirlos en un recipiente de vidrio y cerrarlo tras llenarlo con agua. A continuación se sentaba a la mesa, contemplando con expectación cómo las insignificantes criaturas se ahogaban. El agua podía ser tan poderosa como el fuego.

En una de aquellas ocasiones, cuando sus ojos relucían de horrible excitación, Ingrid irrumpió en el cuarto de la niña, porque no contestaba a su aviso de que la cena estaba lista. La vio con los ojos vibrantes a escasos centímetros del recipiente de vidrio, luciendo una sonrisa de avidez mientras los escarabajos se agitaban de dolor.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió la madre. Le arrebató el recipiente y lo lanzó por la ventana—. ¿Qué es eso qué hacías?

—El agua es poderosa.

Ingrid se agachó y la miró a los ojos.

—¿De qué hablas, hija? ¿Qué les hacías a los bichos?

—Entrego dolor.

—¿Eh? —Ingrid evocó aterrada la escena del cuarto de baño, con la mirada perdida de Tim—. Haces cosas malas. No lo entiendo. No entiendo qué diantres te pasa, hija. Quemaste los regalos. —Zarandeó a la niña en cuanto se apoderó de ella una repentina exasperación.

Los ojos de la niña permanecían con la vista fija en la ventana por donde había volado el recipiente.

—Baja a cenar, hablaremos con papá de estas cosas raras que haces.

Aquello no la detuvo, y pronto sintió el deseo de administrar sufrimiento a animales más grandes. Pero sería lejos de la casa y en secreto. El lugar destinado a sus complejas incursiones en el dolor ajeno, fue el bosque cuyo nombre dado por los aldeanos con acierto era el Bosque del Miedo.

Alice introdujo en su bolsillo una vela y el encendedor. Caminó por Bridge Road, cruzó el puente del River Team por Old Road y se adentró en el bosque. Pese a las viejas historias que narraban los

aldeanos, Alice, quien era desconocedora de todas, no experimentó miedo cuando los enormes pinos se cernieron sobre ella con su frondoso abrazo. Atisbaba a derecha e izquierda en busca del lugar ideal; lugar secreto en que estaría a salvo de las miradas de quienes la reprendían por su degustación del sufrimiento.

Pasó junto a un claro con varios tocones alrededor de restos de hoguera, que en ocasiones era el nido de amor de los adolescentes más desvergonzados. Dejó atrás el claro y anduvo por una parte del bosque que se cerraba a su paso. Aprovechó su diminuto tamaño para deslizarse por entre los espacios de las ramas. El cielo desapareció, siendo sustituido por el negro tupido de pinos y abetos.

Daba un paso corto tras otro, hasta que delante de ella, la boca oscura de la mina abandonada creció. Se detuvo y alzó la mirada muy por encima de su cabeza, hacia la bóveda rocosa. La cueva se prolongaba en su negrura a un final invisible.

Pero ello no detuvo a la niña, que con pericia aplicó la llama al extremo de la vela. Las paredes dentadas aparecieron de pronto, meciéndose por el efecto del fuego. Acercó la vela a las zonas que ella deseaba observar. Se adentró en la profundidad de las tinieblas amparada por su amigo el fuego, cuya luz se abría paso, revelando las viejas vías, un cartel declinado que rezaba sección A, y una pala enterrada por piedras junto a un casco con el cristal de la lente rajado.

Delante de Alice el tramo se dividió en dos, con más carteles indicadores: sección B y C. Pero con la certeza de que el lugar estaba abandonado, le fue más que suficiente, no necesitaba profundizar más en la mina. Era el lugar secreto perfecto para desarrollar su dolor; oscuro y lejos de todos. Sobre todo lejos del pastor McDougall, quien parecía prohibir cualquier iniciativa de libre albedrío, al igual que su madre.

Durante los días siguientes, la mina se llenó de jaulas que Alice encontraba en la basura o que robaba de algún jardín cuyo propietario andaba despistado dentro de la casa. Introdujo diversas clases de pájaros en ellas, aunque la variedad no sorprendió a la niña, sino cómo los diminutos cuerpos se estremecían al ver aproximarse el fuego; Alice sostuvo la vela en repetidas ocasiones tan cerca, que las plumas cobraron un matiz tostado, emitiendo inmediatamente un olor calcinado. A medida que los pájaros dejaban de trinar y sus pequeños ojos reflejaban el terror de Alice, ésta sonreía complacida. Cuando la vela disminuía tanto que le era imposible sostenerla entre los dedos, optaba por abrir la jaula, aferrar el ave y girar su cuello como la rosca de una botella. La diminuta lengua de la niña lamía sus labios tan pronto el crujido se extendía por los corredores de la mina como ecos fantasmales.

—Muere, ser viviente, muere. Todos mueren —susurró al silencio

que se abría tras la muerte.

Después de aquellos ejercicios de dolor, regresaba a casa repleta de vida y con una radiante sonrisa en el rostro, que Ingrid observaba con recelo.

—¿De dónde vienes?

—De ningún sitio, madre.

—Te conozco, Alice, nunca sonríes así a menos que hayas estado haciendo cosas raras.

—Pues no preguntes, entonces. —La niña abrió la nevera y vertió leche en un vaso.

—Soy tu madre y quiero saber qué haces siempre sola.

—Me gusta estar sola. Me gusta el silencio —dijo, y bebió la leche; los labios quedaron graciosamente pintados de blanco, si no fuese por la negras maquinaciones de la pequeña—. En el silencio se escucha mejor el sufrimiento.

La sangre de Ingrid se heló.

—Dices cosas muy extrañas. La verdad es que no te entiendo, hija.

—Lo sé —dijo, abandonando la cocina.

A medida que la enfermedad de Oliver se abría camino en su organismo, la mina se colmaba del chillido y del tormento de animales más grandes.

La tarde en que Alice regresó a casa con el vestido salpicado de sangre, Ingrid la esperaba en el porche, con los brazos cruzados y las facciones más desprendidas por el paso del tiempo. Los ojos se habían hundido en dos diminutos pozos negros rodeados de grietas. Las bolsas se habían hinchado ocultando parcialmente el ojo izquierdo, y ramilletes canosos asomaban en su pelo.

—¿De dónde vienes esta vez? Me harás sacarte la respuesta a la fuerza.

La niña, que contaba por entonces con once años, se detuvo y traspasó a la madre con sus ojillos severos, cuya bondad infantil había perdurado escaso tiempo.

Ingrid reparó en las manchas rojas del vestido.

—¿Y eso? ¿Se puede saber qué es eso?

—Nada. He sido despistada, madre. Tengo hambre, ¿qué hay de comer?

Ingrid dio un paso con las manos extendidas, pero se detuvo antes de golpearla. Cerró las manos en puños impotentes y gimió.

—Eres extraña. Qué rara eres, por Dios. Tu comportamiento es tan diferente del resto de los niños del pueblo. Y diferente, gracias a Dios, del de Rebecca. —Entonces alzó al cielo la mirada y añadió—: ¿Por qué me has dado una hija mala y una buena? ¿Qué es esta prueba tuya, oh, Dios bendito?

—No soy rara, soy mejor. Aprendo el dolor y la muerte, para no

tenerles miedo, madre. Estas cosas no las enseña el pastor.

La niña subió los escalones del porche y entró en la casa, ante la mirada de perplejo terror de Ingrid.

Alice se encontraba sentada a la mesa con el plato de legumbres delante de ella, burbujeando con un olor nauseabundo. Ingrid subió a la habitación de Oliver, donde pasaba los últimos meses de vida. El doctor le visitaba cada mañana para suministrarle los remedios necesarios, pero nada aplacaba ya la enfermedad. Rebecca pasaba el verano en un campamento de Boys Scouts; Alice rechazó la oferta.

Así pues, Ingrid se sentó a la mesa con su hija Alice.

—He pensado en hablar con el pastor McDougall.

—No hace falta, madre.

—Yo creo que sí.

—Me dijiste una vez que el médico te dijo cuando nací que sería una niña fuerte. Pues soy fuerte.

—Haces cosas raras, cosas que me ocultas y que estoy segura de que son extrañas. Rebecca se comporta de una forma más normal. ¿Por qué tú eres tan rara?

—No hago nada malo, madre. Sólo aprendo cosas.

—¿Sola? Siempre estás sola, ¿a nadie le interesa lo que aprendes?

—Parece que no. Supongo que se asustan. Son más débiles —dijo, dando un sorbo al vaso de agua.

—¿No quieres tener amigos de tu edad?

Alice se encogió de hombros.

—Más adelante buscaré amigos.

Ingrid la miró a los ojos.

—¿Por qué tenías los escarabajos en agua aquella vez, hace tiempo? Dime. ¿Y por qué has traído hoy el vestido con sangre? —Guardó silencio mientras respiraba con enojo—. Quiero saber qué haces. Te he visto salir de casa de noche. ¿Adónde vas?

—Ya te lo he dicho, madre. Aprendo el dolor y la muerte para no tenerles miedo.

—¿Qué son esas bobadas? ¿De dónde has sacado esas ideas tan retorcidas?

—De mí. ¿Temes a la muerte, madre?

—Claro que no. El pastor nos enseña que las almas buenas van al cielo. ¿No escuchas en la iglesia?

—Entonces, ¿por qué padre parece tener miedo a la muerte? Padre se muere poco a poco, yo lo veo.

—Todos morimos, hija —dijo de pronto entre sollozos.

—No quiero tener miedo a la muerte. Quiero ser fuerte, madre. Muy fuerte.

Horas después, Alice se encontraba frente a la puerta del dormitorio de Oliver. Escuchaba los últimos jadeos de su padre en

silencio. Se debatía entre abrir la puerta o permanecer allí plantada. Con el ceño fruncido abrió la puerta y entró.

Su padre yacía en la cama, con el rostro amarillo y salpicado de erupciones putrefactas, donde las secreciones brotaban como lodo corrompido; el vientre hinchado bajo la colcha se estremecía. Encima de la mesa había una palangana con trapos manchados de sangre. La pestilencia había sepultado el resto de olores en el cuarto.

Alice se acercó al lecho y dijo:

—¿Tienes miedo a la muerte, padre?

Los párpados de Oliver se vieron en la obligación de abrirse ante aquella cuestión. Los labios trataron de articular una respuesta, pero sucumbieron al esfuerzo. Sin embargo, Alice percibió la contestación en los ojos de su padre, cuyo reflejo no era otro que hallar pronto el descanso.

—No te asusta la muerte. Eres como yo, un hombre fuerte. —Un torrente de compasión llenó su diminuto pecho.

Con la mirada apagada de su padre todavía en mente salió al porche, avanzó por el camino de acceso y abrió la portezuela del jardín. Anduvo en silencio por los caminos de alrededor, cobijada por la sombra de los fresnos. La tarde moría como lo hacía su padre, lentamente y en una dolorosa resignación púrpura. Frente a una casa pequeña divisó a dos niñas que sostenían una comba mientras una tercera saltaba sobre ella, entonando una cancioncilla que Alice estaba segura que el pastor McDougall no aprobaría.

—Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis,,,, tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

Eran las mismas niñas que rehusaron jugar con ella días atrás, cuando vio a una asestarle patadas al cuerpo de un perro muerto junto a un árbol.

Una mujer rodeada por un delantal emergió al porche y amonestó a las niñas. La duda pobló sus redondos rostros al tanto que la madre sacudía el aire con un cucharón de madera, indicándoles que no volvieran a cantar la canción. La frágil mandíbula de Alice se cerró enojada, porque hasta las niñas del pueblo empezaban a darse cuenta de la cantidad de normas que dictaba el pastor.

Entonces aconteció el terrible verano sin gatos, y las desapariciones alertaron de inmediato a los habitantes de Past Grove. El llanto de la pequeña Nancy, quien aseguró una y otra vez que había oído el maullido de su gato en el Bosque del Miedo, puso en alerta a la policía. Pero no encontraron nada en el bosque debido a su profundidad. Los gatos continuaron desapareciendo de cada repisa, de cada callejón, sin que nadie fuese capaz de hallar al culpable.

Alice empujaba por el bosque la carretilla sacada del cobertizo de

Oliver. Transportaba un gran saco de lona que se agitaba por el tormento de los gatos atados. En cuanto el maullido se volvía una amenaza para ella, revelando su posición, golpeaba el saco con una vara de madera.

—Silencio.

Condujo la carretilla con resolución hacia el interior de la mina, donde un candil la esperaba con la protección de su luz. De la pared emergían varas de acero de las que pendían decenas de gatos despellejados y atados por cordeles como conejos; la piel dormitaba en el suelo sobre charcos de sangre negra.

Dejó la carretilla junto al muro rocoso. Asestó una sucesión de golpes controlados al saco antes de abrirlo.

—Tranquilizaos.

Los maullidos fueron sustituidos por gemidos asustadizos que encendieron los ojos de Alice. Cerró fuertemente las manos en torno a la vara de madera y asestó un nuevo golpe más fuerte. Sintió cómo el extremo chocaba contra las costillas de un gato; el impacto se trasmitió por el cuerpo de la niña como una placentera descarga de dolor ajeno. Lo absorbió como una nueva fuente de energía y experimentó la exquisitez desconocida, prohibida por su madre, por el pastor y por todos los que conocía. Y su mente se preguntó por qué se debería negar el placer.

Apoyó la vara en el muro y deshizo el nudo del saco. El primer gato se sacudió en las manos de la niña como una lombriz cuando lo cogió.

De los salientes de acero pendían nuevos cordeles colocados previamente por ella. Rodeó las patas traseras del animal con uno de los cordeles. A continuación lo soltó a su suerte y el cuerpo se meció en el aire igual que un péndulo.

Al regresar a por la vara de madera, reparó en que algunos gatos estaban tratando de salirse del saco, pese a encontrarse aturdidos. La naturaleza había concedido a sus criaturas el firme anhelo por sobrevivir. Alice asió el palo, golpeó los cuerpos y los introdujo de nuevo en el saco.

Cuando se volvió para reunir toda su atención en la primera víctima, contuvo el aliento durante un segundo. Pequeño acto preparatorio que realizaba desde hacía unos años. Evocó la imagen de Rebecca explotando globos en el cumpleaños y lanzó el primer golpe contra el cuerpo. El gato salió despedido a un lado para después volver al punto inicial, donde Alice lo esperaba ansiosa por asestar el segundo. El gato maulló a cualquiera que pudiera socorrerle.

—Toma, toma, toma.

La fina vara abrió surcos de sangre en la piel, junto a los sonoros chasquidos que se extendían por los corredores de la mina. Más sangre

bañó el suelo y más gatos desaparecieron en un verano sin ellos. La mina se atestó de cuerpos malolientes que se balanceaban a merced del palo de Alice, que dibujaba esmeradas parábolas por encima de su cabeza para estrellarse luego contra el cuerpo de los gatos.

Los maullidos atestaron la mina, y la niña estiró sus comisuras ante la magnífica melodía procedente del sincero dolor. Todo ocurrió bajo el amparo de la llama del candil, cuyo resplandor danzante revelaba cuerpos sin piel, la firme mano que empuñaba un palo y la figura de una niña que se embriagaba con el aroma del dolor... Y una hedionda risa que se abría paso por la oscuridad. Los ojos de la niña se abrieron llenos de admiración mientras se reflejaban en ellos imágenes de pútrida emoción. Cada gemido animal, cada lamento de súplica era para Alice el dulce rumor del río, el candor del adiós del sol en un atardecer.

Mientras la horrenda sonata se cernía sobre Past Grove aquel verano, la muerte convocó finalmente a Oliver.

El otoño irrumpió en la localidad con una tormenta que se prolongó durante dos semanas. Pese a ello, la mayoría de los habitantes de Past Grove asistieron al funeral. Ingrid sollozaba delante de la tumba, con un vestido negro y un sombrero que bosquejaba su rostro de sombras mientras sostenía a Rebecca de la mano. Alice permanecía atenta a la tapa del ataúd, y en cómo ésta ocultaba la imagen de la muerte. Sin embargo, sus ojos estaban secos.

Un enorme olmo la resguardó cuando todos se fueron. Hacía varios minutos que el ataúd había sido depositado en el fondo de la tumba. La niña se aproximó al borde y miró desafiante a la muerte contenida en aquel agujero.

—No te tengo miedo.

Su cabello oscuro caía en jirones mojados sobre la espalda. Las gotas de agua corrían por su piel como los diamantes, y en su vidrio se reflejaban miles de pequeños cementerios, reduciendo así a la muerte a una mofa.

Capítulo 19

Logan había pasado una de las peores noches de su vida. No sólo por no haber pegado ojo, sino porque su abuela no había dejado de mencionar el nombre de Alice en una lúgubre sonata con tintes de culpabilidad. Si creyó por un momento que la suciedad de la casa junto a sus diminutos moradores resultaba difícil de digerir, era porque nunca había escuchado el lamento agonizante de una víctima de la conciencia humana.

Supo que su abuela no sollozaba, ya que tras aquellos quejumbrosos cánticos a su hija perdida, no quedaba lugar a otro sentimiento que no fuese el terror más intenso. Un terror que había salpicado al chico con sus incontables formas de escalofríos y sacudidas. Los gemidos pavorosos se alojaron en sus oídos como arañazos, y en verdad sintió que iba a detenerse su corazón, que éste no soportaría por más tiempo dentro de su pecho maltratado por los insistentes golpes.

Había gritado a su abuela que se callara, pero lo único que consiguió fue que ella agregase más sufrimiento al pronunciar el nombre de Alice, cuyas vibraciones produjeron entonces en Logan un frío que paralizó las extremidades aún ilesas, yaciendo en la cama como un cadáver. Los ojos evitaron moverse por la habitación por si Alice aparecía para reírse del miedo de los vivos.

Ahora, con los párpados pesados y el cabello desaliñado, se hallaba delante de la puerta del dormitorio de su abuela. El silencio había regresado a la casa, cosa que Logan agradeció.

Su mano vaciló a pocos centímetros del pomo. Tenía puesta toda su atención en lo que pasaba detrás de la puerta, pero sólo oía los ronquidos de su abuela y supuso que dormiría hasta tarde.

¿Abuela?

Un gemido casi animal se extendió por el dormitorio y Logan retrocedió. Oyó un murmullo quejumbroso que no pudo traducir. Al poco, la puerta se abrió y permitió la salida a toda la pestilencia contenida en el interior; era una marea densa y pesada que lo abofeteó con su repugnante calor. Mantas viejas, madera corrompida, olor corporal; todo envolvió al chico con su fetidez.

Abuela, ¿estás despierta?

Los muelles oxidados de la cama chirriaron, y Logan despertó de pronto, asfixiado por los aromas que brotaban de la habitación. Todo su cuerpo reaccionó como si le hubieran arrojado un cubo de agua

fría.

—Vete.

La palabra tenía un aire amenazante pese al claro cansancio que la acompañaba.

Entonces Logan estalló. El cómo lo había tratado Ingrid desde su llegada, había estado creando un sentimiento en su estómago, que crecía y crecía sin detenerse, como una bola de fuego. Finalmente la bola salió de su boca en forma de palabras de rabia.

—¡Sé por qué lo dices! —exclamó—. Es por Alice. No quieres que nadie sepa que la mataste. Eres una asesina. Mi propia abuela, una asesina de mierda. Sí, me largo de aquí.

Avanzó por el pasillo a gran velocidad, dejando atrás sus palabras suspendidas en el aire. Desde el dormitorio la voz de su abuela cobró vida y graznó:

—¡Espera, Logan!

Pero el chico había llegado a la salita. Contemplaba con enojo la caja de madera. Cerrada con llave, pensó. Rodó hacia el mueble, cogió la caja, la sostuvo unos segundos en sus manos y, después de lanzar un grito, la arrojó contra el suelo. Ya no necesitaba la llave.

La caja se abrió por varios lados y las fotografías se derramaron sobre el suelo. También vio algo más que no identificó en un primer momento. Se aproximó con la silla e inclinó su cuerpo para verlo más de cerca. Era un papelillo doblado envuelto en la cálida luz del fuego que crepitaba en la chimenea.

Por el pasillo se deslizaba la voz de su abuela, en una súplica extraña y lastimera, como el susurro de un fantasma que trataba de traspasar el espacio entre los dos mundos. Logan escuchó los pies arrastrarse por el suelo de madera. Una y otra vez, hasta que experimentó dolor en los oídos. Contempló el papel que dormitaba en el suelo. Un simple papel, pensó con impotencia. ¿Qué podía ser tan importante para escribirlo en un papelillo y ser guardado en una caja bajo llave?

Antes de que su abuela entrase en la salita, realizó un enorme esfuerzo para inclinarse. Extendió la mano y, junto con el papelillo, cogió varias fotos. En ellas aparecía una niña cuya sonrisa dotada de graciosa malignidad despertó en Logan un dulce desconcierto.

—Alice —susurró.

La niña permanecía sentada en un parque con otros niños, pero cuando Logan arrimó la foto al fuego, vio que los niños estaban lejos de ella y jugaban entre ellos, sin prestarle la menor atención. Echó un vistazo al resto de las fotos. Alice y un hombre al que reconoció como su abuelo Oliver, aparecían junto a un árbol. El padre con los ojos entornados le abrazaba y unía sus labios a la mejilla de la niña. En otra foto aparecía Ingrid con la niña sobre el regazo.

—Sólo son fotos de Alice cuando era una niña. Nada más. No hay misterios, no hay nada.

Dejó caer las fotos al suelo y aproximó el papelillo a los ojos y frunció el entrecejo.

Entonces la voz de su abuela cobró vida a su espalda, mortecina y vacía. Aun así, colmada de un viejo temor que alertó a Logan.

—Dame eso.

El chico se volvió en su silla y miró por encima del hombro.

—¿Por qué? ¿Qué mierda es esto? Sólo un puto papel.

Ingrid entró en la salita y el fuego bosquejó su rostro perdido. Los labios se curvaron en un grito silencioso.

—No te importa. Es personal.

Entonces Logan extendió el papel. Garabateado había una letra seguida de un número: E-7312.

—¿Un número? ¿Qué quiere decir, abuela?

Pero sin concederle la respuesta, ella alargó una mano y de un zarpazo le arrebató el papel.

—Es mío. De nadie más. Todo se reduce a este número. Un pasado de muerte y violencia guardado en este número.

Los ojos vidriosos de la anciana reflejaron el fuego mientras contemplaban el número con visible obsesión. Después de eso desapareció bajo las tinieblas del pasillo.

Logan escuchó abrirse el candado y luego gemir los goznes de la puerta. Cuando volvió a cerrarse, una nueva sonata de dolorosos gritos tuvo lugar.

—¡¡Abuelaaaaaaaaa!!

Capítulo 20

Carol Husman permanecía en silencio, todavía sentada en el sofá. Un malestar la sorprendió después de rememorar parte del Verano sin Gatos. Sabía que nunca se demostró que la niña Alice fuera la causante de semejante horror, pero el hecho de su extraño comportamiento durante los años siguientes, fue motivo para que muchos desearan evitar su presencia, con el resultado de que pasó sola la mayor parte de su adolescencia.

Alice. La maldita campesina.

Las imágenes empezaron a acudir a su mente, como viejos fotogramas que pasaban uno tras otro creando una película. Todo ocurrió durante el año de la escuela secundaria, cuando ella era la popular Carol Bensen y exhibía delante de todos los chicos las dos razones que la condujeron directamente a la cima de la fama estudiantil. Recordaba a Alice como una muchacha que andaba constantemente sola, débil y con el olor corporal de la granja de los Paulson, debido a las tareas que les realizaba por unos miserables dólares, cosa que deducía porque siempre vestía la misma ropa.

Pintó una leve sonrisa al recordar que su marido David había sentido cierto interés por ella durante algunas semanas, hasta el punto de defenderla. En todo caso no le parecía peligrosa, únicamente una pobre chica que había perdido a su padre por el cáncer y cuya madre era muy poco permisiva. Aunque como todos por aquella época, pensó contemplando la foto de su hijo.

Luego regresaron a su mente los últimos acontecimientos antes de que Alice desapareciera para siempre, y sufrió una sacudida de terror. La policía la buscó por los alrededores con escaso interés; nadie la quería cerca de sus vidas, y el que se hubiera marchado de Past Grove no preocupaba a nadie. De hecho muchos vecinos cerraron las puertas a la ayuda y recibieron con aprobación la noticia. Y Carol sospechaba que Bob Anderssen, el conductor del único autobús, ocultaba algo referente a Alice, así como también sabía que la llevaba a la escuela. Veía la expresión de temor en éste al despedirse de Alice cuando descendía del autobús.

Carol cerró los ojos y percibió la ansiedad creciendo en su interior.

¿Cómo se atrevió a amenazarme esa campesina?

Lo que hizo que su cuerpo se estremeciera fue que el mensaje estuviera escrito en sangre de gato precisamente. Sin embargo, se

obstinaba en rechazar que su hijo estuviera en manos de esa miserable campesina.

—Ella desapareció. Lo recuerdo —murmuró al silencio del comedor—. Y tal vez esté muerta.

También sufrió la pérdida de su gato Missie por aquel entonces. Pero, como el resto de habitantes, se vio obligada a resignarse y a despedirse de su adorable mascota con sus lágrimas. No fue posible concederle una sepultura digna, porque los cuerpos de los gatos nunca fueron hallados. En diversas ocasiones, el animal se deslizaba por la repisa de la ventana de su cuarto, mientras Carol hacía sus tareas de clase. Pero dejó de hacerlo; asimismo dejó de arañar la puerta del cuarto cuando quería entrar y descansar sobre la cama de ella. Son cosas que recordaba con cariño. Una de las peores noches fue cuando vio aparecer al joven Duncan en casa, con el sombrero en la mano, manoseándolo con nerviosismo y una expresión sombría; la misma expresión de siempre al traer malas noticias. Y Carol supuso que verla de pequeña deshacerse en lágrimas, tuvo que ser duro para él. Duncan se volvió y se marchó, pero había dejado en la vida de ella las horribles sensaciones que producía saber que Missie había pasado a engrosar la lista de gatos desaparecidos.

Carol aspiró el aire enrarecido del comedor y se levantó. Una idea bullía en su cabeza.

Sabía que Bob Anderssen hacía tiempo que había abandonado el cargo público de conductor. Ahora permanecía en casa, aislado del resto del mundo, tan gordo que podía ser confundido con un voluminoso mueble. Todos eran conocedores de cómo Bob dio de lado a la estudiante de periodismo con la que podía haberse casado, y se hundió en una depresión que lo llevó a ingerir más calorías de las que su cuerpo podía consumir. El resultado fue que su figura estilizada se agrandó como si alguien estuviera llenando de aire un globo; su cara aumentó y sus recortados pómulos se redondearon y rezumaron una maloliente grasa. Algunos vecinos lo vieron quemar su ropa en el jardín, con la sensación de que ésta ya no entraba debido al aumento de talla. Lo que todos se preguntaban y nadie supo contestar fue por qué un tipo como Bob podía haber perdido la cabeza de aquel modo tan insólito.

Carol pensó que lo encontraría en casa, probablemente engullendo toneladas de grasa. Sin embargo, aquello no la preocupaba. Tenía intenciones para con su hijo, una de las pocas criaturas vivas que junto a su marido le importaban ahora.

Caminó hacia su cuarto, lanzó el camisón sobre la cama. Los pechos reflejados en el espejo se desprendieron flácidamente. Del cajón sacó un sostén cuya firmeza en la copa hacía evocar láminas de acero inoxidable. Tras alojar sus senos dentro del sostén, se enfundó

unos tejanos y una blusa amarilla con volantes.

Descendió las escaleras del edificio con la agradable sensación de que por fin estaba haciendo algo por su hijo. Esbozó una de las pocas sonrisas sinceras que había podido desde la desaparición de Brandon. Abrió la portezuela del escarabajo y tomó Blue Street.

Su mirada permanecía fija en el parabrisas, conduciendo de manera instintiva hacia la vivienda de Bob Anderssen, situada al inicio de la misma calle. Una de las ventajas de vivir en Past Grove era que todo parecía estar al alcance. Pese a todo, los habitantes habían sucumbido a la venta de coches de Ed Robbins, quien poseía el don de penetrar en la mente del comprador y accionar las palancas adecuadas para que el cliente abandonara el concesionario al volante de un nuevo vehículo.

El cuerpo de Carol fue proyectado hacia delante al pisar con brusquedad el freno, chocando con el volante, donde sus senos subieron hasta el cuello. El chirrido de las ruedas se extendió a modo de ecos por entre los edificios que flanqueaban la calle. Descendió la ventanilla y asomó su rostro fruncido. Todas las ventanas estaban abiertas salvo la de Bob, que tenía en mente aumentar su aislamiento prohibiendo la entrada al aire fresco a su vivienda.

—Menudo tipo —dijo mientras caminaba en dirección al postigo.

Deslizó los ojos sobre las filas de timbres mugrientos y salpicados de quemaduras. Observó que el de Bob era paradójicamente el que estaba en mejor estado, ya que no recibía apenas visitas y no había sufrido desgaste.

Al presionar el timbre experimentó una punzada de ansiedad, que se acrecentaba a medida que la espera se hacía eterna.

—Qué tipo —dijo de nuevo, y pensó con desgana que Bob tardaría varios minutos en poder alzarse del sillón en el que según los vecinos yacía siempre, como una eterna y grasienta estatua.

Un estallido de estática se abrió paso junto a una voz somnolienta.

—¿Quién es?

Carol carraspeó antes de hablar, concediendo tiempo a su mente para ordenar las ideas.

—Buenos días, Bob. Soy Carol.

El incómodo silencio se prolongó hasta casi un minuto.

—¿Carol Bensen?

—Ahora soy Carol Husman.

—Sí, sé quién eres.

La expresión de ella adoptó una forma de enojo y continuó el objeto de la visita.

—Me gustaría hablar contigo.

—¿Sobre qué? ¿Qué puedes necesitar de mí?

La ansiedad que se había manifestado durante la mañana, sumada a dolorosa desesperación, hizo que vacilara.

—Pues..., yo, tengo un problema.

—¿Tú un problema? ¿Tanto ha cambiado tu vida, Carol? —masculló con sarcasmo.

Los ojos de ella se abrieron como platos y se mordió el labio inferior con impotencia.

—De verdad que necesito hablar contigo, Bob. Es urgente. Mi hijo...

—Estoy algo ocupado, Carol, y además, no me apetece hablar con...

—¡Escúchame bien, bola de sebo! Mi hijo ha desaparecido y creo que puedes darme una valiosa información.

Se oyó una profunda respiración detrás del altavoz.

—Siento lo de tu hijo, no lo sabía, pero ¿qué puedo saber yo? ¿Qué información necesitas de mí?

—Me gustaría subir y hablarlo tranquilamente.

—Oye, no tengo demasiado...

—Es acerca de Alice.

La respiración de Bob jadeó.

—¿Alice?

—¡Exacto!

—¿Aquella pobre chica a la que hiciste tanto daño?

—Pues..., yo... Oye de todo aquello ha pasado mucho tiempo. Pero..., Dios mío, Bob, necesito hablar contigo. Estoy desesperada. Soy una madre desesperada.

Se activó un sonido mortecino y, después del chasquido metálico, la puerta se abrió delante de Carol. Lanzó un suspiro de resignación y penetró en la polvorienta atmósfera del edificio.

Su respiración se aceleró al detenerse frente a la puerta del apartamento. Estaba entreabierta y, por la hendidura, la pestilencia a vapor encerrado brotaba en busca de una libertad que Carol estaba segura que no hallaría dentro.

Contuvo la respiración y empujó la puerta.

—¿Bob? Hola. Estoy aquí.

—Pasa —dijo una voz lejana y atenuada por el denso velo de partículas de polvo que danzaban en el aire, sin un lugar donde posarse.

—Por Dios —murmuró ella.

Con el pie hizo a un lado una lata vacía de cerveza, que por la pérdida del revestimiento decorativo, Carol pensó que llevaba siglos en el suelo. Rodó hasta chocar con el rodapié de una pared de la cual se había desprendido parte de la pintura, y revelaba el yeso previamente añadido a la edificación.

—¿Dónde estás, Bob?

Se abrió paso por la sala de estar, que habría sido muy acogedora a no ser por el pútrido hedor a comida procedente de una cocina que Carol no quiso imaginar. La mesa redonda situada en el centro perdía las virutas del aglomerado, como si miles de termitas disfrutaran de un festín. De la pared brotaban clavos oxidados, que una vez soportaron el peso de retratos, pero que ahora concedían a la sala el aspecto de un calabozo con sus paredes sembradas de clavos.

—En la cocina. Salgo enseguida.

—Sí, de acuerdo —dijo, recibiendo la noticia con agrado; luego susurró—: Mejor así. Menudo sitio.

Al primer vistazo supo que tomar asiento no era buena idea. La mayor parte de las sillas de madera carecían del acolchado y algunas mostraban la pérdida de láminas de madera. Pensó que aquellas sillas se desmoronarían si Bob se sentaba en ellas, por lo tanto la observación de los vecinos acerca de que pasaba la mayor parte del tiempo en el sillón, era cierta.

No fue mejor cuando tuvo frente a frente al que una vez fue un apuesto joven que conducía el autobús con determinación. Los brazos que realizaban dicha tarea hacía tiempo que perdieron la fortaleza; ahora permanecían debajo de gruesas capas de grasa gelatinosa y que se derramaba como desagradable lodo. La enorme panza parecía sostenerse por dos extremidades semejantes a tocones de roble. Su cuello había desaparecido y la cabeza hinchada era una prolongación del cuerpo.

—Perdona la tardanza.

—No te preocupes —dijo ella, con la mente todavía entumecida por la visión de la bestia de carne.

Bob se limpió restos de leche con el dorso de su mano.

—¿Y bien? ¿Qué información es ésa?

—¿Eh? ¿Qué te ha pasado? Recuerdo que eras...

—¿Atractivo? El médico me dijo que fue un cambio metabólico por culpa de mi depresión de caballo.

—Oh, bueno... —dijo, volviendo la vista hacia otro lado, pero en cualquier parte que la posara, su mente no abandonaba su estado de repugnante desconcierto.

—Vamos. No me gusta estar mucho tiempo de pie.

—Oh, comprendo. Está bien, iré al grano, Bob.

—Lo agradecería.

—Alice.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Qué sabes de ella? —quiso saber Carol.

—Nada que no sepas tú. Sencillamente un día se evaporó.

—Sí, lo sé.

—¿Entonces? No entiendo qué más quieres saber. ¿Acaso ha vuelto? —El ceño de Bob se frunció.

—¿Eh? Oh, no, no. No es nada de eso... —enmudeció de pronto dubitativa—. ¿O sí?

—Vamos, vamos, Carol.

—Han raptado a mi hijo, y han dejado un mensaje en su cuarto: Tengo al niño.

—Dios mío. Lo siento. Past Grove nunca fue un lugar muy agradable, ¿verdad?

—No, parece que no, pero es mi hogar y es donde estoy ahora. Y sobre todo quiero saber dónde está mi niño, y... si está con vida.

—Es cosa de la policía, Carol.

—Lo sé, pero no puedo quedarme de brazos cruzados. Tengo que recuperar a mi hijo. La policía dice que la sangre es de gato, Bob. ¿No te dice eso algo?

Los diminutos ojos de éste se agitaron en sus órbitas de forma cómica.

—Sé que sospechabas de Alice —anunció Carol—, como la culpable del Verano sin Gatos.

—Por Dios, Carol. Era sólo una maldita cría.

—Una cría mala, y extraña. Ya sabes que la madre siempre lo decía en misa, los domingos.

—Vamos, era otra loca, más fanática incluso que el pastor McDougall.

—Pero lo sospechabas, ¿verdad? Y la llevabas a la escuela aunque no fuera tu ruta, antes de que habilitaran la línea escolar.

—Lo sé, lo sé. Me parecía que sólo era una pobre chica con problemas. Quería hacer algo, por ella. Es lo que predicaba continuamente el pastor, yo quería... quería ayudarla, maldita sea. No es nada malo.

La mirada de Carol centelleaba de inquietud.

—¿Es posible que fuera ella? Una niña capturando gatos. Y ahora ha capturado a mi hijo. Como un simple gato, miserable campesina. Sabía que era una apestosa campesina.

—¡Ya vale, Carol! No creo que fuera nada de eso. Era una pobre chica.

—¡NO! —Las manos de ella se agarrotaron como si quisiera aferrar algo—. Era una chica mala. Una campesina maloliente.

—Creo que ya está todo hablado, Carol. Será mejor que te vayas. Quiero descansar.

—Tú sabes que fue ella. Fue ella la que atrapó a Missie.

—¿A Missie?, ¿quién es Missie? ¿De qué hablas? —Bob dio un paso al frente y el suelo se estremeció como la cubierta de un barco. Señaló la puerta de salida a la mujer.

—No me iré hasta que me digas por qué no la denunciaste a la policía si sabías que fue ella. Muchos niños perdieron a sus mascotas. Yo entre ellos.

—Ya tienes la respuesta. Creo que era una pobre chica solitaria.

—¡Una campesina que me ha robado a mi hijo! —Carol avanzó hacia el hombre y por un momento sintió el deseo de agarrar alguno de los pliegues del vientre y estirarlo como goma de chicle hasta que quebrase.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Has perdido los nervios?

—¡Sí, pero no quiero perder a mi hijo! Tengo que hacer algo.

Entonces experimentó cómo una mano carnosa chocaba contra su rostro y su cráneo se sacudía dentro de su piel.

—¡AAHH! —Se llevó su mano al lugar del impacto—. Me has pegado. Maldito canalla.

—Era para que te calmaras, Carol. Siento de veras lo de tu hijo, pero no creo que Alice tenga nada que ver. Aquella pobre chica desapareció y no volverá jamás..., para mi desgracia.

Los párpados de Carol se replegaron y sus globos oculares resaltaron con un brillo lleno de sorpresa.

—Te gustaba. Menudo gordo idiota. Te gustaba y por eso no la denunciaste. —La mujer se abalanzó contra el muro de carne y asestó inútiles golpes a la masa, sintiendo cómo sus puños se hundían en la esponjosidad protectora—. ¡Has pasado por alto el sentimiento de decenas de niños!

Bob la asió con sus tenazas y la inmovilizó.

—Te pido que te vayas. No eres bienvenida a esta casa. Es posible que hayas cambiado, pero la Carol que yo recuerdo era una zorra dañina. Tú eres la chica mala.

—Gordo. Por eso no te casaste con Megan, aún querías a esa campesina. Qué triste.

Bob la condujo a la puerta de salida como un simple maniquí que debía ser sustituido.

—Adiós, Carol. Espero que encuentres a tu hijo.

Era la maldición de Past Grove, que no había secretos que perdurasen mucho tiempo.

La puerta se cerró a escasos centímetros de la cara de Carol, que reflejaba profunda sorpresa y una rabia creciente que le hizo rechinar los dientes. Sin embargo, tenía la información que deseaba. A ojos de Carol bastaba con la conversación para deducir que Bob Anderssen había ocultado todo por afecto a Alice. Por tanto, las probabilidades de que hubiera sido ella la culpable del Verano sin Gatos aumentaban.

Abandonó el edificio con cierto sabor a victoria en sus labios. Cuando estuvo al volante de su escarabajo, puso rumbo a la comisaría.

Era hora de revelar lo que sabía al jefe Duncan. Él podría disponer de más información, procedente de aquellos años.

Capítulo 21

En la comisaría, Paul Carson le había dado paso hasta la oficina de Duncan. Carol permanecía sentada delante de la mesa mientras el jefe redactaba el informe de lo que había revelado ella. Reparó en que la frente del hombre se perlaba de sudor.

—Son de agradecer estos datos, Carol.

—Bien.

—Tal vez puedan arrojar algo de luz al caso.

La respiración de ella se agravó, porque aquellas palabras significaban que no habían avanzado mucho en la búsqueda de su hijo.

—¿Cómo es posible que no se sepa nada todavía?

Los dedos de Duncan se detuvieron, aun así, el silencio tardó en colmar la oficina, como si el sonido de las teclas quedara suspendido en el aire en lejanos ecos. Carol retorció el asa del bolso que traía.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, Carol. Comprende que no somos adivinos y no podemos saber el paradero de tu hijo en tan poco tiempo.

—Lo que comprendo es que no tienes hijos, y que no sabes qué significa el ver la cama vacía y no escucharlo pronunciar palabras. Llevo días sin abrazar a mi hijo, ¿no sabes qué significa eso para una madre?

Duncan clavó su mirada en ella.

—Encontraremos al niño. De hecho sabemos de dónde ha salido la sangre de gato.

Carol reflejó una repentina expectación.

—¿En serio?

—Por supuesto —dijo él asintiendo lentamente—. Uno de los gatos de los Paulson ha desaparecido..., como ocurrió allá por los años cincuenta. Lo que más me ha desconcertado es que también ha denunciado la desaparición de una placa de madera.

—¿Una placa de madera?

—Exacto. Pero no te preocupes, Carol. Daremos con el culpable.

—¿Y si es más de uno?

—No lo creo posible. En cualquier caso, estamos abiertos a ambas hipótesis. —Duncan se levantó del sillón—. ¿Cómo está David?

—Bien, bien. Ha ido a trabajar. A mí me han dado libres unos días.

—El bueno de Berryman, ¿eh? Veo que tiene buenas obras, a pesar

de su ordinario comportamiento. Dale recuerdos a David.

—¿Pero ya está? Te traigo datos relevantes y... ¿me echas así?

—Nadie te echa, Carol. Pero, ¿qué más puedes hacer? Te diré que has sido de gran ayuda, pero.... te recuerdo que Alice desapareció en el cincuenta y siete.

—Lo sé.

—Si sugieres que ha vuelto para raptar a tu hijo, es una teoría excesivamente rebuscada. Las cosas no funcionan así.

—¿Entonces? ¿Quién iba a hacer algo así?

—Es lo que estamos intentando averiguar —dijo, acompañando a Carol a la puerta.

—Es la segunda vez que hoy me echan de un sitio. Estoy cabreada, Duncan. Espero que me tengas informada de todo.

—Lo haré, descuida.

La mujer dejó tras de sí la estela de enojo que aseguró tener, aunque Duncan no la culpó por ello; perder a un hijo era algo por lo que él no deseaba pasar. La puerta de la comisaría se cerró estrepitosamente ante la mirada desconcertante de Paul Carson.

—Menuda es.

—Sí, y menuda fue. Bien, voy a terminar con esto, Paul. Mientras tanto quiero que tú vayas a la granja de los Paulson y revises todo de nuevo.

—¿Estás seguro? No creo que encontremos nada.

—Lo sé, pero quiero que lo hagas, tómalo como una forma de calmar mi conciencia. Esa mujer va a perder la cabeza, y no quiero que sea porque se nos haya pasado algo.

—Está bien, pero...

—Tú acude a la granja y luego rellena el maldito informe —dijo, y con voz lúgubre agregó—: Yo tengo el día ocupado.

Se encerró en la oficina y guardó silencio. No obstante, la ronca respiración era proyectada por su garganta en leves sacudidas, salpicando el aire de connotaciones negativas. Desvió la mirada hacia el teléfono que dormitaba sobre la mesa. Debía realizar aquella llamada y despertar los viejos miedos que una vez sucumbieron a Past Grove.

Extendió una mano trémula hacia el teléfono, pero se resistió a descolgar el auricular. Debía estar seguro del todo antes de realizar la llamada. El teléfono color rojo parecía reflejarse en sus pupilas como algo amenazador y dañino. Duncan parpadeó repetidas veces para ahuyentar el temor que había sentido mientras tecleaba el informe. Las sospechas de Carol acerca de que Alice hubiera podido ser la culpable del Verano sin Gatos, le había quitado el apetito, y con la mano libre apartó la deliciosa rosquilla que había pedido en Coffee Ville.

Rebuscó en sus viejos recuerdos, cuando su padre era el jefe de Past Grove, y en una ocasión le ordenó que marchara a Cobber Road, donde la niña Alice contemplaba una enorme hoguera. Dejó correr el asunto por falta de experiencia y deducción. Pero ahora que pensaba en ello, consideraba que el hecho de que una niña realizase ella sola una hoguera de semejante tamaño, era verdaderamente insólito, pero no suficiente para acusarla. Sobre todo porque ya no existía ninguna Alice en Past Grove.

Se recostó en el sillón y apartó la mano del teléfono. La llamada podía esperar. Debía antes analizar de forma minuciosa el asunto; que el señor Paulson denunciase también la pérdida de una plancha de madera, le desconcertaba. Dicha forma de actuar le sugería un simple acto vandálico y Past Grove no andaba escaso de ellos. Así pues, se dijo que las sospechas de Carol eran infundadas por su estado de ansiedad. Conoció bien a Carol por aquella época y su particular modo de provocar a los muchachos en la escuela.

Aferró el lápiz y lo agitó entre los dedos mientras cavilaba. Luego regresó de nuevo a la teoría de Carol, puesto que robar un gato y disponer de su sangre para realizar una pintada en la casa de alguien, se podía considerar un acto vandálico, pero el añadido del secuestro de un niño, convertía aquello en algo estremecedor.

—No había huellas. Es imposible. Nadie entra en un sitio y se va sin más.

La mente se aproximaba a uno de esos momentos en que la disparidad de ideas exigía demasiada energía y un repentino cansancio le produjo somnolencia.

—Maldita sea. Past Grove es un mal lugar para vivir.

Contempló la rosquilla con resignación y le dio un bocado que eliminó parte del amargor del caso que tenía entre manos. A continuación se levantó, abandonó la oficina y descendió las escalinatas que conducían al sótano de la comisaría, donde estaban archivados todos los sucesos de la localidad.

Las estanterías que amenazaban con desmoronarse se erguían hasta el techo. Duncan caminó por el angosto pasillo, dobló al final de éste y se dirigió hasta las estanterías de casos sin resolver, que por desgracia se habían acumulado en los últimos años. Cogió una de las pesadas cajas. Contempló con horror cómo el polvo se había acumulado sobre los archivos. Atrajo hacia sí una destartalada silla y se sentó con la caja en las rodillas. Allí agazapado como una criatura solitaria salpicada por la escasa iluminación, cogió el expediente E-7312.

Capítulo 22

Logan continuó arremetiendo contra la puerta tras la que se encontraba todavía su abuela propinando gritos espantosos. El estar sentado en la silla de ruedas le dificultaba golpear todo lo fuerte que habría deseado. Pese a todo, se dijo que era imposible que ella no oyese las embestidas contra la puerta. Así que, ¿por qué no contestaba?

¡Abuela!

Entonces recordó el hacha que había usado ella para partir leña. Cuando abandonó su intento por derribar la puerta con los puños, un lúgubre silencio se abrió paso por el pasillo. Escuchó sólo sus jadeos al atravesarlo en dirección a la salida, así como los alaridos de su abuela, que quedaban atrás contenidos en la insólita habitación.

El sol matutino le asaltó en los ojos. Todo desapareció detrás de un fogonazo dorado. Y a medida que el paisaje se perfilaba, vio aparecer como en una repentina ensoñación, la plancha para descender con la silla. Sin preocuparse demasiado por qué motivo estaba aquello allí, abandonó el porche y rodó hacia la parte posterior de la casa. El hacha continuaba insertada en el grueso tocón sobre el que su abuela colocaba los leños. Asió el hacha y con un enérgico tirón consiguió apoderarse de ella. Regresó al interior de la casa, con el hacha saltando peligrosamente en el regazo y una fina capa de sudor cubriendo su rostro.

Cuando penetró en las tinieblas de la casa, experimentó un frío que se cernió en él como una capa más de terror, de las que ya degustaba para su desgracia. Jamás habría pensado que la estancia con su abuela pasaría a ser una temporada en el infierno. Los gritos aumentaron de intensidad en sus oídos según se aproximaba a la puerta, con una creciente ansiedad aferrándose a su pecho igual que un dañino parásito.

Frente a la puerta, tan cerca de los pavorosos gritos que le helaron la sangre, alzó el hacha por encima de su cabeza. Antes de descender apenas unos centímetros, algo invisible chocó contra ésta y salió despedida por el aire hasta estrellarse con la pared del final del pasillo. El pesado sonido metálico se entremezcló con los lamentos de Ingrid.

Logan miró a ambos lados del pasillo, pero no vio a nadie. Ni siquiera a Alice, quien siempre reaparecía acompañada de un frío velo que se cernía sobre cualquier cosa cercana.

—Mierda.

Maniobró con la silla y la condujo por el pasillo. Sus manos resbalaron en repetidas ocasiones por el sudor, al intentar impulsarse con los rebordes de las ruedas. Cuando tuvo bajo sus pies el hacha, curvó su cuerpo para cogerla. Cerró los dedos en torno al mango al tanto que escuchó el chasquido del cerrojo de la puerta.

Después del lamento de los goznes se escucharon unos pasos pesados. Y una pestilencia que dañó el olfato de Logan, abandonó el extraño cuarto y se deslizó por el pasillo.

El chico estaba de espaldas con el hacha sobre el regazo. Entonces se volvió con una expectación latente en sus ojos. Ingrid apareció bajo el marco de la puerta, con la cabeza ladeada y la vista perdida, escrutando un horizonte que Logan no apreciaba.

—¿Abuela?

La vieja continuaba inmóvil con la impresión de desplomarse en el suelo en cualquier momento. Los hombros caídos y la espalda curvada sugerían extremo cansancio; y cuando emprendió su caminata por el pasillo fue semejante al penoso desplazamiento de una esclava que había recibido centenares de latigazos.

—Abuela, pero, ¿qué...?

Avanzó por el pasillo hacia la puerta que su abuela no había cerrado. Se detuvo y contempló las tinieblas contenidas detrás del marco como un retrato insólito. Incluso la mortecina luz del techo rehuía traspasar el umbral. Sintió la necesidad de alargar la mano para tocar aquella insondable oscuridad. Pero antes de poder hacerlo, la puerta inició por sí sola el cierre; el portazo sacudió al chico y los ecos recorrieron la casa como cánticos fúnebres.

Ingrid desapareció en el interior de la salita.

Decidió dejar allí aquella puerta extraña que ocultaba el motivo de los gritos torturadores y siguió a su abuela. Le arrancaría las palabras con el hacha si era necesario.

Al entrar en la salita, la vio derrumbada sobre el sillón, como una reina decrépita, cuyo rostro revelaba el ornamento de la muerte más lenta y lamentable. Los ojos estaban incrustados en las dos negras cavernas, fijos en un eterno horizonte interior. La garganta moribunda trató de articular palabra, pero sólo fue capaz de expectorar flemas blancas seguidas de frases incomprensibles. Sus facciones estaban talladas por algo más que por el cansancio común; era la desgana de la existencia, la prolongación del vano simulacro de la vida, a espera de una muerte no permitida.

El hacha se precipitó contra el suelo, donde el fuego alcanzaba con su candor. Las palabras del muchacho ascendieron por la garganta, pero se detuvieron ante el horror que presenciaba.

Ingrid cerró los ojos y su boca se desplomó de un lado, luego dijo:

—Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Logan quiso acercarse con su silla y saber qué le ocurría a ella en el cuarto. Pensó en interrogarla, en asaltar su intimidad con absurdas preguntas. Sin embargo, se limitó a aferrar el hacha y dirigirse él mismo a la puerta. Una vez derribada, todas las cuestiones serían resueltas.

Frente a frente con la guardiana de los secretos de su abuela, alzó el hacha una vez más por encima de su cabeza, y con más ahínco y determinación del que hubiera creído tener, estrelló el filo sobre la madera. Pese a todo, el hacha retrocedió de pronto como si hubiese golpeado contra un muro de acero. Realizó una nueva carga con más fuerza, pero con el mismo y desconcertante resultado. La madera continuaba intacta; ni un signo de ser golpeada.

—No puede ser, mierda. Estoy en medio de una gran puta mierda.

Entonces escuchó una sonata infantil brotar de los labios de Ingrid, con una voz provista de un leve ronquido susurrante.

—Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis..., tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

La tonadilla continuó hasta que la desesperación se volvió insoportable.

Logan fijó su vista en la puerta y decidió asestarle un nuevo embate, cuyo resultado fue el mismo. Comprendió que no era necesario el candado, que únicamente había sido una protección humana para algo que no lo era.

—Logan.

La voz sonó seca y cortante a su espalda mientras la melódica cantinela seguía aportando su propio aroma de incertidumbre.

—Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis..., tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

—Logan —insistió la voz.

El muchacho sabía que era Alice de nuevo, salvo que en aquella ocasión, su voz imponía una autoridad extraordinaria.

—No te entrometas. Deja que mi madre se pudra de dolor.

Los ojos del chico saltaron en sus órbitas. ¿Cómo podía una hija desear aquello de su madre? Aun así, continuó en silencio e inmóvil en su silla. Todo su cuerpo temblaba de miedo ante lo que probablemente se avecinaba.

—¿Por qué? ¿Qué hay detrás de la puerta?

—Detrás de la puerta estoy yo.

La cancioneta de Ingrid fue sustituida por el coro animoso con que iniciaba *Little Bitty Pretty* de Thurston Harris, una popular canción de los cincuenta.

—Mierda, no entiendo nada. ¿Quién mierda eres, Alice?

La autoritaria voz dio paso a una voz cándida y suave que dijo:

—Ya sabes lo que cuentan de la vieja asesina. Deja que se haga justicia.

La puerta del cuarto donde dormía Logan se abrió ante una sacudida del corazón del chico, quien no soportaba más las excentricidades de la casa de la abuela.

—Entra a la habitación y hablaremos.

—¿Eh?

—Adelante, entra —pidió ella.

Logan rodó sobre su silla con cautela. La puerta se cerró en cuanto traspasó el umbral. *Little Bitty Pretty* alcanzaba el popular estribillo, aunque aquello no supuso un alivio para el chico.

Alice brotó del aire enrarecido junto a la cama, desde el interior de una abertura circular. Las manos de ella emergieron agarrotadas y frías haciendo uso del borde; primero una mano, luego otra, seguidas de las piernas, como quien entraba por una ventana. Pronto se plantó delante del chico, que manifestaba una máscara pulida por el terror.

—Lo que no quiero es que me tengas miedo. En vida todos me daban de lado y no era algo que me gustase demasiado.

—¿Eh? No, no puedo evitarlo. El miedo aparece solo.

—Con el tiempo te acostumbrarás a mi presencia y a este aspecto de fantasma —dijo, y de sus labios plomizos surgió de pronto una lengua burlona, que luego retrocedió a su lugar de origen; al interior de las cavidades de la boca, pútrida y atestada de diminutos gusanos carroñeros.

—No estoy seguro.

—Fui yo quien colocó la rampa para que pudieras bajar —declaró Alice.

—Ah.

—Era una pequeña ayuda. Ya te dije que divididos somos incompletos, pero unidos muy fuertes. ¿Quieres ser fuerte, Logan, o prefieres continuar siendo medio hombre?

—No parece justa esa forma de llamarme, mi padre me llamaba así y la detestaba.

—Pues no lo haré, pero tampoco tienes por qué ser un blandengue.

—¿Por qué has dicho que estabas tú dentro de la habitación?

—Olvida eso por ahora —dijo ella.

Logan permaneció como si hubiera recibido una bofetada; con el rostro congestionado y paralizado por la sorpresa.

—¿Cómo...?

—Mira esto —dijo al tiempo que se deslizaba sobre unos pies brumosos. La parte inferior de Alice se difuminó parcialmente; dicho

proceso se extendió hacia el resto del cuerpo, convirtiendo su imagen en un velo traslúcido rodeado de volutas de vapor.

Paró junto al mueble que había desconcertado a Logan, y lo abrió sin la llave; pasó su mano humeante por el mueble y la parte superior de éste se abrió propinando un chasquido. Al levantarla, Logan quedó perplejo al ver un antiguo tocadiscos. Un pequeño disco a 45 RPM giraba de forma fatigada para conceder el ritmo que parecía agradar a Alice.

—Lo tuve que esconder porque mi madre quería romperlo.

—No lo entiendo, ¿qué puede tener de malo un tocadiscos?

—Eran otros tiempos, Logan. Los años cincuenta fueron el inicio de la juventud, donde el *rock and roll* despertó las ansias por vivir. También fue la época de mi juventud, la juventud que me robaron sin piedad.

Los ojos del muchacho vibraban por aquellas revelaciones.

—En este pueblo no estaba bien vista esta música —continuó ella—. Oía centenares de veces asegurar al pastor McDougall que era la música del diablo. ¿Puedes creerlo?

—No comprendo mucho todo esto, pero te creo. He oído hablar de ese pastor a Danny y a Mark. Ahora todo el mundo escucha rock —aseguró, y tras oír la canción que emitía el pequeño altavoz, añadió—: Aunque dudo que esto le guste a algún chico de hoy.

—Pues algunos la escuchaban a escondidas de sus padres. Pero yo me cansé de esconderme, quería ser yo misma. ¿Por qué prohibir algo? Con ello sólo consiguen que sea más atrayente.

—Sí, es posible.

—Sólo quería experimentar y vivir —declaró con voz apagada—. La misión de la gente como el pastor es prohibir el disfrute de la vida, por consiguiente mi madre, su mejor feligresa.

La aguja del tocadiscos se elevó por sí sola y la música cesó. A continuación Alice se desplazó por la habitación, y Logan pudo ver a través del cuerpo del fantasma lo que había en la ventana cuando se colocó delante y dijo:

—Estoy aquí, Past Grove, estoy aquí. A todos los que me dieron de lado y se burlaron de mí, estoy aquí. —La voz de agravó para pronunciar las siguientes palabras—: Y mi nuevo amigo está aquí, conmigo.

La fétida lengua de Alice asomó de nuevo sobre la curvatura de sus labios, de cuyas grietas rezumaba una bilis repulsiva, pese a ello la saboreó con un éxtasis indescriptible.

Entonces se volvió y clavó sus ojos muertos en Logan.

—Vamos, ven.

—¿Adónde?

Sin recibir la respuesta siguió a aquella aparición casi sin

comprender por qué. Sencillamente sus manos se cerraron en los rebordes y las ruedas rodaron en pos de Alice. Al pasar junto a la puerta de la salita, la anciana se había sumido en su profundo sueño.

Alice se detuvo delante de las escaleras del porche y se volvió hacia Logan.

—Ahora puedes abandonar esta maldita casa siempre que quieras. Recuérdalo antes de traicionarme.

Logan tragó saliva. Las palabras huyeron de su mente y prefirió guardar silencio mientras la observaba descender los escalones sin hacer uso de los pies. Es como yo, pensó, tampoco usa los pies. Cerró los ojos y rodó por encima de la plancha de madera. Sintió confianza y apreció su ayuda. Percibió que un sentimiento de fraternidad surgía entre ambos y le gustó. Parpadeó al contemplar el horizonte cerrado, cuya fina línea de fuego sugería un atardecer anticipado. Los jirones de nubes rojas se desplazaban como meros fantasmas por el cielo de Past Grove.

Capítulo 23

Unos años antes...

Como fue estipulado desde los albores de la humanidad, el transcurso del tiempo dio paso a nuevas estaciones, y éstas a su vez quedaron atrás en cúmulos de años y experiencias vividas.

—Mamá te llama —anunció Rebecca, asomando la cabeza por la puerta de la habitación de Alice. Las paredes empapeladas por los músicos de moda escrutaban a Alice en solemne silencio.

—No voy a bajar.

—¿Por qué?

—Por que no necesito obedecer.

—Menuda eres, chica.

Rebecca continuó por el pasillo y Alice aumentó el volumen del pequeño tocadiscos recién adquirido. La voz de Thurston Harris y su popular *Little Bitty Pretty One* sonaba concediendo a la mañana del 5 de septiembre de 1957 un aire colmado de nuevas expectativas ante el inicio del curso. Y pese a que su madre trataba de reprenderla una vez más por la música a la que se había aficionado, y que sonaba continuamente en los locales de moda del país, denominada por el pastor McDougall como el ruido del diablo, Alice sonreía al espejo.

En él aparecía una muchacha de quince años con los cortos pantalones *jeans* que su madre odiaba tanto, y qué mejor que empezar el día con aquel sentimiento de reproche. Reía abiertamente en las ocasiones en que el enojo arrugaba el rostro de Ingrid como una pasa. No le tenía miedo, ni a ella ni a cómo le golpeó cuando le había explicado por fin las cosas que hacía cuando estaba a solas.

El espejo le devolvió su sonrisa ensanchada y rememoró la escena.

Un año antes, ambas estaban sentadas a la mesa bajo un silencio que estremecía a Ingrid pero que no afectaba en absoluto a Alice, quien tenía las manos encima de la mesa mientras le revelaba sus actos.

—¿Qué has dicho? —inquirió la madre.

—Ofrezco dolor a los seres vivos —repitió con una leve curva en los labios.

Ingrid se levantó de la silla viéndose incapaz de contener su enojo. De espaldas dijo:

—¿Qué quieres decir?

—Creo que ya lo sabes, madre. Disfruto con el dolor de los demás seres vivos.

—Ahogabas a los escarabajos, pero... ¿qué clase de monstruoso comportamiento es ése?

—No es ningún comportamiento monstruoso. Es sencillamente mi personalidad. No le veo el problema.

Ingrid se volvió ante las palabras de su hija.

—Entonces... ¿los gatos...?

Alice asintió satisfecha.

—Colgados y desangrados lentamente. Fue placentero sentir aquel dolor.

Los ojos de Ingrid se abrían cada vez con mayor intensidad y asombro.

—¿Qué clase de inmundicia eres? ¿Qué esto? —murmuró—. Debo hablar con el pastor. Es urgente. —Al tanto que pronunciaba las palabras, se desplazaba por el comedor de modo inquieto.

—¿Por qué? ¿Qué mal hay en experimentar el éxtasis?

Ingrid se volvió hacia su hija y la contempló con su sonrisa ávida en el rostro. Le aterró ver aquellos ojos relucientes de extrema maldad y a la vez tan serenos.

—¿Cómo eres capaz de hacer esas cosas a los animales?

—Tranquila, no me satisfacen ya esas bobadas.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues eso, madre. Que te tranquilices —anunció de forma burlona, y se alzó de la silla—. Ya no mato animales.

—Siéntate, no hemos terminado.

—¿Qué más quieres, madre? Ya te he contestado. Para vencer el miedo a la muerte mato y aspiro el aroma del dolor que hay antes del silencio.

—Dios mío, estás loca. Es eso. Tengo una hija que ha perdido la cabeza.

—Te equivocas en eso. Te sugiero que lo pruebes para comprender. Hummm. —Alice se lamió los labios mientras entornaba los ojos en descarada lascivia—. Es la antesala al sexo, madre. Hummm... ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que... bueno, ya sabes... has hecho algo más que escuchar al pastor?

Una mano invisible y veloz se estrelló en la mejilla de Alice, quien propinó un chillido.

—¿Qué haces?

—¡Descarada! Mocosa del demonio. Monstruo insolente. Estás castigada.

—¿Cómo te atreves a pegarme, perra? —rugió Alice. Sus manos se contorsionaron en una postura dificultosa y sus dedos se cerraron de rabia—. Te odio, perra. Papá era mejor que tú.

Alice se serenó de pronto y caminó hacia su cuarto.

—Iré al primer día de clase —dijo por el pasillo—. Pero no me esperes para comer. Comed tú y Rebecca a solas.

—Espera, jovencita. Tenemos mucho de qué hablar.

—No lo creo —repuso, y cerró la puerta.

Alice contempló la mejilla enrojecida en el espejo.

—También le gusta el dolor a esa perra, pero ella me lo da a mí, a su hija. Y dice que soy yo quien ha perdido la cabeza. Imbécil.

Entonces la puerta se abrió y, bajo el marco de la puerta, apareció la madre sosteniendo el atizador del fuego.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Alice.

—¿Mamá? —Del fondo del pasillo brotó la asustadiza voz de Rebecca.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Ahora verás, maleducada.

—¿Es como te enseña a educar el pastor, madre?

—No. Es como se debe educar. —Ingrid entró en la habitación y permaneció durante un segundo mirando la paredes empapeladas de rostros con tupé y llenos de insolencia juvenil—. Esta no es la habitación de una joven baptista.

Ingrid se aproximó hacia su hija con el atizador en alto, asido con ambas manos y la boca abierta en una mueca retorcida.

—¡No te servirá de nada! ¡No, madre!

El atizador descendió hasta la mejilla izquierda de la muchacha, marcándola con una fina línea sangrante. Rebecca gritó desde la puerta del cuarto. El segundo golpe aplastó la mano con que Alice protegía su cara. Resbaló y cayó al suelo, donde Ingrid continuó golpeándola hasta que cedió por primera vez a las lágrimas y llamó a un hombre que ya no estaba.

—¡Padre! ¡Padre! —Y más hondo, donde el alma guarda el olvido—: ¡Papá!

El atizador no se detuvo pese a todo.

—Perra —dijo Alice entre dientes frente al espejo—. Te mataré.

Su cara se había oscurecido y apretaba los puños inconscientemente. A su espalda, la aguja sobre el disco continuaba arrancando los coros de voces en *Little Bitty Pretty One*. Suavizó las facciones y pintó una sonrisa de resignación. Se acercó a la cama, apartó la colcha y bajo la almohada contempló el cuchillo de cocina con el mango de madera.

—No volverá a pasar —susurró excitada.

Cogió el cuchillo, lo envolvió en una camiseta sacada del cajón y lo introdujo en la mochila. Era hora de ir a clase.

En el pasillo fue interceptada por su madre, quien lucía un vestido gris y delantal. Las facciones recortadas le conferían un aspecto famélico. Sus manos aferraban una escoba con impotencia, pero sería una de las últimas veces, dejando que la casa acumulara la misma suciedad que su alma.

—¿Vas al primer día de clase?

—Pues claro, madre —se limitó a decir. Continuó por el pasillo y salió al porche.

En el camino, un automóvil con la capota blanca esperaba a Rebecca, que salió apresurada. Alice se hizo a un lado. Ella iría caminando hasta la parada de autobús. No le interesaba estrechar vínculos con los amigos de su hermana.

Past Grove había sufrido el cambio de década, pese a que era una población aislada del resto del país. Modelos de coches más rápidos irrumpieron gracias al concesionario abierto por Ed Robbins. Un hombre con la figura semejante a la de un globo, salvo por las diminutas extremidades con las que caminaba. Alice pasó junto a la barbería del viejo Adams, que eludió la mirada de la muchacha.

La parada del autobús era sencillamente un poste metálico que anunciaba en letras nuevas y relucientes «Parada Sur»; con el escaso tamaño, Past Grove no requería de más paradas. Norte y sur. Sin embargo, con un poco de persuasión uno podía convencer al conductor para que se detuviera unos minutos frente a la escuela secundaria.

—Buenos días, Alice —saludó el conductor con voz apagada y asustadiza. Alice sabía que Bob Anderssen sospechaba que ella estaba relacionada con la desaparición de los gatos. No olvidaría la cara del muchacho que la vio pasar años atrás con la carretilla en que transportaba los gatos, y los ojos convertidos en dos esferas acusadoras. Aquel rostro infantil desapareció de la ventana para aparecer de nuevo en la puerta, boquiabierto y señalándola con el dedo. Sin embargo, guardó silencio. Un silencio que todavía perduraba y Alice agradecía.

A esas horas de la mañana, los asientos estaban ocupados por habitantes afanosos en cuyo regazo descansaba el almuerzo, y sus rostros manifestaban la monotonía por un día más de penosa existencia.

—Para en la escuela, ¿quieres?

Bob asintió con desgana mientras aceptaba el dinero por el billete.

Cuando Alice avanzó por el angosto pasillo en dirección al final, todos desviaron sus miradas a la ventana. Se sentó en uno de los pocos asientos libres, junto a la señora Grant, que se levantó de inmediato para ocupar un asiento contiguo.

—No muerdo —replicó Alice.

La señora Grant estiró su cuello repleto de tendones cubiertos de piel pálida. Alice reparó en cómo las canas estaban sustituyendo el cabello marrón de la mujer.

—La muerte nos vigila de cerca —susurró.

Después de detenerse en la parada norte, donde las fábricas se erguían en un ladrillo naranja que había adoptado con el tiempo un tiznado oscuro, los pasajeros descendieron. La señora Grant se levantó enseguida y bajó la escalerilla sin mirar atrás. Alice esbozó una sonrisa y dijo:

—Cuando subo yo, la gente parece tener prisa por bajarse.

—Ya sabes por lo que es —dijo Bob. Se colocó su gorra gris de conductor y el autobús continuó por Masonty Street con el pesado traqueteo de un motor que exigía una revisión.

Alice se sentó en el asiento más próximo a la cabina de Bob y empezó a mirarlo. Pese a que la visera de la gorra arrojaba sombras en el rostro del tipo, apreció las buenas formas de su rostro. Mentón ancho, labios gruesos. Las manos que tomaron Jointer Avenue eran gruesas y pensó que Bob podría dar un buen abrazo a una chica. Sobre todo tenía curiosidad de por qué no la había delatado si sabía que era ella la causante del Verano sin Gatos.

—Adiós, Bob. Gracias una vez más.

—De nada, Alice. Procura no hacer trastadas, ¿vale?

—Vale —aseguró. Le dirigió una mirada que se unió a la de Bob en el retrovisor—. Gracias, Bob.

Abandonó el autobús, cruzó la calle y mostró el dedo central al vehículo cuyo conductor le amonestó por interponerse en su camino.

—¡Cabrón! —graznó ella.

El coche chirrió las ruedas y desapareció en la distancia.

La escuela secundaria, en los años cincuenta, presentaba un aspecto deteriorado; no sería hasta finales de los setenta que se revestirían sus muros de pintoresco ladrillo caravista. Alice continuó hacia la senda de tierra, y pronto el murmullo de los estudiantes saturó sus oídos. Decenas de muchachos con camisas a cuadros, pantalones de pana y cabello abundante, avanzaban hacia las escaleras. Reían, alardeando de ser buenos lanzadores y asegurando que el béisbol sería pronto el deporte más importante de Past Grove. Algunos abrazaban a sus chicas con recelo por si eran vistos por el pastor McDougall, puesto que la iglesia baptista estaba en Crossing Road, un camino que era una bifurcación de Jointer Avenue.

Frente a las escaleras blancas que ascendían a la puerta principal, contempló cómo dos muchachos empujaron a un chico, y éste se precipitaba escaleras abajo. Antes de acabar en el suelo de bruces, la cabeza chocó contra dos escalones, embadurnando su cara de sangre.

Una ovación se elevó en el aire. Luego las despiadadas risas estallaron.

Alice pensó que nada tenía de placentero la sangre y las risas. Sobre todo porque el muchacho no gritó de sufrimiento, sino que se limitó a dar rienda suelta a las lágrimas. Alice subió las escaleras sintiendo un atisbo de compasión por el chico.

Entonces se tropezó con un alumno en la puerta que iba de espaldas, con una mano abierta que fue a parar a los inapreciables pechos de Alice.

—¡Tío, mira por dónde vas!

—Lo siento...

—No te importa una mierda mi nombre y a mí tampoco el tuyo.

—Oye, ya he dicho que lo siento. No seas así.

—¿Y por qué no? ¿Cómo debo ser? —inquirió Alice con una sonrisa.

—Me llamo David Husman.

—¿Y qué?

—Bueno, lo correcto es que me digas tu nombre.

—No —dijo, y penetró en los pasillos de la escuela secundaria. Sin mirar a nadie y sin experimentar interés por nadie, entró en el servicio. Se detuvo de pronto delante del espejo—. ¿Qué pasa, Alice? —preguntó al espejo. Su reflejo se encogió de hombros.

Escuchó las risas de dos chicas detrás de la puerta. Dedujo que iban a entrar, por lo que decidió ocultarse en los retretes individuales. La puerta se abrió y las risas llenaron el servicio de chicas.

—Quiero acostarme con David —dijo una de ellas.

—¿Te ha pedido de salir?

—No. Pero sé que lo hará.

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo sé y con eso basta. Me insinuaré... Con éstas —dijo al tiempo que mecía sus generosos senos.

—Dios, Carol. Eres una cualquiera.

—Puede..., pero esta cualquiera pronto estará galopando sobre ese estupendo cuerpo suyo.

Ambas rieron abiertamente.

Alice permanecía sentada sobre la tapa del retrete, con la mochila abrazada al pecho y respirando despacio. No deseaba ser vista en un momento de insólita debilidad, debido a David, quien en el encontronazo le había tocado el pecho deliberadamente. Pese a la fuerza que hacía gala en determinadas ocasiones, se sentía extraña consigo misma desde el verano. Algo nuevo bullía en su interior, algo que no había aprendido a refrenar y trataba de controlarla. No le había mencionado nada a la madre, pero sí tuvo unas palabras con su hermana Rebecca; ésta le argumentó que ahora era una adolescente llena de vida. En aquel entonces surgieron imágenes en la mente de

Alice, saliendo con chicos, besándolos y dejándose atrapar por sus abrazos nauseabundos.

Su piel se estremeció al sentir toda aquella oleada de emociones irrefrenables.

—¡No! —chilló.

Las chicas dejaron de reír.

—Hay alguien en los servicios.

Alice se cubrió la boca y la mochila cayó al suelo.

—Es aquí. —Abrió la puerta Sarah, la fiel amiga de Carol. Portaba una chaqueta vaquera sobre una blusa rosa—. Dios, eres tú. Creo que voy a vomitar.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —dijo Carol, asomando su cabeza coronada por un envidiable cabello castaño—. Oh, Alice, qué repugnante es tu ropa. Será mejor que te largues de aquí, horrible campesina.

Alice cerró la boca con fuerza y sus ojos relucieron con un brillo felino.

—Loca, campesina y maloliente —dijo Sarah entre risas. (¿Quién es sarah en el presente)

—Sí, y sola. Repugnantemente sola.

—Perra, déjame en paz o...

—¿O qué? —inquirió Carol.

Alice se levantó del retrete.

—En el pueblo todos saben que eres una loca —dijo Sarah.

—Sí, una loca campesina —añadió Carol.

—...O te mataré. Tengo un cuchillo.

Sarah retrocedió.

—Vámonos, Carol. Está chiflada.

—Qué mal hueles, campesina —espetó Carol y cerró con un portazo—. Ahí te quedas. Te aconsejo una ducha. Ni los cerdos te querrán.

—Vamos a ver a ese Husman. Quiero ver cómo luces tus tetas.

—Sí, que se quede esa loca ahí sola —rio Carol—. Vamos, tía, te enseñaré cómo se hace. —Dio un pequeño brinco y sus bustos cobraron vida como un marea carnosa.

Los servicios se silenciaron.

Alice se quedó sola, pero no era algo que le importase. Y tampoco cedió a las lágrimas. Su madre se las había arrebatado todas con el atizador. Sí que dio rienda suelta a su furia, no obstante, golpeando la pared con el puño cerrado.

—Maldita perra. Sucia. Te mataré también.

Hacía tiempo que anidaba ideas acerca de saborear el devastador néctar del dolor humano.

Sentada en clase observó a los alumnos tomando asiento donde

les complacía. Ella había seleccionado un pupitre junto a la ventana; cuando los profesores extendían más de lo debido las lecciones, Alice desviaba la vista y se perdía en el mundo exterior. Sin embargo, trataba de no posar la mirada sobre la iglesia baptista, que asomaba por entre un grupo de árboles, tras los campos de cultivo de las granjas de los Paulson, y cuya cruz era un constante recuerdo a las prohibiciones de McDougall. El pecado estaba prohibido, pensó Alice con sarcasmo.

Desafortunadamente, Carol y Sarah entraron juntas a clase y se sentaron a varios pupitres de distancia, demasiado cerca en opinión de Alice, no obstante. Sus estridentes risas la enfurecieron y se volvió hacia la ventana. David Husman se apeaba de su automóvil con un cigarrillo alojado en los labios. Del bolsillo trasero de sus tejanos sacó un diminuto peine y lo deslizó por su pulcro tupé, mientras caminaba en dirección a la escuela.

—Fumando —murmuró Alice. En su mente latía una de las prohibiciones del pastor McDougall—. Un pecador. Me gusta.

Entonces sintió que una voz la paralizaba.

—¿Qué rumias, campesina? —le inquirió Carol.

El interior de Alice se encendió con el fuego que una vez la acompañó durante sus tormentos.

—Perra. Espera y verás.

La profesora irrumpió en clase con una blusa blanca y larga falta de costura. Abrazaba varias carpetas y sus labios se curvaban en una amable sonrisa. Como buena baptista, su rostro carecía del maquillaje de las mujeres descaradas.

—Buenos, días.

—Buenos días, señorita —dijeron todos al unísono.

Alice eludió el saludo, contemplando a David entrar en clase.

—Siento llegar tarde, señorita.

—Toma asiento, David. La próxima vez tendrá consecuencias.

Carol alzó la mano, pidiendo la palabra.

—¿Sí, Carol?

—Señorita, huele mal en clase.

—¿Puedes explicarte, Carol?

—Debido a la escasa distancia que me separa de Alice, me veo en la obligación de respirar su olor corporal.

Los ojos de Alice se paralizaron, pero su mente inició el engranaje de ruedas dentadas y rodaron..., rodaron. Las imágenes en su cabeza cobraron un tiznado sanguinolento. El filo del cuchillo que dormitaba en la mochila se hundió placenteramente en el vientre de Carol. Y rodaron..., rodaron...

—Sí —susurró, y esbozó una sonrisa maligna.

—Será mejor que dejes de molestar a Alice. Estoy cansada de tus

impertinencias. Te digo lo mismo que a David, la próxima vez tendrá consecuencias.

—Oh, estoy deseando probar esas consecuencias con David.

Algunas risitas anónimas se elevaron por la clase.

—¡Silencio! Comencemos de una vez. Dictado.

—Sí, señorita —dijeron al unísono.

La clase se sumió en el monótono balbuceo de la profesora y el siseo de los lapiceros sobre el papel.

Al finalizar las clases, David Husman se aproximó a Alice, quien se apresuró a cerrar la mochila para que no reparase en el cuchillo.

—No hagas caso de Carol. Es una pesada.

—No importa, déjame, tío.

—¿No crees que eres un poco seca conmigo? —Los ojos de David se abrieron y alzaron las cejas en gesto amistoso.

—¿No te gusta Carol? —dijo al tanto que se colocaba su mochila a la espalda.

—¿Por qué? ¿Sólo porque tenga un buen par? No, no es suficiente para que yo me fije en ella.

—Todos la miran. Es popular.

—Bueno, estoy seguro de que si te arreglaras un poco, llamarías más la atención.

—No quiero llamar la atención. Ahora me voy. —Intentó abrirse paso por los pupitres, pero David se interpuso.

—Espera. —La cogió del brazo—. Oye, sólo te pido que seamos amigos, ¿vale?

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Bueno, es lo normal, ¿no?—dijo él, extendiendo los brazos—. La gente tiene amigos y amigas.

—No me interesa tu oferta, gracias —dijo, dando un tirón para zafarse de la mano del muchacho—. Ahora me voy.

—No me arrepiento.

Alice se volvió.

—¿De qué?

—De haberme tropezado y..., bueno, de que mi mano haya ido a tu teta.

Alice experimentó un golpe de aire y alargó la comisura.

—No deberías dejarte ver con un cigarrillo en la escuela. Podría llegar a oídos de McDougall.

—Sí, cierto —dijo David, sacando un cigarrillo arrugado e insertándolo entre los labios—. ¿Amigos, entonces?

—No. —Alice salió al pasillo y abandonó la escuela secundaria.

El regreso a casa era siempre a pie. No para su hermana Rebecca, a quien vio montarse en el Buick entre risas.

—Hola, Alice —la saludó.

Pero ella se limitó a mirar hacia otro lado.

Durante las semanas siguientes, David se le aproximó en nuevas ocasiones, luciendo tupé, las gafas oscuras y una sonrisa insinuante con que pretendía captar la atención de Alice. Sin embargo, ella le decía una y otra vez que no experimentaba necesidad de tener amigos. No, era siempre la respuesta a dicha petición. No obstante, en las últimas ocasiones, Alice añadía una sonrisa benevolente a su negativa. Recordó que su madre le había sugerido en el pasado que hiciera amigos. Aquello sólo hizo que rehusara de firme la idea, y volvió a rechazar a David con mayor convicción, porque lo último que tenía en mente era seguir los consejos de su madre.

El tiempo, cuyo único propósito para Alice era devolverla a la muerte, transcurría implacable. Las comidas con su madre cesaron y se vio obligada a gastar parte del dinero adquirido, realizando recados a los vecinos y ayudando en la granja de los Paulson, en Coffee Ville, donde comía en un lugar apartado a petición del gerente.

Las clases también avanzaron, al tiempo que aumentaban las burlas de Carol, tornándose insoportables para el común de las personas, pero Alice simplemente guardaba silencio a la espera de una ocasión propicia. Y David continuaba acercándose a Alice, con alguna que otra excusa.

—Oye, no tengo ni idea de cómo se hace esto. —Lució una sonrisa amplia que reveló su hilera de dientes—. ¿Me ayudas? La señorita me reprenderá si no le entrego las tareas.

Alice le miró con interés, sentada en su pupitre con las manos en la mesa.

—La señorita estará encantada de explicarte cualquier cosa.

—Ella no es mi tipo.

—¿Y cómo es tu tipo?

—Su tipo soy yo, nena. Haz espacio —dijo Carol, que exhibía sus bustos apretados bajo un suéter rosa y falda. Se sentó en la mesa de David, le guiñó un ojo al tiempo que mascaba chicle—. ¿Por qué hablas con ella, David? Yo podría darte a probar mis encantos.

Él se levantó del pupitre.

—¿Por qué te metes con ella?

Carol miró en todas direcciones olisqueando de manera teatral.

—Creo que huele, mal. ¿Tú no lo notas?

—No, no lo noto, Carol. Y déjala ya, tía.

Carol se acercó sensualmente a David.

—¿Me estás diciendo que te gusta esa pobre campesina? ¿No prefieres a alguien como yo? Mira qué prietas, David —le dijo arrimándose a él con sus senos por delante.

—Aparta, Carol —replicó firme.

—Está bien. Vete con ésa, pero ten cuidado, porque en poco

tiempo olerás como ella —se volvió y se alejó entre el resto de alumnos.

—No le hagas caso —le dijo David—. Es idiota.

—Lo es.

Él rio y, cuando Alice percibió su sinceridad, experimentó otro sentimiento tan poderoso como el dolor. Pero no supo qué era aquello.

La profesora entró en clase como cada mañana.

—Buenos días.

—Buenos días, señorita.

Alice preparó la libreta de tareas. Garabateó algo en una hoja. La arrancó, la convirtió en una bola y la lanzó a la mesa de David.

Éste la leyó: «Eh, tío, somos amigos».

David le dirigió una fabulosa sonrisa que arrancó un desconocido escalofrío en Alice.

Capítulo 24

Ambos caminaban por Cobber Road, pero Logan advirtió que Alice no era visible para nadie salvo para él. Y consideró aquello como un secreto personal que no tendría que compartir con nadie, algo exclusivamente suyo.

—¿Adónde vamos? —murmuró.

Alice se limitaba a avanzar sin descanso, como si tuviera fe en que Logan era capaz de seguirla, de mantener su ritmo y de vencer cualquier obstáculo. Cuán diferente le resultó aquel sentimiento al chico con respecto a lo que había experimentado con su padre y luego con su abuela. Como Alice, él era un despreciado, objeto de burlas constantes y humillaciones. Entonces se preguntó si tal vez había hallado la misma horma de su zapato; su alma gemela, cuyo destino quedaba forjado por un conocimiento inexpugnable para la especie humana.

La vio avanzar con gracia varios centímetros por encima del terreno, apoyada en una difusa neblina con la que se fundían sus pies. Se inclinó con agilidad al tomar Bridge Road, camino señalado por un cartel de madera insertado en la tierra. El rumor del River Team llegó hasta Logan. Entonces divisó un grupo de árboles que se erguían en torno a un viejo molino, situado en la otra ladera del río, cuyas aspas se mecían en un quejumbroso sonido.

El fantasma se detuvo en medio de un puente que daba paso a Old Road, inicio marcado por una enorme casa de madera rodeada por una alta valla de estacas.

—Adelante, Logan.

El chico miró en todas direcciones asaltado por la duda de si alguien la había oído. Pero reparó en que estaban solos, acompañados únicamente por el manto púrpura que auguraba la noche. Logan asintió con una insólita expectación bullendo dentro. ¿Adónde iban? Las tablas que constituían el puente avisaron de la presencia de la silla con un rechinar.

Alice volvió a detenerse en el linde de un bosque abrupto, tan denso que Logan creyó que no había paso a su interior. Pero el fantasma, recordando el camino tomado en otros tiempos, le señaló una inapreciable abertura.

—Lo llaman el Bosque del Miedo, al menos así lo llamaban en los cincuenta.

El pecho del muchacho subía y bajaba por el esfuerzo de rodar

por tan lamentables senderos, sembrados de ramas, hojas marchitas y piñatas caídas de los pinos.

—Adelante, Logan. Puedes hacerlo. Vamos. Ya estamos cerca —anunciaba de cuando en cuando con una voz lúgubre, digna de tan nefasto paraje.

El sendero se fue ensanchando hasta dar cabida a una boca abierta en la ladera rocosa. En el interior, el viento aullaba de desconsuelo ante la presencia de Alice, quien una vez más se disponía a entrar envuelta en su nueva forma espectral.

Logan la vio aguardar.

—Es la vieja mina abandonada. Fue mi lugar secreto. Nadie viene por aquí. Una vez estuve aquí con alguien, pero... no salió bien.

—Está oscuro —dijo mientras atisbaba cualquier cosa que hubiese dentro.

—Vamos, miedica. —Alice cruzó el umbral y su cuerpo etéreo fue devorado por las tinieblas.

El chico la imitó, pero con mayor cautela. Lo que menos necesitaba en ese instante era tropezar y caer a un suelo cortante. Lo único que divisó cuando sus ojos se habituaron a la oscuridad, fueron vagas formas grises que Logan atribuyó a paredes y túneles. Pronto la estancia de piedra quedó iluminada por el fuego de una antorcha que sostenía Alice en su mano.

—Te presento al fuego, uno de mis mejores y únicos amigos. Nunca me falló ni traicionó. Siempre estaba ahí para apartar de mí la oscuridad.

—Sé lo que es el fuego, Alice.

—No lo creo. Sólo lo conoces, pero no sabes lo que es —afirmó ella, adentrándose más en las profundidades de la mina—. Adelante. Aquí se encuentra mi obra sublime al dolor.

—¿Qué quieres decir? Estás trastornada con esas cosas.

Sin embargo, siguió el susurro mortecino que surgía de la garganta de Alice. Entonces sucedió aquello que siempre temía; una de las ruedas frontales de la silla se hundió en un agujero del suelo y el peso se declinó a un lado, lo que contribuyó a que Logan diera de bruces contra una superficie dentada. No vio la sangre manar de su mano, pero sí sintió el palpitante recorrido por su muñeca.

—¡Mierda! ¡Y mierda una vez más!

Alzó la mirada hacia la boca del túnel, pero la luz disminuía en la distancia. Propinó una negativa a la oscuridad que se avecinaba. Luego se volvió para atisbar por encima del hombro, pero la silla había desaparecido y, aunque palpó en derredor de forma desesperada, no se tropezó con el metal de la silla. El metal que tanto odiaba, su horrible medio de caminar, había desaparecido.

—Mierda. ¿Alice?

Una bocanada de rabia ascendió por su garganta y le hizo jadear como un miserable animal. Cerró los ojos de impotencia.

—No puedo andar, Alice. ¿Dónde te has metido?

Un gélido sudor le cubrió la cara, y por un momento pensó que su piel era de escarcha.

—¡ALICE!

La luz nació a su espalda, acompañada de una voz dura.

—Estoy aquí. ¿Crees que te dejaría ahí tirado? No soy como aquellos que lo hicieron y se burlaron de ti. Formamos un equipo, chaval. Recuerda esto también cuando te entren ganas de traicionarme.

Logan percibió cómo el calor del fuego lo envolvía todo y revelaba donde yacía la silla, su eterna condena.

Sintió una mano fría y áspera en torno a su muñeca sana. Era la primera vez que Alice le tocaba; también era la primera vez que una persona que no fuera su madre le prestaba ayuda. Y no tuvo miedo al ser levantado por la insólita fuerza de Alice. Lo asentó en la silla previamente colocada en suelo firme.

—Gracias —jadeó.

—Adelante. Me mantendré más cerca de ti esta vez.

Ambos avanzaron bajo el amparo del fuego, que les revelaba por dónde continuar. Logan, afectado por aquella opresiva atmósfera, creyó oír el gimoteo de un niño.

Capítulo 25

Se escuchaba el crepitar del fuego por las insondables galerías. Logan tenía la sobrecogedora sensación de que avanzaban por el interior de la garganta de una enorme criatura y, que a causa del fuego, ésta pronto despertaría de su letargo, sorprendiendo a sus dos moradores. Sin embargo, nada despertó salvo la inquietud en el chico, quien contemplaba a Alice avanzar en silencio hacia el final del túnel.

Una estancia de roca apuntalada por enormes vigas de madera se abrió ante su mirada estupefacta. Detuvo la silla de ruedas en el umbral. En el centro había una vieja mesa y una de sus patas había sido sustituida por una piedra plana. Viejos harapos pendían de salientes de hierro oxidado en la pared. Debajo dormitaban decenas de herramientas olvidadas.

Alice se volvió y lo miró con sus ojos afilados. La lengua de fuego brincaba dentro de las pupilas, semejantes a la mirada de una fiera.

—¿Por qué no te acercas?

El chico asintió y rodó con precaución para no volver a tener un desafortunado accidente. A medida que se aproximaba a ella, el calor del fuego parecía perder su intensidad y percibió un insólito helor que abrazaba la figura de Alice, y pensó en cuánto tiempo había sentido aquel frío de soledad.

Escrutó con recelo las tinieblas que quedaban fuera del alcance de la esfera de luz.

—Oigo algo.

—No te preocupes, Logan.

Alice tomó asiento en una de las desvencijadas sillas de madera, que tiempos atrás concedieron descanso a los mineros ya desaparecidos. Perfiló una sonrisa expectante que estremeció al muchacho; luego se ensanchó aportando una desconcertante sensación de empatía a su cara.

—¿Qué sientes postrado en esa silla siempre?

Los labios de Logan se detuvieron ante la primera idea que asomó en su cabeza, pero al reparar en que la pregunta había sido formulada con seriedad, decidió dar una respuesta meditada.

—Nadie puede entenderlo. Las palabras están de más.

—Inténtalo. ¿Con quién crees que estás hablando, no ves que estoy muerta?

—Pues... Hace tiempo que asumí que no volveré a andar. Pero lo que me fastidia es que dejé de hacerlo cuando más lo necesitaba;

cuando era el momento de correr, de caminar junto a chicas de mi edad, de plantarme delante de una chica con un ramo de rosas, y no sentado en esta silla de mierda. —Las palabras se agravaron a medida que se explicaba—. Lo peor de todo esto es que mi madre desapareció tras el accidente, desapareció de mi vida. Yo no sólo he dejado de caminar para ser un chico incompleto, sino que encima ya no puedo abrazarla.

Alice entornó los ojos en dos finas ranuras que desprendían una luz mortecina y carente de vida. Advirtió el dolor en las palabras del muchacho, pero por una vez no experimentó el deseo de sentir aquello.

—Y encima no siento nada de nada en las piernas. Todo lo que siento está aquí dentro —dijo golpeándose el pecho con el puño—. Y nunca se apaga, nunca desaparece este vacío.

—Es un sentimiento que te acompaña siempre, y no sabes cómo deshacerte de él..., y tal vez, sólo tal vez, si lo haces lo echarás de menos, porque ese dolor te recuerda a tu madre, Logan. Recuérdala aunque sea de esa forma, porque yo no tengo a nadie a quien recordar.

—Oh, pues... supongo que puedes tener razón —dijo al tiempo que sus pulmones se vaciaban en un largo suspiro.

Ambos se miraros en profundo silencio. Al cabo de unos segundos, Logan empezó a deslizar las manos sobre sus muslos. La cara de Alice se había paralizado, como si lo que le concedía la vida ya no estuviera presente en el caparazón brumoso.

—¿Nervioso?

—No, supongo.

—Deberías ser más fuerte de lo que eres. Tu situación te lo exige.

—Es posible —murmuró.

—Lo es. Hazte fuerte.

—Hablas como Suzie.

Entonces Logan percibió que las emanaciones de Alice se tornaron dañinas y atestaron el viciado aire de partículas de rabia. Sin embargo, el leve temor del chico desapareció al comprender, no con cierta inquietud, que era su forma de mostrarse celosa.

—No dejas de ser mi tía, no entiendo por qué te pones celosa.

—¿Celosa? Mis celos son parecidos a los que sientes tú cuando ves a alguien correr o andar. Tengo celos de los vivos.

—Dijiste que tener quince años para siempre no estaba tan mal, ¿recuerdas?

—Sí, ésa es la parte buena de todo esto.

—¿Y qué sientes tú con esa forma de fantasma?

Alice guardó silencio y, cuando el muchacho creyó que no recibiría una respuesta, dijo:

—A lo de tener quince años eternamente suma que puedes dar algún que otro susto a los miedicas.

—Es raro estar hablando con un fantasma como si nada —dijo con una sonrisa dubitativa—. Tiene su gracia.

—¿Ya no te doy miedo? —inquirió con una voz deliberadamente lúgubre.

—Supongo que no.

Alice se irguió entonces de la silla y se deslizó a gran velocidad hacia Logan, quien aferró el reposabrazos con manos trémulas y la boca abierta en una mueca de un grito que no brotó. Los dedos de ella se estiraron hasta rozar la piel del chico, y fue cuando éste dejó escapar el grito, colmando la estancia de roca con el miedo.

Las uñas crecieron horriblemente con formas retorcidas, sus labios grises se encogieron dando forma a una boca grotesca cuyos dientes terminaban ahora en punta como lanzas y goteaban saliva al suelo. Del interior de la garganta emergió una hediondez capaz de sepultar cualquier aroma a vida que pudiera quedar en torno a Logan.

—¡Alice!

Luego una risotada cavernosa estalló en sus oídos.

—Tranquilo, miedica. Esta es una de esas cosas buenas que tiene ser un fantasma, que puedo dar buenos sustos. ¿No te parece divertido? —dijo mientras recobraba su aspecto deslucido, de piel plomiza y saturada de manchas blancas. Caminando sobre sus botas negras regresó a la silla y se sentó de nuevo, acompañada por una leve risita—. Lo sé, soy una cabrona.

Logan permaneció con los ojos desorbitados tratando de recobrar el dominio de sí mismo.

—Tranquilo, chaval. Era una broma. Te tengo estima. Debe de ser porque tenemos algo en común. No estoy aquí para hacerte daño a ti, sino a aquellos que fueron desconsiderados conmigo. Podemos decirlo así.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso mismo, chaval. Es la hora de mi venganza, vamos. Quiero enseñarte una cosa.

Alice se alzó con determinación y eliminó todo rastro de ironía de sus facciones muertas.

—Es por aquí —dijo y señaló una abertura en la roca menos espaciosa de la que procedían los extraños gorgoteos que Logan había escuchado.

—¿Qué hay ahí?

—Mi obra sublime al dolor. Todo un concierto de sufrimiento. Más allá de toda forma insignificante de burda moral, el bien o la debilidad. Mi ópera prima. Lo comparto contigo como familiar, amigo y hermano que somos; ahora unidos en una forma completa. Yo seré

tus piernas, Logan, adelante dijo detenida junto a la abertura, luego entornó los ojos y dijo: Bueno, las damas primero, ¿verdad? Entonces pasaré yo antes.

Desapareció sosteniendo la antorcha en la mano. El muchacho contuvo la respiración al tanto que sus miembros temblaron con irrefrenable expectación. Sus dientes comenzaron a castañear. ¿Qué podía estar ocultado Alice? Se preguntó si en verdad era tan peligrosa como intentaba aparentar, o si sólo se debía a su forma de llamar la atención. Pero, ¿cómo podría llamar un fantasma la atención?

Aferró el reborde de la silla y la condujo hacia la boca situada en la pared dentada. Los gimoteos se acrecentaron cuando se adentró en la penumbra que custodiaba la gruta, en cuyo final estaba Alice esperándolo con un semblante solemne, como si aquel pobre muchacho pudiera comprender los complejos anhelos de ella.

Sé fuerte, Logan. Te necesito.

Él no contestó a esas palabras. Se limitó a avanzar por el angosto túnel; las paredes parecían amenazar con desprenderse en cualquier momento, pero lo que aportaba una mezcolanza de temor y extraña expectación, era cómo el gemido de un niño se intensificaba en sus oídos, dulce e ingenuo.

No puede ser. ¿Qué mierda es eso?

La cálida luz del fuego lamió sus facciones en cuanto alcanzó la nueva estancia, acondicionada por una mente de lúcida maldad. Lo que el chico no supo fue si atribuirla también a alguien desquiciado que hacía tiempo que había dejado atrás todo concepto del bien y del mal.

Sobre las paredes de la extensa cavidad danzaban sombras nacientes de decenas de antorchas, cuya misión no era otra que conceder luz a la oscuridad del mal. Éstas se encontraban diseminadas en torno a una jaula de madera con el suficiente espacio para dar cabida a un niño. Las diminutas manos de la criatura se asían a los barrotes con aplomo, sus mejillas quedaban surcadas por finos riachuelos de lágrimas ahora secas por la inocente visión de dos personas desconocidas para él.

Mierda, pero ¿qué es esto? ¿Has perdido la cabeza?

Es brillante. La obra absoluta.

Logan contemplaba con horror el funesto espectáculo de luces crepitantes y de cómo los fantasmas de las sombras se deslizaban junto al niño como oscuros guardianes.

No. La negativa salió seca de sus labios temblorosos. Mierda, no. Claro que no. No puedo participar de esto. Esta mierda no es lo mío.

Alice clavó sus gélidos ojos en el chico, quien comenzó a retroceder hacia la boca de la pared. Con la velocidad de una sacudida

eléctrica, se interpuso entre Logan y el túnel.

—¿Estás traicionándome?

El chico advirtió la forma de las facciones de ella, retorciéndose en su rostro, como si éste estuviera formado de una masa viscosa que pudiera adoptar diferentes formas a su antojo.

—No. Pero paso de esto.

—Te dije que te necesitaba fuerte y no como un miedica. —Ella arrimó su cara hasta que quedó a dos centímetros de Logan. Los poros de su piel se abrieron como volcanes y permitieron la salida a un lodo enfermizo y amarillo que corrió lentamente hasta el mentón de ella.

—¡Déjame!

—Cobarde, no es la necesidad de hacer el bien lo que sientes. Sólo es debilidad, la misma que impide a todos comportarse con mi suprema libertad.

Extendió un brazo y, antes de que Logan pudiera siquiera respirar, unos dedos decrépitos se cerraron en su cuello y lo alzó de su silla.

—Alice, no —logró articular.

—¿Crees que te voy a matar? ¿Crees que voy a matar al niño? No sabes nada. La muerte no existe, ¿por qué iba a matar a alguien? Ni siquiera te haré daño, puedes irte con esa gente que te desprecia y se ríe de ti.

Liberó la presión de los dedos y el chico jadeó. Retiró la mano y cayó de nuevo sobre su silla maldita.

—Mierda —dijo manoseándose el cuello.

—Vete si quieres. Ahí tienes la salida, chaval. No vales nada.

Logan miró atrás y vio al niño enmudecido por la escena, a continuación volvió la vista al túnel e inició su marcha.

—Miedica.

Aquellas palabras no tuvieron consideraciones mayores en él, puesto que todo el terror que pudiera liberar una persona ya bullía por su cuerpo. Se apresuró a dejar atrás todo lo que había visto, necesitaba salir de aquella demencia descontrolada. Pero cuando percibió que la oscuridad se cernía sobre él, pensó en que no había luz en la mina.

—Mierda.

Continuó, no obstante, por el túnel hacia las galerías mayores. Era mejor estar sin la protección del fuego que permanecer próximo a Alice y a su insólito deseo de dolor. Tras eternos segundos de tinieblas salió finalmente a la estancia donde había hablado y revelado sus pensamientos más personales. Surgió en su mente el grato momento en que ella parecía comportarse como una persona amable, y de pronto pensó en regresar, pero eludió aquello empujando con más determinación. Lo más acertado era ahora estar lejos de ella y de la

mina que había elegido como hogar.

Se detuvo el tiempo suficiente como para que sus ojos se habituaran a aquella nefasta sensación de oscuridad, y en cuanto apreció leves formas, se obligó a continuar. Pronto reparó en que toda precaución resultaba insuficiente para transitar por los túneles. Se detuvo un instante creyendo ser seguido por alguien; aunque ahora ni siquiera alcanzaba a escuchar al niño. Se preguntó si Alice ya había tomado al niño, satisfaciendo su horrible sed de dolor. Rehusó creer en ello y avanzó; avanzó y rodó solo sobre su único medio para caminar.

Hacía rato que sus brazos acumulaban el cansancio y no empujaban con tanta fuerza. Sobre todo hacía rato que escuchaba una vocecilla malsonante en su cabeza, que le aseguraba que se había perdido, que jamás saldría de allí y que Alice lo había conducido hasta las entrañas de la mina, precisamente para eso, para que muriera en cobarde soledad acompañado sólo por la silla de ruedas.

Experimentó el deseo de gritar, de liberarse de todo lo que ocupaba su pecho, de su inseguridad, de la falta de coraje y de las burlas retenidas en dañinos recuerdos. Sin embargo, todo lo que brotó de su garganta fue un hilillo de voz que apenas logró traspasar el muro de infranqueable oscuridad al que se precipitaba.

Entonces la silla se ladeó hacia la derecha y su cuerpo cayó al suelo.

¡¡AAHH!!

Allí quedó durante un tiempo que no pudo calcular, con el dolor abriéndose paso desde el codo. Permaneció en silencio, resignado a un final ideado por una mente maligna y devastadora, cuyo único afán en la vida era el dolor.

Alice murmuró antes de cerrar los ojos en busca de su propia muerte.

El silencio se posó sobre su cuerpo como un agradable adiós a su ineptitud. Escuchaba cómo sus pulmones necesitaban cada vez menos oxígeno y aceptó la dulzura que lo envolvía.

Una esfera luminosa encendió el lugar que Logan pensó destinado a su descanso.

Miedica, ¿crees que iba a abandonarte ahí tirado?

Se aproximó y todo se encendió en ella, como un ángel maldito que concedía bien y mal a su voluntad.

Levanta, miedica, te sacaré de la mina para que regreses a casa.

Cuando el chico abrió los ojos, se encontraba sentado de nuevo en la silla que lo mantenía inutilizado y le recordaba cada día que era alguien incompleto. Quedó allí, cabizbajo y en silencio.

¿Ahora tampoco puedes avanzar por ti mismo con la silla? Está bien, yo te empujaré.

Entre ensoñaciones, fue empujado por túneles desconocidos para él, hacia la salida, donde una luna plateada anunciaba su presencia en el cielo.

Ya está. Lo he hecho porque yo no traiciono a nadie, aunque sí lo hagan conmigo. No soy como ésos que se han reído de ti. Espero que al menos entiendas esto. Ahora vete y no vuelvas.

Alice desapareció dentro de la mina, llevándose contigo la luz.

Capítulo 26

La mañana de martes amaneció nublada y la cocina donde desayunaba Carol apenas recibía luz natural. Delante de sus ojos apagados, los huevos revueltos se le hacían incomestibles, así que se dedicaba a deslizar el tenedor sobre la superficie del plato. Había encontrado una nueva iniciativa para continuar aportando su granito de arena a la búsqueda de su hijo. Lo que le irritaba era que su marido no hubiera sugerido nada y se limitase a evitarla incluso en el desayuno.

David andaba de un lado para otro murmurando frases ininteligibles, mientras se apresuraba a pasar la correa del pantalón y luego se abotonaba la camisa que solía llevar en el trabajo. Carol vio la pálida iluminación del baño por el pasillo y cómo la sombra de su marido se interponía en ella.

—¡Llego tarde! —exclamó David.

Aquello enfurecía más aún a Carol, puesto que con su hijo desaparecido, el horario del aserradero no era precisamente lo más urgente para ella. No comprendía cómo lograba su marido afrontar la situación de aquel modo tan calmado. ¿Tan seguro estaba de la eficacia de la policía de Past Grove? Ella en cambio, prefería aportar soluciones y centrarse en su hijo.

No había dicho nada a David de su visita a casa de Bob Anderssen ni tampoco a la comisaría. Ni de las sospechas que tenía con respecto a Alice. Pensaba que aquella campesina estaba olvidada en la mente de su marido, y tampoco veía que él tuviera demasiado interés en saber qué había estado haciendo.

—Hay cosas más urgentes en el orden del día —dijo Carol de pronto al verlo pasar por el pasillo.

El silencio llegó desde el baño.

—¿Se puede saber de qué hablas, Carol?

—Está muy claro. El que tú llegues tarde al trabajo no es prioritario. Te recuerdo que nuestro hijo no está en casa, está Dios sabe dónde.

La cara del hombre asomó por la puerta de la cocina, con la espuma de afeitar cubriéndole un lado; en la mano sostenía la navaja.

—¿Crees que no lo sé?

—Saberlo no es suficiente —dijo—, al menos para mí no lo es. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras mi hijo sigue desaparecido.

—Veo bien que te hayas tomado unos días libres por el asunto de Brandon, pero yo, como cabeza de familia, debo continuar llenando nuestra cuenta de ahorros. ¿No te parece?

—¿Qué tiene todo eso que ver ahora? —inquirió Carol.

—No quiero discutir contigo. Precisamente hoy tenemos un contrato en nuestras narices sobre un importante envío al condado con Maderas Clifford. Es una buena jugada. Y quiero que cuando Brandon regrese sepa que alguien ha seguido conduciendo este barco, nuestra casa, Carol, a buen puerto. ¿Lo entiendes?

Carol extendió una mano al frente y desvió su mirada.

—Basta. Estamos de acuerdo en algo, yo tampoco quiero discutir.

—¡Bien! Bien, joder, es un buen comienzo.

—Basta, he dicho. Quiero preguntarte algo.

El rostro de David reflejó un enorme interrogante.

—¿Sobre qué?

—¿Recuerdas a Alice?

La mandíbula de David pendía en el vacío y los ojos se abrieron de perplejidad.

—¿De qué hablas? ¿Qué tiene que ver esa chica ahora?

—¿La recuerdas?

—¡Pues claro, maldita sea!

—¿Pues claro? —preguntó Carol sorprendida—. Eso me ha sonado que no la has olvidado.

—Oye, Carol, ¿adónde quieres llegar? Sólo tuvimos dos citas, no creo que eso sea motivo a estas alturas para...

—He estado pensado —interrumpió Carol, señalándole con la mano que callara—. ¿La sangre de gato no te dice nada?

—Evidentemente. Me dice que hay un malnacido que ha raptado a nuestro hijo.

—Sí, sí. Pero, ¿no te recuerda a alguien?

—No, joder. Tengo prisa, no puedo estar con estas tonterías.

Carol se levantó de la mesa un segundo después de que su marido desapareciera por el pasillo en dirección al baño.

—¡Creo que ha sido ella! —exclamó, y dio un manotazo sobre la mesa. El plato saltó junto a los restos de huevo revuelto.

La voz de David llegó desde el cuarto.

—No seas estúpida. Esa desgraciada desapareció hace años y nunca la encontraron. Tal vez esté muerta. Olvida eso.

—¡No lo olvido! No quiero olvidarlo. Lo deduje por la sangre de gato. No te acuerdas de aquel verano...

—Sí, lo recuerdo. Pero esa chica desapareció y probablemente esté muerta. No permitas que tu cabeza construya cosas absurdas. Deja a la policía hacer su trabajo. Deben estar en la pista de ese tipejo. Ahora voy a terminar de afeitarme y a firmar ese bendito contrato.

Carol caminó por el pasillo y se apoyó en la jamba con los brazos cruzados por debajo de sus pechos.

—¿No recuerdas nada, cualquier cosa que te dijera en..., aquellas infructíferas citas con ella?

—Pues claro que no, éramos unos críos. ¿Cómo quieres que me acuerde de algo tan descabellado?

—Puede aportar pistas de dónde está el niño, ¿no crees?

—No, no lo creo —dijo mientras sacudía la navaja bajo el agua—. Además, la policía ya lo sabría y nos habría dicho algo. Olvídate de esa pobre desgraciada. Nada tiene que ver en esto.

—Ya veremos. Tengo pensado poner carteles por el pueblo.

David la miró en silencio.

—Oye, pues esa idea no es mala.

—Bien, al menos reconoces que es una buena idea. Una idea fabulosa —dijo alejándose del baño.

—Vamos, Carol, sabes que siempre te apoyo en...

Ella levantó el brazo y agitó la mano.

—Ah, déjalo ya. Ve y firma ese estúpido contrato.

—Vamos, Carol...

Cerró la puerta del dormitorio y las palabras de su marido quedaron reducidas a un leve murmullo.

Frente al espejo apreció una vez más la confusión de líneas que se expandía en torno a los ojos, pero con la desaparición de su único hijo, aquello perdió interés, quedando relegado a un segundo nivel. Cerró las manos en puños y apretó... siguió apretando hasta que los brazos temblaron. El hecho de que su marido negase la posibilidad de que Alice hubiera regresado a Past Grove a arrebatarle a su hijo, no era suficiente motivo para que ella misma lo negara también. ¿Qué miserable mente habría elegido sangre de gato?

—Sólo ella —murmuró—. La solitaria campesina.

Cuando escuchó a David salir de casa, ella se digirió al mueble del dormitorio y abrió el cajón. Los ojos de Brandon la miraron desde el panfleto que había diseñado. El texto rezaba: **Se busca a mi hijo Brandon, cualquiera que tenga alguna noticia por mínima que sea, que llame al teléfono indicado abajo.**

Lo cogió y lo contempló con la firme convicción de que encontraría el paradero de su hijo. Luego una vocecilla maléfica resonó en su cabeza. ¿Y si estaba muerto? De hecho, nunca descubrieron dónde estaban los gatos, ni si éstos continuaban con vida.

—Está vivo, en alguna parte. Estoy segura.

Después de vestirse con unos tejanos holgados, cogió el panfleto, lo introdujo en el bolso cuidadosamente y abandonó el edificio. El escarabajo le esperaba estacionado en la esquina. Aceleró el paso

hacia el automóvil con las llaves ya en la mano. Pensaba que tal vez el tiempo era un factor determinante en la vida de su hijo. Aunque, ¿qué habría llevado a Alice a raptar a su hijo? No halló una respuesta satisfactoria, no obstante aquello le importaba menos que las toneladas de grasa que había acumulado Bob Anderssen.

Arrancó el coche y enfiló hacia la imprenta, donde multiplicaría el panfleto por cientos y empapelaría hasta el último rincón de Past Grove.

—Te haré salir de tu rincón, puta campesina. Sé que estás ahí, en alguna parte de este apestoso pueblo.

El rostro de Martin, el tipo que regentaba la copistería, recibió a Carol con una sonrisa afectuosa, teniendo cuidado de que ésta no fuese excesiva y la ofendiera. Puesto que había llegado a sus oídos que su hijo había desaparecido.

—Buenos días, señora Husman.

—Hola, Martin. Dame cinco mil copias de esto.

El hombre, detrás del mostrador, alzó las cejas hasta casi chocar con su cuidado flequillo.

—¿Ha dicho cinco mil?

—Sí, ¿desde cuándo no oyes bien? —inquirió mientras depositaba el panfleto en el mostrador—. Y no te demores.

El hombre lo cogió y lo miró. Luego le dedicó una mirada solemne.

—Espero que cojan al bastardo que os ha hecho esta faena.

—No es un bastardo, es una campesina solitaria y podrida. Y nadie la va coger, porque seré yo quien le ponga las manos encima —afirmó con rotundidad—. Date prisa con eso.

—Sí.

Al cabo de una hora, Carol regresó a la copistería. Pagó a Martin e introdujo las bolsas en el asiento trasero del escarabajo. Con un acelerón dejó atrás el local y el rostro perplejo del dueño, que la observó alejarse envuelta en una densa marea de humo.

Se había hecho con un pequeño mapa del pueblo que usaría para establecer un orden en el empapelado; tacharía las calles y zonas una vez terminadas. Y si alguien decía que debía pedir permiso, le atizaría una bofetada y se limitaría a continuar con el trabajo, por el bien de su hijo.

Capítulo 27

Unos años antes...

Alice se encontraba junto a David escuchando las cosas absurdas que decía. Estaban en el parque de Past Grove, situado dentro del casco urbano. Una brisa estremecía las copas de los árboles mientras ellos caminaban debajo. Hacía dos semanas de la nota enviada a David en clase. Habían hablado en diversas ocasiones. En una de éstas, Alice le agradeció que la defendiera, añadiendo, no obstante, que ella era también muy capaz de mantener a raya a una chica como Carol. Las burlas de Carol continuaron, pero la novedosa amistad de David, hizo que ella pospusiera su venganza. El cuchillo aguardaba siempre bajo la almohada de noche y dentro de la mochila en los días de clase.

El tupé de David se extendía firme varios centímetros de su frente tostada por el sol. Lucía unos tejanos negros y su habitual chupa negra con la que Alice pensaba que trataba de desafiar a la nueva década, pero que nada de eso daría resultado. El mundo continuaba pese a las insolencias y los desafíos juveniles.

—Eres una chica muy curiosa, ¿sabes?

—¿Por qué crees eso?

—No sé. Simplemente lo creo. Supongo que será porque siempre vas sola y la gente te da de lado y tú no pareces sufrir o sentirte sola —dijo, encendiéndose un cigarrillo—. Creo que eres muy fuerte, ¿sabes?

—Eso intento.

—Sobre aquello que me dijiste, creo que eres muy capaz de plantarle cara a Carol tú sola. Estoy de acuerdo. —Mientras hablaba, las formas de humo brotaban de su boca en delicadas volutas fantasmales.

—Ya te lo dije.

—Lo sé. Sólo quería que vieras que lo percibo y que estoy de acuerdo. Carol merece un escarmiento, ¿sabes? Siempre anda por ahí metiéndose con la gente. Supongo que desde el verano la ha tomado contigo.

—¿Estarías de acuerdo en darle un escarmiento? —La voz Alice cobró de pronto interés.

—Sí, bueno, ya sabes, una torta o que le plantes cara para que te deje en paz.

—¿Sólo eso?

David deslizó el cigarrillo al otro extremo de la boca.

—Claro, ¿en qué pensabas?

—Oh, nada. En eso..., en plantarle cara. Nada más.

—Claro. Confío en ello. Estoy contigo, Alice —dijo, y miró en derredor. Un viejo sentado en un banco de madera arrojaba pequeños pedazos de pan a las palomas que revoloteaban en torno a él. Un crío rodaba sobre un triciclo detrás de un perro al tanto que gritaba de alegría—. Creo que deberíamos ir algún otro lugar.

—¿Un lugar silencioso?

David la miró con los ojos entornados.

—Sí, un lugar más tranquilo.

—¿Donde los chicos besan a las chicas?

—Bueno, no sé, ¿podría?

—Pues...

—Oye, no soy de esos, aunque lo creas. Soy un buen tipo, lo peor que hago, si es que se puede decir de ese modo, es cazar con mi padre.

—¿En serio? Yo también he cazado, pero hace ya tiempo de eso.

—Vaya, creo que eres una chica fuerte, no me lo esperaba. No veas cómo se pone mi madre cuando nos ve salir a mi padre y a mí los sábados. Pero mi padre insiste en que la caza hace fuerte a un hombre, y debo pasar por ello.

—Me gusta tu padre, es un hombre que sabe cosas. Tiene razón.

—Oh. —David la contempló perplejo—. Bueno, sí. Es un tío genial. A veces, al menos. Vamos, ven, conozco el lugar perfecto para nuestra primera cita.

—Vale, pero la próxima cita yo decidiré el lugar.

David abrió los ojos con aprobación.

—Me parece bien. Genial. ¡Andando!

Alice subió al Buick y se dejó conducir a donde el muchacho le había sugerido. Era de las pocas veces en que cedía a una petición. Sin embargo, David le parecía un chico medianamente interesante. Su madre estuvo en lo cierto después de todo, pensó, era bueno hacer amigos.

Mientras el automóvil avanzaba por Jointer Avenue, David hablaba de cientos de cosas que Alice pasaba por alto. Le era más grato observar cómo sus labios se movían a medida que decía todas aquellas cosas inútiles.

—¿No estás de acuerdo, Alice?

Ella asintió a todas las preguntas al tiempo que recordaba las palabras de Carol.

Esta cualquiera pronto estará galopando sobre ese estupendo cuerpo suyo...

No había podido comparar el cuerpo de ningún chico, ni sabía nada de todo aquello. Pero reparó en que la perra de Carol estaba en los cierto: David tenía un cuerpo estupendo.

Entonces, sin ser apenas consciente de ello, Alice pintó un sonrisa, que pasó a ser una risita nerviosa.

—Hablo en serio, Alice. Pretendo ganar el trofeo estatal a la caza. ¿De qué te ríes?

—De nada, estaba pensando.

El vehículo se adentraba por Crossing Road. Como por un aguijonazo, Alice desvió su mirada hacia la ventanilla de su lado. La iglesia baptista se erguía construida en madera hacia un cielo salpicado de velos blancos, en cuyo interior había desaparecido la cruz del puntiagudo techo. Alice apretó los labios con reproche, y su respiración se acentuó. Aquella edificación simbolizaba para ella las prohibiciones que impedían a una persona experimentar, comprender y asimilar algo más que palabras repetidas una y otra vez, con el intento de volverlas verdaderas. Y agitó la cabeza como para alejar a una mosca cuando comenzó a escuchar la voz grave del pastor McDougall.

Durante los años de su infancia, había acudido a misa todos y cada uno de los domingos, como una regla necesaria para ser aceptado en un cielo recreado por el mismo pastor, cuyo guardián no era más que otra recreación de la autoritaria mente de aquel hombre. Los amenazantes sermones dejaban por entonces en Alice una huella palpitante en su pecho, como la marca practicada a las reses. Después de conocer el poder del fuego y del agua, supo que todos los conocimientos estaban a su alcance; incluso el del dolor. Y tal vez el amor, pensó mientras David detenía el coche en un espacio libre de árboles, junto a la carretera.

—Aquí es —anunció, y se llevó otro cigarrillo a los labios.

Alice contempló de forma minuciosa el linde del bosque que se cerraba a pocos metros.

—¿Qué te parece?

—Un lugar tranquilo, como tú has dicho —dijo ella.

Entonces entendió lo que quería decir David. Por entre las ramas bajas y la densa vegetación adivinó un sendero que conduciría al lugar concreto.

—¿Por el camino?

—Claro. No querrás que nos quedemos aquí en Crossing Road. Mucha gente camina por aquí y va a visitar al pastor. Necesitamos un lugar secreto.

—Yo tengo un lugar mejor —aseguró Alice con un lúgubre susurro.

El chico arqueó las cejas sorprendido.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. Pero está en el otro lado —dijo señalando el arcén opuesto, donde un muro infranqueable de árboles cerraba el paso a cualquier cosa viva.

—Pero no podemos ir con el coche. Lo dejamos para una próxima cita, ¿vale?

Cuando abandonó el coche se dijo que era mejor dejar su lugar secreto para más adelante; primero deseaba cerciorarse de que podía confiar en David.

El chico le apartó las ramas que ocultaba la senda.

—Qué caballero.

—Andando, no quiero que te arañes tu bonita cara.

La mente de Alice enmudeció y dejó de procesar pensamientos. Permaneció al pie del camino con los ojos entumecidos.

—Vamos, Alice, ¿a qué esperas?

Pero no le escuchó. Se encontraba tan ensimismada, que el mundo en torno a ella dejó de existir. ¿Le parecía bonita? Se acarició las mejillas percibiendo las suaves formas de su rostro. Al dar el primer paso y seguir al muchacho que humeaba como una chimenea, ella sonreía de insólita satisfacción.

Las ramas de los árboles le amenazaron en determinadas etapas, pero las manos de David aparecían de pronto apartándolas.

—Tranquilo, tío. Yo también puedo, no soy manca.

—Estoy seguro de que no —dijo al tiempo que impulsaba con los dedos el cigarrillo consumido. Al pasar donde había caído lo pisó con la suela de las botas.

Entonces la rodeó con el brazo y la condujo por una angosta abertura repleta de maleza aplastada. Al cabo de andar varios metros se detuvieron en un claro, donde las sombras reinaban a su antojo. Alice alzó la vista. El cielo azul permanecía por encima de la gran cantidad de ramas que configuraban un acogedor techado. Bueno para resguardarse de un aguacero, pensó.

—Vengo a veces aquí con los chicos.

—Oh.

—Pasamos horas y horas hablando de nuestras cosas. Lo considero un sitio especial. Es donde Kenneth me confesó que por fin se acostó con la chica que va ahora con él —dijo, y se acercó cuidadosamente hasta Alice—. Ahora será nuestro sitio especial también.

Alice no dijo nada. Trataba de mantenerse firme sobre la superficie de sentimientos desconocidos que se precipitaban dentro de ella. Su corazón subió hacia la garganta cuando percibió que los labios de David se unían a los suyos como una ventosa. Saboreó el desagradable regusto a tabaco. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo, sencillamente se dejó caer en los brazos de lo que el

pastor denominaba, con mirada severa, el inicio del pecado carnal. Estuvo a punto de perder el equilibrio cuando comprendió que la lengua de David buscaba unirse con la suya en una desconcertante pelea, que a lo pronto le produjo una sensación repugnante. Abrió los ojos que había cerrado previamente porque le vio hacerlo a él.

De pronto las manos de David, que hasta ahora se habían limitado deslizarse por la espalda, bajaron hacia su trasero y pellizcó con los dedos. Alice experimentó el calor que emergía de su cuerpo en un poderoso incendio, mucho más intenso y salvaje de lo que había sido con el viejo Tim, en su cumpleaños.

—Oh, Alice —jadeó el chico.

Luego la condujo con determinación hacia un grueso tronco y la apoyó contra éste, al tiempo que él se despojaba de la cazadora de cuero. Alice se sintió mareada. Todo en torno a ella daba vueltas. Tuvo la certeza de que caería al suelo, sepultada por las novedosas sensaciones que colmaban su cuerpo.

Entonces, algo muy hondo despertó en ella y tomó el control. Abrazó al chico con fuerza. Las manos subieron al cuello y zarandearon su pelo engominado. Por un segundo quiso hundir los dedos en el cráneo del muchacho y embadurnarse las manos con la masa encefálica, sentir su grito de humillante auxilio penetrar en su alma y gozar con su dolor, como lo había hecho con los gatos.

—Alice, eres toda una fierecilla.

Impulsada por aquellas palabras, empujó a David hacia delante.

—Tranquila.

—Calla. —Alice fue hacia él, lo aferró con firme seguridad y lo lanzó al suelo. Seguidamente ella se colocó encima y le besó.

—Pensaba que era tu primera vez.

—Lo es. Calla, quiero experimentar esto. —Sumó sus labios mojados a los de David, quien respiraba de manera entrecortada. Rodaron por el suelo repleto de ramas caídas de los árboles, que arañaron la piel de ellos.

David quedó debajo y trató de recuperar el control sobre Alice, pero ésta se desprendió de sus manos y lo empujó de nuevo al suelo. Con los ojos cerrados le propinó una serie de arañazos en la cara. David lanzó un gemido de dolor, cuyo sonido excitó cada centímetro de la piel de Alice, lamiéndose los labios.

—Si, David, vamos, dame placer.

—¿Eh? Oye, cálmate. Más despacio.

—¡No! Vamos —Alice deslizó sus dedos hacia la cremallera de los tejanos del chico, con una sacudida la bajó e introdujo su mano en busca del miembro.

—¡Alice!

—¿Qué pasa? —inquirió ella.

—Más despacio, joder.

—¿Por qué? Me gusta así, doloroso y animal. Vamos.

—Es mi primera vez —reveló David.

Alice sonrió.

—Y la mía. Así lo probaremos juntos, vamos.

—Pero más despacio. Y deja de arañarme la cara, joder.

—¡No! Quiero dolor. Vamos, tío. —Abrió la camisa del chico de una sacudida y los botones saltaron al suelo. Lanzó las uñas hacia la piel, abriendo surcos en el pecho. Los ojos de Alice se encendieron cuando las facciones de David se contrajeron por el dolor.

Entonces se levantó echando a un lado a Alice.

—¡Para, joder! ¿Qué mierda te pasa?

Alice lo miró colérica.

—¿No es así como se hace? —Se encontraba agazapada en el suelo, y sus manos se agarrotaron aferrando pequeñas ramas a su alrededor.

—No creo que los arañazos cuenten. Cálmate. Ahora he perdido las ganas.

—Pero yo no —confesó con una voz ávida; sus ojos brillaron en la oscuridad repletos de ansia. Su pecho subía y bajaba con un ronroneo animal.

—Será mejor terminar la cita, Alice.

—¿Por qué? Los chicos y las chicas hacen esto.

—Pero no se arañan —dijo, colocándose la camisa—. Tranquila. Sólo es que se ha hecho un poco tarde. Otro día lo intentaremos, ¿vale?

—Está bien. Pero iremos a mi sitio y será mejor. Mi sitio secreto, David, nadie lo conoce. Serás el primero.

—De acuerdo. —El rostro del chico se suavizó y exhibió una sonrisa—. Joer, tía, no sabía que fueras tan lanzada. Con razón ya no vas a la iglesia. No veas cómo nos llena de tonterías el pastor McDougall. Supongo que por eso la gente te da de lado; se espera que todos vayan a misa los domingos.

—Supongo. Pero no me gusta, no se aprende nada y siempre dice lo mismo.

—Oye, quiero que sepas que me halaga eso de que sea yo el primero en ver tu sitio. Espero que en la próxima cita estés más calmada.

Ambos retrocedieron sobre sus pasos hasta el Buick. David la acompañó a casa y se despidieron con un leve beso. Alice contuvo sus verdaderos deseos y le concedió una cálida sonrisa.

Aquella noche dio riendas sueltas a sus devastadoras ansias por la degustación del dolor.

A la mañana siguiente, la habitación de Alice rezumaba la hediondez del cuerpo de un conejo degollado. El cuchillo dormitaba descuidadamente sobre la mesita de noche, y el filo continuaba goteando sangre caliente. Ella yacía en la cama con los ojos bien abiertos y una sonrisa de mórbida satisfacción. Mientras evocaba los momentos más exquisitos de su tarea, el coro de voces junto a Thurston Harris con su *Little Bitty Pretty One*, se sumaba a la endulzada somnolencia que dejaba en Alice el sabor de la muerte.

Ingrid había permanecido delante de la ventana de su dormitorio cuando Alice había descendido del coche de David. Y percibió la mirada hambrienta de su hija al tiempo que sacaba sus propias conclusiones de todo aquello. El comportamiento de su hija distaba cada vez más del de una joven baptista y aquello no debía ser permitido. Pero el asunto se agravó cuando la vio salir en medio de la noche, alejarse y, al cabo de un par de horas, regresar con un conejo robado de la granja de los Paulson. Había tratado de entrar en la habitación de Alice, pero debido al nuevo cerrojo que ésta atornilló le fue imposible. No se atrevió a preguntarle qué hacía, puesto que en su recóndita mente sabía que algo dañino le sucedería al animal. Sabía que había traído al mundo a una bestia descontrolada y debía ponerle fin.

Aquella mañana, mientras Alice estaba en su cuarto, Ingrid preparaba el desayuno. Depositó las tostadas parcialmente torradas —como a ella le gustaban— sobre la mesa de la cocina. Abrió varios cajones en busca de un cuchillo con que aplicar generosas capas de mermelada. Entonces reparó en que hacía varias semanas que no veía el cuchillo con que Oliver siempre había fileteado la carne. No concedió importancia al asunto, pero fue el inicio de un gélido temor que la acompañaría hasta el desenlace de los acontecimientos.

Se sentó a la mesa y mordisqueó las tostadas. La música diabólica procedente del cuarto de Alice no cesaba de emitir su mensaje de lujuria y permisividad.

—Tengo que detener a este pequeño demonio que Dios me ha dado. Es necesario que no le permita por más tiempo su comportamiento.

Días atrás reveló todas sus sospechas al pastor McDougall, quien le sugirió que destruyera el tocadiscos, ya que era el nuevo objeto que el diablo usaba para propagar su libertinaje a los jóvenes, y señaló la urgente necesidad de esto último si querían detener el ya considerable dominio de la música por parte del maligno. Así pues, Ingrid se infundió de coraje para realizar la tarea del Señor.

La música se silenció de pronto. La puerta se abrió y cerró con un estruendo que sacudió toda la casa. Alice apareció con su mochila al hombro.

—¿De dónde viniste ayer? —inquirió Ingrid.

—No te importa, madre. Deja de meterte en mi vida, porque siempre haré lo que me plazca. La vida es eso, experimentación y gozo. No te entrometas.

La madre se levantó de la silla con el semblante paralizado y los ojos llameantes.

—¿Enfadada? —preguntó Alice con sarcasmo.

—¡Obvio, jovencita, la vida es obediencia y disciplina!

—Obediencia a una misma, y sólo eso, perra miserable —dijo, acercándose a la puerta principal.

—¡Espera, hija del demonio! —La impotencia tomó el control de Ingrid—. ¿Qué clase de contestación es ésa?

—La que mereces, perra.

El portazo resonó en las entrañas de la mujer, cuya piel adoptó un tono rojizo por contener su cólera. Era el momento de silenciar el aparato del diablo. Era la hora del combate.

Entretanto, Alice caminaba como cada mañana a la parada sur del autobús, pero primero haría un alto en el camino. Antes de salir había limpiado su cuarto de los restos de sangre e introducido el cuerpo del conejo en una bolsa de tela, que ahora traía consigo en la mochila.

Aceleró el paso. Tenía varios minutos para deshacerse de la pequeña bolsa de tela. Dejó atrás Cobber Road y tomó Bridge Road, el camino junto al que discurría el River Team. El murmullo del agua llenó el aire, y Alice pintó una sonrisa maliciosa. Se detuvo frente al primer puente, cercano al viejo molino, y pensó en arrojar la bolsa al río. Pero cuando divisó a lo lejos la iglesia baptista, una nueva idea más acertada cruzó su cerebro como un repentino flechazo. Era hora de dejarle las cosas claras al hombre que se había alzado en Past Grove como la máxima autoridad del alma humana. Era hora de darle una sorpresa al pastor McDougall.

Bordeó el río hasta el cruce con Crossing Road y, a medida que se aproximaba a la iglesia, sintió una intensa ansiedad que la devoraba por dentro. Apretó los dientes hasta que los molares palpitaron de dolor. Respiró el nauseabundo aire en torno a la construcción. Aquella mañana la cruz relucía por debajo de un cielo despejado, como único testigo de lo que se disponía a hacer.

Después de cerciorarse de que efectivamente estaba sola —salvo por el pastor, que vivía en una diminuta casita detrás de la iglesia—, contempló la torre que emergía del centro del tejado y lanzó un respingo cuando arrojó la bolsa contra uno de los ventanales. La bolsa con la muerte en su interior dibujó una curva en el aire y fue a colisionar en el cristal morado, donde se abrió un agujero quebradizo cuyos surcos se extendieron sobre la superficie del vidrio y éste terminó por hundirse hacia dentro tras el sonoro estallido.

Alice escupió una risotada que la obligó a doblarse por la cintura y posar sus manos sobre las rodillas.

—Muy bien, tío. Ahora olerás a la muerte que predicas. Púdrete.

Durante el día recibió las mofas de Carol, pero por aquella vez las pasaría de nuevo por alto. La mañana había comenzado de forma divertida y no deseaba que nadie le robara dicha sensación.

Capítulo 28

Los sentimientos contradictorios que atenazaban a Logan le habían impedido conciliar el sueño. Las horas se detuvieron, prolongando la tormentosa espera del amanecer mientras pensaba en lo que había sucedido en la mina abandonada; en cómo había salido huyendo pese a que Alice le había ofrecido su ayuda, en cómo ella no le había traicionado y en cómo había confiado en él hasta el punto de revelarle algo tan descabellado. En medio de la noche, envuelto en un opresivo nerviosismo, había experimentado el impulso de levantarse de la cama, volver a la mina para pedirle disculpas y formar parte de su propósito; al menos de ese modo podría sentirse integrado en algo y no permanecer por más tiempo apartado de todo.

Ahora, en la claridad del porche, continuaba cavilando acerca de todo el asunto, cuando vio aparecer a los chicos en sus bicicletas. Un insólito sentimiento atravesó su cuerpo como una sacudida; escudriñó con suma atención a Danny derrapar frente a la portezuela del jardín seguido de Mark. Se dio cuenta de que era algo que él no podría hacer nunca más. Aunque nunca había tenido una bicicleta, ni sentido el menor interés en una, ver a aquellos chicos desenvolverse con facilidad sobre éstas, dio rienda suelta a una leve envidia adormecida en su interior.

Ambos chicos le saludaron. Logan en cambio ni siquiera se tomó la molestia de alzar el brazo.

El sol cegador fue ocultado por nubes de algodón, que señalaban que las tormentas darían una tregua a Past Grove. Los pájaros posados en las ramas de los árboles de alrededor iniciaron un alegre canto, pero éste no logró atravesar el alma entumecida del chico.

—Hola, tío. —Danny volvió a saludar agitando el brazo con fuerza. La amplia sonrisa inundaba la cara.

Logan se vio en la obligación de corresponderle.

—Hola. —Su voz sonó apagada pese a que trató de infundirle cierto ímpetu.

—Tienes mala cara, tío.

—Estoy bien, es solo que... bueno, es que estoy durmiendo poco.

—Sí, ya se nota, tío.

—¿Estás bien? —preguntó Mark, al tiempo que se desprendía del enorme peso de la mochila escolar.

—Estoy bien.

—¿El fantasma no te deja dormir? —intervino Danny de pronto

abriendo la portezuela.

—¿Eh? No, no. No tengo ya problemas de ese tipo. Hace días que no ocurre nada.

—¿Entonces qué te pasa? —Mark entornó los ojos, ascendiendo los escalones.

—Nada, no es nada.

—Puedes contárnoslo.

—Lo sé, pero no me pasa nada.

Danny esquivó la tabla de madera situada sobre los escalones y ascendió.

—Venimos de la escuela. ¿No te has inscrito aún?

Logan apartó la mirada.

—No. Y no creo que lo haga, porque queda poco para el verano y no vale la pena. Esperaré a septiembre.

—¡Qué morro, tío! Buena estrategia.

—¿Te apetece tomar un batido en Coffee Ville? —quiso saber Mark, quien se apartó el cabello que cubría su frente.

—Vale.

—Está bien, andando —dijo, contemplando la plancha de madera—. Veo que ya te han puesto una tabla para bajar. Genial.

—Sí. Ahora no molestaré a nadie cada vez que quiera bajar —dijo Logan con sequedad.

—Ya sabes que no es molestia. No cuesta nada —le aseguró.

—Eso es verdad —añadió Danny, avanzando hacia su bicicleta.

—¿Quién ha sido? —Mark bajó los escalones mientras Logan lo hacía sobre la madera.

—Sí, eso, ¿quién fue al final, tío?

Logan se detuvo dubitativo en el camino de acceso a la casa.

—¿Eh? Pues... fue mi abuela.

Ambos chicos guardaron silencio.

—Mi abuela ha decidido que no quería ayudarme cada vez que yo tuviese que bajar y subir los escalones.

—¿Al final fue ella? —insistió Danny.

—Sí... Sí, exacto.

—Es normal que se preocupe por su nieto, andando. —Mark montó en la bicicleta—. Iremos despacio a tu lado, dando un paseo.

—Sí —accedió Danny.

—Está bien.

Durante el camino hacia Coffee Ville, Logan observó que a los chicos les habría gustado ir a mucha más velocidad montados en las bicicletas. Aquello volvió a sumar una nueva aguja de dolor a las que ya se hundían en su pecho. Aunque los chicos se mostraban animados y sonrientes, él sólo percibió la carga y lo media persona que era, lo que se agravó al contemplar a Suzie. Lucía unos gastados jeans y

zapatillas de lona. Su coleta rubia volaba al viento mientras arrojaba con destreza los periódicos a las casas que se alzaban a ambos lados de Village Road. Su expresión era seria y el chico reparó en ello, pese a la gorra blanca de béisbol que le ocultaba parcialmente el rostro.

Suzie vio a los muchachos tomar Fall Street y detenerse en la señal de stop.

—¡Eh, chicos! ¡Esperad!

Frenó dejando tras de sí una línea emborronada en el asfalto. Todos se volvieron desconcertados ante su estado de nerviosismo.

—Past Grove vuelve a hacer de las suyas —anunció con voz jadeante y la cara perlada de sudor.

Logan apreció que las facciones eran hermosas incluso con el notable cansancio irrumpiendo en su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Danny.

Suzie se limitó a sacar un ejemplar de la mochila que traía y mostrarles la primera plana.

—Han raptado a un niño.

—¿Cómo? —inquirieron Mark y Danny al unísono.

Logan fue asaltado por un temor helado que le estremeció. La frase centelleaba en su mente como una quemazón. ¿Un niño raptado? Rememoró su episodio en la mina.

—Alice, ¿qué mierda pretendes? —dijo en un murmullo apenas perceptible.

—Y mirad esto. —Suzie abrió el periódico y señaló con el dedo una noticia cuyo titular rezaba: **Hallado muerto un gato en la granja de los Paulson.**

Mark le arrebató el periódico y posó sus ojos bien abiertos.

—¿Qué es esto? ¿Quién haría algo así?

—Vaya, Mark, hoy tienes algo más de atrevimiento. No es propio en ti el quitarme algo sin que se te ponga la cara roja.

—Bueno, yo...

—Tranquilízate —dijo ella—. Hola, Logan. Imagino que ya vas entendiendo a lo que me refiero. Así es Past Grove.

—Hola —dijo, y permitió que sus labios se curvaran en una leve sonrisa—. Supongo.

—Quedaos uno.

—Vale —dijo Mark, quien leía la noticia con visible asombro.

—Lo aceptamos —dijo Danny, e interpuso su cabeza impidiendo la lectura a Mark.

—¿Qué haces, Danny? Aparta tu cabeza.

—Eh, yo también quiero leerla, tíos.

—Estoy preocupada —anunció—, conozco a la niñera y me dijo que declaró en comisaría.

—Es el hijo de Carol, la chica del supermercado.

—La mujer de las tetas, tíos, qué mala pata.

—¡Calla, Danny!

—Tengo que seguir con el trabajo —dijo Suzie colocándose la pesada mochila a la espalda e iniciando el enérgico pedaleo—. ¡Os dejo, adiós! ¡Adiós, Logan!

—Qué independiente es —murmuró él.

Mark asintió concediéndole la razón.

—Sí. Ya la irás conociendo.

—Supongo.

—Mira que es guapa la tía.

Las mejillas de Mark se encendieron y el periódico tembló en sus manos.

—Déjalo ya, Danny.

—Quiero leer la noticia, yo también tengo derecho —bufó, haciendo un nuevo intento de ocupar toda la noticia con su cabeza. Después de leerla agregó—: Tíos, qué desastre. Menuda se va a armar en el pueblo.

Retomaron la marcha hacia el Coffee Ville. Logan continuaba ensimismado en su mundo interior. Al cruzar la calle vieron a Paul, el ayudante de policía, tratando de calmar a Carol Husman, quien sostenía en sus manos un cartel que se obstinaba en pegar en el amplio cristal del local, cuyo gerente se lo impedía interponiéndose en medio y exigiendo al policía que hiciera algo. Las enormes manos del ayudante aferraron las muñecas de la mujer y las inmovilizaron con la misma facilidad que dos tenazas. Carol mostró su inconformismo lanzando a la tranquila mañana de martes una serie de acusaciones.

Los chicos se habían detenido en la puerta y permanecieron en silencio mientras todo se desarrollaba.

—¡Tengo derecho a poner estos carteles!

—¡No en mi local! —rugió el gerente.

—Tratemos de arreglar la situación, ¿de acuerdo?

—Lo único que hay que arreglar es que encuentren a mi hijo de una vez. Son unos incompetentes.

—Cálmate, Carol —le sugería Paul, acompañándola a la esquina opuesta.

—Todos sentimos lo de tu hijo, pero el cristal de mi negocio no es un lugar para colocar tus carteles.

El gerente se llevó una mano a su hinchado rostro, que había adoptado un intenso color morado; en su cuello una vena palpitaba de enojo. Cuando estuvo seguro de que la situación se había calmado, inició el nervioso regreso al local.

Los chicos lo vieron avanzar hacia ellos como un camión cargado con una peligrosa mercancía, porque si por algo era conocido el señor Spencer, era por su temperamento. En cualquier caso, Logan,

desconocedor del carácter del hombre, se limitaba a observar cómo la mujer y el policía continuaban con la agitada conversación. Ella se dirigía al escarabajo blanco estacionado en la esquina.

Logan sintió el repentino impulso de anunciar a los cuatro vientos dónde se encontraba oculto el niño. En el transcurso de la situación había podido ver la cara plasmada en el cartel que sostenía Carol en la mano. De hecho, cartel que atestaba las fachadas de los edificios contiguos al Coffee Ville.

Sus labios iniciaron el movimiento para hablar, cuando un pensamiento lo interrumpió.

¿Crees que te dejaría ahí tirado? No soy como aquellos que lo hicieron y se burlaron de ti. Formamos un equipo, chaval. Recuerda esto también cuando te entren ganas de traicionarme.

Logan suspiró y guardó silencio. El gerente les saludó bruscamente, abrió la puerta del local y en el silencio de la calle irrumpió el acelerado estribillo de The Everly Brothers y su *Wake up Little Susie*.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no pongas los discos de los años cincuenta en mi local, Sindy? —inquirió Spencer—. Estamos en los ochenta, adaptarse o morir. No queremos quedarnos sin clientes, ¿verdad?

Mark cogió el tirador antes de que la puerta se cerrara y les dijo:

—Andando.

—Vaya tío más antipático —masculló Danny—. Si ya tiene los superbatidos, ¿qué más da la música que ponga? No perderá clientes.

Logan permaneció con las manos en los rebordes de la silla, pero sin ejercer fuerza. La palabra de Mark todavía anidaba en su cabeza. Andando. Fijó los ojos en sus piernas muertas y se preguntó cómo podía él llevar a cabo esa sugerencia.

—Mierda.

Después de que Danny se perdiera en el interior saludando a Sindy, quien limpiaba la barra, Mark se volvió aún sosteniendo la puerta y dijo:

—¿Vienes? Adelante, Logan.

—Sí.

Pero antes de que iniciara el movimiento de la silla, una enorme mano se posó en los hombros del chico.

—Hola —saludó el ayudante de policía—. Buenas tardes, Mark. ¿Para cuándo podrás arreglar todos los electrodomésticos del pueblo?

—Espero que pronto —respondió con voz débil ante la broma.

—¿Quién es este nuevo chico?

—Pues es...

—Me llamo Logan.

—Hola, Logan. ¿Vas a tomar algo con estos chicos?

—Sí, claro —dijo, eliminando el temor que asomaba en sus ojos.

—Excelente idea —dijo Paul. Luego se quitó el sombrero y se inclinó para evitar el dintel.

El local estuvo unos minutos en silencio mientras cambiaban el disco de música, como había indicado el gerente. Paul se encontraba en un extremo de la barra esperando a que éste se dignara a concederle unos minutos.

Los chicos se sentaron a la barra con expresiones expectantes. Danny se frotó las manos cuando Sindy ordenó el pedido de tres batidos extra grandes.

—Esta vez será el más grande de la casa, Logan, espero que tengas fuerzas para poder cogerlo —bromeó.

—Descuida —dijo en tono seco.

—Tío, hoy estás soso. Será mejor que duermas todo el día.

Logan no replicó. Su atención permanecía en la conversación que iniciaron Paul y el dueño.

—Oye, no me digas cómo debo atender mi negocio, Paul. Carol siempre estuvo mal de la azotea. Tanto pecho debe de dejarla sin oxígeno.

—Vamos, Spencer. Han secuestrado a su hijo.

—Lo sé, lo sé —dijo con las manos al frente—. No imagino nada peor, pero por Dios, que no me toque mi negocio, porque es mi pequeño. Esto es mi pequeño.

—Lo comprendo.

—¿No has oído lo que me ha dicho? Que es Alice quien lo ha secuestrado. Menuda mujer.

—Bueno, es sólo una hipótesis. No hay una sola prueba de eso.

—Evidentemente, Paul —dijo Spencer, preparando dos tazas de café—. Recuerdo a esa cría del demonio. Sí, allá por los cincuenta venía a comer aquí. Ya sabes, cuando echaba una mano en la granja de los Paulson.

—Me acuerdo.

—Sí, claro. Cómo olvidarlo. Recuerdo que le sugería que comiera en la última mesa. —Cuando vio la expresión de Paul, añadió—. ¿Qué quieres que hiciera? Todos la daban de lado, y yo tengo que atender mi negocio. Al menos no la echaba del local, porque me pagaba, claro. En fin, todos tenemos nuestros pecados. Estoy seguro de que McDougall estaría de acuerdo con esto.

—Estoy seguro.

—Ten, a éste invita la casa —dijo, entregando a Paul una taza humeante—. Café café, y solo, para darte una buena dosis de adrenalina.

—Te lo agradezco. Creo que me vendrá bien esa dosis.

—Sin duda, amigo. En este pueblo viene bien cualquier cosa.

El policía dio un sorbo con aprobación.

—Excelente café.

—¿Verdad que sí?

—Ahora que mencionas lo de Alice...

—No creerás que ha sido ella, ¿verdad? Esa mocosa se largó allá por los cincuenta y todos estamos mejor sin ella. Sí, señor. Mucho mejor.

Al ver que Paul cavilaba con el ceño fruncido, el gerente dijo:

—¿Y se sabe algo de quién ha sido?

—Eso es información confidencial, Spencer.

—Ja, sí, claro. Lo suponía, pero, en serio, ¿quién demonios secuestraría a su hijo y para qué?

—Tenemos pocas pistas.

—David es un buen tipo y no merece algo así, pero Carol... Seguro que es alguien a quien fastidiaba. Menuda era. Carol la popular. Lo recuerdo, sí señor. Enormes, maldita sea. Eran enormes —graznó—. Creo que este café me está calentando más de la cuenta.

Paul mantuvo la compostura y no añadió nada más.

—Oye —dijo, y se volvió con un botellín de agua—, no se sabe nada de Alice, ¿verdad?

—No, claro que no. Desapareció y nadie la ha vuelto a ver.

—Mejor. Era una mocosa rara. Recuerdo que una vez, después de comer el menú, abrió la mochila escolar y sacó un cuchillo. Maldita sea si miento. Aquello era un maldito cuchillo de cocina. Sí, y si la ves cómo lo miraba. Era rara. Sólo lo ocultó de nuevo cuando se dio cuenta de que yo la había visto.

—¿Lo dices en serio?

—Mira mi cara —dijo, y aproximó su rostro de facciones anchas y desprendidas; el cabello gris que había sobrevivido a la alopecia se encontraba reunido en torno de la cabeza en largos mechones—, ¿ves alguna sonrisa?

Paul bebió el café en silencio.

Logan había dejado de absorber el batido porque sus pulmones estaban helados. Las manos con que sostenía la copa de cristal comenzaron a temblarle, y se vio obligado a depositarla en la barra. Todo lo contrario en Danny, que daba buena cuenta del batido; la línea que señalaba la cantidad de chocolate restante descendía a una velocidad increíble.

—Despacio, Danny —le sugirió con ironía Sindy. Entonces la música regresó al local, cuyas mesas estaban la mayor parte vacías y la camarera sobre patines no regresaría hasta el viernes, día en que el trabajo alcanzaba cotas odiosas para Sindy.

—Puedo con todo de un tirón, tía —anunció con un soplido, dejando libre la pajita verde—. Está delicioso.

—Me alegro de que te guste tanto, renacuajo —dijo, y estalló una pompa rosa de chicle a escasos centímetros del rostro divertido del chico—. Voy a seguir limpiando esto. Si mi jefe me ve parada me dará un sopapo.

—Tranquila, si te esperas un poco podré mantenerte con mi trabajo.

—¿Ah, sí? Tengo entendido que es lo mismo que le dices a Suzie.

—Sí, pero es porque tengo que tener recambio por si una me rechaza. Soy astuto, tía.

—Qué gracioso eres, renacuajo —sonrió mientras iniciaba la tarea de limpieza.

Logan no percibía nada de lo que sucedía en torno a él. Mark le había estado lanzando miradas fugaces disimuladamente.

—¿Tu abuela está bien?

—¿Eh? —Logan abrió los ojos de pronto, emergiendo de su estado de somnolencia—. Sí, muy bien, gracias.

—¿Ya no hace cosas extrañas, ni grita en la habitación del candado?

—No, no. Parece que todo está más tranquilo.

—Curioso.

—Supongo que mi abuela es como es, y que lo que yo creí ver era por mi imaginación, o por la falta de sueño, como tú me dijiste.

—Es... posible —dijo Mark, regresando a su batido—. ¿Y por qué miras tanto al ayudante de Duncan?

—¿Eh?

—Paul es el ayudante de Duncan, el jefe de policía.

—No sé. Supongo que me ha impactado el que haya desaparecido el niño de esa mujer.

—¿De Carol? Sí, es horrible.

Logan asintió mientras observaba a Paul acercarse hacia ellos.

—Hola de nuevo, chicos. Os daré un consejo.

Todos volvieron su mirada hacia el ayudante de policía.

—Estad atentos a cualquier cosa extraña, ¿vale? Estoy seguro que ya sabéis que el niño de la familia Husman ha desaparecido.

Danny y Mark asintieron cortésmente; Logan sintió una punzada en el cuello que le bloqueó cualquier movimiento.

—Me marcho —dijo Paul—. Espero que me hagáis caso. Saludad a vuestros padres de mi parte. Adiós, Logan.

—Adiós, señor.

La música del local volvió a escapar hacia el exterior cuando el tipo abrió la puerta.

El resto del día se empequeñeció dentro de la mente de Logan, quedando reducido a un trozo de vivencia carente de interés, puesto que no cesaba de escuchar las palabras de Alice.

Traición.

Aquella simple palabra le acompañó por Jointer Avenue. Los chicos se empeñaron en enseñarle a Logan el pueblo. Mientras pintorescas casas pasaban delante de él una por una como meros objetos inertes, su cabeza martilleaba con fuerza una extraña definición a la que nunca pensó que debería enfrentarse. Nunca le había pedido —exigido— nadie algo tan particular. Su madre solía pedirle que no tocara nada, ni siquiera su pecera. En muchas ocasiones le sugería que debía tener una dieta equilibrada porque estaba creciendo. Su padre le había exigido que cuando estuviera con él a la mesa, guardara silencio porque tenía cosas en qué pensar: en cómo encontrar un nuevo empleo. Antes de sufrir el accidente tenía algunos amigos, pero éstos nunca le pedían nada en particular; tal vez por el hecho de encontrarse en una edad donde la madurez estaba en un lejano horizonte. Pero ahora se sentía extrañamente responsable. Hacía apenas unas horas había tenido la oportunidad de delatarla; de confesar a la policía dónde estaban ella y el niño.

Entonces comprendió que Alice era de algún modo vulnerable, porque él era conocedor de su secreto. Sin embargo, después de escuchar la declaración de Spencer, lo que menos deseaba era delatarla y que fuese una vez más el centro de rechazos y burlas. Y el hecho de haber sido asesinada por su propia madre aportaba a Logan motivos más que suficientes para estar a su lado. ¿Qué chica podía merecer algo así?

Caminando frente a la escuela secundaria, siempre sobre su silla de ruedas, no pudo reprimir una sonrisa enorme, una sonrisa que brotó de sus labios casi obligado por una voluntad ajena y desconocida.

Los muchachos montaban las bicis con sus piernas llenas de vida, mientras Danny no dejaba de mencionar una y otra vez a Mark que pusiera un micrófono en la Institución Morris. Y pese a que Logan no disfrutaba de la libertad de ellos, por un segundo experimentó un súbito poder; un poder naciente de un conocimiento que concedía enorme poder a la vez que responsabilidad. El tener la oportunidad de dañar a alguien y no hacerlo le ayudaba a disponer de la capacidad de elegir. Siempre se había visto en la obligación de resignarse a todo; cuando su padre le anunció que iría una temporada con su abuela, Logan no pudo oponerse, y cuando la vida le arrebató a su madre, tampoco encontró a quién replicar o culpar. Sobre todo se vio obligado a sentarse eternamente en la maldita silla. Pero ahora podía elegir. Tenía dicho poder y había hecho su elección.

No traicionaría a Alice.

—Eh, tío, ¿por qué sonríes? —quiso saber Danny.

—Porque todo está bien ahora.

No lo entiendo, tío.
No es necesario dijo ampliando su sonrisa.

Capítulo 29

Los rayos mortecinos del sol apenas arañaban el cristal de la ventana a través de la cual Duncan contemplaba la calle. El púrpura estallaba en la fina línea del horizonte. Al otro lado del cielo despejado las primeras estrellas comenzaron a palpitar. Aquella calma le traía recuerdos que creía haber olvidado, pero avivados ahora por el expediente que dormitaba sobre la mesa. Duncan carraspeó, reconociéndose a sí mismo que ese atardecer sanguinolento guardaba semejanza con el acontecido veintitrés años antes.

El verano maldito de 1957, fue testigo de una serie de sucesos que sacudió nuevamente a Past Grove, y aunque la localidad guardaba en su pasado cientos de episodios escalofriantes, no por ello se acostumbraban los habitantes a que sus vidas se vieran siempre asaltadas con nuevos temores. La pesadilla se inició la tarde que Ingrid acudió a la comisaría y exigió hablar con Duncan en privado, quien por aquella época ya ostentaba el cargo de jefe de policía. Después de vociferar cosas ininteligibles, él accedió a hablar con ella. Estaba nerviosa por algo que por aquel entonces él no entendió.

Denunció la desaparición de su hija Alice con prontitud y palabras atropelladas por un desconcertante balbuceo.

—Si no te calmas, Ingrid, no puedo entenderte.

—Ha desaparecido mi hija, ¿cómo me pides algo así? —graznó—. Apunta en esa máquina endemoniada lo que te digo. Hemos tenido una fuerte discusión y se ha escapado de casa. ¿Puedes creerlo?

—Está bien. Vayamos por partes.

—¿Cuando os hacéis policías o lo que sea, no os enseñan a tener más lucidez? ¿Qué parte no has entendido, Duncan?

—Comprende que debo escribir un informe. Todo tiene un procedimiento. Sé que la burocracia no le gusta a nadie, pero son los nuevos tiempos que corren.

Los ojos de Ingrid se entornaron y la furia que reflejaban se disipó parcialmente.

—Está bien. Está bien. Hemos discutido.

Los torpes dedos del policía comenzaron a hundir las pesadas teclas, y el traqueteo saturó no sólo la oficina, sino también la mente de Ingrid, que dio muestras de ello retorciendo el pañuelo blanco con que se limpiaba las lágrimas.

—Ha sido una discusión fuerte. La más fuerte, y bueno, no es un secreto que Alice es una chica muy complicada.

—Lamento oír eso.

—Entonces ha cogido y se ha marchado. Pensé que era una amenaza de adolescente, pero no la encuentro por ninguna parte. Estoy preocupada.

Duncan detuvo el traqueo y miró el pañuelo apenas salpicado por lágrimas.

—Dios mío, estoy muy preocupada —gimoteaba.

—De acuerdo. Luego rellenaré el resto del informe con la edad de tu hija, porque esos datos ya los sé.

—Bien.

—Normalmente el procedimiento es esperar cuarenta y ocho horas, pero pasaré por alto esto, por ser una localidad pequeña. Reuniré a mis hombres y pediré ayuda a la comunidad de vecinos. Pero... en fin, ya sabes que algunos daban de lado a Alice, así que haré lo que pueda.

—Sí, sí, muchas gracias —dijo, cubriéndose los ojos con el pañuelo. Cuando dejó al descubierto sus ojos, éstos estaban forzadamente enrojecidos.

Horas después reunió a su equipo como le había prometido a Ingrid. Pese a que creía que se trataba de una rencilla entre madre e hija, puesto que conocía a Ingrid como devota baptista y cómo la muchacha rehusaba dichas enseñanzas, marchó con sus dos ayudantes a dar la alarma en Past Grove. El pequeño tamaño de la localidad le facilitaría mucho la labor de búsqueda. Por otro lado estaba seguro de que Alice regresaría a casa pasadas unas horas, atribuyendo todo a un pequeño susto a su madre. Porque lo que no deseaba Duncan de ninguna manera era verse dentro del Bosque del Miedo buscándola.

Tras un incansable intento por parte de la policía en reunir a más personal, el resultado fue que la mayor parte de las puertas a las que había tocado se cerraron en sus narices; uno de los motivos fue porque muchos lugareños estaban descontentos con que el cargo de jefe hubiera pasado a él, como una simple herencia de poder. El segundo motivo y más importante era que a nadie le importaba Alice.

Los dos ayudantes y seis hombres junto a dos mujeres —una de las cuales era Ingrid— iniciaron la búsqueda por los alrededores de Past Grove. Al no encontrarla acudieron a los viejos edificios abandonados que se erguían en las afueras, como meras torres de ladrillo. Cuando el cansancio comenzó a menguar las fuerzas de los voluntarios, y Duncan les dijo que Ingrid le había sugerido que buscaran en el Bosque del Miedo, el equipo de voluntarios quedó reducido a cuatro hombres y las dos mujeres, guiados por el equipo de policía.

Los nulos resultados de la misión hicieron pensar a Duncan que algo fallaba. Según Ingrid, Alice había salido de casa una hora antes de que denunciase la desaparición. Y quedando descartada la huida en

autobús, porque Bob Anderssen les aseguró que no condujo a la muchacha a ninguna parte, no era posible que a pie hubiese abarcado tanto terreno. También llamaron la escuela secundaria, cuyo director se ofreció de buena gana a cederles el teléfono de los padres de los alumnos con quien trataba Alice, siendo la lista realmente escasa; David Husman declaró que no veía a Alice en clase desde hacía varios días. Carol Bensen rehusó ponerse al teléfono y sus padres no aportaron información relevante. Así pues, la chica debía estar cerca, muy cerca. Alguna pieza no encajaba.

La muralla de árboles que custodiaban el infranqueable bosque se hallaba ante el equipo de voluntarios. Se internaron por Wood Trail cuyo lamentable estado por las recientes lluvias hacía dificultoso el caminar. El grupo se dividió en dos unidades más pequeñas para abarcar más terreno. Las botas se hundían en el barro y las voces que clamaban la atención de Alice se tornaron lamentos cansados. Ingrid avanzaba junto a Duncan, con las facciones petrificadas, y sumaba su grito al resto.

Pero nada les devolvía la contestación salvo los naturales acontecimientos del bosque; las ramas se agitaban perezosas empujadas por los cuerpos de hombres y mujeres; el pastoso sonido del barro bajo su caminar sugería que se adentraban en las profundidades del bosque, destino difícilmente alcanzable por una muchacha de quince años.

La mente de Duncan anunciaba cada vez con mayor insistencia que no se encontraban tras la pista correcta, y que se internaban en una abrupta zona boscosa, donde las ramas empezaban a adquirir formas de brazos retorcidos que pronto les apresarían por los pies, y les conducirían a los avernos bajo tierra. El suelo se volvió inestable, añadiendo a la tierra fangosa una alfombra de hojas con aspecto de haberse desprendido de los árboles miles de años atrás, y que bien podrían ocultar agujeros donde tropezar y acabar malheridos.

Sin embargo, la voluntad de los hombres y mujeres se mantuvo firme y apartaron rama tras rama, y escrutaron el suelo con una lucidez casi divina en busca de posibles hoyos, pero Alice no apareció, ni siquiera su cuerpo abandonado a su suerte, en un mundo de tinieblas.

Ingrid caminaba cada vez más forzada por su locura. Rodeó su cuerpo con los brazos; pese a ello, un frío glacial la atrapó y no se desprendería nunca, como un manto de castigo en vida.

¡Adelante!

Aquello reavivó las fuerzas de los más rezagados, y abrieron los ojos a la noche en busca de una pobre criatura que su mayor pecado fue vivir y comprender qué era la vida.

El pañuelo se desprendió de las manos de Ingrid y pronto se llenó

con la humedad que parecía cubrir cada parte del bosque.

—¡No creo que la encontremos tan adentro del bosque, Ingrid —rugió Duncan.

Se detuvieron en los límites del condado, donde el bosque continuaba hacia un final inexistente, como si aquel paraje de verde maldito creciera a medida que ellos avanzaban. Cuando miraron al cielo, su vista quedó restringida por el techado natural del bosque, cuyo caparazón no era protector, sino una prisión de maleza y muerte.

Dieron por finalizada la búsqueda por aquella tarde. Al emerger del Bosque del Miedo, experimentaron la insólita sensación de despojarse de una opresión que los había prendido durante toda la incursión. Ahora libres de influencias desconocidas, montaron en los vehículos y regresaron a casa, con la amarga sensación del fracaso.

Las siguientes jornadas fueron parecidas; cuerpos cansados y espíritus abatidos. Al menos todo lo abatido que podía estar en una persona que entregaba su tiempo en ayudar a Ingrid. Sin embargo, Duncan observó que era ella la que menos dolor mostraba, vacilando en ocasiones en responderle. Y su expresión no era la de una madre atormentada por la pérdida de una hija.

Decidió entonces hablar en privado con Rebecca, quien comentó lo excéntrica y solitaria que era su hermana. Confirmó la acalorada discusión entre su madre y Alice, pero señaló que no la vio abandonar la casa. En cualquier caso, no pudo asegurar que no lo hiciera.

Fue el primer caso de envergadura al que se enfrentó el jefe de policía de Past Grove, y como tal, se vio superado ante la falta de caminos a seguir. No desistió, no obstante, en su labor como policía y comenzó a frecuentar las inmediaciones de la escuela secundaria. Tenía la certeza de que algún alumno podría aportar información valiosa. Y pese a que ello tardó varios días, cuando la búsqueda y esperanza de encontrar a Alice con vida eran ya escasas, finalmente detuvo a Carol Bensen a la salida de la escuela. Después de indicarle a sus amigas que la conversación era privada, logró sonsacar a Carol que Alice era una chica solitaria a quien nadie quería cerca, y que si estaba muerta no se perdía nada. Luego añadió que probablemente había escapado de casa porque David no la quería tampoco, cosa que no le extrañaba a juzgar por cómo olía. Cuando perdió los nervios, empezó a revelar una serie de datos increíbles para Duncan, como que acudía a la escuela con un enorme cuchillo, y que era una loca campesina maloliente.

Con aquella nueva información acudió a la casa de Ingrid, donde los desperdicios y la pestilencia ya comenzaban a acumularse en los rincones. La mujer le recibió con profundas ojeras y facciones talladas por un desconcertante dolor, pero que Duncan no atribuyó a la

pérdida de Alice. Ella ocultó sus manos temblorosas en la espalda, aunque el policía reparó en ellas.

Antes de comenzar la conversación bajo un cielo estrellado, ambos guardaron un silencio previo a horribles revelaciones.

—¿Y bien? —dijo Duncan—. ¿Cómo puede una chica con sólo quince años desaparecer sin dejar rastro en Past Grove? Esto es demasiado pequeño para ocultarse por mucho tiempo.

—Sí, es una pequeña comunidad a la que le estoy agradecida, agradecida por toda la ayuda prestada.

—Todo eso está muy bien —continuó—. ¿No sabías nada de las citas que tu hija tenía con David Husman?

—Ella llevaba parte de su vida en secreto. Pero, sí, la vi bajar una noche del automóvil de ese chico. ¿Qué tiene que ver esto en la desaparición de Alice?

Duncan la escudriñó con suma atención.

—Tengo testigos que declaran que... Bueno, que sufrió un ataque de celos cuando David Husman la dejó por Carol. ¿Sabes algo de todo esto?

—No. En verdad no —susurró Ingrid—. Te he dicho que ella guardaba una parte en secreto. Una parte dañina que nuestro Señor no permitiría de ninguna manera. —Estas últimas palabras se agravaron, y los ojos casi parecían saltar en sus cuencas.

—¿Por qué tengo la sensación de que me ocultas algo? ¿Cómo vamos a encontrar a tu hija si no disponemos de toda la información?

—Sabes todo lo que yo sé, Duncan.

—¿Entonces por qué no te creo?

—Yo no miento —dijo en tono seco—. Mentir es un grave pecado.

El policía frunció el ceño.

—Me pregunto cuántos pecados eres capaz de pasar por alto, en caso de necesitarlo.

—¿De qué me estás hablando? —inquirió ella—. Ésta es una casa devota, y no tolero ese tipo de insinuaciones. Somos una familia baptista.

—Creo que todo eso ha quedado muy lejos. Insisto en mi pregunta, Ingrid. ¿Cómo ha podido desaparecer alguien en tan sólo una hora? Sin ayuda de nadie, porque nadie parece quererla, y sin coche. Incluso me pregunto si tú la quieres. ¿Quieres a tu hija, Ingrid?

El rostro de la mujer adoptaba una nueva expresión severa y las facciones se tensaron como una máscara de acero.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿Qué madre no quiere a su hija? Toda madre ama con locura a su hija, aunque ésta no lo merezca. Maldito chupatintas. Claro que quiero a Alice, quiero a la Alice que debía haber sido; una niña dulce, atenta y risueña... No el monstruo que Dios me ha enviado como prueba.

Duncan retrocedió un paso, perplejo.

¿Qué ha ocurrido en la discusión?

Nada que pueda interesarte para tu investigación. Estaba imponiendo la necesaria disciplina.

Me veo en la obligación de preguntarte en qué ha consistido esa disciplina.

¿Por qué preguntas tanto? ¿Acaso el no haber desempeñado un buen papel en tu primera misión importante ha tocado tu orgullo?

Pasaré por alto eso que has dicho, pero insisto en la nueva cuestión. ¿Qué disciplina le has impuesto a Alice?

La única posible dijo con voz grave.

Aunque Duncan percibió una desconcertante irritación, también apreció el dolor tras aquellas palabras.

¿Puedes concretar, Ingrid?

¡Basta de preguntas! No tienes derecho a venir a mi casa y molestarme con tus impertinentes preguntas. He hecho lo que debía hacer, lo que Dios, que está en el cielo, me ha encomendado.

Te recuerdo que eres tú quien ha ido a la comisaría a denunciar la desaparición de Alice.

¡Basta he dicho! Respeta el dolor de una madre exclamó, iniciando el intento de cerrar la puerta, pero antes de que el picaporte realizara su cometido, Duncan aferró la puerta y tiró de ella. Ingrid retrocedió propinando un grito. ¡No estás invitado a entrar en mi casa!

Siento hacer esto, pero estás siendo interrogada por un agente de policía.

No me hagas reír. No has heredado ni la mitad de agallas que tenía tu padre.

Pasaré también esa inapropiada observación. Ahora quiero que me cuentes qué sucedió en la discusión con Alice. ¿Qué impulsa a una adolescente a llevar a clase un cuchillo de cocina?

La mirada de Ingrid se encendió con una rabiosa comprensión.

El cuchillo de Oliver.

Sí, el cuchillo. Ahora espero que contestes a mis preguntas antes de que pierda la calma.

¿Qué quieres saber de esa criatura del demonio? ¿No te basta con saber que he liberado al mundo de su maldad?

¿De qué estás hablando? inquirió atravesando el umbral. ¿Dónde está tu hija?

La mujer retrocedía lentamente, alejándose de la mirada acusadora de Duncan. Se internó en el pasillo y las tinieblas ocultaron su rostro desencajado.

Aléjate de mí.

¡Dime el porqué, Ingrid!

—Porque era necesario. Porque sé que mató a los gatos, era sólo maldad. ¿No te parece motivo suficiente? Y porque habría terminado por matar a personas. Ese extraño modo en que buscaba el dolor. Era un monstruo. ¡Un monstruo, lo oyes bien!

—¡Cálmate! —masculló Duncan—. Ahora dime dónde está.

—Ya no está. Anota eso como final en tu estúpido expediente del caso. Alice ya no está.

Las cavilaciones de Duncan fueron interrumpidas cuando la puerta de la oficina se abrió de pronto.

—Hola, jefe.

Se volvió hacia Paul.

—Ah, hola.

—Pareces cansado.

—Sí —reconoció—. Recordar, a veces, cansa más que cualquier otra cosa.

—Oye —dijo Paul—, he visto a Carol empapelando todo Past Grove.

—Maldita mujer.

—La he visto colocando varias copias de esto —declaró, y le mostró a Duncan el cartel de Carol.

—Ya veo. Debe de estar desesperada —dijo, tomando asiento delante de la mesa—. ¿Novedades?

—Me temo que no.

—Lo suponía. —Duncan enterró el rostro entre sus manos—. He dormido poco esta noche dándole vueltas a este asunto.

—Es curioso que nadie se haya puesto en contacto ya con la familia, para pedir un rescate o iniciar algún tipo de amenaza.

—Cierto. Muy cierto. Es desconcertante. —Miró a Paul y añadió—: ¿Y tenemos algo nuevo en la granja?

—No, nada.

—De acuerdo, voy a mover algunos viejos hilos.

Paul asintió y cerró la puerta. Duncan permaneció con las manos sobre la mesa mientras escuchaba el silencio. Estaba en un callejón cuya única salida era la llamada telefónica que había estado retrasando. Finalmente llamaría a Ingrid, porque la vieja conversación debía continuar.

Levantó el auricular. La señal irrumpió en sus oídos como un torrente de agua fría y dañina. Cuando marcó el número de Ingrid esperó hasta que su paciencia se convirtió en una punzada de ansiedad. Presionó la horquilla telefónica y volvió a marcar, asegurándose esta segunda vez de que era el número correcto. Mientras escuchaba los pulsos deslizarse por la línea, se preguntó con

una risita desquiciada cómo iba a olvidar el número de aquella anciana excéntrica.

—No lo coge —dijo, y se dio por vencido.

Por lo visto, pensó, las rarezas de esa mujer se habían acentuado con la edad.

Capítulo 30

Alice se encontraba en medio de una fascinante danza de sombras, procedente de las antorchas situadas en torno a la jaula donde Brandon continuaba aferrado a los barrotes. Reflexionaba acerca de lo siguiente que haría Logan; si le abandonaría como hizo tiempo atrás David Husman o, por otro lado, volvería con ella. Lo que no deseaba de ningún modo era que contase a la policía, o a cualquier otro, lo que había visto en la mina. El festín preparado era exclusivo para Carol, y de eso podía encargarse ella misma, no necesitaba a nadie.

Se volvió hacia la jaula y dedicó una cándida sonrisa al niño, quien parpadeó repetidas veces ante la repentina aparición de Alice, puesto que podía manifestarse a voluntad a quien quisiera. El niño gimoteó llevándose las regordetas manos a los ojos, cuyas comisuras estaban atestadas de lágrimas secas. Se desplazó con suavidad hacia la jaula.

—No me tengas miedo, niño. No estoy aquí por ti.

Le acarició el cabello castaño heredado de Carol, y los ojos del niño volvieron a parpadear llenos de perplejidad, porque había sentido una leve sacudida eléctrica.

—¿Y mamá?

—Mamá vendrá pronto, ése es mi plan.

—Quiero a mamá.

—Yo también, niño, pero de otra manera —declaró con una cándida sonrisa—. Si David no se hubiera asustado, serías, mi hijo, ¿sabes? Ahora que lo pienso es algo tan curioso, tan raro, que hubiera tenido un descendiente. Te llamas Brandon, ¿eh?

El niño asintió sin dejar de mirar las facciones plomizas de ella, con sus labios grises esbozando una extraña sonrisa que debía indicar calor humano, pero que sólo producía pavor. Los ojos se esforzaban por mantener una vida que no disponían, ocultados por mechones grasientos que pendían de un hinchado cráneo.

—¿No te asustas?

—No.

—Qué raro. La gente se asusta siempre, aunque es un arma que también uso a mi favor. Supongo que no entiendes nada de todo esto.

Los ojos del niño se posaron con asombro infantil en las manos huesudas de Alice; las falanges se extendían nudosas; en el dorso de las manos, los tendones destacaban como finos y horribles cables que

se estremecían a cada movimiento que realizaba mientras mecía el cabello del niño.

—¿Cuándo viene mi mamá?

—Pues... tienes razón, niño. Debe venir ya. Es la hora del dolor.

Se irguió sin esfuerzo, como si las articulaciones no efectuaran ya trabajo alguno. Su rostro quedó bosquejado por las lenguas de fuego que lamían el escaso aire de la estancia.

—Voy a hacer que tu mamá venga. ¿Estás contento?

El niño sacudió la cabeza en una rápida sucesión de afirmaciones.

—No tardo. Tu madre sí que me tendrá miedo. Aunque...

Entonces sus cuencas se abrieron, pero los globos conservaron el mismo tamaño; de las cavidades manó sangre negra que corrió por las mejillas. Una fétida lengua asomó veloz por entre la abertura de los labios muertos. Su boca pronunció un horrible lamento que hizo retroceder al niño al final de la jaula, donde se acurrucó como un bulto asustadizo.

—¡No!

Alice rio abiertamente.

—Tranquilo, niño. Estaba practicando para cuando vea a tu madre. Pero nuestro encuentro no será tan fraternal. Estoy segura. —Se alejó de la jaula, del niño y de cualquier rastro de humor que pudiera ofrecer en ocasiones—. Ya me acerco, Carol, mi perra amiga.

Dejó atrás la danza hipnótica del fuego, y se adentró en las tinieblas de la mina; tinieblas que la habían acompañado durante décadas antes de encontrar una hendidura por la cual asomar su nefasta influencia.

—Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis..., tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

Avanzó por la mina mientras recitaba la sonata infantil, de la cual se impregnaron los corredores por los que pasó, con un semblante de fría expectación. Dejó atrás los cascos de mineros muertos, sus ropas y resto del equipo que una vez usaron para abrirse paso hacia el interior de la mina. Dejó atrás todo y emergió a la noche palpitante de estrellas que enmarcaban una luna teñida de sangre. Los árboles susurraron palabras al viento cuando Alice surcó en medio de ellos, por sendas olvidadas cuya maleza marchita se encaramaba a sus piernas. Las hojas se estremecían a su paso, como si ella aportara más muerte a todo aquel funesto paraje. Los troncos de los árboles permanecían curvados en un acto de exquisita humildad y sus copas se abrazaban por encima de la cabeza de Alice, quien contemplaba el vasto túnel negro con la penuria de haber caminado ya por él tiempo atrás. El profundo silencio que vestía el bosque era estremecedor, sin

más vida que la de ella, marchando en pos de su venganza.

El River Team la recibió con su eterno murmullo. Cruzó por uno de los puentes de madera sin que éstos percibieran el peso de su cuerpo, puesto que se desplazaba sobre una velo fantasmal que se extendía tras Alice, como niebla difusa.

A medida que se acercaba al edificio en que vivía Carol, despertaron oleadas de emociones contenidas en viejos recuerdos, que una vez abiertos, brotaban en forma de vibraciones maléficas. No sintió a su corazón trotar en su pecho; éste hacía tiempo que dejó de latir, únicamente percibía las emociones como fogonazos luminosos. Cuando se detuvo bajo el edificio, un estallido de dichas vibraciones tuvieron lugar, y un intenso calor colmado de odio se abrió paso dentro de Alice.

Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis..., tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

Capítulo 31

Carol abrió los ojos en medio de la noche. Las manecillas luminiscentes del reloj de mesita le indicaron que eran las dos. Las contempló durante varios segundos al tiempo que recitaba de memoria todas sus maldiciones cuando se desvelaba. Volvió la mirada hacia su marido, quien dormía plácidamente, como si nada aquejara su vida.

—Bendita suerte.

Lanzó un resoplido al silencio y, cuando sus pulmones de vaciaron, creyó oír un leve desplazamiento por el pasillo.

Si había tenido alguna duda de que la noche la pasaría en vela, aquello le proporcionaba ahora total certeza. Restó importancia al ruido, hasta que escuchó un golpe en la madera de la puerta del cuarto de Brandon. Esto hizo que su rostro se inmovilizara, como si fuese a ser utilizado en un experimento facial. Todo su cuerpo estaba paralizado salvo el corazón, que había escogido seguir su propia voluntad e iniciar un alocado trote, dificultándole la respiración. Se incorporó sobre la cama esperando que volviera a producirse. Escuchó el silencio con suma atención durante largos segundos; fue capaz de oír el maullido de un gato, el viento batir las ventanas del apartamento, incluso el televisor del vecino del último piso, cuya forma de vida primitiva había molestado a Carol en los primeros años de convivencia con su marido. Pensó que eran una vez más aquellas películas denominadas tres equis, que comenzaban a proliferar pese a las advertencias del pastor McDougall.

Pero no escuchó nada más dentro de la vivienda, lo que agradeció aunque su noche en vela tomara forma. Cerró los ojos y respiró despacio. De pronto escuchó una risita que le arrancó de nuevo de su adormecimiento.

—¿Qué pasa ahora?

David continuaba durmiendo con la tranquilidad que había heredado Brandon.

Escuchó el sonido de una brocha deslizándose sobre una rugosa pared, lo que la desconcertó en un primer momento. Luego, tras asegurarse de que no era una alucinación auditiva y que realmente había alguien en casa, un miedo frío erizó su piel.

La risita se desplazaba por el pasillo como en sueños, dotada de una dulce fantasía que adormeció los sentidos de Carol. Se levantó de la cama con la intención de escuchar más de cerca aquellos susurros,

aquellos ecos que atestaban el silencio con vibraciones nocivas. Por un momento creyó que era su hijo quien entonaba la cancioneta.

Se encontró en medio del pasillo sin haber percibido a sus piernas realizar esfuerzo alguno. El camisón se había desprendido de sus hombros parcialmente y se arrastraba tras ella como el velo de una novia. Las risas acompañaron a Carol hacia la habitación de Brandon, casi transportada por brazos invisibles que la sostenían con delicadeza. Todos sus sentidos permanecían entumecidos por el suave cántico.

Cuando se detuvo bajo el marco de la puerta, contempló a la figura de aspecto horrible, deslizando arriba y abajo una brocha impregnada con sangre de gato. Los cabellos cenagosos se derramaban encima de hombros de hueso quebrado, cuyas astillas emergían de piel muerta en jirones sanguinolentos. La criatura, semejante a una alimaña, se encontraba agazapada sobre la cama. Las manos que sostenían la brocha mostraban diminutas perforaciones que revelaban los ligamentos musculares, agitándose en su afanosa tarea de infundir movilidad.

A un lado se encontraba un cubo rebosante de sangre de gato. La pared anunciaba ahora un nuevo mensaje: Soy tu amiga Alice.

La horrenda forma se alzó y volvió su mirada por encima del hombro. Carol contempló, con el horror más cruel latiendo dentro de ella, la carencia del globo ocultar izquierdo y el fluido negro que brotaba en finos surcos; su ávida lengua esperaba a que éste se depositara para degustarlo. El ojo derecho escrutaba a Carol, quien se había llevado las manos a la boca para no vomitar mientras retrocedía.

Los dedos se abrieron, dejando libre la brocha, que rebotó en la cama para finalmente acabar en el suelo. Los labios desaparecieron de pronto en la boca abierta, donde dientes pútridos no dejaban de tiritar en una espantosa imitación de quien tiene frío. Las manos se extendieron hacia delante con la intención de aferrar el cuello de Carol, que pudo apreciar aquello en el único ojo que tenía el rostro.

No puede ser masculló ella, y continuó retrocediendo por el pasillo, lentamente, como si las piernas obedecieran a la voluntad de la aparición, que no tenía otro propósito que prolongar la agonía.

Caminó de un modo grotesco en pos de Carol; los brazos torcidos en un gesto de lamentable parálisis, el hombro derecho dislocado y los dedos curvados como garras de cuervo. Las piernas parecían apenas sostener el peso del cuerpo de la aparición, así que las rodillas temblaban a cada paso.

Pero la lentitud no dio tregua al terror que experimentaba Carol, semejante a frías hojas cortando su piel. No sentía alivio por creer que no la atraparía; la visión era lo suficientemente horrenda como para

no necesitar tocarla porque un miedo desbocado ya llenaba cada recoveco de su mente. Pisó el largo del camisón y cayó de espaldas al suelo, desde donde extendió ambas manos arañando al aire como única ocurrencia para defenderse, al tiempo que propinaba un grito.

En nada contribuyó a espantar a la bestia descarnada que avanzaba hacia ella, con el sonido de huesos crujiendo a cada paso, con una mueca lasciva que delataba su enorme disfrute. Entonces un resplandor amarillo nació en la cavidad del ojo izquierdo.

—¡No! ¡No! ¡Aléjate! —le exigía Carol, arrastrándose ahora hacia atrás, en un desesperado intento por huir. Atisbaba con ojos desorbitados por encima del hombro para cerciorarse de que el pasillo continuaba, y su huida no se vería obstaculizada por un repentino muro.

—He venido a por ti. Nunca pude olvidar lo buena que fuiste conmigo y tus amables palabras.

Las palabras brotaron acompañadas por un fétido vapor verdoso.

—¡No! ¡Déjame! —gritó Carol—. ¡David! ¡David!

—Soy Alice —La voz tronó en el pasillo, con un gemido desquiciado que llenó la casa.

—¡Campesina de mierda, déjame en paz! ¡Siempre fuiste una repugnante campesina! ¡David!

De pronto se vio apresada por dos fuertes brazos, cuyo zarandeo la hizo volver en sí. Contempló el rostro preocupado de su marido, junto a ella en la cama.

—Despierta, Carol. Has tenido una pesadilla.

—¿Eh? ¿Qué diablos dices? ¡Ella está aquí, está en mi puta casa! —exclamó, mirando en todas direcciones.

—¿Quieres calmarte? Has tenido una pesadilla. Sólo eso. Una estúpida pesadilla.

—No. Mira mi cara. Tengo miedo. Miedo. No he sentido tanto miedo en mi vida.

Los ojos de Carol estaban cubiertos por una fina película que reflejaba un violento terror, cuyas emanaciones se transmitían por su cuerpo como gélidos escalofríos, impidiéndole detener los temblores de brazos y piernas.

—Cálmate, ya sabes cómo son las pesadillas —le sugirió—. Lo mejor es restarle importancia.

—No —masculló. Se levantó de la cama y, sólo entonces, reparó en que no tenía puesto el camisón. Lo vio tirado en el pasillo. Se abrazó a sí misma y caminó despacio hacia el cuarto de Brandon. A medida que se aproximaba, los temblores se acrecentaron y los dientes empezaron a castañetear. Cerró con fuerza la boca, atenuando levemente el choque de dientes, pero no por ello, desapareció el pálpito de su corazón, que había saltado a su garganta. Se obligó a abrazarse sólo

con un brazo, puesto que el otro lo extendió para aferrar el pomo de la puerta. Lo giró, contuvo durante un segundo la respiración, y la empujó.

Mientras la puerta se abría con una lentitud pasmosa que hizo trizas su paciencia, pensó en qué frase teñiría ahora la pared. Si habría cambiado o se mantendría la amenaza anterior.

El cuarto de su hijo expulsó un frío glacial que erizó el vello de Carol. El hálito se meció en torno a ella y le arrancó un gemido estremecedor. Algo había cambiado en la habitación, estaba segura de ello, pero su mirada la contradecía. Todo continuaba físicamente igual. Sin embargo, la mente le alertaba con dañina insistencia de que algo sutil había variado. Algo íntimo; la huella de un niño que dormía noche tras noche no existía. Ahora una fragancia desconocida para Carol impregnaba paredes, cama y muebles. Y atribuyó todo aquello a la visita realizaba por Alice.

Campesina repugnante.

La frase le insufló cierto valor, apartando de sí el miedo que la atenazaba. La hora de recuperar a su hijo había llegado. Pese a que todos opinaban de forma diferente, ella tenía la certeza de que Brandon estaba con Alice.

Capítulo 32

Carol había pasado parte del día de miércoles durmiendo, y ahora se hallaba bajo un estado de somnolencia que no le permitía razonar con lucidez. Sus intestinos, habituados a ingerir las comidas a horarios bien definidos, lanzaban su propia protesta en forma de leves retortijones. La mente deambulaba entre la mañana de martes donde Paul, el ayudante de policía, le había sugerido que desistiera en colocar los carteles, aunque ella rehusó, logrando así que gran parte de Past Grove se encontrara ahora empapelado con la mirada alegre de su hijo, y la extraña pesadilla que había sufrido la pasada noche, cuyas consecuencias todavía se manifestaban en escalofríos. Su instinto maternal le obligaba a buscar más soluciones aunque, por otro lado, el cansancio le sugería que necesitaba descansar. Trató de serenarse aplicándose un masaje en las sienes al tanto que buscaba en los rincones de su cabeza alguna idea sensata.

El atardecer se precipitaba sobre la localidad con la misma diligencia que lo hacía su desesperación; el contemplar el paso del tiempo y continuar sin noticias de Brandon, le producía un enorme vacío en el pecho.

Tal vez no fue una pesadilla dijo para sus adentros. ¿Si yo fuera Alice, dónde escondería a un niño? ¿Y por qué iba a querer raptar a un niño? ¿Tan loca estaba?

Se encontraba asomada a la ventana de su vivienda, inmiscuida en aquellos asuntos cuando David abrió la puerta principal. Su jornada laboral había terminado y entró en la penumbra de la casa con una rigidez de facciones que reflejaba su propia agonía por la pérdida de su hijo. Los murmullos de su esposa le condujeron al comedor, delante de la ventana.

¿Cómo estás después de la pesadilla de anoche?

Cansada, agotada, fatigada y extenuada, pero nunca derrotada.

El saber que tenemos un hijo famoso, probablemente te alivie un poco.

Carol detuvo el masaje y se volvió.

Era lo que debía hacer. Estoy pensando en qué más puedo hacer. Alguien debe hacer algo por nuestro hijo.

Ha sido una buena idea pegar todos esos carteles.

Lo es, pero hay quienes han intentado detenerme. No lo han conseguido, claro.

David se aproximó y la abrazó.

—He estado pensado mucho. Y creo que tenemos que estar juntos en esto.

Carol guardó silencio y se dejó atrapar por los brazos de él.

—Estoy de acuerdo. Ya hemos discutido bastante por una temporada y estoy...

—Cansada, agotada, fatigada y extenuada, pero nunca derrotada. Sí, lo sé. —le dijo con una sonrisa—. Oye, tengo algo que decirte con respecto a Alice, ya que sé lo testaruda que eres y que nunca dejarás de creer que ha sido ella. Pero antes dime, ¿cómo puedes creer que esa pobre desgraciada haya vuelto después de tanto tiempo? ¿En qué te basas para creerlo?

Todas aquellas preguntas asaltaron la mente de Carol como un pelotón de soldados.

—La sangre de gato, y más gatos de la granja de los Paulson han desaparecido. Me lo ha dicho Duncan. Eso apunta a que la sangre con que escribieron el mensaje en la pared es de esos gatos. Alice trabajaba para los Paulson por aquella época. Y luego... la pesadilla de esta noche...

—Considera a la pesadilla como señal de que tus nervios te están avisando.

—No ha sido una pesadilla normal. Era tan real...

—¿Estuviste en la comisaría? —preguntó él de pronto.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No escuchabas. Sólo te interesaba el contrato.

—Bueno, está bien. Lo dejaremos así. Pero si te sirve de algo, he recordado dónde estuvimos en la segunda cita, allí vi que no era una chica para mí.

Carol lo miró a los ojos con nuevas expectativas.

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Lo llamaba su lugar secreto.

—¿Dónde está mi hijo? —inquirió aferrándolo por la camisa en un ataque de nervios.

—Cálmate, Carol. Si no está en la mina abandonada puedes dejar de creer que es Alice quien raptó a Brandon.

—Dios mío. La mina abandonada. Sólo una repugnante campesina podría razonar de esa manera.

—Se lo diremos a la policía.

—Sí —asintió ella; luego esbozó una sonrisa—. ¿Puedes creerlo?

—¿El qué?

—A Bob Anderssen le gustaba Alice.

—¿Cómo lo sabes?

—También he ido a verlo.

—Veo que has estado ocupada.

—Es por mi hijo, por *nuestro* hijo.

Ambos unieron sus miradas. Permanecieron así durante minutos, recordando que no hacía tanto tiempo se prometieron que estarían unidos en lo bueno y en lo mano.

—¿Y qué pasa con Bob?

—Él sabía que Alice fue la causante del Verano sin Gatos.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Carol.

—Porque los vi.

—¿En la mina abandonada? Tenía allí los gatos.

—Exacto.

—Está loca.

—Eso parece —concedió David—. Ahora calmémonos y vamos a cenar alguna cosa.

—Está bien.

Durante la cena, David le dijo que finalmente había firmado el contrato, a lo que ella asintió sin más y luego ambos permanecieron en silencio, ordenando cada uno sus propias ideas en la cabeza.

—Puedo pedir unos días de descanso y estar contigo —dijo él de pronto.

—No.

—¿No querías que te apoyara? Pues bien, aquí estoy.

—También dijiste que uno debía conducir el barco a buen puerto. Ése es tu trabajo ahora, para cuando recuperemos a nuestro hijo, el barco debe seguir en pie y rumbo a su destino —dijo mientras extendía las manos sobre la mesa; David las estrechó con fuerza.

—Presiento que pronto estaremos los tres juntos de nuevo.

—Mañana yo iré a contarle esto a Duncan. Siempre pensé que sería la policía quien nos ayudaría —replicó Carol—, pero por lo que veo es al revés.

—Tal vez ya lo sepan, igual que averiguaron que ha desaparecido un gato en la granja. Ellos hacen bien su trabajo.

—No estoy tan segura. En cualquier caso iré a decírselo.

—Siempre tan terca.

—¿Eh?

—Sí, hermosamente terca —le confesó con dulzura—. Por cierto, no le menciones que sueñas con fantasmas, es una sugerencia.

La cena continuó en un silencio ahora más apacible. Aquella noche ambos lograron conciliar algunas horas de sueño. A la mañana siguiente, con la mente más despejada, Carol desayunó, se vistió con la primera prenda que obtuvo al introducir la mano en el armario y descendió las escaleras del edificio con el café meciéndose en el

estómago. Subió al escarabajo, puso rumbo a la comisaría con la determinación de un aviador.

La anciana Margaret esperaba a que el semáforo de Jointer Avenue pasara a verde. Las nuevas líneas de autobuses circulaban atestadas con las nuevas generaciones de habitantes de Past Grove. El agresivo claxon de un conductor estalló en el aire un segundo después de que otro vehículo frenase detrás, a escasos centímetros. Grupos de estudiantes caminaban en dirección opuesta, hacia la escuela secundaria, con las manos hundidas en los bolsillos y la mirada cabizbaja ante la larga y penosa jornada que les aguardaba. Uno de ellos dio un puntapié a una lata de conservas y rodó hasta una alcantarilla.

Sin embargo, Carol era ajena a la realidad cotidiana del pueblo. Sus manos se desplazaban sudorosas por el volante, debido a la impaciencia por contarle a Duncan los nuevos datos que sabía ahora gracias a su marido, y que por mucho que éste se empeñase, ella tenía la certeza de que no conocía. Detuvo el escarabajo junto a la puerta de entrada, allí reparó en la enorme presencia de Paul, quien abandonaba la comisaría. Ella esperó a que se alejase y sólo después se apeó.

Se adentró en la comisaría con nuevas expectativas y una nueva esperanza floreciendo dentro de ella. La incógnita que todavía le acosaba era si su hijo continuaba con vida.

Encontró a un Duncan desmejorado y abatido sentado sobre la mesa, y cuando Carol asaltó la oficina, los documentos que tenía en las manos se desparramaron por el suelo.

—Buenos días, Duncan.

—Por Dios, Carol, ¿nunca te han enseñado a tocar la puerta?

—Tengo nuevos datos que te pueden ser de ayuda.

Duncan se apresuró a recoger los folios y a reunirlos encima del pequeño mueble metálico en una esquina, lejos de los ojos de Carol.

—A veces creo que eres tú la que llevas el caso.

—Yo lo creo siempre —repuso.

El hombre reprimió un quejido y le preguntó con resignación:

—¿Qué nuevos datos son esos?

—Mi hijo está en la mina abandonada —dijo de golpe, como si sus palabras fueran una sola. A continuación se sentó y tuvo la impresión de que Duncan había desaparecido, y que frente a ella tenía sólo una figura de cera. Los ojos sin brillo estaban detenidos dentro de sus cuencas. Entonces los labios del jefe de policía se mecieron como una masa rosada que intentaba articular palabra.

—¿Qué, qué clase de tontería es ésa, Carol?

—No es ninguna tontería. Soy madre y mi instinto como tal me dice que está allí.

—Joder, ¿así de simple? Maldita sea. Mi trabajo se basa en hechos

y no en misticismo.

—Deja de decir tonterías. Es mi marido quien ha sacado esa conclusión —bufó levantándose de la silla.

—¿De dónde ha sacado una idea tan disparatada como ésa?

Carol suspiró, pues lo que menos tenía en ese momento era tiempo y paciencia para poner al día a Duncan acerca del pasado de su marido, aun así, se armó de valor y dijo:

—Mi marido David estuvo saliendo algunas semanas con Alice.

—Oh, ¿en serio? No lo sabía. Pero ¿qué tiene que ver...?

—La última cita fue allí —interrumpió.

Los ojos de Duncan se alejaron de la comisaría y se ocultaron detrás de velos de oscuridad.

—¿Cómo es posible?

—¿El qué? —preguntó ella.

—Alice está muerta —murmuró, de un modo que dejaba claro que había olvidado que Carol le escuchaba.

—¿Muerta?

Duncan volvió en sí.

—Buscamos durante días enteros y no pudimos encontrarla. No es posible que esté viva.

—Todo encaja.

—No puede encajar. Es imposible —masculló, llevándose una mano al mentón y acariciando su incipiente barba—. Será mejor que dejes de aportar pruebas erróneas y que nos dejes hacer nuestro trabajo. Estás construyendo una falsa realidad con tus fantasías. Creo que puedo comprender lo duro que es que te secuestren a tu hijo, pero es mejor que nos dejes hacer nuestro trabajo. Insisto en ello.

Carol se acercó a la mesa y apoyó las manos encima.

—No tienes ni la más remota idea. Ni lo sabrás. ¿Cómo voy a dejaros hacer vuestro trabajo si lo único que me habéis dado es la sangre de gato? Que mirándolo de otra manera es lo que me ha ayudado a sacar mis conclusiones.

—Están inventando cosas.

—Dame tú ahora una prueba para convencerme de que estoy equivocada. Vamos, una sola prueba.

—Alice está muerta.

—¿Por qué lo sabes, porque nunca la encontraron? ¿Y qué?

—Está muerta.

—No, ha raptado a mi hijo. Está viva y está loca.

—Muerta. Sin vida. No está con nosotros.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió aproximando sus ojos a los de Duncan—. Dime.

—Mantén la calma.

—Lo haré, pero también iré a esa mina a rescatar a mi hijo.

—Sea quien sea quien tiene a tu hijo, no es Alice. Te lo aseguro.

Carol se volvió para marcharse y con la mano en el pomo dijo:

—Es ella, además, he tenido...

—¿Qué has tenido?

—Una extraña pesadilla —confesó en un asalto de nerviosismo, aunque sabía que su marido le había aconsejado que no contase nada al respecto.

—¿Y qué me quieres decir con eso, Carol? Ves, inventas cosas —le dijo Duncan—. ¿Ahora también te valen las pesadillas para tus conclusiones?

—Era real, algo dentro de mí me lo asegura —dijo, abriendo la puerta de la oficina—. Iré a rescatar a mi hijo a la mina. Esa pesadilla es porque Alice quiere hacerme saber que es ella quien está detrás de todo.

—¿Te estás escuchando, maldita sea?

—¡Déjame! —graznó al tiempo que abandonaba la oficina; se dirigió a paso firme hacia la salida de la comisaría y eludió el saludo de Paul, quedando éste desconcertado.

Capítulo 33

Unos años antes...

Una larga risotada salió de Alice en cuanto leyó en el periódico la noticia de su broma particular a la iglesia baptista. Y en primera plana, pensó con satisfacción. Se encontraba inclinada con las manos en las rodillas, frente al puesto de revistas y prensa de Dennis Forel, quien la contemplaba con rotunda desaprobación; su rostro delgado y de pómulos huesudos se contrajo cuando la vio marcharse entre más risas.

La denuncia había sido puesta horas después por el mismísimo McDougall, quien recitaría un acalorado sermón al domingo siguiente. Sermón al que por supuesto Alice asistiría aunque fuera en la última fila. No quería perderse una sola mención a la destrucción del cristal de la torre. Sería uno de los pocos sermones con que verdaderamente disfrutaría, y tenía especial interés en saber su opinión en lo referente al diminuto regalo que contenía la bolsa.

Aquella mañana iba rumbo a la escuela con un excelente sabor de boca. Hacía varios días que su vida marchaba hacia un rumbo mucho más interesante y apreciaba los gestos que la vida le concedía. Caminó con desahogo, moviendo los brazos con un aire de insolencia. Se avecinaba la próxima cita con David y cabalgaría sobre su cuerpo con más violencia e impetuosidad que en la anterior, puesto que tenía pensado tomar las riendas de la cita; le enseñaría a ese chico cómo se disfrutaba de las prohibiciones del pastor McDougall.

Se adentró entre el tumulto de estudiantes desganados por las fechas de los exámenes, sin perder ni un ápice de las buenas sensaciones del día. Sin embargo, se detuvo al ver a Carol, luciendo una camisa blanca con el cuello alzado y los botones superiores desabrochados, proporcionando sensual libertad a sus pechos, donde decenas de chicos tenían puestas las miradas de forma lasciva. Sonreía mientras ascendía las escaleras de la escuela, haciendo a un lado a todo el que osara acercarse a ella sin un mínimo de clase. Despreció a un muchacho delgado cuyas gafas ocupaban toda la cara. Cuando llegó a la puerta se volvió, y su mirada quedó fija en Alice, quien continuaba inmóvil.

Entonces el día se precipitó a toda velocidad a las tinieblas.

¡Oh, mirad, chicas, no todas las mujeres usan champú!

Las miradas se volvieron llenas de expectación y asaltaron a Alice,

evaluándola como una criatura extraña y vulgar.

—¡Alice, saluda! Es tu momento de gloria, concédenos tu horrible olor para alejar los exámenes de nosotras. Por fin serás útil para algo, campesina repugnante.

Las risas estallaron en torno a Carol, pero se desplazaron dolorosamente hacia Alice, en quien había desaparecido el buen humor; ahora su cabeza visionaba afiladas cuchillas insertadas en la carne, buscando hundirse más y más en Carol, quería contemplarla mientras chillaba de dolor en su festín personal.

Las risotadas se desvanecieron en el pasillo de la escuela. Alice quedó sola con sus ideas y el sonido del coche de David, que estacionaba en ese momento. Luego se apeó, se peinó el tupé y cerró la portezuela.

—Hola, Alice. ¿Cómo te va? —dijo, e inició su caminata luciendo vaqueros negros y su chupa de cuero—. Supongo que preparada para el examen.

—Más de lo que crees.

—¿Pasa algo? Tienes mala cara. ¿Otra vez Carol?

Alice asintió despacio.

—Menuda tía es. Plántale cara a esa idiota.

—Lo haré.

—Bien, es una buena noticia —dijo, y cuando disminuyó su tono de voz, agregó—: Oye, espero que no te supiera mal lo de la otra noche. Los dos nos pusimos algo nerviosos.

Alice esbozó una leve sonrisa.

—No pasa nada, chaval. Tendremos nuestra segunda cita mucho más interesante y esta vez será en mi lugar secreto.

—Claro, como quieras. Vamos, terminemos los exámenes cuanto antes. Me apetece un cigarrillo.

—Recuerda que en la escuela hay muchas miradas que no lo aprobarían. Es pecado.

—Que les jodan. Mi padre dice que los hombres tienen que fumar y cazar. Pues ahí va mi obediencia a mi padre —dijo alojándose uno en la comisura de los labios.

—Yo prefiero cazar —le reconoció al tiempo que le arrebataba el cigarrillo.

—¿Eh?

—Hagamos ese tonto examen de matemáticas y salgamos de aquí, quiero enseñarte algo.

—¿Sí? Bien.

Después de que la profesora anunciara el inicio del examen, todos agacharon sus cabezas y comenzó un largo silencio lleno de dudas, suspiros y de ese nerviosismo latente en todo alumno.

La hora de patio llegó como una exhalación de risas que aliviaban

las tensiones de los exámenes. También se alzaron algunas voces a favor de lo ocurrido en la iglesia baptista; otras, sin embargo, no tardaron en hacerse notar con severas amonestaciones.

Alice, con rostro satisfecho, conducía a David por los pasillos hacia el patio. No todos los estudiantes lucían una sonrisa, siendo éstos exclusivamente alumnos que consideraban que habían realizado un mal examen. Y permanecían abatidos, con sus manos ocultando su semblante y ajenos a todo. Principalmente de cómo Alice y David hacían novillos. Abandonaron la escuela secundaria en el coche, y sólo Rebecca, quien había realizado un buen examen, contemplaba aquello sorprendida.

Alice había recuperado su buen humor gracias a los comentarios favorables. Lejos quedaban ahora las burlas de Carol. Estacionaron el automóvil frente al puesto de prensa del señor Forel, ocupado en atender a una mujer que desplegaba ante él una cuantiosa suma de dinero.

—Señora, tenga cuidado con eso, muchos no dudarían en quitárselo.

—¿En serio piensa eso? Hacen falta muchas agallas para robarme a mí, señor Forel. Mi marido no dudaría en levantarle la tapa de los sesos a cualquiera que lo intentase.

—Señora...

—Tome su dinero por el periódico.

—Por supuesto —le dijo el señor Forel, depositando las monedas en un cajón.

Alice volvió su mirada hacia David.

—¿Tienes dinero?

—Sí.

—Bien, vamos a conseguir el periódico.

—¿Para qué? ¿Por qué?

—Ahora lo verás.

Alice exhibió una risa maliciosa frente a Dennis Forel cuando le indicó que deseaba comprar el periódico.

—¿Sientes interés en la prensa, Alice?

—Desde ahora sí. Hay una segunda noticia que es interesante —declaró en tono burlón.

—Humm —dijo el dependiente aceptando el dinero.

David la esperaba junto al coche, con las gafas ocultando parcialmente su perplejidad. Luego se encendió un nuevo cigarrillo. Ella le acercó la noticia en primera planta.

—Mira. ¿No es increíble? Soy noticia por segunda vez en el periódico.

—¿De qué hablas, Alice?

—He sido yo —le confesó.

—¿En serio? —David manifestó su desconcierto mientras leía la noticia—. Joder, tía. Estás como una cabra.

—Soy genial. Además, el pastor me lo debía. Y ahora será más interesante el sermón del domingo.

—¿Asistirás?

—Pues claro, y tú deberías estar a mi lado, apoyándome. ¿No es eso lo que hacen los novios?

—¿Eh? Sí, sí, eso hacen, pero no creo que mi padre me lo permita.

—Oh, vamos. Quiero compartir este momento contigo.

—No prometo nada —dijo él.

—Estuve sola cuando hice lo de los gatos hace ya algunos veranos.

—¿También fuiste tú?

—Sí. —Alice asintió lentamente con exquisito placer—. Sí. Libertad total y absoluta, David. Compártela conmigo.

—¿De qué hablas, joder? A veces te pones rara, tía. Veré lo que puedo hacer para el domingo.

Alice entornó los ojos, y de sus dos finas ranuras asomó un leve recelo.

—Tranquila, cariño. Guardaré tu secreto —le dijo concediéndole un guiño—. Pero ¿qué hiciste con los gatos?

—Te lo enseñaré en nuestra cita.

—Ah, está bien. Volvamos al colegio. Si mi padre me ve por aquí contigo, me matará como a una de sus piezas de caza.

—Tu padre me gusta cada vez más —dijo ella, entrando en el vehículo.

—¿En serio? Pensaba que yo era el único.

—Y lo eres, tonto. Digamos que..., tu padre es interesante. Tiene algo de filósofo.

—¿Y cómo debo tomarme eso? —dijo con buen humor—. En fin, adelante hacia el torturador de cerebros.

—Sí, donde nos dicen cómo comportarnos porque en realidad tienen miedo de que seamos nosotros mismos.

—Deberías ser igual de clara y dura con Carol. Plantarle cara.

—Lo de Carol está aplazado —dijo ella—, me siento bien. Vamos, acelera.

El resto del día continuó sin mayores contratiempos, salvo cuando Alice llegó a casa. Su madre se encontraba sentada a la mesa de la salita, con el pequeño tocadiscos rosa y junto a una pila de discos de 45 revoluciones. Su rostro reflejaba clara desaprobación. Tenía los labios apretados y murmuraba rezos ininteligibles al tiempo que retorcía sus manos.

Alice paró en seco bajo el marco de la puerta y contempló la

escena con un sentimiento de alerta.

—¿Qué pasa, madre? ¿Qué haces con mi tocadiscos?

Un gorjeo insólito, semejante a una alimaña, brotó de su garganta, y cuando éste se detuvo logró articular.

—Debo hallar una forma de destrucción apropiada para este instrumento de maldad.

—No.

—Sí. Es necesario poner fin a esta música que escuchas. Todo irá al fuego purificador del Señor.

—No —insistió con mayor determinación. Luego agarrotó las manos como una gárgola—. No te atrevas, perra.

Ingrid alzó la mirada del tocadiscos y fijó sus ojos como ascuas en Alice.

—Insolente demonio. Pide perdón ahora mismo.

—¿Por qué he de hacerlo, madre?

Ingrid se levantó de la silla, y las patas se arrastraron por el suelo con un sonido chirriante.

—¡Silencio! Esto va a cambiar a partir de ahora. El pastor me ha sugerido disciplina, y creo que es el mejor método.

—Ese hombre no vale nada, no sabe nada. —Guardó silencio con los puños cerrados—. Y tú tampoco si le haces caso.

—Pequeña bestia del infierno, voy a cortarte tu lengua de víbora ahora mismo.

—¡No lo creo, perra de mierda!

—¡Silencio! —exclamó, e inició un movimiento de manos en dirección al tocadiscos.

Alice vio pasar por un segundo todas las emociones procedentes del *rock and roll*, todos sus mensajes cautivadores cuyo propósito distaban de normas disparatadas. Todo aquello se reunió en un punto dentro de su pecho y explotó liberando una ira desmedida.

—¡No te atrevas, perra! —Alice dio un brinco hacia la mesa, aferró el aparato de música y lo alejó de Ingrid, quien abría los ojos llenos de horrendo desconcierto.

—O... be... de... ce... —recitó en un tono lúgubre, y sus brazos se estremecieron de pura impotencia.

—¡No! ¡Jamás! ¡Soy libre!

Corrió por el pasillo, con las manos sosteniendo con firmeza el aparato. Condujo aquella fuente de libertad dentro de un mueble situado en un rincón del cuarto. No sin antes pasar el pestillo que había puesto para impedirle la entrada. En aquella casa llena de imposiciones, pensó que era buena idea marcar su espacio personal, donde las influencias de su madre no eran bienvenidas.

Mientras descendía la tapa del mueble, la puerta sufrió la sacudida de los brazos de Ingrid.

¡Vete! ¡No te quiero en mi cuarto!

¡Abre la puerta, criatura del mal! ¡La tiraré abajo, te lo advierto!

¡Déjame, madre!

Los golpes en la puerta no cesaron hasta bien entrada la noche, cuando los puños de la mujer se agotaron y su furia disminuyó a algo pasajero. Alice permanecía sobre la cama abrazada a sí misma, con el rostro apoyado en los brazos. Su rabia lograba detener la lluvia de lágrimas que amenazaba con desbordarse por la comisura de los ojos.

Hacía minutos, cuando tuvo la impresión de que la puerta cedería a la embestida de su madre, había estado abrazada al mueble que contenía el tocadiscos, protegiéndolo con su propio cuerpo. Ahora, en cambio, su cuerpo se mecía adelante y atrás como una muñeca accionada por pilas. Se encontraba dentro de su mente, libre de las manifestaciones de la noche; lejos del estremecimiento de las ramas de los árboles que poblaban el jardín; lejos de los nefastos rezos de Ingrid, cuya voz sonaba como desquiciados gemidos. Lejos de todo aquello, sólo percibía la ensoñación producida por los acordes de una guitarra, que adormecía sus sentidos como una nana de cuna.

Al cabo de unas horas, Alice abrió los ojos en medio de la oscuridad de la habitación. Su madre finalmente había abandonado sus rezos insistentes y había sucumbido al sueño. Sin embargo, ella no deseaba dormir. Se aproximó a la ventana y la abrió de par en par, concediendo la entrada al viento que surcaba Past Grove, como un horrible augurio de lo que se avecinaba. Los mechones de su cabello negro se agitaron y descubrieron una frente pálida. El maullido de uno de los nuevos gatos que habitaban ahora las calles del pueblo, concedía su cántico a la luna llena, que flotaba enorme por encima de los pintorescos tejados que se extendían varias millas.

Alice se sentó en el alféizar y saltó al jardín. Permaneció agazapada junto a un arbusto durante unos segundos, sintiendo en su interior una crispación desconocida. Saltó la valla de estacas que rodeaba la casa, caminó por la noche hacia la casa de David, a quien despertó arrojando pequeñas piedras a la ventana. El muchacho se asomó cuando la persistencia de Alice se tornó inaguantable porque lanzaba piedras más grandes.

¡Quién anda ahí, joder!

Eh susurró, soy yo.

¿Alice?

Pues claro, chaval.

¿Qué haces ahí abajo? Mi padre te matará.

No lo creo. Baja.

¿Eh?

Que bajes, tío.

—Joder, Alice, son las tres de la madrugada.

—Buena hora para hablar.

—¿De qué quieres hablar a estas horas?

—De ti. De mí. De nosotros.

—Está bien, ahora bajo —dijo ocupando la comisura de sus labios con un cigarrillo.

Las luces de la casa se encendieron y la voz grave de un hombre se escuchó dentro.

—¿Ocurre algo, hijo?

—No, padre. Es sólo que he visto algún animal merodeando por el jardín.

—Maldita sea. Espero no tener que levantarme para esto.

—No, padre. Yo me ocupo.

—Bien dicho, hijo. Esa es la actitud. Pero no te demores y luego vuelve a la cama.

—Sí.

La puerta del porche se abrió y Alice saltó sobre David.

—Soy tu animal merodeando por el jardín, sorpresa, chaval.

—Eh, Alice. ¿Qué pasa? Nunca habías venido —le dijo, y cuando vio sus ojos enrojecidos dijo—: ¿Has llorado? ¿Pasa algo?

—Soy muy fuerte, ¿recuerdas?

—¿Tan fuerte que estás sin dormir?

—Tanto, y mucho más.

David la cogió por los hombros.

—En serio. ¿Qué pasa?

Alice esbozó una solemne sonrisa.

—Ahora ya nada, tío.

—¿Estás segura?

—Pues claro.

—Vale. ¿De qué quieres hablar?

Ella contempló la sólida forma de sus hombros que asomaban por una camiseta blanca cuyas cortas mangas estaban arremangadas. Sus piernas lucían un aspecto magnífico.

—¿Sabes?, estoy de acuerdo con Carol en una cosa.

—¿Con esa tía? ¿En qué?

—En que tienes un cuerpo estupendo —dijo, fingiendo una sonrisa lasciva a la vez que inocente.

—¿En serio? Tiene gracia que esa tía se fije en mí. Curioso. Pensaba que sólo era una forma de molestarte a ti.

—Eh, que no te lo he dicho para que te emociones, tío.

—Tranquila. Sólo era un comentario, Alice.

—¿Cómo puedo estar segura ahora?

David se abalanzó sobre ella con un silencioso beso, que llenó la noche de sabor. Al terminar dijo:

Yo no estoy de acuerdo con ella cuando dice que hueles mal. En realidad creo que sabes bien.

Los ojos de ella centellearon en la noche.

¿Eso crees? Está bien, con esto estoy segura dijo, y pintó una sonrisa de media luna, exhibiendo la dentadura.

Qué boba.

¿Boba? murmuró apretando los labios y descendiendo sus párpados con recelo. Para nada.

La voz del padre de David tronó en la casa.

Hijo, ¿has solucionado lo del animal?

Alice arqueó las cejas.

¡Sí, padre! Está más calmado.

¿Más calmado? ¿Qué quieres decir con eso?

¡Nada, nada, padre! Que ya se ha ido. Lo he asustado con la escopeta.

¡Buen trabajo! Ahora vuelve a la cama.

David arrimó su dedo índice a los labios para pedir silencio a Alice, que estaba a punto de desmoronarse de risa.

No creo que puedas asustarme, chaval.

Calla, joder. Si se levanta y ve que le he mentido se enfadará.

Señor Husman, su hijo ha besado a su animal favorito.

¡Por Dios, Alice, calla! dijo tapándole la boca con la mano.

Vale, vale. Me rindo. Ya me callo.

Mejor. Tengo que subir a mi cuarto. Si no mi padre sospechará.

Está bien, chico obediente. Ve y haz tu buena obra de joven baptista.

Antes de que la puerta se cerrara del todo, el rostro de David apareció en la abertura.

Oye, si quieres puedo pasar a recogerte con mi coche mañana. Iremos juntos a la escuela. ¿Quieres?

Sí, sí quiero. Acepto a este hombre.

Calla, loca. Buenas noches.

Buenas noches, chaval.

La puerta se cerró y Alice quedó de nuevo con su propia realidad latiendo dentro de ella. En cualquier caso, se dijo que aquel chico comenzaba despertar en ella un extraño sentimiento, y tenía la certeza de que su madre lo denominó una vez, el tenerle cariño a alguien. No sabía si aquello era bueno o malo, pero en ningún caso quiso deshacerse de dicho sentimiento, sino que permitiría que creciera dentro de ella. Y regresó a casa con todo esto bullendo en su mente incomprendida.

En la mañana de domingo, Ingrid recibió la noticia de la asistencia a la iglesia con desconfianza. Alice vestía un austero vestido largo, dejando únicamente al descubierto los tobillos, como si Dios se

avergonzara del resto del cuerpo femenino, incluso olvidando que los primeros hijos de Dios vestían la desnudez con inocencia en el Edén. Sus labios se encontraban estirados en una dócil sonrisa, reunió las manos a la espalda concediendo a su nuevo aspecto un aire educado.

—Llegaremos tarde a la iglesia, madre.

Ingrid la contemplaba con perplejidad, sentada a la mesa con un cuenco de leche y tostadas.

—¿Qué clase de astuta broma es ésta?

—No es ninguna broma, madre, quiero asistir a la iglesia.

Ingrid desplazó su mirada por el vestido apropiado para la ocasión.

—Te sienta bien el vestido. No entiendo esa caprichosa moda en las jóvenes de ahora por vestir con pantalones como los hombres. Es inaudito.

Rebecca apareció de pronto, exhibiendo un vestido amarillo que a ojos de Ingrid desataría en exceso la imaginación de los hombres. Entró en la cocina y tomó una tostada estirando el cuello para no mancharse. Sus ojos se detuvieron en la hermana.

—¿Vienes a la iglesia?

—Sí —contestó Alice, añadiendo un leve gesto de cabeza.

—Qué bárbaro, chica, ¿qué te ha pasado?

—Nada. Hoy me siento bien.

—La disciplina ayuda, hija —dijo la madre—. De acuerdo, vayamos las tres a la casa del Señor. En cuanto a tu vestido, Rebecca, no me parece del todo correcto. Recuerda que debes ocultar tu feminidad y concederla sólo en matrimonio.

—Oh, madre, te pido calma, son tiempos diferentes.

—Pero el Señor no ha cambiado, recuérdalo para el próximo domingo.

—Está bien, madre.

Todas las miradas se volvieron hacia Alice, cuando apareció caminando por Crossing Road con el resto de su familia. Y el murmullo se elevó en el aire como una embestida de abejas. La mayor parte de asistentes se abrieron para dejar paso al pastor McDougall, un hombre de tez ancha y nariz de boxeador. Vestía el acostumbrado traje negro de cada domingo. Su expresión se iluminó al contemplar a Alice de un modo extrañamente cordial con la congregación. Saludaba a todos a medida que se topaba con ellos. McDougall dirigió una mirada de interrogación a Ingrid.

—Ni yo misma me lo creo —reconoció ella.

—El Señor obra sus milagros, Ingrid, y su disciplina es benevolente.

—En el caso de mi hija Alice, no estoy tan segura de quién obra los milagros.

—Tengamos fe.

Alice se aproximó al pastor manteniendo su teatral actuación, aunque de buena gana habría estallado en risas frente a la cara del hombre que les decía a todos cómo debían comportarse, pasando por alto el libre albedrío que su Dios había aceptado.

—Buenos días, Alice. De vuelta al rebaño, por lo que aprecio.

—Sí.

—Ahora comprobarás que el Señor es justo y sabio.

Alice entornó los ojos, porque aquellas palabras empezaban a parecerse a un martilleo en su pecho y deseó ponerle fin.

—He venido por mi propia voluntad. Yo misma he tomado esta decisión.

—Hoy tendremos un enérgico discurso. ¿Verdad, pastor?

—Sin lugar a dudas, señora Carson —dijo éste.

Alice sonrió levemente al comentario, pero guardó su verdadero humor dentro de ella, en un punto de su cabeza, donde sólo ella podía acceder. Su mundo libre. Allí, la señora Carson se encontraba atada de pies y manos, siendo fustigada por una vara de fuego, y las risas de Alice eran su única compasión.

—Oh, sí, me encanta —dijo para sus adentros.

—Me alegro de que te guste la idea del discurso.

—Claro, pastor McDougall —se apresuró a decir ella.

—Entremos, entremos todos —pidió el pastor.

Vio a David Husman sentado junto a su padre y su madre en los bancos centrales. Aquella imagen libertina que siempre lucía en la escuela, frente a todos los estudiantes, quedó reducida a un mero títere conducido a voluntad de otros. Los labios pecadores que siempre alojaban cigarrillos se estiraron en una repelente sonrisa que su padre, un hombre recio y dejas pobladas, le permitió.

—¿David? —fue lo único que logró decir.

El muchacho se encogió de hombros.

—Mira al frente, hijo —ordenó la madre, estirando el cuello con arrogancia—. El pastor dará inicio al sermón.

—Sí.

Alice permaneció en el centro del pasillo, desconcertada, reteniendo la cólera que deseaba lanzar con un grito, pero se limitó a sentarse y a disfrutar del sermón. Ingrid dijo a su hija que se sentara a su diestra mientras su hermana Rebecca ya lo hacía a su izquierda. Ella rehusó y quedó sola en una fila central que se vació paulatinamente a medida que los feligreses encontraban el momento oportuno.

El pastor se aferró al púlpito e inició su sermón hablando del atrevimiento de algunos jóvenes de estos tiempos. Y de cómo había llegado a sus oídos comportamientos indignos en una comunidad

baptista. Desaprobó el que muchos chicos se adentraran en el pecaminoso terreno del sexo a escondidas. Alice, igual que todos los alumnos de la escuela, conocía el comité de profesores, cuya función era asegurarse —con escasos resultados— de que el comportamiento de los muchachos continuara siendo digno de un baptista, pese a estar fuera de los ojos del pastor, quien a modo de dictador había ideado un brillante método para tener ojos en todas partes.

Pronto las palabras se cargaron con la conocida ferocidad del pastor, y dejaron de ser meras sugerencias, para convertirse en toda una amenaza para las almas de los que llenaban ahora la iglesia. Las miradas de aquellas familias se tornaron inseguras y temerosas, como si hubieran sido poseídas por una repentina fuerza supersticiosa. Entonces los aleluyas colmaron la pequeña iglesia.

Alice no supo cómo reaccionar al estar de nuevo ante aquel comportamiento sumiso. Empezó a impacientarse de que McDougall no se adentrara en el tema que a ella le había conducido a estar de nuevo allí sentada. Una de las cosas que observó fue que los sermones apenas habían cambiado; seguía insistiendo en el miedo como principal arma, haciendo uso de familiares castigos divinos y cóleras de un Dios a quien nadie conocía realmente.

David lanzaba de cuando en cuando fugaces miradas hacia Alice, quien le mostraba la lengua a modo de burla por el comportamiento falso que demostraba. De hecho, incluso aquel hombre que tenía a su lado había dejado de tener interés para ella; no era un cazador, sólo un padre más que impedía que los hijos comprendieran la vida por sí mismos.

Finalmente el pastor comentó el desagradable hecho que aconteció en la iglesia.

—Ya era hora —murmuró.

Se alejó del púlpito, animado por la confianza que adquiría a medida que expulsaba sus palabras de prohibiciones. Alice pensó que iba a reír, creyó que les lanzaría una risotada a todas aquellas personas que se dejaban asustar por un hombre como McDougall. Pero de su interior nació una rabia que había creído olvidada y vencida por el tiempo.

El pastor agitaba los brazos señalando a modo de juez a posibles culpables de pecados aún no cometidos.

—¡Y tú, y tú! —rugió con ojos desorbitados— ¡Todos vosotros! ¡Todos sois hijos de lo pecaminoso, descendientes de una prole maldita y alejada del Señor! —Suavizó la voz y se abrazó como uno más de los faltos apóstoles que cubren el mundo—. Mi misión sigue siendo la de atraeros a este rebaño santo. Hoy, sí, sí, hoy tenemos entre nosotros a una valiente jovencita que ha decidido volver a la congregación baptista.

Una serie de sentimientos contradictorios estalló en Alice, que no sabía cómo alejarlos de sí. Deseó reírse de aquello que decía el pastor, porque ella no había regresado, sólo estaba allí para mofarse de la bolsa lanzada contra la ventana. Pero ahora que él la mencionaba de aquella manera, no supo si en verdad quería reír; lo que menos necesitaba era que la utilizara para uno de sus sermones, para engañar a más personas en su nombre. Se sintió apresada dentro de un vestido que le concedía un aspecto famélico, lejos de su vigorosa imagen de sublime y exquisita rebeldía.

—Porque la gente siempre regresa al regazo del Señor. Porque decidme, ¿qué hay fuera de la casa del Señor?

—¡Nada! —vitoreó la multitud de asistentes—. ¡Amén! ¡Amén!

—¡NO! —aulló Alice poniéndose en pie.

El silencio dio paso a un murmullo de conmoción; algunos chicos la contemplaron expectantes, deseando que añadiera algo más.

—No hay ningún pecado, no os dejéis engañar por este hombre. La vida es experimentación y aprendizaje. Salid ahí fuera y aprended en libertad —dijo señalando la puerta—. Descubrid vuestra propia verdad.

—Qué insolencia —dijo una mujer cubriendo el rostro de su hija pequeña.

—Qué atrevimiento, en la casa del Señor.

—Qué desgracia para su madre.

—Sabía que no se traía nada bueno entre manos esa maldita cría —graznó un tipo en la primera fila.

—Qué valiente, mamá —se atrevió a decir un niño, en cuya mejilla se estrelló la veloz mano de la madre.

David sonrió mientras asentía.

Alice abandonó la iglesia baptista y caminó hacia ninguna parte, lo único que deseaba era alejarse de todo. Durante un segundo se detuvo, miró por encima del hombro, esperando que David o alguno saliera, que fuese sincero consigo mismo, pero nadie apareció. De hecho, la puerta se cerró, conteniendo las pobres almas condenadas en vida por la voluntad de un hombre.

Capítulo 34

Duncan vio marcharse por segunda vez en pocos días a Carol, con su enérgico carácter tras de sí, como una estampida de búfalos. Desvió la mirada hacia el expediente del viejo caso, donde todo continuaba oculto por fortuna.

—Lo siento, Carol, pero no creo en fantasmas. Alice está muerta —murmuró mientras deslizaba los dedos sobre las hojas, y por un segundo tuvo la sensación de sufrir una leve sacudida eléctrica. Retiró la mano avergonzado por aquella absurda sensación—. Es el momento de la visita a Ingrid.

Introdujo el expediente del caso en la carpeta y salió de la oficina. Paul regresaba con una taza de café enterrada en sus enormes manos.

—Buenos días, jefe.

—Hola. Vengo enseguida —dijo—. Voy a hablar con una posible testigo.

—¿Testigo?

—Sí, voy a casa de Ingrid. Es una cita pendiente.

—¿No es algo mayor para ti esa mujer? —bromeó Paul.

—Qué le vamos a hacer. No he tenido suerte en el amor.

Duncan introdujo las llaves en el contacto. La vibración del motor, que siempre lograba calmar parte de su constante estado de ansiedad, no lo hizo aquella vez. Puso rumbo a casa de Ingrid, con la insólita teoría de si podría ser Ingrid la culpable del rapto.

Cuando se encontró frente al camino de acceso a la casa, y reparó en lo inhóspita y siniestra que se había vuelto la casa, sus sospechas cobraron fuerza. Se apeó del coche cerciorándose de que portaba su arma reglamentaria.

Vaciló antes de tocar la puerta con los nudillos, porque creía haber escuchado un grito. Su mano quedó suspendida en el aire y su rostro reflejaba desconcierto. Entonces golpeó enérgicamente, la madera tronó en sus oídos, pero nadie abrió.

—Ingrid. Abre la puerta, soy Duncan. Tenemos que hablar.

Escuchó de nuevo el grito que atribuyó a la garganta de Ingrid.

—¿Ingrid, qué diablos pasa?

Inició una nueva sucesión de golpes. Al entender que nadie abriría, cerró su mano en torno al tirador y empujó la puerta mientras que con la otra mano acariciaba la culata del revólver.

—¿Ingrid?

Los gritos se desplazaban por el pasillo en una prolongación

eterna de ecos atestados de dolor.

—Pero ¿qué diablos...?

Desenfundó el arma y la aferró con ambas manos. Caminó con precaución hacia la puerta de la que procedían los alaridos. Sin embargo, antes de avanzar dos pasos, ésta se abrió acompañada por un chirrido metálico que arrancó un escalofrío a Duncan, cuyos ojos se habían detenido en la imagen que emergía, lenta y lastimosa, arrastrando tras de sí una cadena apresada alrededor del tobillo. La figura de la decrépita anciana volvió su mirada hacia el policía.

—¿Ingrid?

Los labios marchitos de la mujer se extendieron en una mortecina sonrisa cuando se desprendió de su mano el candado impregnado de sangre.

Duncan enfundó el arma y corrió hacia ella.

—¿Qué ha pasado?

Un penoso gorgoteo brotó de su boca, semejante a un ronquido animal.

—Ahh. Siempre que vienes a esta casa es para contarme alguna desgracia, Duncan.

—¿De qué diablos hablas? ¿Qué es todo esto? —preguntó, arrojando una fugaz mirada al interior del cuarto, donde las tinieblas se mecían a su antojo; la luz y todo sinónimo parecían prohibidos dentro—. ¿Estás enferma?

—Enferma. Es una interesante forma de definirlo. Sí, estoy enferma de pecados. Mi alma abandonó la gracia del Señor hace años.

—No comprendo —dijo; luego la rodeó con sus brazos y la condujo hacia la salita. Reparó en el frío que parecía envolver a la casa, hasta el punto de creer que había penetrado en una enorme nevera—. Hace mucho frío aquí.

Cuando entraron en la salita e Ingrid se sentó en su butaca, él se aproximó al fuego con las manos abiertas.

—¿Qué hacías ahí dentro? Te he oído gritar.

—Pagar mi culpa.

Duncan frunció el entrecejo.

—¿Culpa?

—Mi terrible pecado. Nuestro terrible pecado, Duncan.

—Hace mucho de aquello, y tal vez fue mejor así. Ella habría sufrido mucho y hecho sufrir mucho a los demás.

—Sin duda, sin duda. Eso es cierto también. Pero yo soy su madre y soy quien debe pagar.

El jefe de policía se volvió y la contempló con lástima.

—Recuerdo que McDougall hablaba también del perdón, al menos en ocasiones. Tal vez deberías considerar esa posibilidad.

—¿Cómo puede una madre perdonarse el matar a su propia hija?

El silencio heló la estancia y las llamas parecieron decrecer.

Duncan se rodeó con sus brazos.

—Tengo algo que comentarte.

Ingrid apenas pudo abrir los ojos ante la expectativa de nuevas noticias, así pues, el hombre continuó:

—No sé si estarás al tanto de los nuevos acontecimientos de este pueblo, pero tenemos un problema.

—Aaah, hace tiempo que Past Grove dejó de interesarme.

—Ya veo —dijo, apartando la mirada de aquella imagen lamentable—. Pues te digo que tenemos un problema.

—Esa palabra no me dice nada a mí. La gente no sabe lo que es tener verdaderos problemas.

—Han raptado a un niño, a Brandon, el hijo de Carol.

—¿Esa zorrilla? Tiene gracia.

—Ella se empeña en creer que ha sido Alice quien lo ha raptado.

El silencio regresó de nuevo con mayor intensidad. Las manos de Ingrid se retorcieron sobre su regazo, las abundantes venas que surcaban su piel se hincharon de forma horrible, pero era sufrimiento lo que bullía y no sangre. Los ojos de la anciana hicieron un doloroso esfuerzo por abrirse ante la sorprendente noticia. Lo globos oculares se estremecieron con tanta fuerza que Duncan pensó que saltarían hacia fuera, y que el permanecer por más tiempo en aquella casa le haría perder la cabeza.

—¿Qué clase de tontería es ésa?

—Es lo que le he dicho yo. El culpable pintó un mensaje en sangre de gato. De ahí sus conclusiones.

—Dios mío, sangre de gato —dijo al tiempo que los huesos de su cuerpo entrechocaban entre sí, por el intento de ponerse en pie.

—Tengo también la denuncia del viejo Paulson por la desaparición de un gato. Lo que indica que la sangre fue sacada de ahí.

—Dios bendito. Pero no es posible. Alice está muerta. Lo sé.

—Recuerdo que nunca me enseñaste el cuerpo —dijo el policía contemplando el fuego.

—Todos se empeñan en creer que Alice está viva.

—¿Hay alguien más que lo crea?

—Sí, mi insolente nieto. Maldito bastardo.

—Por Dios, Ingrid es tu nieto. Cálmate.

—Ah, nada me importa ya, estoy vieja y marchita. Sólo espero que la muerte venga a llevarme pronto.

—¿Qué mierda te ha pasado en estos años?

—Nada, y por eso sé que la vida ha terminado para mí. Y también sé que, aunque fue pecado, es mejor que Alice ya no esté con nosotros. Era abominable y estaba llena de maldad.

Duncan se limitó a guardar silencio.

—Maldad. Sólo eso —continuó—. Ninguna clase de amor. A algo así no se le debe permitir la vida. No quiero ni pido que lo comprendas. Sólo espero que nuestro Señor aún me muestre compasión cuando vaya a comparecer ante él en el tribunal supremo, y...

Las palabras de la vieja se desvanecieron en la tétrica atmósfera.

—¿Y?

—¿Crees que se puede volver? —preguntó Ingrid en un severo susurro.

—¿Volver, de dónde?

—De allí donde esté. ¿Puede haber vuelto? Dios mío.

—Será mejor no sacar conclusiones precipitadas. En primer lugar no creo que haya sido Alice —declaró rotundamente—. He venido aquí porque Carol está investigando por su cuenta. Se ha empeñado en que no hago bien mi trabajo. Ha hablado con Bob Anderssen, ha empapelado casi todo el pueblo de carteles con una foto de su hijo. Y ahora está segura de que su hijo está en la mina abandonada, sólo porque su marido le ha dicho que allí pasó con Alice su última cita.

Ingrid tosió una serie de risotadas pastosas acompañadas de flema.

—A qué curiosas encrucijadas nos lleva la vida, mi amigo Duncan. Todo lo que dice ella es cierto. Recuerdo que estuvo unas semanas muy cerca de ese muchacho, David Husman. Aunque no sé adónde iban juntos esos dos desvergonzados, la mina abandonada me parece muy propio de Alice; una mina llena de muerte y maldad como ella.

—En cualquier caso, me niego a creer que un fantasma haya vuelto de donde sea que estén para raptar a un maldito niño —declaró con enojo—. No cabe esa teoría descabellada en mi cabeza. Lo siento. Soy una persona de hechos desde que me convertí en policía. Los hechos resuelven los casos y no las viejas supersticiones. Pero estoy preocupado por cómo me ha interrogado antes Carol. No quiero que una estúpida teoría arroje mierda sobre un caso cerrado hace años. —Duncan comenzó a caminar por la salita.

Ingrid volvió a ser asaltada por nuevas risotadas que sacudieron todo su cuerpo.

—Cada uno debe pagar por sus pecados. No hay escapatoria. Eres culpable de encubrimiento, Duncan. Acéptalo.

El policía se aproximó a la butaca, se arrodilló y clavó su mirada en Ingrid.

—Maldita vieja, sólo acepté ocultar aquello porque te beneficiaba y porque me conmoviste con tus palabras endulzadas, te aprovechaste de mi condición de jefe novato y de mi buena disposición a ayudarte. —Se levantó y se alejó haciendo ademanes despectivos a la mujer.

—Todos nos beneficiamos de apartar a Alice, aunque no todos en el pueblo son conscientes de ello. Tú también te beneficiaste. ¿No fue

tu primer caso de importancia?

—Aun así —dijo, alejándose de nuevo de ella—, me niego a aceptar viejas supersticiones en este caso.

—Nadie te dice que aceptes nada. Esa mujer está chiflada, como todos en este pueblo. Nadie sabe nada, sólo nosotros dos, así que tranquilízate.

—No puedo estar tranquilo cuando tengo a una madre desesperada. La desesperación impulsa a la gente a hacer cosas imprevisibles. No quiero que metiendo las narices en sus suposiciones personales encuentre algo relacionado con el asesinato de Alice.

—No queda nada relacionado con el caso —aseguró la anciana—. Sólo el expediente que te empeñaste en no destruir.

—¿Qué diablos hace tu nieto aquí?

—Está pasando una temporada, nada más. No te obsesiones tanto, la mayor parte de la carga la llevo yo, así que tranquilízate. Alice está muerta y nadie sabrá nada nunca. Y en realidad a nadie le importa.

—Entonces, ¿por qué crees que tu nieto dice que ha visto a Alice? ¿A santo de qué, maldita sea?

—Es sólo un mocoso inútil como su padre. No pierdas los nervios.

—Eso no contesta a mi pregunta.

—Su madre le contó que tenía una hermana llamada Alice, pero afortunadamente le dijo que desapareció.

—¿Su madre? Te refieres a Rebecca. Hace tiempo que no sé nada de ella.

—Sí. Tuvo un accidente de coche, el padre del chico no supo o no quiso hacerse cargo de él y lo dejó a mi cuidado una temporada.

—Dios mío, siento lo de tu hija Rebecca.

—Yo también, Duncan, yo también. De todos era la más sensata, lástima que se casara con ese inútil sin futuro.

—¿Estás segura de que el chico no sabe nada más? ¿Logan has dicho que se llama?

—Sí, estoy absolutamente segura.

—¿Dónde está ahora? Me gustaría hablar con él.

—No tengo ni idea, y a decir verdad tampoco me importa demasiado.

—Ingrid, por Dios.

—Siento que me tengas que ver en este estado, pero después de la muerte de un esposo y dos hijas, una no tiene motivos para comportarse de un modo más alegre.

—Lo comprendo. Sólo he venido a asegurarme de que todo estaba en orden —dijo Duncan, cavilando—. Porque a decir verdad, no tenemos ni la más mínima pista de quién ha secuestrado al hijo de Carol. —Le dio la espalda a la anciana, se aproximó a la puerta de la salita y, antes de dejarla a solas con el fuego, agregó—: Te sugiero que

cuides un poco tu aspecto.

Eludió deliberadamente preguntarle sobre qué hacía en la habitación, puesto que sabía que Ingrid le mentiría como había mentido a todos en el pueblo.

—No te preocupes por mí a estas alturas de la vida. Sólo estoy esperando mi muerte.

Duncan esbozó una mueca de desgana y abandonó la fría casa. Al hacerlo reparó en la plancha de madera situada sobre los peldaños.

—¿Qué diablos...? —Miró por encima del hombro y graznó—: Ingrid, ¿por qué tienes una madera en los escalones?

La puerta se abrió y emergió de las sombras el rostro consumido de la anciana, quien contempló con sorpresa la plancha.

—Debe de haber sido mi nieto. Va en silla de ruedas.

—¿En silla de ruedas, dices?

—Sí, en el accidente, mi hija falleció y él quedó paralítico de cintura para abajo. La usará para subir y bajar. ¿Por qué tanto interés?

—Entiendo. Es curioso, pero ese tono me recuerda al granero de los Paulson. Denunciaron días atrás el robo de unas planchas. Finalmente tendré que mantener una conversación con el chico.

—Actúa como debas, Duncan, pero no me molestes más. Estoy cansada.

Se alejó lanzando maldiciones en su cabeza. Mientras introducía la llave de contacto y el motor iniciaba su ronroneo, se preguntó cuánto de la conversación era verdad y cuántos datos le había evitado Ingrid, sólo porque ella se otorgaba el derecho de hacerlo.

—Sigue considerándome un niño, menuda mujer —dijo para sus adentros, y enfiló Cobber Road con una repentina sensación de que todo en Past Grove estaba a punto de desmoronarse—. En este lugar los secretos no permanecen ocultos por mucho tiempo.

Capítulo 35

Los platos se encontraban bajo la superficie espumosa del fregadero. Hacía más de treinta minutos que Carol y su marido habían terminado de comer y ahora contemplaba ensimismada cómo el vacilante chorro de agua se derramaba sobre el plato que sostenía en la mano.

Después de regresar de la comisaría había mantenido una conversación con David. Le había explicado que finalmente los nervios le jugaron una mala pasada, revelándole a Duncan que había sufrido de una pesadilla vívida. David le había sonreído y hecho mención una vez más sobre su impaciencia e inconformismo añadiendo la palabra vitalidad de inmediato, puesto que la mirada de ella parecía haberse encendido de enojo. Durante la comida, Carol, como si hubiese estado largo tiempo sin poder hablar, fue informando a su marido de lo ocurrido. Sobre todo, del insólito comportamiento del jefe de policía con respecto al estado de Alice, repitiendo éste una y otra vez que la muchacha estaba muerta, con una certeza que la había dejado asombrada.

Ahora, con el plato dormitando en su mano, se preguntaba por qué Duncan había manifestado tanta seguridad a la hora afirmar que Alice estaba muerta. ¿Quién más en el pueblo podía desear el mal de su hijo?

Pese a su repentina ansiedad por compartirlo todo con David, había pasado por alto que tenía pensado acudir a la mina abandonada por su cuenta. Pretendía ahorrarle el que se preocupara por ella; siempre había sabido valerse por sí misma en momentos de conflicto, y esta vez no iba a ser menos. Principalmente si se debía a una vieja cuenta pendiente, que empezaba a volverse algo personal. Si era Alice la culpable del secuestro del niño, deseaba desenmascararla sin concederle tiempo siquiera a respirar. A fin de cuentas no le resultaba del todo negativo el tener delante a aquella maldita campesina.

El plato se desprendió de la mano y fue a parar a las profundidades del fregadero. Carol esbozó una sonrisa llena de desorientación. Enseguida se dijo que ésa era precisamente la reacción con que quería atrapar a Alice; con sobresalto, con un estupor reflejado en su repugnante rostro.

Reflexionó acerca de dónde habría permanecido todo este tiempo, donde la vida la había convertido en adulta y encaminado a la madurez. Se preguntó si la reconocería. ¿Cuánto habría cambiado?

¿Qué le había deparado la vida?

Luego apartó los últimos pensamientos con un manotazo en la repisa de mármol. Sin duda ya no era la Carol de la escuela secundaria, y unos sentimientos de nostalgia la habían invadido de pronto, obligándola a plantearse cuestiones excesivamente sentimentales. Alice era sólo una repugnante campesina, pensó, y si se había atrevido a hacer daño a su hijo, lo pagaría sin importar lo mal que la hubiese tratado la vida.

—Si le pones una mano encima a Brandon, campesina... soy capaz de cualquier cosa.

Casi sin percibirlo, su mano aferró un vaso y lo estrelló contra el mármol. Lanzó al silencio un grito de dolor. Su piel sufrió varios cortes y pronto afloró la sangre roja resaltando en el blanco de la cocina.

—Maldita sea —musitó.

En el baño, el resplandor del atardecer se filtraba por la pequeña ventana. El rostro de ella se encendió de color tostado. Tras parpadear varias veces, cogió esparadrapo mientras rociaba la palma de su mano con abundante agua fría. Los riachuelos de sangre quedaron reducidos a un lejano pálpito. Depositó el esparadrapo sobre el saliente metálico del espejo y del armario extrajo una generosa cantidad de algodón previamente salpicado con alcohol, que aplicó con leve presión en el corte. A continuación rodeó la mano con esparadrapo.

—Es lo que hay.

El corte le hizo considerar la posibilidad del peligro si se encontraba con Alice. No sabía el tipo de persona en que se había convertido. Y si era en verdad peligrosa. Evocó las veces en que ella le aseguraba tener un cuchillo en la mochila.

—¿Quién llevaría un cuchillo a la escuela? Estaba loca. Una repugnante campesina loca.

Todo aquello la condujo a la estancia donde David acumulaba bustos disecados, dispuestos en la pared, delante de la ventana, porque era de los que opinaban que éstos debían recibir la radiante luz del sol. Cosa que nunca entendió Carol, pero respetó incluso resultándole un tanto místico. Y como buen cazador le gustaba contemplar algunas tardes aquellos ojos ahora vacíos de vida, no obstante, una vez la hubo y disfrutaba evocando la valiente tarea de apagarlos.

Un enorme mueble sostenía el peso de centenares de fotografías en que aparecían hombres cuyos rostros delataban satisfacción, templanza y, en opinión de Carol, un tufillo de la infantil vanidad del cazador. Junto al mueble, un compartimiento diseñado en madera de roble y aberturas de vidrio templado. Dentro, y era lo que le interesaba a Carol, había alojados en soportes de metal tres rifles de

caza Browning dotados de mira. Uno de ellos semiautomático. Reparó en la munición del calibre veintidós.

David siempre se había empeñado en que la mujer que viviera con él debía saber defenderse. Ella había accedido a regañadientes, ya que nunca consideró que se vería obligada a disparar. Se equivocó, no obstante, y allí mismo se hallaba la situación donde todo lo aprendido le sería de utilidad.

Desplazó el vidrio hacia la izquierda y un aroma a madera brotó del interior. Fue asaltada con los consejos de su marido, siempre insistente en que pusiera atención y se tomara en serio el tener un arma entre las manos.

Cuidado con el retroceso, estos rifles pueden desplazarte varios metros si no pisas bien en el suelo y mantienes los brazos firmes.

¿Quieres prestar atención, Carol?

Deslizó la mano sana adentro y, al tocar la madera de la culata, experimentó una sólida protección asiéndose en torno a ella.

Digirió su mirada por encima del hombro hacia la ventana. El disco del sol aparecía enmarcado y su intensidad se apagaba lentamente, anunciando que en cualquier momento la oscuridad tomaría posesión de Past Grove. Si quería adentrarse en el Bosque del Miedo sin contratiempos, debía apresurarse.

—Vamos allá. Terminemos con esta duda de una vez por todas.

Se despojó del delantal con una mano, mientras la otra latía con fuerza tiñendo el algodón de rojo. Frente al espejo del tocador, desechó la ropa que la vestía. Se enfundó unos tejanos y una camiseta negra. De un modo dubitativo decidió usar también uno de los chalecos de David; la gran cantidad de bolsillos la desconcertó durante un segundo, pero sin pensar más en ello, encerró sus enormes pechos con el chaleco. Luego coronó su cabello con una gorra, pasando la cola por la abertura.

—Lista —farfulló.

Pese al aspecto de fortaleza que exhibía, no pudo evitar que un sentimiento de inseguridad se aferrara al pecho y permaneciera allí. Descendió con aquel repentino sentimiento las escaleras del edificio, con un rifle al hombro y los bolsillos repletos de balas del veintidós; en el último instante recordó añadir a la lista una linterna.

El melancólico sol del atardecer la recibió en la calle. Tras asegurarse de que nadie la tomaría por loca, se aproximó al escarabajo. Allí con todo aquel equipamiento y el arma apoyada en el asiento posterior, consideró todo lo que una madre era capaz de hacer por un hijo.

El motor del vehículo tosió nubes de humo antes de arrancar. Enfiló Blue Street, sintiéndose prisionera de sentimientos que no logró identificar. Una mezcolanza de absurda heroicidad y una poderosa

necesidad de abrazar a su hijo la condujo al linde del bosque, cuyos árboles parecían interponerse ante ella con astuta malicia, como si éste fuera consciente de la presencia de la mujer.

Se apeó del coche, llevó el rifle al hombro e inició la caminata hacia las profundidades del bosque.

Pasó por encima de un nudo de ramas que se había entrelazado en medio de la senda. El silbido de un viento recién surgido de las entrañas del bosque la sorprendió. Lanzó un gemido de nerviosismo y volvió la vista atrás, en busca del sostén de la luz; deseaba recuperar su mente, cuyo equilibro pendía de un hilo porque el temor trataba aferrarse a ella. Sin embargo, el fuego carmesí del atardecer se teñía de sombras y de un frío glacial que Carol comenzó a percibir como diminutos pellizcos en la piel. Cuando creyó que un silencio opresivo la envolvería, escuchó el motor de vehículos aproximándose al límite del bosque. Los chirridos de los neumáticos al frenar llenaron todo en derredor y luego oyó también los murmullos de personas. Reconoció entre ellos a Duncan y a Paul.

—Han venido —murmuró, y su voz se propagó por la senda abrupta en finas hebras de frío—. Debo seguir.

Se adentró en la negrura despiadada en dirección a la mina.

Capítulo 36

Hacía varios minutos que Danny y Mark habían regresado a sus respectivos hogares. Logan se había despedido de ellos a buena distancia de la casa de su abuela, porque deseaba volver solo, dando un paseo. Entonces vio salir al jefe de policía, detenerse en los escalones del porche y llamarla de nuevo. Tras intercambiar unas palabras con ella, montó en el coche patrulla y desapareció en la distancia. El chico se preguntó qué tendría que hablar un policía con Ingrid, y continuó rodando sobre su silla junto a la valla de estacas, con una sensación de creciente recelo. ¿Se trataría del niño desaparecido? ¿Acerca de la plancha de madera que Alice había robado a los Paulson? Empujó la portezuela del jardín y se internó en el camino de acceso. Ascendió por la plancha y sintió el impulso de agradecer una vez más a Alice que hubiera tenido esa consideración por él.

Al penetrar en la casa percibió el cambio de atmósfera, cuyas emanaciones dañinas se posaron en su piel como una gasa pesada. Encontró a Ingrid en la butaca, observando el fuego en silencio.

—¿Pasa alguna cosa?

—No sé a qué te refieres —respondió ella sin volverse.

—He visto salir al policía.

—Te refieres a eso —murmuró—. Es un viejo amigo.

—Ah.

—Será mejor que me digas de dónde has sacado la madera del porche. Y llamaré a tu padre para que te saque de aquí, no quiero ladronzuelos a en mi casa.

—¿De qué mierda hablas?

—Cuida tu lenguaje.

—Esa tabla la ha puesto... —Se mordió la lengua antes de delatar a Alice. Ahora nadie debía saber que estaba en el pueblo—. Está bien, llama a mi padre. Así saldré de esta casa de mierda.

—Jovencito —dijo volviéndose Ingrid, pero Logan había desaparecido.

Bajaba por encima de la plancha con los ojos surcados de lágrimas feroces. Rodó por el camino de acceso y, cuando abrió la portezuela, no se molestó en cerrarla. Estaba cansado de aquella casa y de aquella vieja que poco tenía de pariente.

El sol se tornó un punto anaranjado en el cielo del atardecer, y las nubes se encendieron de fuego mientras Logan se dirigía hacia el

Bosque del Miedo, donde lo esperaba alguien que no le había faltado el respeto ni se había mofado de él por ir en silla de ruedas. Sobre todo una de las pocas personas que no lo consideraba un hombre incompleto. Cuando cruzó por el puente de madera que daba paso al otro lado del río, contuvo las lágrimas. El rememorar que Alice siempre le incitaba a ser un chico más fuerte, le hizo adentrarse en el bosque con mayor determinación. Pronto pintó una sonrisa en la cara; ahora ella no tendría motivos para llamarlo miedica.

Sin embargo, aquel novedoso valor permaneció en Logan hasta que el bosque se tornó inhóspito cerrándose en torno a él. El silencio se hizo tan profundo que únicamente percibía el resuello de su respiración brotando de la boca en volutas de vaho. Creyó observar las ramas meciéndose a su lado como miles de brazos hambrientos que deseaban apresarlo.

El atardecer se convirtió en noche cerrada y su piel rezumó capas de gélido sudor en augurio del miedo. Sus ojos se movieron hacia donde creía ver algo inesperado acechándole. Por un segundo pensó que su abuela iría en pos de él, lo que contribuyó a que volviese el cuello para atisbar a su espalda. Pero siempre era la oscuridad la única cosa que lo perseguía.

Las manos continuaron impulsando las ruedas de la silla sobre una senda sembrada de hojas negras. Su cabello se mecía a cada esfuerzo por mantener la silla estable. El corazón clamó atención con enérgicos golpes en el pecho.

El pensamiento de que finalmente no había traicionado a Alice de ninguna de las maneras posibles, le reconfortó y le devolvió parte de sus fuerzas.

Capítulo 37

Unos años antes...

A la mañana siguiente, como había prometido, el automóvil de David se encontraba en Cobber Road mientras Alice emergía de la casa con una radiante sonrisa. Se ajustó la mochila que portaba a la espalda y caminó hacia el coche.

—Has cumplido —le dijo al tomar asiento a su lado—. Bien hecho. —Le aplicó un atrevido beso en sus labios.

—Sí, pero creo que voy a tener problemas —confesó.

—¿Qué clase de problemas?

—Mi padre vio lo que pasó en la iglesia el domingo y lleva hablando de ti toda la semana.

No dijo nada y David puso rumbo a la escuela secundaria. Durante el trayecto Alice reflexionaba acerca de lo poco interesante que le parecía el padre de David ahora que sabía que era otro más de los tontos habitantes de Past Grove. Esto, y que el sermón no había resultado ser todo lo divertido que ella había creído, hizo que un nudo en su garganta le impidiera respirar. Ansiaba vivir en un lugar donde las personas no fueran obedientes a las mentiras de los hombres. Un lugar donde la libertad fuera la única enseñanza impartida. El *rock and roll* era el único mensaje que se necesitaba para entender qué era la vida. Había logrado esconder de las manos destructoras de su madre el tocadiscos rosa. Ahora nadie podría impedirle que escuchara a su antojo la música que obraba la magia de la libertad.

—Busca todo cuanto quieras, perra.

David atisbó por el rabillo del ojo el semblante de Alice, y reparó en la presión que ejercían los molares.

—Siento que estés enfadada.

—Sé soportarlo, cari.

—¿Cari?

—Sí, así es como se llaman los novios, ¿no?

—Sí.

—¿Entonces por qué te extrañas? —le preguntó con los ojos entornados.

—Nada, cari —respondió él con una sonrisa—. Es sólo que me ha parecido raro. Creo que nadie me ha llamado así, a no ser mi madre, claro, aunque me dice cariño. Mi padre me dice hijo o muchacho; luego pasa a hablar de la caza y que debo ser un hombre.

—Antes sonaba mejor todo eso.

—¿Ya no te parece que tenga algo de filósofo?

—No.

—Entonces ahora tenemos la misma opinión —dijo David.

Alice se volvió y lo observó con atención.

—Ahora tenemos una cosa más en común. ¿Te das cuenta?

David acudió al silencio y vio aparecer el edificio con cientos de estudiantes en torno a éste, sentados en grupo y compartiendo risas; otros muchachos lanzaban una pelota a la mano enguantada del pitcher, quien les retaba con una expresión ceñuda.

En cuanto el coche se detuvo en una plaza de aparcamiento, Alice se apeó con una leve sombra de disgusto cubriendo su rostro. Y se agravó al ver a dos miembros del Comité de Profesores asomados a la ventana, evaluándola con desaprobación.

—Tendrás problemas con lo que dijiste en la iglesia.

—Esto parece una cárcel.

—Si te sirve de consuelo, yo estoy de acuerdo contigo. Fue impresionante lo que hiciste.

—¿Entonces por qué no saliste conmigo? ¿Por qué te quedaste dentro?

—No lo sé —dijo cabizbajo—. No quiero problemas.

El rechazo se reflejó en Alice.

—Espero que al menos tengamos nuestra nueva cita.

—Claro que sí..., cari.

Alice abrió los ojos al tiempo que su corazón expulsaba un torrente de emociones a las que concedió el nombre de cariño especial. Había sentido sentimientos especiales por su padre, aunque se marchó demasiado pronto como para que éstos se convirtieran en algo consciente. Pero ahora los sentimientos especiales eran para David. Le gustaron aquellas palabras unidas entre sí: sentimientos especiales. Que venían a indicar sensaciones desconocidas para ella, a las que no sabía cómo nombrar. Su madre había llamado amor a algo que nunca le fue agradable a Alice, hasta que descubrió con la edad que aquello no era amor, sino una férrea disciplina en nombre de un temeroso fervor religioso. Amor le sonaba vacío, y las heridas nacidas de los golpes y la correa de cuero, se abrían de nuevo para llenar su mente con recuerdos horrendos.

Sin embargo, sentimientos especiales definían algo cautivador y novedoso en su vida, algo que le producía un placer diferente a su afanada búsqueda del dolor. Pensaba que especial era algo único, exclusivo. De ella y de David.

El estruendo producido por la puerta del automóvil al cerrarse la sacó de sus meditaciones.

—¿Vamos?

—Sí, cari —dijo ella, y los ojos centellearon. Pasó su brazo por la cintura de David y ambos caminaron en dirección a las escaleras.

De un coro de alumnos asomó el rostro desencajado de Carol Bensen.

—Joder, que alguien me dé una bolsa, creo que voy a vomitar —dijo mientras David y Alice subían los escalones. Ella emergió del grupo y se plantó delante—. ¿Qué es esto? ¿Vas en serio con esta repugnante campesina? ¿No me jodas, tío?

—Hazte a un lado, Carol, queremos pasar —dijo él.

—Ya hueles como ella, David. Pronto empezarás a ser como ella, una puta neurótica.

Alice alargó una mano, la cerró en torno al cuello de Carol y, para sorpresa de todos, se hizo el silencio.

—Me estoy cansando de ti. Pronto recibirás noticias mías.

—¿Qué crees que haces, campesina? —rugió asestándole un bofetón—. No te tengo miedo. Loca apestosa.

El silencio aumentó el sonoro impacto. Alice soltó la mano del cuello llevándola a la mejilla colorada.

—Perra. Estás sentenciada.

—Estoy temblando —rio y pronto se sumaron más risas crueles.

—Vamos —dijo David haciendo a un lado a Carol—. Entremos.

Al abrir la puerta se toparon con dos de los miembros del Comité de Profesores, destinados a la buena marcha espiritual de los estudiantes. La señora Charters lucía un austero vestido gris que se iniciaba en el suelo, sin revelar carne pecaminosa, y terminaba en el cuello, de donde brotaba una cabeza en cuyo severo rostro resaltaban dos ojos acusadores. El cabello apretado hacia atrás quedaba firmemente asido en una cola a prueba de tempestades.

—Hemos visto tu violencia en la escena, ahí afuera.

—¿Eh? —David estaba perplejo.

—¿Y qué? —inquirió Alice.

—Queremos tener una charla contigo, jovencita —anunció el hombre. Camisa grisácea abotonada hasta el cuello, donde se reunía piel descolgada. Los labios eran apenas una fina línea petrificada en la cara. Y la calva relucía bajo los focos de los pasillos de la escuela.

—¿Por qué? Me he defendido.

—Has usado violencia.

—¿No es eso lo que usáis vosotros para vuestra inútil disciplina, idiotas? —les acusó Alice—. Dejadme en paz.

—Jovencito, tu padre no aprobaría que fueras acompañada de esta chica. ¿Está enterado de esta relación ilícita?

—¿Eh?

—Te recordamos que una compañía inapropiada no le es agradable al Señor —dijo el hombre—. Puede conducirte a actos

pecaminosos.

—No se preocupe, ya le informaré.

—También debo anunciarte que se te ha visto en repetidas ocasiones fumando cigarrillos en este centro. Ya sabes que eso no está permitido.

—Estoy dejándolo, le pido disculpas.

Alice miró boquiabierta cómo David sorteaba los comentarios con excusas y mentiras. Casi no podía creerlo de alguien de Past Grove.

—Retomaremos tu asunto en otro momento —concluyó el hombre.

—En cuanto a ti, jovencita —dijo la mujer—, estás citada al término de las clases para una evaluación de tu conducta en la escuela.

Alice, con las cejas arqueadas, decidió usar el método de David.

—Ahí estaré, puntual como una baptista ejemplar —dijo. Tuvo que apretar los labios con fuerza para que éstos no liberaran una risotada.

—Esperemos que así sea.

Ambos les cedieron el paso y los chicos iniciaron el camino hacia la clase.

—Menuda perra, esa mujer. Es peor que mi madre. Qué asco. Tengo ganas de tener contigo la cita, chaval. Hay que disfrutar más, que esta gente no nos deja hacer nada.

—Menos mal que no les has plantado cara.

—He creído mejor por ahora usar tu estrategia.

Entraron a la clase, tomaron asiento y Alice, antes de que la profesora entrase, le dijo:

—Formamos un buen equipo, ¿no crees?

—Sí.

—Cari —añadió ella.

David se limitó a volver la mirada al frente porque la profesora ya escrutaba a cada uno de los alumnos exigiendo silencio.

Al terminar las clases, Alice aferró de la mano a David y lo condujo fuera. Mientras avanzaban por el pasillo, ella atisbaba en todas direcciones para no ser sorprendida por el Comité de Profesores. Lo último que necesitaba era volver a tener delante a esos ineptos con su parloteo inflexible acerca de cómo debía ser el comportamiento de una joven estudiante.

A medida que las puertas enmarcadas por la iluminación diurna crecían frente a ella, infundiéndole una sensación somnolienta, su cabeza se colmaba de recuerdos. Cuatro rostros la escrutaban con ferocidad religiosa, porque había sido descubierta introduciendo en la mochila un conejo desollado cuyos ojos todavía clamaban auxilio. La primera boca en acusarla de salvaje endemoniada fue la de un hombre con pulcro bigote y semblante riguroso; sus pobladas cejas, como pelaje animal, y su constitución ancha y de poca estatura le conferían aspecto de enano. Cuando pronunció sus palabras, el resto del comité

asintió cargado de aquella satisfacción visible en personas que experimentan placer secreto en desempeñar su cometido.

—¿De dónde has sacado el conejo? —preguntó la señora Charters.

Alice prefirió mantener a buen recaudo dicha información. No eran quiénes para inmiscuirse en su libre experimentación. Apreció con diversión cómo sus ceñudos rostros se tensaban tanto como una máscara, cuando les dijo que no les diría nada, añadiendo un segundo después que eran todos unos subnormales perrunos. Y supo que había obrado con acierto al contemplar aquellas caras llenas de disimulada irritación por sus estúpidas normas de comportamiento.

—Podéis liberar vuestra ira —les sugirió con sarcasmo—, se ve en vuestras caras que sois unos odiosos puritanos, y que necesitáis urgentemente una noche cargada de placeres.

Los ojos se encendieron de extremo enojo y la mujer mencionó algo relacionado con la santidad del cielo. Todo aquello terminó en más correa por parte de Ingrid.

Alice sintió un enorme fuego interior quemar su corazón mientras se acercaban a la salida, abrían la puerta y el fogonazo resplandeciente del sol les cegaba durante un segundo.

—Vamos, chaval. Nos hemos librado de esos cerdos. No tenemos por qué hacerles caso.

—¡Estás loca, Alice!

—Es el sabor de la libertad —dijo con una sonrisa—. Pronto la saborearás a mi lado. ¿Te gustaría?

—No sé de qué hablas, pero estás loca —dijo con buen humor.

Se detuvieron junto al coche. David se apresuró a peinarse su perfecto tupé. Se colocó las gafas de sol y abrió la portezuela.

—Te llevaré a casa. No quiero que mi padre me haga preguntas de dónde vengo y toda esa mierda.

—Está bien, joven baptista. Deja a tu loca fierecilla en casa.

Lanzó una carcajada al tiempo que tomaba asiento.

La semana transcurrió aportando rutina y monotonía a aquellos habitantes de Past Grove que no sabían despojarse de las limitaciones de su vida. Carol persistía en las burlas hacia Alice, quien auguraba cada vez más cerca su sangriento desenlace; también obligaba a su mente a que le mostrase cómo sería aquel sublime momento: pies y manos atadas por cuerdas, ojos desorbitados mientras observaban la extasiada expresión de Alice. Gritos y súplicas cargadas de dolor. Sobre todo dolor, el ingrediente que ella deseaba saborear con suma avidez. Y qué mejor modo de hacerlo que con Carol Bensen.

Finalmente el viernes noche llegó. Alice se encontraba asomada a la ventana a esperas de que David apareciera a hurtadillas por el jardín trasero. Había decidido vestir tejanos y camisa amarilla. Tal vez no era muy sugerente, pero el lugar donde se efectuaría la cita

requería ropa cómoda.

El muchacho apareció con su atuendo acostumbrado deslizándose de un árbol a otro de un modo absurdo que divirtió a Alice. Lanzó alguna que otra risita al silencio de la noche cuando David se detuvo bajo su ventana y alzó la vista. Aquello le sugirió el amor entre Romeo y Julieta, lo que la obligó a reír abiertamente.

Atravesó el pasillo, procurando que la casa no arrojase ningún quejido en su vieja madera. Si recibía otra serie de golpes por parte de su madre, era capaz de hundirle el filo del cuchillo en el vientre a esa maldita perra.

Pronto se vio libre de cualquier amenaza y se lanzó a los brazos del chico; tupé aceitoso, gafas oscuras y un cigarrillo adornaban una cara de desconcierto cuando probó el sabor del profundo beso de Alice, quien se había encaramado en el cuerpo de David.

—Cálmate, fiera.

—Estoy ansiosa. Es nuestra cita especial, dedicada a nuestro cariño especial.

—Sí, pero salgamos de aquí, no quiero que nos pesquen.

—¿Te avergüenzas de mí? —preguntó ella de pronto.

—Ya sabes que no —repuso conduciéndola hacia el coche—, pero no puedo ir a mi padre con que estoy contigo. Es capaz de usar uno de sus rifles para volarme la cabeza.

—Delicioso.

—¿Eh?

—Nada, andando, quiero mostrarte algo.

—El qué —insistió.

—Mi segundo hogar. De niña iba mucho.

—¿Adónde?

—Calla y conduce, cari. Empieza nuestra cita.

El chico, tras cerciorarse de que nadie husmeaba cerca, arrancó el vehículo y circuló con precaución por Cobber Road, cuyas casas por aquella época eran escasas y se hallaban a buena distancia y cobijadas por grupos de pinos y abetos. Aquello calmó a David, pero no a Alice, quien se manoseaba impaciente las muñecas. Miró por encima del hombro hacia su casa empequeñecida en la distancia. Luces apagadas, pensó. Su madre estaría ya acostada o recitando al pie de la cama versos de la Biblia para espantar sus inexistentes problemas espirituales.

Le señaló qué dirección debía tomar. Al cabo de unos minutos, en que David arrojó incontables colillas al aire nocturno y no dejaba de hablar de su padre y de cómo se enfadaría si llegaba a sus oídos, por parte de alguien, que andaban juntos, llegaron al Bosque del Miedo. Ella le había sugerido un par de veces que olvidara a su padre, que no lo necesitaba, a lo que él respondía con un gemido con los dientes

apretados y un largo silencio.

Se adentraron en la densidad del bosque en silencio. David murmuró que nunca había estado en esa parte tan lejana, y se encendió un nuevo cigarrillo. El extremo comenzó a centellear en la noche mientras el chico advertía su propio temor. Alice caminaba con las manos encerradas en los bolsillos de los tejanos y entonando la cancioneta infantil que tantas veces había escuchado en Past Grove a las niñas que rehusaron jugar con ella.

—Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis..., tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

David continuó exhalando humo.

La lúgubre boca de la mina apareció ante la mirada estupefacta de David; el cigarrillo alojado en la comisura del labio se precipitó al vacío en un silencio confabulador.

—¿Qué hacemos aquí?

—Es mi lugar secreto.

—¿La puta mina abandonada?

—Bah, leyendas de adultos asustadizos —dijo ella—. Las mismas que cuentan del Bosque del Miedo. ¿Vienes?

Alice se encontraba parcialmente cubierta por la oscuridad de la mina. David asintió y ambos penetraron las gélidas galerías tapizadas de listones cortos de madera. Alice le dijo que esperara un segundo. Luego apareció con una antorcha cuyo fuego lamía las tinieblas. Él arrojó la colilla al suelo, entornó los ojos y, tras un atisbo de desconcierto, la siguió más adentro de la mina. Pronto el incipiente frío ocupó las estancias negras. Se hizo a un lado para esquivar una vagoneta con las ruedas encalladas en la roca.

Entonces lo vio todo. Y algo en su interior clamó auxilio.

Los cuerpos de los gatos muertos continuaban atados por las patas traseras, con la salvedad de que no eran ya animales, sino una grotesca masa de carne reseca y putrefacta. Un hedor a corrupción se había posado sobre las paredes de aquella parte de la mina. A un lado yacía un raído colchón y una colcha salpicada de sangre.

—¿Qué es todo esto?

—Los gatos que te dije —confesó con enorme inocencia; tenía sus manos a la espalda en gesto de docilidad y una sonrisa infantil pintada en un rostro dulzón.

—Pero, esto es demasiado, tía...

—¿Qué pasa, no te gusta mi lugar secreto? Tú me enseñaste el tuyo y yo pensé que sería buena idea compartir contigo el mío. Compartir un secreto sagrado es algo muy especial.

—Te agradezco tu confianza —dijo un en tono vacilante—, pero..., no sé si esto es lo adecuado. Creo que llevas demasiado lejos tus ansias

de libertad, tía.

—La libertad es eso precisamente.

—¿Cómo pudiste matar a estos gatos? No lo entiendo.

—¿Qué no entiendes? —dijo ella alojando la antorcha en una hendidura de la roca.

—Todo esto. Ni siquiera los has quitado de ahí.

—¡Claro que no! —masculló—. Es mi trofeo personal, un regalo al dolor extremo.

Alice se aproximó lentamente a David, con los ojos convertidos en una fina abertura recelosa. Ladeó la cabeza y dijo:

—Quería compartir contigo lo más especial para mí. Mis sentimientos más íntimos.

—Yo...

—Vamos, miedica. Disfrutemos de esto juntos. —Cogió a David por la pechera y lo atrajo hacia sí mientras convertía su expresión en una avidez sedienta y salvaje—. Gocemos, chaval.

Entonces se lanzó sobre él con un beso hambriento. Deslizó las manos por la espalda del muchacho en un abrazo apasionado al tanto que hundía sus dedos en la piel. David comenzó a agitarse de excitación, pero al sentir el dolor de las uñas de ella clavándose en su espalda trató de despojarse de los brazos de Alice.

—Espera.

—No. Vamos, tío. No quiero ser la Virgen María.

El chico se vio obligado a hacer uso de la fuerza para deshacerse de ella.

—¡Aparta, joder!

Alice cayó al suelo, con una visible confusión tiznada en su cara.

—¿Qué haces? ¿Por qué me empujas? Creía que te gustaba.

—Y me gustas. Pero no entiendo qué te pasa. Te pones como una loca, a veces.

—Soy así, chaval. Quiero experimentar cada segundo de mi vida, cada suspiro, absorber cada sentimiento.

—Todo eso me parece bien. Pero no es motivo para matar animales de este modo. Aún estoy asimilando esta escena. ¿En serio quieres que hagamos el amor en ese colchón?

—¿Qué tiene de malo? Es un lugar íntimo. Nadie nos oirá gritar de placer.

David extendió una mano demandando silencio.

—No importa.

Alice se irguió como una cobra. Los ojos centelleaban ante el fuego ansiando su éxtasis prohibido. Caminó hacia el chico con paso seductor, y se lamió los labios cuando le asió de las manos.

—Vamos, ¿qué te pasa, de qué tienes miedo? ¿No me deseas aquí y ahora?

David la contempló con una insólita sensación de bochorno alimentada a su vez por un deseo desenfrenado de poseerla. Los tejanos se amoldaban de forma sugerente a las líneas firmes de sus muslos y caderas. Las sombras danzaban en su rostro, y sus labios permanecían entornados en una obscena llamada al libertinaje más descarado. Sus pupilas encendidas por el candor del fuego le incitaron a renunciar a sus miedos y vergüenzas. Alice asomó su lengua tentadora con burla.

—Sí —susurró, sin resistirse por más tiempo.

—Entonces, adelante —dijo complacida—. Gritemos juntos, y que ese grito sea escuchado cada noche en boca de todas las mujeres que quieren ser libres.

Ambos cuerpos se abrazaron bajo la esfera luminosa del fuego. El compañero que nunca había fallado a Alice se encontraba presente, envolviéndolos con su calor, haciéndoles olvidar el frío de la mina. David la abrazó despacio primero, dubitativo; en cuanto le quitó la camisa amarilla y las sensuales curvas de ella quedaban al descubierto, la arrimó hacia él, con un deseo perfilado por sus palabras, apenas comprendidas. Aun así, sabía que aquella chica era diferente al resto, con su fuerza y sinceridad por la vida.

Ambos labios se unieron en una desenfrenada búsqueda del perfecto ajuste, suma de dos bocas cuyo jadeo se tornó exquisito, y se prolongó hasta que Alice se afanó nuevamente en hallar mucho más detrás de las formas sensuales del chico. Así pues, las uñas dejaron los surcos en la espalda desnuda de David. Pero esta vez no vaciló, y experimentó una poderosa liberación al verse por primera vez dentro de ella, tan cerca de alguien.

—¡Joder, Alice!

Ella lanzó su propio grito de explosión al sentirse placenteramente ocupada. Las caderas de ambos se mecieron en un frenesí rítmico que arrancó carcajadas licenciosas. Alice deslizó su boca ardiente por la piel del chico en repetidos besos suaves, mientras su cadera continuaba siendo embestida con un delirio descontrolado.

—¡Así, David! ¡Más rápido! El placer consciente. La vida. Siénteme. —Entonces los violentos dedos le abrieron surcos todavía más profundos y las gotas de sangre corrieron por la piel del muchacho. Alice sacudió la cabeza a ambos lados del viejo colchón y se dejó llevar por su necesidad descarnada de dolor y destrucción—. ¡Así! ¡Vamos! ¡Así! ¡Quiero más! ¡Más!

A medida que su alarido se prolongó en los corredores de la mina, lo aferró del cuello y presionó hasta contemplar la asfixia y la apremiante necesidad de oxígeno en los ojos de David.

—Aalicee —logró articular.

Ella, con un enérgico movimiento, rodó sobre el colchón y ahora

pasó a situarse encima, donde tendría a merced a David, con sus ojos rogando que se detuviese.

—¿Sufres? Delicioso dolor.

El muchacho le asestó un fuerte manotazo en la mejilla.

—Déjjjaame.

—¡¡Sufre!!

Pero al segundo golpe, Alice fue a estrellarse contra el muro tapizado de madera.

—¡Ah!

—Estás loca, tía. Eres una puta demente —farfulló con esfuerzo—. Carol tiene razón. —Se levantó y se apresuró a coger su ropa.

Alice se aplicaba un masaje en la mejilla colorada. Lo vio enfundarse los pantalones y las botas.

—Estás loca. Has intentado matarme —la acusó, con la chupa de cuero sobre su torso desnudo; la camiseta blanca la tenía entre las manos—. Me largo.

—¿Qué pasa?

—Que estás loca. Eso pasa.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Entonces ve a un médico de la cabeza para que te lo explique.

David se adentró en la oscuridad de la mina y Alice permaneció bajo la esfera de luz procedente de la antorcha. El calor que emitía no la censuró, ni la abandonó. A continuación, cuando los pasos del chico se escuchaban lejos, se acurrucó en la pared, con las piernas flexionadas en el pecho y el rostro enterrado en sus manos.

Pasó el fin de semana en silencio y arrojando fugaces miradas por la ventana, a esperas de que David apareciera y volvieran a abrazarse. Pero nadie apareció y quedó sola en su habitación con los coros de *Little Bitty Pretty* de Thurston Harris como compañía. Su madre había salido y su hermana Rebecca andaba con los muchachos del pueblo. Algunos coches pasaban de largo por Cobber Road cargados de risas y grandes expectativas para el fin de semana. Creyó oír a David riendo y revelando a todos su secreto y llamarla loca, en uno de esos coches. Luego lo atribuyó a su imaginación y cedió a las lágrimas sin entender, sin poder detenerlas y qué significado tenían. Siempre se había creído una muchacha fuerte y decidida hasta el punto de que muchos le dieron de lado, pero no logró interrumpir las lágrimas desconsoladoras que arreciaban por su rostro blanquecino.

Permaneció sobre la cama, ajena a todo y ensimismada en un mundo que bullía dentro de su cabeza, donde anidaba una libertad no comprendida y rechazada. Su madre tocó varias veces la puerta a lo largo del fin de semana, pero no con demasiada insistencia, así que no comió y apenas bebió agua de una botella que normalmente tenía sobre la mesita. Una de las ocasiones fue para que quitase el *rock and*

roll. Rehusó obedecer como tantas veces. Más tarde escuchó reír a su hermana y contar a Ingrid que se veía con un chico de la iglesia, a lo que la madre puso cierta resistencia al principio, pero acabó cediendo a las irrefrenables ansias por vivir de la muchacha.

Acurrucada se preguntó qué le ocurría, qué sentía. Por qué un doloroso torrente de emociones apagaba su vida, y su fortaleza. Qué era aquello que ocupaba su corazón, robando espacio al resto de sentimientos. Su hermana iba con un chico y parecía feliz; en cambio ella había ido con un chico y experimentaba un vacío inagotable, tan opresivo que la estrangulaba como un simple papel.

La mañana del lunes anunciaba tormenta, pero Alice no concedió importancia a las gotas que se precipitaron finalmente sobre el pueblo, mientras ella caminaba sola hacia la escuela. Había esperado a que David la recogiera como propuso, pero una vez más no apareció. Y era tarde para coger el autobús para que Bob Anderssen la llevara. Condujo su cuerpo lleno del dolor que había anhelado siempre y se preguntó de nuevo por qué le ocurría aquello.

Frente al edificio de la escuela secundaria, recordó haber olvidado el cuchillo que traía a la escuela. Lanzó un suspiro al no reconocerse como ella misma y continuó rumbo a las escaleras.

Al atravesar la puerta, con ojos lánguidos, reparó en que el rumor que siempre inundaba el pasillo desaparecía a medida que ella se adentraba entre los estudiantes. Se abrió un denso silencio que podía apresar con las manos. Todas las miradas se dirigieron entonces hacia ella. En medio de aquellos rostros se sintió evaluada con desprecio. Buscó a David para encontrar su protección, pero una vez más no apareció. Sin embargo, se topó con la expresión triunfal de Carol, que sonreía con desdén.

—Sola otra vez —dijo en el sofocante silencio—. Y esta vez será para siempre, campesina repugnante. Nadie te quiere, vete lejos con tu mal olor.

El estallido de risas se inició al final del pasillo, lo que produjo cierto alivio en Alice, pero el resto de alumnos se unió a las risas estridentes y torturadoras. Pronto el pasillo se sumió en una algarabía enloquecida.

—Loca.

—Campesina maloliente.

De pronto, las voces aunaron todas la misma letanía funesta.

—Loca campesina. Loca campesina. Loca campesina. Loca campesina. Loca campesina.

Alice se volvió hacia todos como una bailarina. Contempló las caras exaltadas y escuchó cómo las voces se intensificaban en torno a ella en una burla cruel. Carol mantenía silencio porque no era necesario que aportase nada más.

Los estudiantes se reunieron en derredor de ella, con los ojos desorbitados, las bocas retorcidas en su cántico pernicioso y empezaron a empujarla.

¡Vete!

No te queremos.

Alice, con los ojos llenando su cara, se abrió paso por entre los cuerpos y, al tiempo que corría hacia la salida, pensó en lo reconfortante que hubiera sido disponer del cuchillo que siempre traía. Antes de emerger a la tormenta, escuchó a uno de los miembros del Comité de Profesores farfullar algo y, un momento después, el torrente de alumnos regresó a clase.

Las puertas se cerraron por su propio peso y Alice corrió hacia cualquier parte donde no ser vista, deseaba desaparecer y ser invisible a todos. Guardarse de miradas inquisidoras o burlonas que no le permitieran ser ella misma. Con gusto habría succionado la garganta de todos si hubiera podido.

Se sentó en el bordillo de la acera. Antes de ocultar su rostro entre sus manos y hundirse en su oscuridad interior, llegó a ver a David apeándose del Buick como cada mañana; echó un vistazo a su siempre perfecto tupé y continuó hacia las escaleras sin reparar en Alice, quien ahora semejaba un pobre bulto de huesos, ropa y cabello mojado. Se sintió mejor cuando desapareció dentro de la escuela. El no ser vista le alivió y pudo dar rienda suelta a sus lágrimas, que de nuevo se deslizaron por sus mejillas blancas mezclándose con la lluvia.

Un aluvión de pensamientos sobrecargó su cabeza y sintió un deseo irrefrenable de chillar. Se sentía traicionada por David y aquello le produjo un dolor como si estuvieran arrancándole la piel a tiras. Jamás había contado a alguien nada de su parte íntima, principalmente porque nunca había tenido a quien hacerlo. Ni siquiera había tenido necesidad de ello, pero desde el verano había sufrido extraños cambios que la habían conducido a todo esto. Había sido una niña solitaria inmiscuida en su búsqueda personal del dolor y se había conformado con ello, ¿por qué ahora había sentido necesidad de tener amigos? ¿Por qué necesitaba ella transitar por ese periodo que los adultos llaman adolescencia? Sobre todo si en ésta una no dispone de toda la libertad posible.

Gimió de rabia al no poder despojarse de sentimientos tan contradictorios.

Carol no sabría nada si él no le hubiera revelado algo de la cita. ¿Por qué se lo ha dicho a Carol? Esa perra. Te mataré, perra.

Entonces escuchó la puerta de la escuela abrirse, y un miembro del Comité de Profesores la llamó desde la distancia. Alguien sabía que el pequeño cuerpo acurrucado bajo la lluvia era ella.

¡Señorita Alice, venga enseguida aquí! Le recuerdo que tiene una reunión pendiente.

No respondió. Ni siquiera se volvió para anunciarle que sus ojos ardían de cólera. Se limitó a levantarse y correr por Jointer Avenue rumbo a casa. Los que la vieron concedieron poca importancia al asunto porque ya sabían lo excéntrica que era. El viejo Adams se encontraba plantado delante de la puerta de su barbería y, cuando la vio acercarse como un barco a la deriva, creyó oportuno entrar en el local y cerrar la puerta; sin duda lo mejor era estar lo más lejos posible de aquella maldita cría, pensó mientras ella cruzaba delante del ventanal que anunciaba sugerentes ofertas para ese lunes.

De un empujón hizo a un lado a su madre, y se dirigió en tromba a su cuarto. Ingrid observó el reguero de gotas que dejaba a su paso y se preguntó qué motivo había llevado a esa criatura del demonio a llorar.

Alice cerró la puerta tras de sí y se derrumbó como un traje en una percha. Las rodillas sufrieron un choque considerable contra el suelo, pero aquello no se podía equiparar a la desenfrenada mezcolanza de sentimientos que pugnaban por dominar la personalidad de ella.

Ingrid tocó la puerta.

¿Qué es esa forma de entrar a casa? Además, deberías estar en la escuela. ¿Se puede saber qué haces aquí?

De pronto vio a su madre colgada de los tobillos meciéndose en una lenta agonía de sufrimiento. Alice, con un semblante aterrador, se encontraba junto al cuerpo carente de brazos, sosteniendo la vara de acero con que golpeaba al ya destruido cadáver. Los golpes se entremezclaban con las risotadas placenteras ante la visión de su madre finalmente muerta. La justicia de Alice, pensó mientras continuaba oyendo los insistentes golpes de Ingrid.

¿Me estás oyendo? Llevas unos días más raros que de costumbre. Maldita sea graznó alejándose por el pasillo. Estoy cansada de esto.

Yo también murmuró Alice.

Se puso en pie y se aproximó al mueble que ocultaba el tocadiscos. Atisbó por encima del hombro como un acto inconsciente, no quería que nadie viera por nada del mundo de dónde sacaba la diminuta llave que abría el mueble. Desplazó unos centímetros el armario de la ropa. Se agachó, quitó una pieza de madera del rodapié que decoraba la habitación y quedó al descubierto un pequeño hueco donde dormitaba la llave. Con ella abrió el mueble y accionó el aparato. El silencio dio lugar a un resuelto ritmo de guitarras.

No tardó en escuchar a su madre una vez más maldecir en el nombre de Dios, pero aquello a Alice le importaba bien poco. Todos

recibirían pronto su merecido, se dijo, tratando de encontrar dentro de ella parte del buen humor que la había caracterizado tiempo atrás.

Aquella noche de lunes soñó con cadáveres sonrientes, enormemente agradecidos por lucir un abierto corte en el cuello del que manaba sangre. Era el Comité de Profesores, ahora silencioso y lejos su influencia de todos. Flanqueando los cuerpos, se encontraban Carol, cuya sonrisa carecía de dientes, y el pastor McDougall, quien sin lugar a dudas no sostenía su Biblia entre las manos, sino un decorativo excremento atestado de un buen número de moscas. Alice estaba frente a ellos, con una expresión de irónica paciencia mientras les enseñaba los beneficios de la libertad extrema.

Para desgracia de Alice, el sueño fue interrumpido por los primerizos rayos de sol entrando en la habitación a través de la ventana.

—Vaya —murmuró para sus adentros.

La aguja saltaba sobre el disco de 45 RPM y en lugar de la música sonaba un repetitivo rasguño. Alice levantó la aguja. Se dijo que era martes y que debía volver a clase, pero de pronto fue asaltada por la idea de que en Past Grove el Comité de Profesores estaba muy vivo y la requerían para una reunión de disciplina. Se resignó a pasar el día lo mejor posible. Luego esbozó una sonrisa al alzar la almohada y descubrir que el cuchillo de cocina continuaba allí, a espera de que un atrevimiento singular floreciera en ella para dar su merecido a Carol, la perra de Past Grove. Sin embargo, no sabía cómo desempeñar semejante tarea.

Pero pronto las circunstancias se desarrollarían del modo acertado para que ella encontrase la motivación suficiente.

Retomó su costumbre de usar el autobús a su servicio particular. Bob Anderssen la saludó animado de volver a verla. Ella trató de devolverle una sonrisa amistosa, aunque tuvo que hacer acopio de fuerzas casi olvidadas.

—Hace semanas que no te veía por aquí.

—Sí. He tenido chofer.

Los ojos de Bob se ensombrecieron y ella lo advirtió bajo su gorra de conductor.

—No preocupes, Bob, no tengo chofer ya.

—Creo que entiendo a lo que te refieres con chofer.

—Bueno, no quiero hablar de eso, ¿vale?

—Está bien, como quieras —dijo él.

—Eso es, como yo quiera. Siempre —susurró Alice con un hilillo de voz apenas perceptible.

El autobús trazó su ruta. Ella trató de buscar con la vista el coche de David, pero no dio resultado. El camino a la escuela se desarrolló tranquilo y con un silencio dentro del autobús que Alice agradeció.

Bob era de aquellas personas perspicaces que sabían cuándo mantener la boca cerrada.

El autobús se detuvo entre relinches metálicos y suspiros de bestia de hojalata. Con la mano derecha aferrada a la barra vertical de seguridad, lanzó una mirada interrogativa a Bob y dijo:

—¿Has traicionado alguna vez a alguien?

Él contempló el reflejo de Alice en el retrovisor.

—No, nunca. Quien nos traiciona no nos merece. Recuérdalo.

Alice abrió los ojos sorprendida.

—Vaya. Me gusta eso que dices. Ojalá hubieras sido tú, Bob —dijo, y se apresuró a descender antes de que el conductor pudiera responderle.

Una lágrima trataba de escabullirse por la comisura de sus ojos. Parpadeó rápidamente, pero eso agravó la situación y terminó por caer por su mejilla como un diamante único. La brisa que comenzaba a levantarse resecó sus mejillas como un trapo. Sus piernas no respondieron cuando les concedió la voluntad de caminar. Se petrificaron sobre la acera en una prolongación. Contempló a David, quien se apeaba del coche. Aquella vez le acompañaban Kenneth y Dennis; todos exhibían cigarrillos humeantes y expresiones altivas. Pero lo peor de todo para Alice, fue observar a Carol correr hacia él, con sus enormes pechos meciéndose bajo el suéter rosa.

—¡David! —aulló, con expresión desinhibida— ¡Están locas por ti!

Los dos muchachos fijaron sus miradas en las deliciosas protuberancias; David desenfundó su pequeño peine y lo deslizó por el tupé.

—¿Qué quieres, Carol? —dijo, escrutando su rostro en el espejo exterior derecho.

Cuando se irguió, ella se lanzó a los brazos del chico, que la recibió con desgana, aunque no pudo aludir lo reconfortante que eran esos pechos apoyados en su cuerpo.

—Hola. —Extendió una picarona sonrisa—. ¿Cómo te encuentras hoy de tu desamor?

—Estoy bien, Carol. Ahora déjanos espacio para avanzar hacia la escuela.

Kenneth y Dennis se miraron el uno al otro, desconcertados al ver cómo Carol era rechazada una vez más por David. Dennis se mordió el labio inferior al tanto que asestaba un codazo a su amigo.

—No puedo creerlo. Si se me acercara a mí de ese modo no dudaría en hacerla mía.

—Bah, nunca se te acercará con esa cara de rana. Así que resígnate, tío.

—Quiero que me lleves en este coche tuyo —dijo, sin dejar de manosear la espalda de David—, como llevaste a esa campesina

repugnante. Pero no olvides lavarlo antes.

—Déjalo ya, Carol.

Al cabo de unos minutos, mientras caminaban todos en dirección a la escuela, Carol había logrado parte de su objetivo. David le sonrió en dos ocasiones.

Alice experimentó un amasijo de retorcidas emociones. Primeramente, la de mayor intensidad era la decepción, pero cuando había aparecido Carol la perra, dicho sentimiento se diluyó dando paso a una fortalecida rabia, que se abría paso en su cuerpo como un terremoto que desestabilizaba la quietud de su mente.

—Acabarán juntos al final —murmuró—. Y no sé por qué me preocupo. Siempre he pasado de los chicos.

Cerró los puños con tanta fuerza que las uñas se incrustaron en su carne, abriendo cortes sangrantes. Pronto la acera quedó sembrada de gotas cargadas de furia. Suspiró aliviada al recordar que el cuchillo volvía a acompañarla. Si alguno intentaba molestarla, más sangre correría, pensó.

En las escaleras, Carol aplicó un beso a David, acompañado de vítores por parte de Sarah y demás chicas. Él se dejó llevar por el dominio de Carol, pero en cuanto reparó en la presencia de Alice, quien se acercaba lentamente a la escuela, la hizo a un lado con la expresión cargada de retraimiento.

Alice estaba quieta al pie de las escaleras con los ojos puestos en la pareja. Luego algunas miradas se dirigieron hacia ella.

—¿Qué pasa ahora, David? —Carol se volvió al lugar que señalaba el dedo burlón de Sarah—. Otra vez tú —dijo con aspereza.

—Es día de clase —le dijo—. Así que hazte a un lado y déjame entrar.

David se limpiaba los restos de Carmín de su boca con cierto reparo.

—Oye, campesina repugnante —bufó, y descendió los escalones hasta colocarse a escasos centímetros de Alice—. ¿Por qué no te largas de una vez?

—No quiero, quiero entrar en clase —dijo, y arrimó más su rostro—. Hazte a un lado, perra. —Agitó las manos para añadir más decisión a las palabras; un reguero de sangre procedente de las manos surcó el aire y un murmullo de confusión nació del grupo de estudiantes congregados.

—Oye, Carol, olvídala —intervino Sarah—. Esa chica es muy rara. No vale la pena.

—¿Oyes eso, tarada repugnante? Te olvidamos. —Carol se volvió, subió las escaleras y aferró a David por la cintura; luego se giró y dijo—: Este cuerpo es ahora mío, campesina. Tú búscate un animal.

—No creo que sea necesario esto, Carol —dijo David.

Diversas risas sonaron vacilantes y, tras cerciorarse de que no había peligro, aumentaron para convertirse en un dañino estallido que quedó suspendido en el aire frío.

—Andando, chicos. Olvídate de esa basura, tío. Conmigo has aumentado de nivel. ¿No te alegra saberlo?

—Pero no creo que debas estar metiéndote siempre con ella. Es sólo una pobre chica.

¿Pobre chica? ¿A eso había quedado reducida la relación de ellos? El corazón dentro de Alice se detuvo y fue sacudido por el mayor dolor que camina sobre la tierra: el desamor. Aun así, sintió la necesidad de añadir la última palabra a toda aquella situación.

—¿David?

Las risas se desplazaron al interior de la escuela, a los pasillos, y allí se detuvieron cuando el Comité de Profesores apareció. David se detuvo con la puerta en la mano y volvió la cabeza.

—Alice, lo siento... yo...

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha ido mal?

Él dejó que la puerta se cerrara y la miró en silencio.

—Mi padre se ha enterado de que iba contigo y no le ha gustado, como yo suponía.

—Pero, ¿por qué?

—Mi familia es muy devota y no aprueba tu actitud en la iglesia. Lo siento.

—¿Y Carol? ¿Qué hay entre vosotros?

—Carol no tiene nada que ver.

—Pero si os he visto besaros.

—Ha sido ella, ya sabes cómo le gusta jugar con la gente.

—¿Y ya está?

—No puedo hacer nada, Alice —dijo con voz quebrada—. Lo siento. Le diré a Carol que te deje en paz, descuida.

Los brazos de ella cayeron al vacío y su cara se tiñó de sombras. Las gotas de sangre continuaron estrellándose en el ya considerable charco púrpura.

—Pensaba que yo te gustaba.

—Eh... sí. Me gustas, pero entiende que tengo que tener cuidado con enfadar a mi padres. No soy como tú, no puedo desobedecer de la forma que tú lo haces.

—¿Y por qué se rieron ayer todos de mí? Le has contado algo a Carol.

—En esto tengo parte de culpa. Perdóname, pero me lo sonsacó.

—¿Que te lo sonsacó? —inquirió cada vez más agitada.

—Sí, pero como te he dicho, le obligaré que te deje en paz.

—Traidor —masculló.

—¿Eh, cómo dices?

—Yo confié en ti. Te revelé mi lugar secreto y tú se lo has contado a esa perra. Estoy segura de que ella se lo ha contado a sus amigas. Por eso se rieron.

—Te pido perdón. No sabía que era tan retorcida. Hablaré con ella.

—Traidor —susurró con la voz quebrada.

—Vamos, Alice. Sólo es una mina abandonada.

—¡Era mi secreto! Confié en ti. Se llama traición.

—Alice...

Salió corriendo en pos de su soledad, siempre a esperas de que regresara a sus brazos, sin cabida para nadie más y donde no sería traicionada.

La segunda vez que la vieron corriendo por Jointer Avenue, dejando a su paso un rastro de perlas rojas, muchos se hicieron a un lado porque no querían verse inmiscuidos en ningún problema en que estuviera Alice. Una mujer cubrió los ojos de su hijo; un coche frenó en un cruce al límite de arrollarla; varios perros ladraron detrás de vallas de madera.

Cuando abrió la puerta, Ingrid salía de la cocina con una hoja en la mano y los ojos encendidos. Al pasar Alice junto a ella acertó a coger una de sus muñecas y a retorcerla.

—¿Qué haces, perra? Suelta, ahora no tengo tiempo para ti.

—He recibido esto de los profesores —anunció a la vez que sacudía la hoja en la mano—. Están muy disgustados contigo.

—¿Y qué? Hay más cosas en la vida que esos puercos. Déjame, madre. Tengo mis propios problemas.

Tironeó de la mano tratando de zafarse de la garra de cuervo que la había apresado, pero desistió cuando observó que la madre cerraba con más fuerza. Los ojos de Ingrid se iluminaron de aflicción al advertir la sangre que nacía de las manos de su hija.

—Estoy cansada de tu actitud. Muy cansada.

—¡Me da igual! ¡Suelta!

La mano, con hoja inclusive, se estrelló violentamente sobre la mejilla, llenando el silencio de la casa con un despiadado chasquido.

—¡Ah!

—¡Así aprenderás! ¿Qué has hecho esta vez? ¿De qué es esa sangre, hija del demonio?

La mano volvió a asestar con fuerza un nuevo golpe, esta vez más alto. Un dedo fue a parar a la comisura del ojo izquierdo de Alice, quien chilló con fuerza al percibir la horrible presión en dicho ojo.

—¡Madre! —Se llevó ambas manos a la cara.

—¡Basta, no me llames de ese modo! —graznó la mujer y arrojó su puño cerrado contra el ojo de Alice—. ¡No me mereces, pecadora!

Entonces la muchacha sintió cómo una explosión interior sacudía

todo su cuerpo. Era como si toda ella rezumara fuego.

—¡Perra! ¡Déjame! ¡Dejadme todos en paz! —Fue ella en esta ocasión quien comenzó a lanzarle una lluvia de golpes sobre el rostro severo de Ingrid.

—¡Cómo te atreves!

Alice se alejó en cuanto se vio liberada de las manos nudosas. Corrió por el pasillo hasta su habitación, cerró la puerta, pasó el pestillo porque había visto que Ingrid la perseguía, y continuó resollando en el silencio de su cuarto. La primera embestida contra la puerta fue acompañada de palabras de cólera.

—¡Criatura maldita, cuando salgas de este cuarto recibirás el peor de los castigos!

—¡Márchate! ¡AAHH! —Se cubrió la cara con ambas manos para amortiguar el chillido—. ¡Déjame a mi vida! ¡No quiero saber nada de nadie! ¡No quiero, no quiero!

El resto de palabras sólo sonó dentro de su cabeza y, sin poder contener más aquella furia desbocada, abrió la mochila escolar y cogió el cuchillo con delicadeza, como un objeto exótico en cuya hoja relucía un brillo tentador. Atrás quedaron los gritos de aquella mujer que la había rechazado, atrás quedaron los golpes con que la puerta era torturada. Alice había conectado con la esencia mística, casi divina, del objeto que ahora podía protegerla. Aferró con suma fuerza el mango hasta que sus nudillos palidecieron y los tendones de su brazo se tornaron como varas de acero.

—Moriréis. Moriréis todos. Obtendré la libertad para matar a mis enemigos.

Meció lentamente el cuchillo en el aire atestado de las emanaciones negativas de Ingrid, sin perder de vista el novedoso fulgor que contenía el metal. Creyó percibir diminutas estrellas que proyectaban una estela luminosa e hipnótica que relajó a Alice como una fiera que se adormece. Seguidamente hundió el cuchillo en el vació en un gesto despiadado.

—Perra.

La frase fue expulsada de su garganta en un leve ronroneo animal.

—Peeeerra.

La fina capa que reviste la cordura en las personas estaba a punto de resquebrajarse en Alice, y de la hendidura resultante brotarían los hechos más horrendos.

Capítulo 38

Logan comenzó a escuchar un rumor de hojas a escasos metros en su flanco derecho. Por entre el frondoso laberinto de ramas y vegetación alcanzó a ver un halo de luz que avanzaba a paso firme. La figura portaba un rifle al hombro. La mano trémula que sostenía la linterna desplazaba a un lado y a otro el haz tubular, lo que contribuyó a que parte de éste se derramara sobre el rostro de una mujer a la que reconoció. Era la misma que había visto en el Coffee Ville discutiendo con el gerente y el policía.

El crujido de los pasos de ella pronto se alejó. Logan dedujo que la velocidad a la que caminaba era debido a que conocía el bosque. Sin embargo, con la silla le era imposible seguirla a ese ritmo. ¿Se dirigiría a la mina abandonada?

La claridad que había inundado el bosque durante unos segundos quedó reducida a un punto tenue y luego desapareció. La oscuridad y el silencio volvieron a cernirse sobre el muchacho, quien se había detenido un momento sorprendido por la marcha de la mujer.

Volvió a asir el reborde de las ruedas y empujó. El repentino frío que se abrió paso a través del bosque hizo que la chaqueta negra que traía le fuera insuficiente. Pero resistió la tentación de abrazarse a sí mismo para repeler el frío, dejó que éste lo cubriera como un velo de escarcha y continuó su pesado avance.

A su espalda se inició un tumulto de voces que sugerían urgencia. Pronto el bosque dejó entrever más luces en su interior, avanzando a paso apremiante. Las voces se hicieron enormes en el mismo lado por el que había aparecido la mujer escasos minutos antes.

—¡Adelante!

—Esa mujer está chiflada. ¿Cómo es posible que se haya aventurado a internarse ella sola por este maldito bosque?

—¡Adelante, maldita sea!

La tempestad de voces se deslizó con rapidez. Los pasos aplastaban hojas marchitas, ramas muertas y todo se llenó de sonidos crepitantes que arrancaron una repentina ansiedad en Logan.

Todos van al mismo lugar, pensó, saben algo. Van a por Alice.

El corazón marchaba al compás de aquellas botas que sacudían el suelo del bosque. Y se obligó a emitir velocidad a la silla, empujando con todas las fuerzas de que disponía. La senda se convirtió en una fisura por donde apenas pasar y viró hacia la derecha. Los diminutos puntos de luz danzaban a gran velocidad y se perdían en la distancia.

Logan avanzaba ahora por un viejo sendero más espacioso. Las ramas se abrían a su paso como un cortejo de bienvenida. En alguna parte del cielo de Past Grove estallaron los primeros relámpagos, pero cuyo resplandor apenas alcanzó a llenar la penumbra que alimentaba el Bosque del Miedo.

¿Peligraba Alice? Luego recapacitó y se preguntó cómo podía peligrar la vida de alguien que ya estaba muerto. ¿Se puede morir dos veces?

Los interrogantes se volvieron más incoherentes mientras lo hacía el descenso del sendero. Se aventuró a usar esa ventaja y la silla aumentó en velocidad y por desgracia en inestabilidad. Dudó de si caería antes de avisar a Alice.

Entonces una voz retumbó en su cabeza.

Sé que vienen.

Escuchó un ajetreo de hojas frente a él. Detuvo la silla en el sendero. De la masa negra del bosque nació un punto pálido que fue intensificándose y cuya iluminación creó una bóveda que hizo retroceder la oscuridad; los troncos se encendieron, ofreciendo a Logan una vía por donde avanzar.

¿Alice?

Su propio susurro se prolongó eternamente como si se encontrara dentro de un túnel. No recibió respuesta salvo por el continuado estremecimiento de las ramas, acentuándose a medida que una figura delgada emergía de la esfera. Los finos brazos se doblaron sin la resistencia de las articulaciones en un saludo amistoso. El velo brumoso inició su desplazamiento hacia Logan, y lo rodeó lamiendo sus piernas muertas y partes de la silla. Experimentó la suave caricia en sus mejillas, sonrió cuando las volutas de niebla le hicieron cosquillas en los costados.

La delgada figura se insufló; las extremidades se definieron como manos con dedos. Aparecieron leves trazos de la ropa que siempre había acostumbrado a usar Alice en vida. El cabello brotó de su cráneo en millones de sedosos filamentos negros, apoyándose sobre hombros modelados con la maestría del escultor.

Vienes de nuevo a mí pronunciaron unos labios de nuevo carnosos y curvados en una sonrisa de aceptación.

Logan asintió mientras observaba con asombro cómo la figura de Alice completaba sus rasgos faciales. Las pestañas se extendieron negras, vigorosas y exquisitas; luego un parpadeo burlón concedió al rostro una expresión simpática.

Ésta era mi forma real. Una vez, hace muchos años, fui así. Se acabaron mis formas para asustarte.

Ella ladeó la cabeza esperando la respuesta del chico, quien tenía los ojos desorbitados ante la fascinante visión que se aproximaba a él;

con botas de media caña y los cordones parcialmente desatados. Unas piernas firmes asomaban por los cortos *jeans* desgastados que tanto había odiado Ingrid. La vieja camisa de franela le confería aspecto humilde, pero esto quedaba atenuado por su mirada altiva y de inconformidad.

—Eras guapa.

—No estaba mal, ¿no?

—Nada mal.

Logan recibió el roce de sus dedos fríos sobre su mejilla derecha.

—Andando, chaval. Empieza el *show* del dolor. Mi venganza se sentirá en todos los rincones de este pueblo.

—He visto gente corriendo en el bosque.

—Lo sé. Ya vienen. Saben algo. Sospechan algo.

—¿Pero qué vas a hacer? Deberías tener precaución.

—He tomado todas las precauciones.

Ambos avanzaron por un atajo que señaló Alice. Al entrar en la mina, Logan contempló con asombro las lenguas de fuego estremeciéndose sobre varas de madera alojadas en la pared. La negrura del lugar había sido sustituida por una cálida bienvenida, aunque el muchacho suponía que Alice guardaba alguna sorpresa.

—¿Te gusta mi fuego? Así no se perderán cuando entren. He colocado estacas en todo el recorrido, es una bella invitación a mi espectáculo.

—Si tú lo dices.

Iniciaron la marcha al interior de las diferentes galerías que conducían a la estancia cavernosa, de donde procedían los llantos del niño. Ahora permanecía sentado sobre una roca, frente a la pared frontal, con las manos atadas con cuerdas cuyo extremo se aferraba a unos salientes de hierro en la pared. Era una horrenda improvisación de una tribuna de preferencia. Delante de ésta había dispuesta una multitud de sillas desvencijadas y con los acolchados y los respaldos en un estado lamentable. Una hilera de insectos trepaba por la pata de una de las sillas situadas a la derecha. La caverna estaba repleta del resplandor que arrojaban las antorchas distribuidas por todas partes. Las sombras danzaban aquí y allá en un frenesí despiadado mientras los asistentes acudían al espectáculo de Alice, quien miraba con una admiración casi religiosa su obra macabra.

En los ojos de Logan destellaron las lenguas de fuego que palpitaban en la oscuridad.

—Precioso, ¿verdad?

La respuesta del chico fue un resuello temeroso. La necesidad de abandonarla trataba de emerger de nuevo de entre sus sentimientos enterrados, sin embargo, la aplastó como a un escarabajo.

El silbido melancólico del viento se filtraba por ciertas hendiduras

en el techo, añadiendo una melodía tétrica a lo que quiera que fuese a acontecer allí. Se escucharon los leves tirones del niño al intentar zafarse de las cuerdas. Pero la despiadada mente de Alice había pensado en todo, y el empeño reflejado en el diminuto rostro del niño pronto desapareció a la miserable resignación. Entonces sumó sus sollozos al gemido del viento.

Alice esbozó una radiante sonrisa de felicidad e hizo un gesto de asentimiento al tanto que se desplazaba con sus pies como volutas de humo. Se detuvo delante del niño.

—Tu madre está de camino. Es la invitada de honor.

Logan no pudo hacer nada más que reprimir cualquier intento de su mente por juzgarla. Se dijo varias veces que aquello debía ser una broma pesada, y que pronto todos reirían de las ocurrencias de aquella extraña muchacha. Alice.

—Acércate, Logan.

Después de detenerse junto a ella, observó con pavor varias varillas de diferentes grosores apoyadas en una roca saliente próxima a donde se encontraba el niño.

—¿Qué vas a hacer con esos palos?

—Fustigar.

—¿Eh?

—Arrancar placer del cuerpo de Carol. Quiero oírla gritar, jadear, apuesto a que goza más que yo esa perra. Siempre me pregunté cómo sonaría su voz con mi sufrimiento.

—Alice...

—¿Qué? ¿Te echas atrás?

—No —dijo, y negó con fuerza cuando se volvió la cara de Alice, con la piel marchita y atestada de agujeros por los cuales asomaban horribles bocas de gusanos, cuyos cuerpos se retorcían de avidez.

—No deberías traicionarme dos veces, miedica.

—No lo he hecho, y no soy miedica —dijo, infundiendo valor a su voz.

—Eso espero.

De pronto, sonaron los pasos vacilantes del primer invitado.

Alice desapareció. Logan se volvió y vio el rostro estupefacto de Carol. Tenía los ojos bien abiertos y delataban un desconcierto aterrador.

Capítulo 39

Unos años antes...

Durante la noche del miércoles tuvieron lugar una serie de acontecimientos que ultimaron los preparativos en la frágil mente de la muchacha. Hacía muchas horas que Ingrid se había dado por vencida y el silencio ocupaba de nuevo la habitación, adormecedor y expectante. Luego Alice había visto a su madre deambular por el jardín con un hacha en la mano; se aproximó al tocón y asestó reiterados golpes a los troncos mientras recitaba obsesivas frases acerca de la justicia de Dios.

Así continuó hasta bien entrada la noche, cuyas estrellas palpitaban en un cielo gélido, provisto de ráfagas de aire. Las copas de los árboles se mecían en un violento frenesí y las hojas aleteaban alocadas como el vuelo de miles de mariposas. Un balón pinchado era empujado por Cobber Road por las manos del viento; éste dio varios tumbos hasta chocar con el tronco de un abeto. En alguna parte, el ala de una ventana arrojaba a la noche los sonidos consecuentes del choque con la fachada de la casa. El llanto de una niña irrumpió de pronto en la distancia.

La casa de Ingrid disponía de sus propios sonidos; la mujer caminaba de un lado a otro del pasillo con el semblante cortado por profundas arrugas que vaticinaban una vejez anticipada. Alice era ajena a toda esa realidad en torno a ella. En su cabeza únicamente aullaba un pitido como una olla a presión. El resto de voces se había acallado. El cuchillo se encontraba de nuevo bajo la almohada. Tras varios minutos siendo su cara golpeada por el fuerte aire, se sentó en la cama y se tumbó.

No logró despojarse de la capa primeriza de la conciencia, siendo por ello testigo de los cánticos de Ingrid que colmaban la casa con amargas sensaciones de miserable servidumbre. Y gracias a aquel estado, fue capaz de escuchar las risas dentro de dos coches que circulaban frente a la casa. Abrió los ojos como dos esferas enormes y escrutó la oscuridad, creyendo haber oído la pútrida risa de Carol Bensen.

—No... no es posible —susurró con una voz dotada de cierta gravedad.

Sin embargo, las risas estaban cada vez más cerca y se volvieron burlas transportadas por el viento. Los motores de dos vehículos

también se escuchaban cada vez más próximos. A continuación un chirrido de ruedas y portezuelas que se abrían de pronto. Las risas aumentaron en derredor de la casa. Entonces se oyeron diversos tipos de ruidos; golpes en la puerta, cristales rotos y el aire que penetraba en la casa con su tétrico silbido.

—¡Ahí tienes nuestro regalo, loca campesina! Saborea tu propio aroma, apestosa.

Las risotadas llenaron todo después de que un coche se alejara a toda velocidad. Una repentina hediondez comenzó a lamer paredes, puertas y las estancias de la casa. Luego tronó la voz de Ingrid, aunque enmudeció al contener su enojo dentro de ella.

Alice se levantó de la cama y se asomó por la ventana. Una pequeña bolsa colisionó en su cara, y el contenido se derramó primero por su piel y luego cayó en lentos borbotones al suelo del cuarto.

—Qué asco. ¿Qué es esto?

—Ya está, vámonos. Arranca —pronunciaron unas voces femeninas en la oscuridad.

Alice se asomó mientras se apartaba de la mejilla restos de excremento.

En el caminó vio el coche de David, y antes de que se cerrara la puerta del acompañante, logró reconocer la figura de Carol entrando. La portezuela se cerró y su rostro desencajado por la risa, asomó por la ventanilla.

—¡Te he dado en toda la cara, campesina repugnante. Un recuerdo personal mío.

En el interior del automóvil detonaron más carcajadas. Luego el motor rugió y enfiló Cobber Road en pos del otro automóvil que ya tomaba Village Road a la derecha.

Alice percibió todo aquello como una pesadilla, cuyo velo la envolvía en un caparazón traslúcido. Los destellos de los faros del coche se emborronaron en la lejanía con ese aire soñoliento de cuando los sentidos están embotados. Las risas desaparecieron de la mente de Alice y fueron sustituidas por susurros calumniadores.

No dejes que te hagan esto...

No pasa nada por hacer lo que estás pensando...

Acaba con esa perra de una vez...

Una desquiciada sonrisa cobró vida en el rostro de Alice, como preludio al apetitoso dolor que experimentaría. El corte de su sonrisa se amplió, enorme, en su cara y comenzó a reír como una niña maliciosa que había visionado la compleja imagen de un *puzzle* incompleto. Los ojos recobraron su brillo ladino. La parte que tuvo cariño especial a David fue enterrada entre risas de placentero aroma sanguinolento, quedando lejos los besos y los abrazos. Ahora anidaba en su mente una devastadora hambruna de destrucción.

Aquella noche no concilió el sueño; permaneció escuchando *Little Bitty Pretty* de Thurston Harris mientras ella aportaba su propia cancioneta infantil.

Uno, dos..., estoy en medio de vosotros dos. Tres, cuatro..., salto a la comba un rato. Cinco, seis..., tened cuidado con lo que hacéis. El pastor..., el pastor os vigila aunque no lo veis.

Sus ojos estaban fijos sobre la exquisita superficie metálica del cuchillo que le proporcionaría el modo de arrancarle a esa perra alaridos de suculento dolor. El metal reflejó durante un segundo a una Carol asustadiza y acorralada por las manos de Alice, quien le apretaba el cuello, exigiéndole a los ojos que no sólo delataran su miedo, sino también el alimento que la sostenía, el dolor. Sus dedos se cerraron apasionadamente en torno de la carne; sentía cómo la vida abandonaba el cuerpo, muy despacio, prolongando la tortura.

El miércoles no asistió a clase. Cuando Ingrid tocó la puerta para preguntar por qué no había ido a la escuela, Alice se encontraba muy dentro de ella misma, donde nadie podría interrumpirla. Prestaba atención a los novedosos susurros que habían despertado en su cabeza, como una divertida panda de amigos que le aportaba el aliciente necesario para la tarea que se disponía a desempeñar.

Con el cuchillo, usa el cuchillo de tu padre...

No, busca algo más grande...

No es necesario, bastará con hundirlo frenéticamente en su vientre...

Gritará de dolor...

Sí... sí... sí....

Aquello último logró extraerle una sonora risotada mientras sus ojos permanecían apagados de vida, tan opacos y vacíos como piedras.

El resto del día nada sucedió salvo las insistentes amenazas de Ingrid; quería que apagara el ruido del demonio, haciendo referencia al *rock and roll*.

La noche se sumió sobre la localidad semejante a un velo sombrío. Alice había esperado a que Ingrid y Rebecca, quien había anunciado a la madre que el sábado iría al cine al aire libre en Jasper, se acostaran y dejasen vía libre. Cuando el silencio se hizo tan denso como un muro, Alice se puso en marcha. Salió de la casa a hurtadillas, dejando a su paso un leve rastro de quejidos de madera y un jadeo ansioso que revelaba la enorme necesidad de consumar su venganza.

Aunque Alice no fue consciente de ello, Ingrid permanecía alerta a su inadmisible comportamiento. Yacía tumbada sobre el lecho, con la mirada escrutando la oscuridad del dormitorio y rociada por ésta igual que un gélido manto. La había oído jadear, y aquel sonido rocoso procedente de la garganta le sugirió el de una alimaña.

¿Qué tramará ahora? Lleva un tiempo más rara de lo habitual

susurró con desgana. Se levantó y se aproximó a la ventana. Lanzó un quejido cuando vio a Alice abandonar la propiedad.

Marchaba rumiando cosas ininteligibles por Cobber Road, sobre un cielo negro tapizado con nubes de tormenta. La leve brisa que se alzaba lamía su piel blanca convirtiéndola en púas de hielo. Aun así, Alice no sentía otra cosa que no fuese una insólita expectación por comprobar a qué sabían los alaridos de una persona. En más de una ocasión, su curiosidad la forzó a asomar una lengua rosada que acarició el labio superior, semejante a un niño que contempla una tarta de cremoso chocolate. Las calles se encontraban solitarias y propicias para el nacimiento de hechos terribles, únicamente anhelados por mentes derrumbadas.

Su corazón vertía toda la expectación en forma de sonoros golpes dentro del pecho. La mano que aferraba el cuchillo temblaba por la fuerza concedida a dicha acción. La herida se abrió de nuevo y derramó sangre en la acera de Jointer Avenue.

Finalmente alcanzó a divisar la casa de dos plantas donde vivía Carol, envuelta ésta por una negrura que añadió confianza a Alice. Permanecía bajo la ventana del cuarto de la perra. Expulsaba una odiosa respiración en forma de volutas de vapor que ascendían hacia el cielo. Su pecho crecía y decrecía con ansiedad.

No te eches atrás ahora...

Estás a sólo un paso de conseguirlo...

Continúa...

Frunció el entrecejo y en la frente se formaron profundas líneas. Rodeó la casa, se encaramó a la verja de hierro forjado y saltó al jardín. Dejó un surco de flores aplastadas a su paso, hasta que encontró la ventana baja del sótano. Se agachó y, sin más contemplación que una máquina, atravesó el cristal con la mano libre, cuya piel se vio pronto salpicada de rasguños sangrantes. Sólo aportó un leve gemido; luego quitó el resto de fragmentos de vidrio. Escudriñó las tinieblas del interior.

Entonces se sintió observada y aquello la obligó a mirar por encima del hombro. Las nubes se cerraban en el cielo. Diversas ventanas contenían iluminación dentro las casas. Un perro confería a la noche su propia cólera con agudos ladridos. La verja que rodeaba la propiedad le impedía ver con claridad. Escuchó la tapa metálica de un cubo de basura precipitarse a la acera. Abrió los ojos llenos de ansiedad, pero no logró apreciar a nadie cerca.

Date prisa...

Recuerda las emanaciones de dolor que deseas aspirar...

Volvió su atención hacia la ventana carente de cristales e inició su entrada silenciosa. Sin embargo, antes de que su cuerpo estuviera dentro del sótano, manos con dedos como grilletes se cerraron en

torno a sus tobillos.

—¿Dónde crees que vas, bestia del demonio? —masculló una voz severa.

Alice experimentó la desconcertante sensación de ser succionada hacia fuera. Seguidamente se vio tumbada sobre la hierba que crecía en torno a la casa. Se volvió enseguida con el cuchillo por delante. Los ojos saltaron en sus órbitas al ver la figura de su madre, envuelta por un austero abrigo encima de un camisón cuyo blancor había sido sustituido por amarillo orina después de centenares de lavados. Tenía una mano detrás, a la espalda, y lucía una expresión rígida e inexpresiva.

—¿Qué haces aquí, madre? —logró articular con la boca torcida.

—Te he visto salir con el cuchillo y me he temido lo peor.

—Vete —masculló de un modo despectivo.

—Nos iremos las dos. Me acompañarás a casa y ahí recibirás un fuerte castigo —dijo, caviló durante unos segundos con la mirada perdida y agregó—: Tal vez el último castigo, porque sé que no cambiarás, criatura del mal. Eres mala, Alice. Maldad. No lo puedo permitir.

Alice trató de incorporarse, pero Ingrid le puso un pie calzado con zapatillas en el vientre.

—Quieta ahí. Dame ese cuchillo. Ahora entiendo por qué hacía tiempo que no lo veía. ¿Quieres decirme para qué quieres tú un cuchillo como ése? ¿Qué tenías pensado hacer ahí dentro? ¿A qué has venido? Dime.

—A nada que a ti te importe, madre. Vete o lo pagarás caro.

—¿Cómo te atreves a amenazarme, estúpido demonio? —Ingrid asomó el atizador del fuego que ocultaba a la espalda, lo alzó por encima de su cabeza ante los ojos desencajados de Alice, y lo estrelló contra su cara.

Retuvo el grito que pugnó por salir expulsado de su garganta como un huracán enfurecido; se limitó a gemir y a llevarse la mano libre a la mejilla, completamente marcada por una brecha que escupía sangre.

—¿Qué haces, madre? —rugió, y proyectó el filo del cuchillo a las piernas que la mantenía en el suelo.

Ingrid se vio obligada a echarse atrás un momento después de notar un dolor punzante subir por la pantorrilla.

—A tu propia madre —graznó con una voz de cuervo—. No pararé hasta que pidas perdón.

—No, perra. Te mataré a ti también —le amenazó hundiendo el cuchillo en el vacío.

La madre, desde la distancia que le permitía el atizador, abrió una nueva herida esta vez en el brazo de Alice mientras ésta se ponía en

pie.

—¡Ah! —gritó.

—El Señor no te aprueba, malnacida. —El atizador se desplazó por el aire de la noche hasta el hombro de su hija, que recibió el impacto con una contracción del rostro y un gemido cargado de una rabia desbocada.

Sin reparar en el palpitante dolor del hombro, Alice se precipitó sin control contra la madre, pero ésta le volvió a golpear en la cara; la nueva herida dividió el labio inferior. Luego el atizador se apresuró a aterrizar en la cabeza de Alice después de que ella decorase la mejilla reseca de Ingrid con un profundo corte.

El cuerpo de la muchacha cayó en la hierba cuan largo era, y sus dedos soltaron el cuchillo. Las luces empezaron a iluminar parte de la calle. La misma casa de los padres de Carol se encendió de pronto, ahuyentando las sombras que cobijaban a Ingrid y al cuerpo de su hija.

Se apresuró a coger el cuchillo y a introducirlo entre la cinta del camisón.

—Dios mío, ¿qué tarea es ésta que me encomiendas?

Se agachó, aferró un tobillo de Alice y la arrastró por Jointer Avenue evitando los charcos luminosos sobre la acera. Se deslizó lentamente por las tinieblas, cuyo velo negro lamió las facciones de ella, concediéndole la imagen misma de la muerte, con sus rezos siempre presentes en su boca retorcida. No volvió su mirada hacia el cuerpo de Alice, ni hacia el rastro de sangre dejado. Los ojos vidriosos de la mujer sólo reflejaban el tormento de una misión atroz por realizar. Con pesadumbre continuó su camino hasta la casa, silenciosa y aislada afortunadamente del resto de vecinos.

Condujo el cuerpo enmudecido por el pasillo y lo dejó en el suelo cuando se dispuso a abrir la puerta.

Alice empezó a agitarse, de manera vacilante primero, pero al sentirse de nuevo arrastrada al interior del cuarto, extendió las manos con la intención de aferrarse a las hendiduras de la madera; una uña saltó impregnada de sangre.

—¡Perra! ¡Suéltame, perra!

—No. Es el día de tu castigo. Eres mala, Alice. No hay nada en ti que merezca la pena. Mala. Mala. Mala...

Y con aquella letanía, Alice fue conducida al cuarto que le dio sepultura. Los alaridos y súplicas no impidieron que Ingrid la atara a la cama, le atizara una vez tras otra hasta que sus peticiones de auxilio se tornaron un gorgoteo sanguinolento, que se derramó de su boca a la cama.

—Lo siento mucho, Alice —se repetía con una vocecilla apagada—. El Señor no aprueba tus actos. Ahora las personas estarán a salvo de tu

maldad.

Con el atizador la silenció durante el tiempo necesario para atornillar dos soportes de hierro en la puerta y colocar el candado. El chasquido que produjo al cerrarlo quedó enterrado dentro de la mente de Ingrid para siempre. Abandonó el cuerpo inmóvil en la cama. Luego se desplazó pesadamente por el pasillo. Las llaves del candado se mecían en las manos, interrumpiendo el silencio con un constante tintineo metálico; era el mortecino sonido de la muerte que anidaba en la casa.

Alice tiró de las muñecas apresadas sin resultados; la cadera se tensó de manera violenta. Apretó los dientes ante la desesperación que emergía dentro de ella, las sensaciones de pavor se reunían en su pecho, produciendo una opresión dañina.

—Me quiere matar. Está loca —murmuró, sin dejar de tirar—. Me culpa a mí de mis actos, y ella es igual. Está loca.

De pronto escuchó de nuevo los apagados pasos de su madre, que regresaba, envuelta en raros murmullos. Acudió a sus nefastos rezos. Y cuando abrió la puerta y la muchacha contempló la enorme pala aferrada con ambas manos, decidió que era el momento de escapar.

Encogió su cuerpo, tirando de piernas y manos con todas las fuerzas que tenía, reuniendo toda la energía que la vida le había concedido para escapar de aquella pala, que se aproximaba amenazadoramente. Mientras notaba la tirantez de las cadenas, irrompibles, sus ojos se tiñeron de lágrimas y los dientes rechinaron dentro de la boca en una sonata de desesperado terror. Presionó los molares, un terco dolor nació en la mandíbula, que luego se convirtió en un estallido de sangre; una de las muelas se desprendió de la cavidad. Alice la escupió a su madre en gesto de furia liberadora.

—Lo siento mucho, hija, pero es por el bien de todos. Estabas convirtiéndote en un monstruo. ¿Qué ibas hacer con el cuchillo? ¿Quién iba a ser esta vez la víctima? ¿Otro animal, o por fin estabas lista para matar a una persona? No puedo permitirlo.

Con los nudillos temblorosos alzó la pala.

—¡Madre! ¿Qué pretendes? —preguntó con la voz rota. Los ojos gritaron, su corazón gritó con un poderoso salto a la garganta. Riachuelos de sangre corrieron por la comisura de la boca—. ¿Vas a quitarle la vida a alguien que aún no ha comenzado a vivirla? Quiero vivir, soy joven. No me quites mi vida. Madre. Madre. ¡Por favor, tengo quince años!

La voz quedó reducida a un agudo gemido torturador.

Ingrid cerró los ojos y asestó un contundente golpe en la cabeza de su hija, y no se detuvo hasta que sólo se escucharon sus propios sollozos.

Capítulo 40

Cuando Carol pensó que lo peor había quedado atrás, entró en la mina abandonada, con mano trémula y dirigiendo el haz de luz en todas direcciones. Cualquier duda de que Alice no era la causante del rapto de su hijo, desapareció al observar la hilera de antorchas que estaban asidas a la roca de una de las galerías. Sólo una repugnante campesina era capaz de idear algo así, pensó. La invitaba claramente a penetrar en la mina. Le indicaba el camino. Era un reto.

Maldita campesina.

Guardó la linterna y aferró el rifle con ambas manos antes de iniciar la caminata por la galería. Tras dejar atrás multitud de objetos: picos, palas parcialmente enterradas en carbón, grupos de cascos; incluso en determinadas ocasiones creyó ver manos asomando de la pared, como si un grupo de personas tratara de hacer a un lado la pared que lo sepultaba. Pero achacó aquello a un estado de extrema excitación mental y continuó su camino, pese a que volvió su mirada por encima del hombro para cerciorarse de ello... Y las manos continuaban apresando la hendidura en la pared.

Apretó los dientes y se amparó en el rifle que portaba. Evocó las palabras de su marido.

Las armas pueden ayudarnos en muchas ocasiones, no lo olvides, Carol.

También recordó las palabras de David acerca de que había visto a los gatos colgando de cuerdas. Pero hasta ahora no había divisado ninguna cuerda ni cadáveres de gatos. Se detuvo en seco, escuchó el crepitar del fuego, pero en la fantasmagórica iluminación no se adivinaba nada relacionado con gatos. Aspiró el apestoso hedor que ocupaba la mina, convirtió su cara en facciones grotescas y se amparó en el rifle como le había sugerido David durante las clases de tiro.

De ese modo continuó hacia el interior de la mina, guiada por las antorchas que flanqueaban su marcha fúnebre hacia el infierno de Alice. Un paso tras otro la condujeron a una nueva galería horriblemente iluminada, el número de antorchas era reducido; sin embargo, la otra galería de la derecha se adentraba en las más insondables tinieblas. Carol no fue capaz de apreciar el menor signo de relieves de roca ni objetos. Sólo un muro de marea negra que casi parecía impedirle el paso. Con una mano cogió la linterna, la encendió y apuntó con el tubo luminoso hacia el interior. Una fría gruta fue revelada ante la mirada de terror de Carol. La luz no lograba irrumpir

en la oscuridad más de un metro de distancia, como si el haz fuera devorado por el mar negro.

Pero las escasas antorchas que pendían de las paredes de la galería de la izquierda le sugerían que el camino a seguir era ése. Alice me está indicando el camino, pensó. Así pues, sin más demora se internó por la nueva galería, acompañada por las gotas de sudor que corrían por su piel y los latidos del corazón cuyo pálpito arremetía contra las paredes venosas del cuello, igual que el constante martilleo de una maza.

En el nuevo tramo de la mina, las espectrales luces del fuego apenas lograban apartar las sombras del suelo, por lo que Carol se vio obligada a prestar suma atención a cada paso dado. Pronto oyó el repentino gimoteo de un niño, con el inevitable resultado de que el corazón fuera catapultado a la garganta como una bola ardiente, produciéndole una quemazón.

—Dios mío. Es Brandon. Reconocería a miles de millas el llanto de mi hijo. Mi niño, lo he encontrado.

Las gotas de sudor surcaban su rostro ahora con mayor intensidad. Experimentó la tensión de los ojos bloqueados ante la nueva imagen cuando alcanzó a ver el final de la gruta.

—Yo tenía razón todo este tiempo —dijo mientras llegaba, entre jadeos de apremiante temor, al umbral de una extraña estancia.

Todo su ser, toda su esencia de vida fue sacudida por una ola de espanto ante lo que vieron sus ojos. Una escena de grotesca irrealidad cobraba vida delante de Carol, cuyas manos apenas lograron sostener el rifle de caza. Su instinto de madre la empujó a flaquear, la rabia con que había estado aferrando el rifle había desaparecido al contemplar a su hijo atado sobre una roca a modo de espectáculo. El arma cayó al suelo. Su corazón se hundió en el fondo del pecho, y dejó de latir. Las manos buscaron la pared a su derecha para apoyarse y recobrar las fuerzas robadas por semejante visión.

—¡Brandon, hijo mío!

Los sollozos del niño aumentaron, revelando la desesperación por haber permanecido tanto tiempo lejos de la madre.

En la distancia, Brandon le pareció pequeño e indefenso, así que ella alargó las manos tratando de cogerlo y tenerlo de nuevo en los brazos y mecerlo como tantas ocasiones había hecho. Pero sus manos se paralizaron por una nueva visión que emergía de un rincón de sombras atestadas de hediondez. Una pestilencia con forma femenina caminaba por el sendero rocoso que discurría junto a la pared de la caverna. Cuando se detuvo junto al niño y se inclinó para acariciarlo, se abrió en el rostro de la aparición una hendidura de burlona maldad. Pese a la distancia, como si éstos fueran agrandados por el terror de Carol, se apreciaron unos dientes roídos y quebrados, puntiagudos

igual que estalactitas. La mano que se posó en torno al niño era de dedos alargados y las uñas brotaban de la carne igual que metales oxidados.

—¡No lo toques! ¡No toques a mi hijo! —aulló Carol, dando un paso al frente y con el puño cerrado en clara amenaza.

El espectro se irguió y apresó entre sus dedos carcomidos una de las varas que había apoyadas detrás, en el muro.

Los ojos de Carol se hincharon como globos al adivinar las intenciones de la bestia descarnada que tenía delante.

—¡NOOOO!

—¡Sí, sufre, perra! ¡Bienvenida a mi venganza! Soy Alice. ¿Me recuerdas?

El nombre provocó en Carol una extraña reacción que la hizo agacharse con rapidez y coger el rifle.

Las armas pueden ayudarnos en muchas ocasiones, no lo olvides, Carol.

—Sí, mi marido tiene razón —murmuró—. Son mi ayuda en este momento.

El corazón de ella se aceleró oxigenando los músculos que ejercían la fuerza con la que aferraba el arma.

—¡Aparta de mi hijo, sucia campesina! —Sin saber qué decía e impulsada por una fuerza instintiva, apuntó a la criatura que era Alice sin saber siquiera si acertaría, o de si, por otro lado, la bala alcanzaría al niño.

—No es él quien me interesa. Eres tú, Carol. Me cobraré cada risa y cada burla. No he olvidado la bolsa que lanzaste contra la ventana de mi cuarto y mi cara.

Carol empezó a jadear de rabia, al sentirse dentro de una pesadilla que volvía del pasado. Apuntó hacia el techo y disparó el primer tiro. El estampido rebotó en la estancia.

—¡Aléjate de mi hijo, campesina! Nada ha cambiado en estos años. Eres sólo una apestosa —dijo, y su pecho se encogió al contemplar cómo el cuerpo de Alice se contorsionaba por el odio.

—¡Todo ha cambiado! —La voz sonó cavernosa, desgarrada, como si las cuerdas vocales estuvieran inflamadas. Dio un paso el frente y se desprendieron fragmentos de la roca al vacío. Alzó la vara y acarició la mejilla de Brandon con delicadeza—. Es un buen niño, Carol la perra. Sano y fuerte.

—¡No le pongas tu mano encima, campesina repugnante! —Carol avanzó hasta el grupo de sillas y dirigió el cañón del arma de nuevo al cuerpo deformado de Alice. El haber acortado distancia le concedió la certeza de que no fallaría. Entonces reparó en la presencia de un muchacho sentado en una silla de ruedas. Vio el temor encerrado en la mirada del chico. Pero el gruñido animal que profirió la garganta de

Alice hizo que su atención regresara de nuevo a la criatura envuelta de hediondez que permanecía junto a su hijo.

Carol apuntó la boca del cañón al miserable vientre de la que una vez fue una campesina repugnante. Entonces abrió los ojos impulsada por la contemplación de una visión aterradora. Su respiración cobró un ritmo marcado por el miedo. El estómago de Alice se abría lentamente, revelando unas entrañas de carne corrompida y mordisqueada por los dientes de una alimaña que se retorcía en el interior, propinando graznidos y gemidos de odio.

—Dios mío, pero ¿qué es eso?

Alice reía, si acaso podía denominarse de ese modo; cada carcajada parecía un estallido de gorgoteos sangrientos.

Carol no sintió temor, sino una mezcolanza de dolor y ofensa. No sabía qué era Alice ahora, no sabía si estaba viva o muerta. Pero tenía la completa certeza de que no dañaría a su hijo Brandon. Fue entonces cuando, reflejando una determinación increíble, apretó el gatillo. El estampido resonó en la caverna y recorrió todos los pasillos de la mina. Durante el tiempo que duró el desconcierto, la mente de Carol fue golpeada por un millar de preguntas. ¿Habría sido acertado el disparo? ¿Habrían servido de algo las lecciones de tiro de su marido?

Ninguna de ellas recibió respuesta hasta que no vio a Alice justo delante de ella, a dos palmos, con un rostro descompuesto por el odio.

—No puedes matarme, ya estoy muerta. Alguien se tomó la libertad de hacerlo —rugió la voz de Alice, como si procediera de una garganta infestada de virulencia. Extendió una veloz mano cubierta de arañazos vivos cuya sangre pugnaba por salir y apresó el cuello de Carol—. Ahora sufre tú, perra.

Carol sintió de pronto una presión en la garganta que se cerraba cada vez con mayor fuerza. Los ojos de ella se abrieron reflejando la tortura. Alice asomó con avidez una lengua que recorrió con sensualidad sus labios muertos.

—Así. Dolor. Mi alimento. Dámelo todo, perra. AHH. —Los ojos se entornaron, manifestando un intenso gozo. Una sonrisa perdida asomó en su cara cuando Carol lanzó un grito de terror, porque escuchó intensificarse los gimoteos de su hijo.

De pronto, en la distancia, se escucharon las voces de los policías, que guiados también por las antorchas, se aproximaban al espectáculo de Alice.

Capítulo 41

Logan sintió un nudo en el estómago cuando los dedos de Alice se cerraron en torno del cuello de la mujer que había irrumpido en la estancia de la mina. Sus manos aferraban sudorosas los reposabrazos sin saber cómo actuar, con un aturdimiento que no le permitía distinguir el bien del mal. Escuchó los leves lamentos que apenas pudieron brotar de la garganta lastimada de la mujer.

—¿Sufres, perra? Ahora entiendes una pizca cómo era estar en tu presencia, cómo era escuchar tus burlas.

Logan advirtió que las manos con que la mujer sostenía el arma se aflojaban a medida que Alice ejercía más fuerza en el cuello.

—Veo el sufrimiento en tus ojos, oh, si pudieras entender cuánto disfruto, tendrías un orgasmo, perra.

—Alice, basta ya.

—No te entrometas, Logan. Si quieres entender qué sucede aquí multiplica el dolor que sientes al no poder caminar, y cómo muchos te dieron de lado. Multiplica todo eso por un millón. Déjame hacer a mí.

—Pero...

De pronto, la enorme abertura que conducía a la estancia de la mina, se llenó de rostros furtivos y llenos de concentración, pero que se desmoronaron al ser testigos de la escena que tenían ante ellos. Eran Duncan y sus hombres, cuyas facciones estaban talladas de cansancio por haber atravesado el Bosque del Miedo; parecían haber dejado atrás parte de su alegría y la característica felicidad que portan los hombres en vida, ahora sus cuerpos se mostraban fatigados, sus botas revestidas de barro y las manos temblaban a la hora de asir la empuñadura del arma. Sin embargo, uno de los voluntarios reunidos por Duncan —un tipo con aspecto de oso de montaña, por el abundante vello— fue capaz de alzar su revólver y apuntar directamente a Alice en la frente.

—Mierda —masculló al percibir que su dedo no obedecía la orden de apretar el gatillo.

La irritante risita de Alice se elevó por encima de la ovación de dudas de los hombres.

—Bienvenidos a mi espectáculo. He preparado algunas sillas.

—¿Pero qué diablos... ? —Duncan avanzó varios pasos, empujado por una repentina curiosidad. Una idea bullía en su mente, algo imposible cobraba forma de pensamiento—. No puede ser. —A medida que se aproximaba a la figura que sostenía a Carol por el cuello.

Alice extendió una sonrisa falsamente ingenua.

—Hola, Duncan. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Eh? ¿Qué diablos pasa aquí, qué es todo esto? —preguntó mirando en todas direcciones con asombro.

—Mi espectáculo sublime, mi obra maestra al dolor. ¿Qué te parece?

—¿Alice?

—La misma.

—No puede ser, no es posible.

—¿Y por qué no?

—No, no. No eres Alice —dijo, dirigiendo el arma a la cabeza de aquello que decía ser ella.

—Lo soy.

—Suelta a Carol. —Duncan dio un paso al frente y flexionó una rodilla para adquirir mejor estabilidad en el tiro—. No lo repetiré otra vez. Suéltala.

Paul, el ayudante de policía, avanzó por el flanco derecho.

—Duncan, hay un chico en silla de ruedas. —Entornó los ojos y reconoció a Logan, ya lo había visto en el Coffee Ville—. Tranquilo, chico.

—Estoy tranquilo —dijo éste con un hilillo de voz, mientras veía a Alice soltar a Carol y de un salto aparecer ante Duncan, que retrocedió varios pasos pero sin dejar de apuntarla.

—No es posible. Eres una cría todavía.

Alice caminaba hacia Duncan con un paso tras otro, recreándose en su horrendo teatro, deleitándose por todo lo que sucedía. Los dedos de las manos se agitaban de manera nerviosa, como si desearan apresar algún otro cuello y estrangularlo hasta que emergiera el dolor en los ojos de la víctima. La sonrisa se abrió en media luna y concedió a Duncan la visión de los pozos del infierno en su boca negra, en cuyo interior se agitaba vivamente un puñado de algas en vez de una lengua sonrosada. Carecía de dientes y las algas asomaron por los labios en una cruel burla.

—Claro, es un pequeño regalo de la muerte que me dio mi madre. Aquella vieja perra. —Las últimas palabras hicieron florecer un odio desmesurado en su mirada.

—Será mejor que seas lo que seas te detengas ahora mismo —dijo el policía, perdiendo parte de su valor.

Logan vio a Carol aplicarse un masaje en el cuello y levantarse. Miró por encima del hombro y, aprovechando la distracción de Alice, aferró el rifle y corrió en dirección al enorme saliente, usado ahora como un entarimado, donde una víctima inocente miraba cada paso que daba la mujer. Avanzaba por el sendero de piedra incrustado en la pared, como un casual reborde de unos pocos centímetros. Al llegar

junto a Brandon se inclinó a su lado, y lo abrazó sin ser consciente de las lágrimas que vertían sus ojos.

—Brandon, estoy aquí. Mamá está aquí.

—Mamá —gimoteó.

—Tranquilo, mi vida, voy a sacarte de aquí. Volvemos a casa —prometió mientras zarandeaba las cuerdas que ataban las muñecas del niño.

—Me duele.

—Tranquilo. Estoy aquí.

Las mejillas de Brandon eran salpicadas por las lágrimas de su madre, y se sumaron a las suyas en dirección a su delicado mentón.

En la entrada, el tipo con cuerpo de oso avanzaba junto a Paul Carson.

—¿Qué es este infierno?

—Creo que lo has llamado por su nombre —dijo el ayudante.

Alice, un momento antes de abalanzarse sobre Duncan, volvió su mirada hacia la plataforma de piedra y contrajo su cara en una mueca de rabia al ver a Carol desatando al niño.

—¡NOOO! —Fue como si se abrieran las compuertas del infierno y millares de voces se unieran en un solo alarido, despiadado y tiznado parcialmente de un temor quebradizo, que provocó en el cuerpo de Alice poderosas sacudidas, desprendiéndose jirones de piel muerta al suelo. Cubrió la distancia hasta Carol, quien había logrado liberar una de las muñecas del niño.

—¡Detente! —rugió Duncan—. ¡Te lo advierto, detente!

El policía cerró un ojo mientras apuntaba al descarnado cuerpo de Alice.

Logan veía todo aquello con horror, encerrado dentro de sí mismo sin poder ayudar a Alice, si acaso esto era la mejor idea. Su mente había enmudecido y las ideas quedaron silenciadas por un muro mental. Sin embargo, sus manos soportaban una tensión enorme al aferrarse al reposabrazos. Pero el saber que el policía iba a disparar a Alice, le obligaba a hacer algo, a inventar cualquier locura, pero las ideas no acudían a su cabeza.

Alice apareció de pronto junto a Carol, con los ojos derramando lodo negro en forma de lágrimas y la boca retorcida en una mueca de rabia. Extendió el brazo un segundo antes de que Carol cogiera al niño y se marchara; la palma de la mano se estrelló en la mejilla de la madre impulsándola hacia la pared de la mina. El niño lloraba a pulmón abierto. El rifle fue a parar al suelo al lado de Carol.

—Aún no ha empezado mi espectáculo —dijo Alice—. Nadie se marcha de aquí.

El tipo con aspecto de oso ascendía por el sendero de piedra que discurría por la pared, con el revólver por delante sin perder de vista a

Alice, quien reflejaba en su cara todo el odio que una criatura podía soportar. Paul le seguía de cerca, a un metro de distancia sintiendo en su rostro el calor procedente de las antorchas. Sus facciones se encendían y se oscurecían a medida que él ascendía por el camino.

Carol desvió la mirada hacia el rifle que dormitaba a apenas dos metros de distancia de ella. Contuvo el aliento mientras chasqueaba los dientes, tratando de hallar el momento justo para lanzarse a por éste y acabar con la repugnante criatura que era ahora Alice.

Logan observó a Duncan avanzar hacia las sillas, le miró durante un segundo y dijo:

—¿Eres Logan?

El chico no contestó, se limitó a volver la mirada hacia Alice, porque su mente, que comenzaba a salir del entumecimiento, le señalaba que Alice estaba en peligro.

El oso avanzaba despacio hacia Alice mientras ella alzaba la vara por encima de su cabeza.

—¡Alto, ni se te ocurra! —gritó Duncan.

La vara descendió despiadada en el preciso instante que Carol miraba al niño. Los ojos de la mujer se abrieron y se paralizaron por la visión que tenía delante; una vara de madera descendía a gran velocidad hacia la mejilla de Brandon.

—¡No dispares! —Antes de que el dedo de Duncan presionara el gatillo, Logan empujó la maldita silla hacia delante, con la impotencia acumulada durante años, con la horrible sensación de ser un medio hombre. Nada de todo aquello, sin embargo, fue impedimento para que lograra interponerse ante la bala que emergió del cañón—. ¡No te traicionaré, Alice!

El nombre hizo que ella misma volviera su cuello atestado de heridas palpitantes por cuyas hendiduras brotaba sangre. Sus ojos relampaguearon al contemplar al muchacho tendido en el suelo y la silla volcada junto a él, con la rueda girando eternamente.

El oso y Paul Carson se detuvieron de pronto a escasos centímetros de Carol, jadeando y con los ojos desorbitados.

La vara se desprendió de los dedos torturados de Alice. Su pecho comenzó a hincharse como un globo de carne descompuesta, reuniendo en el interior un grito desgarrador que brotó de su garganta tan fuerte como el nuevo disparo del tipo con aspecto de oso de montaña. La bala perforó el hombro de Alice, saltando fragmentos de hueso astillado acompañado de un reguero de sangre.

—Logan —dijo con un ronquido de bestia. Volvió su mirada al oso, que jadeaba mientras sostenía el revólver. Ella brincó y apareció delante de él. Hundió las uñas de ambas manos en la piel del desgraciado y separó la carne como una cortina, revelando las entrañas del hombre. La sangre se derramó en un torrente violento,

seguidamente la cavidad escupió los intestinos.

La mirada de Paul centelleaba de terror, y sus dedos vacilaron. Alice asestó un manotazo al arma del policía, desplazándola por el aire hasta el suelo de abajo. Tras esto, corrió hasta Logan, que yacía en el suelo junto a la maldición de acero que le había acompañado parte de su vida.

—Logan —dijo, y le dio la vuelta. El chico lucía una sonrisa de satisfacción.

—No te he traicionado —murmuró con esfuerzo.

—Sabía que podía contar contigo, chaval. —Lo arrimó a su cuerpo, ahora con la forma de una adolescente emocionalmente dañada. Meció el cuerpo del chico con la ternura que nunca demostró a nadie en vida, puesto que nadie fue merecedor de ello. Una lágrima perlada se acumuló en la comisura del ojo derecho, pero permaneció allí, congelada por el dolor—. Te conté el secreto. Recuerda que no puedes morir, porque no existe nada de eso. Nos reiremos de esta gente juntos, desde el otro lado. Ya lo verás, Logan. Será genial.

Carol colocó el rifle en su hombro y, a continuación, cogió a su hijo en brazos.

—Regresamos a casa.

Los gimoteos del niño se detuvieron al verse rodeado de los brazos de la madre.

Cuando el chico exhaló el último respiro, Alice lo depositó en el suelo con delicadeza.

—Te esperaré aquí, Logan.

Duncan retrocedió un paso, conmocionado por todo lo que había visto.

—No puede ser. No se puede volver de la muerte.

Alice le dirigió una mirada odiosa.

—Sí, se puede. El dolor abre puertas. —Al finalizar la frase el cuerpo de Alice se descompuso en volutas de humo negro y se desplazó con velocidad hasta otro saliente en lo alto de la pared.

Del pecho de Logan emergió una luz oscura que ascendió dos metros por encima del cuerpo. Duncan, desconcertado, disparó al velo negro, en cuyo centro apareció de pronto un hueco circular, para después volver a cerrarse una vez atravesado por la bala.

—Imposible —graznó.

El humo negro se dirigió hacia el saliente rocoso donde lo esperaba la figura erguida de Alice. Se posó junto a ella, con su figura humeante. Los extremos con forma de mano se unieron en un fraternal saludo.

—No tengas miedo. Ya te dije que la muerte no existe. No reiremos de todos estos idiotas.

Duncan boqueaba en busca de aire para oxigenar su

desconcertante estado mental.

Paul sostenía entre sus manos el cadáver del oso, cuyo vientre se encontraba vacío y asomaban parte de las costillas revestidas de carne muerta.

—Cuánto horror —murmuró.

Las dos figuras negras desaparecieron reduciéndose hasta un punto negro que estalló en jirones malolientes.

Duncan se pasó el dorso de la mano por la frente.

—¿Cómo estáis por ahí arriba? —preguntó.

—Tenemos una baja, jefe.

—Maldita sea.

Cuando atravesaron el Bosque del Miedo y alcanzaron finalmente el límite, junto al River Team había estacionados dos coches con sus luces azules irrumpiendo en la oscuridad de la noche. En uno de los vehículos se encontraba el sheriff del condado, un tipo enjuto y de mirada penetrante. Se aproximó vociferando al grupo que emergía de la espesura de los árboles.

Montados en sus bicicletas también estaban Mark y Danny, observando todo con asombro.

—¿Qué crees que habrá pasado? —preguntó Danny.

—No tengo ni idea.

Carol divisó el escarabajo y al hombre que se apoyaba en la portezuela. David había sido avisado y la esperaba con su rostro abatido, aunque se iluminó en cuanto vio a su esposa sana y salva, y con Brandon en los brazos. El niño volvió el rostro tiznado de carbón hacia el padre y se pasó su diminuta mano por la piel, extendiendo la mancha de carbón por los ojos como una venda negra.

—¡Papá!

Los tres se abrazaron en un estrecho círculo de amor. Carol y David se miraron durante un minuto. Él hizo un gesto de asentimiento, concediéndole toda la razón a Carol, quien siempre había estado en posesión de la verdad.

Capítulo 42

Tras marcharse el policía, Ingrid había vuelto a la butaca, se había dejado caer sobre ésta, como alguien que se lanza al vacío, y había permanecido contemplando durante varias horas el fuego; las lenguas crepitaban en su mortecina danza. Trató de reflejar una mueca de humilde agradecimiento por el calor que se aproximaba a su cuerpo, pero sólo consiguió un atisbo de dicho propósito. La inesperada conversación con Duncan la había despojado de cualquier buena vibración que podría habitar aún en ella. El hecho de que Alice fuese considerada por Carol como sospechosa de la desaparición de su hijo, desechaba cualquier pensamiento positivo, concediendo a su mente vía libre para precipitarse hacia un oscuro páramo de ideas inconcebibles.

¿Se puede volver?

El interrogante irrumpió de pronto. Sin duda, si había un monstruo capaz de hacerlo, era Alice, pensó, mientras retorcía sus manos, cuya piel descansaba sobre huesos consumidos por la artritis.

Se culpó a sí misma de la desgracia acaecida a aquella mujer, quien aunque no había sido ejemplo a seguir, era una madre que estaba sufriendo y esto hacía a Ingrid compadecerse por ella, puesto que si Alice estaba detrás del caso, bien le valdría tomar precauciones. El maldito monstruo siempre se salía con la suya, pensó.

Continuó con el masaje que aplicaba a las articulaciones de sus manos. Un leve estado de ansiedad asomaba y le produjo un resuello seguido de toses.

Después de calmarse y de que su cuerpo volviera a adormecerse en la calma, escuchó el sonido quejumbroso de la puerta del candado, lo que contribuyó a que sus músculos se tensaran de nuevo, con la rigidez de la roca. Así permaneció, silenciosa y con el sentido del oído agudizado todo lo posible.

Volvía a ocurrir.

La habitación donde en una ocasión destruyó el mal de su hija, se retorcía intensamente, como una criatura que pugnase por salir de las paredes que lo contenían.

Se puso en pie y, con el lento caminar que la vejez le había concedido, se aproximó hasta la puerta. Sacó del bolsillo de la rebeca la llave usada centenares de veces con la misma finalidad. Abrió el candado y, con éste en la mano, sintiendo su pesado frío por la piel, entró al cuarto con un temor supersticioso atravesando su cuerpo.

La respiración se tornó dificultosa. Ingrid se había dicho constantemente que aquella estancia carecía de aire para respirar. Esperó paciente a que los insólitos sucesos que siempre se presentaban en su cuerpo tuvieran lugar esa vez. No tardó en reparar cómo sus pulmones se violentaban en busca del oxígeno. Su respiración se agitó al desesperado ritmo de su pecho, que subía y bajaba como si estuviera teniendo lugar una carrera.

A un lado había una tabla en posición horizontal con la longitud de una persona. Del techo pendían cadenas que chocaban entre sí en un lento balanceo, arrojando al silencio un leve chasquido opresor. El yunque situado a continuación estaba eternamente salpicado de la sangre de los brazos de la vieja. El clavo que emergía de la pared, como un tallo oxidado, sostenía la fusta con que había castigado hasta la saciedad su débil espalda desnuda. En el otro extremo de la habitación dormitaba una bañera con agua turbia. En ella se había procurado sus baños de dolor ardiente, sometiendo a su piel al paciente castigo. Ingrid dirigió su rostro hastiado hacia uno de los rincones; allí se extendían restos de su piel arrancada en cada meticuloso y lento arañazo.

Todos aquellos útiles de horror quedaban parcialmente cubiertos por la vaporosa luz que emitía una polvorienta bombilla. Situada ésta en un punto del techo donde la escasa iluminación no alcanzaba a desvelar por fortuna mayores vejaciones con que pagaba Ingrid su crimen.

Pero no era esto lo que la perturbaba.

La pared frente a ella se combaba hacia fuera como un pulmón que respiraba el escaso aire malsano del cuarto. La hinchazón alcanzó tal punto que Ingrid creyó que los ladrillos que formaban la pared añadida en el emparedamiento se derramarían en una cascada ruidosa. De hecho, fragmentos astillados acompañados de una neblina de polvo ya se deprendían en cada exhalación.

Mientras fijaba los ojos en el jadeo de la pared, Ingrid llevó su mano al corazón, cuyo trote había traspasado hacía rato el límite razonable y marchaba desbocado a su oclusión. Estiró la comisura derecha del labio en gesto de dolor y entonces escuchó una insolente risita; otra algo más vacilante la acompañaba.

Sufre, vieja perra.

Las palabras añadieron un nuevo concepto de impotencia. Ingrid se volvió en todas direcciones para atisbar la procedencia de aquel mensaje nefasto, humillante.

El hálito de la pared se agitaba cada vez con mayor intensidad; los ladrillos centrales, viéndose más afectados que el resto, comenzaron a moverse hacia fuera, como si unos dedos firmes los empujasen desde el otro lado.

—Santo cielo. ¿Qué es esto?

Su corazón retumbaba de forma penosa en el pecho, igual a una mano abierta golpeando una lona extendida. Con cada embate, Ingrid experimentaba cómo su vida caía a una densa oscuridad, donde la visión le era robada. Fue bien consciente, sin embargo, de cuando el primer ladrillo se desprendió y se estrelló contra el suelo. De inmediato un segundo lo acompañó sumando un sonido seco en el impacto.

Los ojos de Ingrid se hicieron grandes en su reseco rostro al ver desmoronarse uno tras otro los ladrillos de la parte central; cada ladrillo añadía su propio sonido iniciando una mortecina sonata de piedra. La nube de polvo ocultó durante unos segundos el cadáver sonriente al otro lado.

Ingrid se volvió hacia la puerta, pero ésta se cerró de pronto con un estrepitoso ruido.

—Ahora permanecerás tú aquí. Olvidada por todos.

—¿Eh? —Miró en todas direcciones. Cada útil de sufrimiento le arrancó viejos recuerdos de sus aullidos atestando la casa. El yunque, donde posaba su lengua y aplicaba finas agujas. La bañera, lugar en que la piel se volvía una quemazón morada por el agua ardiendo.

Empezó a escuchar la fusta golpeando al vacío, produciendo el mismo chasquido del látigo. Al desplazarse por el cuarto, en busca de lo que incitaba aquello, chocó con las cadenas y el balanceo se acentuó de manera ensordecedora; las cadenas chirriaron en sus eslabones oxidados.

Al fin la pared escupió con horrible desahogo el resto de ladrillos. Cuando el polvo se depositó sobre el suelo, llegó a verse el cuerpo de Alice, durmiendo en silencio su muerte. La cabeza yacía hacia atrás, la boca retorcida en un último intento de chillar, los ojos contemplaban el umbral desconocido del deceso. Las manos reposaban sobre el regazo, con paciente espera. La piel de la cara había cedido, abriéndose en agujeros diminutos tras los cuales asomaban hambrientas larvas que se afanaban en devorar los restos de carne.

La hediondez que dio paso al silencio extendió su apestosa mano por la estancia. Ingrid retrocedió sumida en un terror indescriptible hasta la puerta. Ambas manos se aferraron al pomo y lo sacudieron con fuerza. En un arrebato de descontrol logró desprenderlo de la puerta.

—Ya no hay pomo, madre. Ya no hay modo de salir. Esta será tu tumba como lo fue la mía. Ahora te la cedo mientras yo marcho libre con Logan.

—¿Alice? —preguntó con la boca retorcida—. ¿Logan? ¿Dónde está?

—Estamos aquí mirando tu merecido castigo.

—No, no. No es posible.

—Creíste que eras tú quien voluntariamente entraba a esta habitación para someterte a este dolor. Te equivocas. Era yo. Te inducía a hacerlo. Es mi modo de hacerte pagar por haberme robado la vida. La parte de la vida más hermosa y especial. Mi adolescencia.

—Maldito monstruo. ¿Cómo es posible? Incluso en la muerte eres mala. ¡Maldita seas!

Luego de esto, las manos invisibles de Alice la empujaron al interior de la pared. La anciana gritó y profirió cientos de maldiciones innombrables mientras observaba con enorme espanto cómo los ladrillos reaparecían de pronto cerrando el hueco para siempre.

Ingrid miró por encima del hombro, y se topó con la eterna sonrisa del cuerpo descompuesto de Alice.

—¡NOOOOO!

Cuando el grito finalizó, únicamente se escuchaba *Little Bitty Pretty* de Thurston Harris, la popular canción de los cincuenta.

Epílogo

Al día siguiente, el padre de Danny se hallaba cavilando junto a la valla del jardín mientras Suzie rodaba a toda velocidad con la mochila de periódicos a la espalda. Derrapó violentamente, levantando una cortina de humo, y le extendió un ejemplar.

—Buenos días, Suzie, ¿cómo lo llevas?

—Como siempre, montada en mi bici.

El padre de Danny leyó en la primera página lo acaecido en la mina. Su mirada se llenó de impotencia.

—Triste noticia. Parecía un buen chico ese Logan. No comprendo cómo ha podido ocurrir.

Suzie entornó los ojos mostrando su eterno recelo.

—Es Past Grove. Vuelve a despertar.

Tras el insólito comentario, la muchacha desapareció calle abajo, arrojando los periódicos al resto de casas.

The End

11 de diciembre 2015.
24 de septiembre 2016.